

CLUB : : :
ALPINO : :
ESPAÑOL

1911-1912

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid



CLUB ALPINO ESPAÑOL

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid



S. M. el Rey D. Alfonso XIII.
Presidente honorario del Club Alpino Español.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

JUNTA DIRECTIVA
DEL
CLUB ALPINO ESPAÑOL

Presidente..... D. Manuel de Amezua.
Vicepresidente.. D. Carlos Lezcano.
Secretario..... D. Antonio Prast.
Tesorero..... D. Gabriel Gancedo.
Vocales..... { D. José Aguinaga.
 { D. Eduardo Sánchez Roldán.
 { D. José Rábago.
 { D. Enrique Dupuy.

Ayuntamiento de Madrid



PRÓLOGO

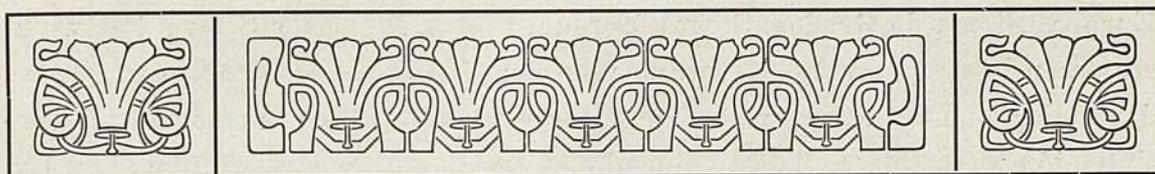


Es la primera vez que, bajo forma de Memoria ó reseña, los socios del Club Alpino Español van á tener una recopilación de los trabajos llevados á efecto por la Junta directiva durante una anualidad, y al exponer su trabajo y el de algunos de sus dignos consocios no lleva otro interés que el de justificar sus obras, enaltecer la de los que la han ayudado y rogar á los demás su cooperación para el fin común que se propone llevar á efecto, cual es el de formar en la Sierra de Guadarrama un centro de deportes que, á semejanza de los del Extranjero, sirva para proporcionar salud y fuerza á los débiles, expansión y distracción á los que por sus ocupaciones durante la semana están bajo el peso del trabajo, y, por fin, arrancar al vicio las nuevas generaciones, pues como con el vigor del cuerpo se fortalece el del espíritu, con este cambio proporcionaremos grandes ventajas á todos los ramos del saber.

Aunque este trabajo que nos imponemos ha de ser largo y penoso, no por eso lo hemos de llevar con menos interés que si fuera un trabajo sencillo, único medio de llegar sin vacilaciones á ver cumplido el deseo que en todos debe germinar: *Hacer patria.*

El Secretario,
ANTONIO PRAST.

El Presidente,
MANUEL DE AMEZUA.



La labor del Club Alpino Español, aunque su centro principal está en la Sierra de Guadarrama, también se dirige á reconocer los demás parajes montañosos de la Península, pues su deseo es el poder llegar á conseguir, además de los refugios con que ya cuenta en el puerto de Navacerrada, se formen otras Sociedades semejantes, dependientes ó no del Club Alpino Español, que fomenten el turismo y los deportes de invierno en sus respectivas regiones, y de esta manera llegaremos á conocer palmo á palmo nuestras montañas.

Prescindiendo de nuestra Sociedad, ya hay algunas que con gran entusiasmo cultivan en España los deportes de invierno; entre ellas, la más principal la Sociedad de Excursionistas de Cataluña, á la que pronto daremos nuestra representación para formar una sección de nuestra Sociedad, como la que ya funciona con gran éxito en Granada (Sociedad Alpinista).

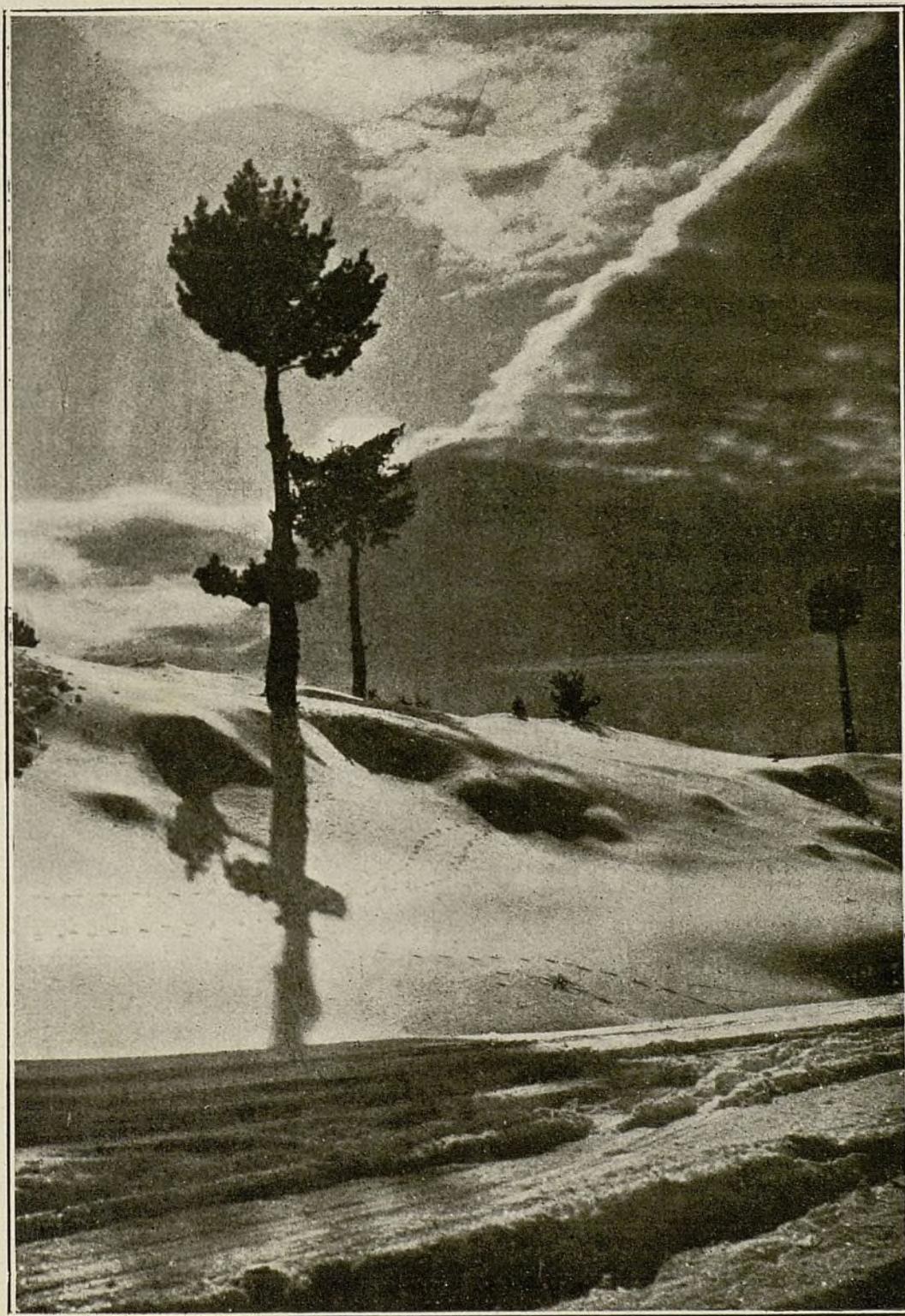
También ha empezado á formarse una Sociedad en Oviedo para cultivar el *sport* en Covadonga, en las laderas de Peña Santa, y gracias al infatigable Victorero pronto veremos un nuevo centro de atracción del turismo para invierno.

Tenemos noticias de otras que tratan de fundarse en Gijón, Santander y Teruel, y esperamos que pronto estas ideas sean realidades. Una de las que ha comenzado una gran propaganda es la Sociedad Gredos-Tormes, de Hoyos del Espino (Avila), á la que deseamos todo género de prosperidades, como igualmente al Sindicato de Turismo de Béjar.

Y ahora, para terminar esta ligera explicación, sólo resta añadir los trabajos llevados á cabo por los socios del Club Alpino Español en los Picos de

Europa, Sierra de Gredos, Sierra Morena, Sierra Nevada y Sierra de Guadarrama en las temporadas de verano y otoño; y para que los lectores se puedan dar mejor cuenta de las excursiones por ellos realizadas, exponemos á continuación sus relatos, fieles indicaciones de cuanto han visto, que si no son de un gallardo estilo literario, por lo menos llenarán con creces el fin que se propusieron sus autores.





Efecto de luz en la Sierra.

(Fot. Prast.)

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

EN LOS PICOS DE EUROPA
EL MACIZO OCCIDENTAL

No es mi propósito, al bosquejar en concisos trazos la silueta é interioridades de esta fantástica é imponderable cordillera, realzar sus encantos, describir su majestuosidad, ni menos aún detallar topográficamente sus contornos, que para eso ya hubo otros maestros que de ello se encargaron con más pericia que la mía; únicamente mi deseo de vulgarizar el conocimiento de las montañas y elevaciones de nuestro país, que me fué dado admirar y recorrer en diferentes ocasiones, proporcionando á los que gustan de estas cosas algunos datos y la experiencia de los más recomendables itinerarios, es lo que me anima á componer estos renglones, que muy particularmente dedico á aquellos buenos amigos que por vez primera me dieron á conocer, con el pretexto de inolvidables expediciones cinegéticas, estos apartados parajes, de belleza incomparable.

Consideradas desde el punto de vista topográfico, podemos dividir para su estudio á esa enorme extensión de dolomíticas calizas, cuyas erguidas cresterías desafían al cielo mientras sus estribaciones de la vertiente norte corren uniforme y paralelamente á las costas del Cantábrico, en tres grandes macizos aislados entre sí por amplias y profundísimas canales ó gargantas. El oriental ó de Andara y Aliva, pertenecien-

te en su mayoría á la provincia de Santander, tesoro inagotable de antiguas y codiciadas minas encerradas en sus entrañas, y representado orográficamente por elevaciones tan importantes como los Picos de San Carlos (2.075), San Melan (2.240), Pico del Castillo (2.280), más allá la Tabla de Lechugales (2.445), y por fin la compacta mole de Peña Vieja (2.615), la más prominente de toda esta región de la Montaña. Lugares todos éstos, repito, debidamente loados por la pluma maestra de otros autores, y descritos algunos de ellos con una realidad encantadora por el inolvidable Pereda en uno de los capítulos de su inmortal *Peñas arriba*.

A él dirijo al lector, mientras yo, modesto y entusiasta aficionado á contemplar con fruición estas bellezas, continúo en mi tarea de diseñar escuetamente los perfiles y contornos de esta atrevida cordillera en su macizo central, tributario en sus vertientes de las tres provincias de Santander, León y Oviedo, en las que se asienta, y el más abrupto, inaccesible y escarpado de los tres previamente enumerados. Este macizo central, llamado de los Urrieles ú Orrielles, con sus descomunales Torres de Llabrión (2.639); más al Norte la predominante sobre todas, la Torre de Cerredo (2.642), dominando á la de los Caborios (2.586), á los Urrieles (2.600) y á otras



Punta de los Ladrones, desde la Torre de Cerredo.

enhiestas y engarabitadas, tan sólo comparables á las dolomitas de Zinnen, Geisler, Dazolet y la Brenta, de ese encantado Tirol, admiración del mundo entero, podría muy bien describirlo con lujo de detalles, si quisiera, mi buen amigo D. Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa de Asturias, que, acompañado de Gregorio *el Cainejo*, coronó tantas veces esas cimas verdaderamente inaccesibles, y que gracias á un temple y energía nada comunes, triunfó hace unos años del coloso de aquella crestería, el Naranjo de Bulnes (2.516), ante cuyas paredes se habían estrellado anteriormente los esfuerzos de muchos reconocidos alpinistas extranjeros.

Separa á este núcleo central (hoy acotado por iniciativa de mi referido amigo para cazadero de rebecos de S. M. el Rey)

su majestuosidad, elevación y bravura, descuellan en este grupo occidental: la primera representada por la Torre de Peña Santa de Caín (2.586) ó de Castilla, así también llamada, en rededor de la cual se agrupan otras de menor categoría, y separadas por una profunda y solitaria hoyada, «Jou Santo» (Hoyo Santo); las otras altas, atrevidas y fantásticas escarpas de Peña Santa de Enol (2.479), dominando á otras contiguas, entre ellas las de Corroble (2.450), Torre del Alba (2.460), el Requexón (2.389), Cotalva y algunas más, de las que tantos y tan gratísimos recuerdos conservo, después de quince visitas que las llevo haciendo desde hace otros tantos años, persiguiendo entre sus riscos y estribaciones las abundantes cabradas de rebecos que en sus dominios se mantienen.

del occidental amplia y profunda cortadura, denominada en su arranque la canal de Etreá, nacimiento del río Cares, que después de despeñarse encajonado por los predios y escarpas del solitario y pintoresco pueblecillo de Caín (todavía en término de León, cuyos linderos avanzan sobre los de Asturias por este lado), se pierde entre las gargantas y breñales de los puertos de Amuesa y Camarmeña, para rendir al fin sus aguas y otras afluentes al hermoso y bravío mar Cantábrico.

Dos agrupaciones calcáreas, imponentes por

No quiero entretener al lector con minuciosidades ni detalles orográficos que ocuparían una extensión considerable, prefiriendo explicarle con la mayor brevedad los itinerarios más favorables para atacar cualquiera de estos macizos por su vertiente norte, ya que, á excepción del oriental, que indistintamente es accesible con relativa comodidad también por el Sur (Reinosa) y por el Este, los otros dos son más fácilmente accesibles por la referida vertiente.

Para ello, actualmente han facilitado sobremanera las líneas férreas del Cantábrico y Económicos de Asturias, que, trazadas paralelamente á los penachos de esta extensa cordillera, facilitan cómodos y favorables accesos á las interioridades de la misma, siendo las dos estaciones de Unquera (ó también San Vicente de la Barquera, próxima á aquélla) y la de Las Arriondas las indicadas para dejar el ferrocarril en un viaje ó expedición á estos parajes, según sean los macizos á recorrer comprendidos en términos de la Montaña ó en dominios asturianos.

Por Unquera, y atravesando el Deva, se va á Panes, utilizando pintoresca carretera, y de Panes, por la izquierda, á La Hermida y Potes, por otra no menos fantástica, arranque ambos poblados de las expediciones que se dirigen al macizo oriental de Peña Vieja. En la fonda y baños de



Peña Santa de Caín y la de Enol, desde la Torre de Cerredo (picos centrales).

La Hermida están ya bien acostumbrados á organizar aquéllas, y en Potes sobran elementos, guías y medios para conducir al turista á las minas de Andara ó Aliva, y de ellas á los picachos entre que se hallan emplazadas.

De Panes arranca asimismo otra en dirección de Onís, que pasa por Arenas de Cabrales, el sitio indicado para dejarla, y siguiendo el curso de las torrenteras que se despeñan del macizo central, y en dirección á éste, llega á Bulnes, otro villorrio del pelaje y condiciones de Caín, en donde fácilmente encontraremos, con la hospitalidad cordial y sincera de aquellos excelentes montañeses, hombres que nos acompañen á los riscos y á las torres, después de saludar respetuosos la interminable mole del Naranjo y los atrevidos pica-



Lago Enol (Covadonga).

(Fot. Prast.)

chos de las Moñas, que se alzan frente á frente.

La expedición al macizo occidental puede asimismo hacerse desde Arenas por Bulnes, puertos de Amuesa y Caín, no llevando mucha prisa; pero clásicamente, viniendo de Oviedo, que es desde donde suele acometerse, es preferible hacerla desde la estación de Las Arriendas por Cangas de Onís y Covadonga, para desde este pintoresco y sagrado rincón de las Asturias, después de atravesar las vegas de Cornellá, minas de Bujarrero y el poético lago Enol, dirigirse hacia los aglomerados blancuísimos de las Torres de Peña Santa de este nombre.

Hoy, merced á los esfuerzos de la Compañía inglesa de las minas mencionadas, con su gerente, el popularísimo D. Guiller-

mo Mackenzie, á la cabeza, alma y protector decididísimo de los intereses de ese rincón soberbio, cuna de nuestras libertades, y gracias á las iniciativas del cultísimo Cabildo, que no ha reparado en gastos para sustituir la antigua hospedería por suntuoso hotel con todos los adelantos modernos, la ascensión á los Picos por esta parte es sencillamente tentadora y facilísima, y recomendable á los menos entusiastas de ver paisajes nuevos.

Las adjuntas fotografías, que apenas dan una idea de la grandiosidad de aquellos lugares, podrán servir de algo quizás al curioso turista que intente conocerlos, en la seguridad de que, si llegara á ellos, del montón de recuerdos é impresiones que de los mismos baje, ha de guardar mientras viva memoria perdurable.

MANUEL DE AMEZUA.
Presidente del Club Alpino Español.

EN LOS PICOS DE EUROPA
EL MACIZO CENTRAL

EL 4 de agosto de 1904 dormimos Gregorio y yo, al par de unas cabras, al acabar la canal de Camburero. Salimos al amanecer con dirección al Naranjo, y á las ocho de la mañana habíamos almorzado ya junto á una fuente que nace en las estribaciones mismas del coloso. Habíamos llegado al Pico de Oriellos, como también por otro nombre le llaman, por el Norte, y conforme nos íbamos acercando los fuimos estudiando con la perfecta claridad que lo permitían nuestros buenos Zeiss prismáticos.

Esta vertiente norte, única sobre la que nos cabían dudas en cuanto á su inaccesibilidad, era muy sencilla: un descanso ó saliente de la peña en el primer tercio inferior de la misma, y dos grietas verticales hasta la cúspide. Examinadas bien estas grietas con los anteojos, comprendimos desde luego que una de ellas, la de la derecha, era absolutamente impracticable. ¿Lo sería también la otra? He aquí un juicio que no podíamos emitir desde luego; la teníamos demasiado lejos, dada su altura, y tan sólo podríamos formarnos uno aproximado desde su arranque, es decir, desde el descanso ó saliente del primer tercio inferior de la torre. Pero ¿podríamos llegar á él? Había que intentarlo. De este modo la ascensión, si era posible, se componía de

dos partes: primera, *á la grieta*; y segunda, *por la grieta*.

Fortalecidos por el almuerzo, nos pusimos de nuevo en marcha, no sin haber observado antes la imposibilidad en que nos encontrábamos de alcanzar directamente el saliente, descanso ó casi comienzo de la grieta por el Oeste, dado que lo teníamos todo completamente cortado á pico. Atravesamos entonces la base norte del Naranjo para alcanzar el principio de las grietas por el Este, y en una hora próximamente llegamos á un punto en que tuvimos que dejar los morrales, los anteojos y los palos, todo, menos la cuerda, para marchar con el mayor desembarazo posible. Gregorio se descalzó, y yo ajusté de nuevo mis sólidas alpargatas.

¿Qué teníamos delante de nosotros?... La serie de *llambrias* y la *llambrialina*.

Llambria, dice el Diccionario de la Lengua, es: «Parte de las peñas que forma un plano muy inclinado y difícil de pasar.» *Llambrialina* llaman los montañeses á una llambria muy estrecha, muy lisa, muy inclinada y sin agarradero alguno, vertiendo sobre el precipicio. Excuso decir que á mí, á pesar de tener alguna experiencia de la roca, todo me parecían llambrialinas, y que ordené á Gregorio formalmente no pasar adelante en cuanto llegásemos al verdadero peligro, á la temeridad, pues yo guar-

daba cierto interés por mi pellejo, y no le tenía menor por el de mi amigo, noble, leal y, además, como yo, padre de familia.

Partió Gregorio á explorar el terreno mientras yo permanecía sentado contemplándolo, y lo vi agarrarse con los dedos crispados, deslizarse, alejarse poco á poco, y, por último, perderse de vista detrás de las llambrias. Un cuarto de hora que me pareció un siglo tardó en aparecer de nuevo y en gritarme que lo que veía (aún no era la grieta) «no le parecía tan malo».

Saltó mi corazón de gusto, y echándome la cuerda á la espalda, la emprendí con todo el seso del mundo á lo largo de las llambrias. Mis alpargatas ajustadas agarraban como pez en aquella roca, y donde enganchaban mis dedos me parecía estar completamente seguro. Gregorio presenciaba mis operaciones desde el otro lado y me indicaba sus pasos. En esto llegué á la llambrialina, y allí me detuve un poco á considerarla de cerca y á familiarizarme con lo que hasta entonces no había visto parecido, pues ni la cornisa inclinada ni el precipicio me proporcionaron nunca ese recelo particular que me ocasionaba el pulimento absoluto de la roca, que no parecía sino que la habían dado con papel de esmeril y lustre encima. ¡Tal es el poder constante de las aguas! *El Cainejo* me gritaba que me descalzase; pero yo tenía más confianza en mis alpargatas especiales de la calle de la Salud.

Avanzando un pie para ver cómo cogía la alpargata, hasta afianzarse, y luego otro, con exquisito cuidado, y luego otro, con exquisito cuidado y ambas manos sobre la izquierda para disminuir el peso, logré pasar los tres ó cuatro metros de llambrialina... Cuando llegué á Gregorio le di una palmada en el hombro significándole mi

contento y mi seguridad, y después de tres ó cuatro malos pasos llegamos al descanso.

¡Qué mirada de contento nos echamos en este primer triunfo de nuestro empeño! Cuando, mirando hacia abajo, veíamos el sitio donde habíamos almorzado, nos sorprendió sobremanera lo alto que nos encontrábamos en relación á lo bajo que nos parecía estar el descenso en comparación con lo que faltaba todavía para llegar á la cumbre. Echamos la vista al cielo, y sólo vimos una parte de la grieta; la otra la tapaban las nubes. Retroceder en aquel caso hubiera sido cobardía manifiesta. «¡Arriba hasta donde podamos, Gregorio —le dije—, y no piense en mí, que yo llevo seguridad completa! ¡Adelante!»

Sin decir más, nos atamos fuertemente la cuerda á la cintura, cada uno por un extremo, y empezamos la subida. *El Cainejo* tomó la delantera, lo más difícil, y yo seguí de cerca, poniendo los pies y las manos donde él había puesto los suyos, y así fuimos trepando un buen pedazo.

A veces mi compañero no alcanzaba el saliente á que agarrarse, y entonces mi cabeza primero y mi puño cerrado después eran á modo de escabeles de un encumbramiento que no tenía nada de retórico. Una vez en firme, sus buenos puños, tirando de la cuerda, contrarrestaban el efecto de la gravedad en mi persona. Y así subíamos y subíamos sin cesar, sin pronunciar más palabras que aquellas de «muy bien», «al pelo», «adelante», con que yo iba animando todo el tiempo al bravo amigo, que tenía sin cesar por encima de mi cabeza.

Cuando la grieta se cerraba demasiado, poníamos la espalda á un lado y los dos pies al otro, empujando yo siempre al de arriba, tirando éste por mí á cada momento. No mirábamos abajo por no impresio-

narnos, por no distraernos del único objetivo, y porque los cinco sentidos nos eran sumamente precisos. Pero cuando á hurtadillas lancé una vez la vista por debajo de mí..., no vi nada; estábamos en plena niebla, en la nube.

Feliz casualidad, que nos borraba el peligro, si no de la realidad, al menos de su visión, un tanto incómoda. Apenas habíamos subido algunos metros, cuando los gritos de Gregorio y unos cuantos golpes en la peña llamaron mi atención sobre la inminencia de algún peligro, y me dejaron inmóvil, con la cabeza pegada á la roca. Una piedra más que regular, arrancada por la tirantez de la cuerda, pasaba roncando á algu-

nos centímetros de mi oído. La vi desprenderse por encima de mí y la sentí pasar á mi lado; después, ¡nada!... Ni volvió á tropezar con la roca, ni la oí llegar á ninguna parte. Así, aunque la vista no nos decía gran cosa, el oído nos hacía comprender una porción de ellas alarmantes. Cuando se desprendía alguna otra, pegaba de nuevo la cabeza á la peña y tarareaba

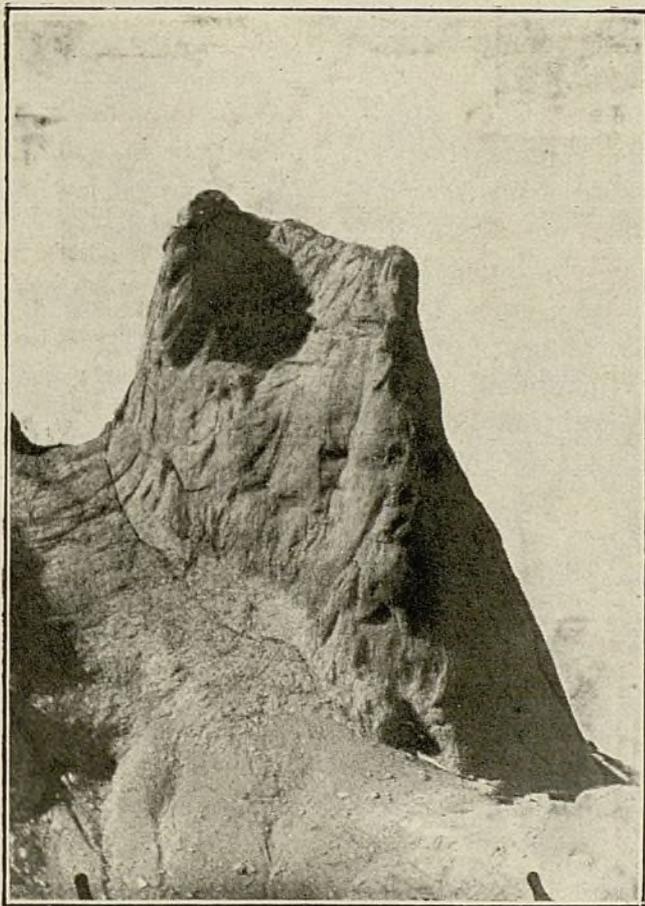
cualquier cosa, ya que me era imposible taparme los oídos.

De este modo fuimos subiendo por aquel canalizo estrecho é interminable, hasta que oí decir al *Cainejo*: «De aquí no pasamos, don Pe-

dro.» ¿Qué había allí? ¿Qué clase de obstáculos se oponían á nuestro paso? ¿Era la pared vertical, el ángulo hacia afuera, la roca lisa? Nada de eso: era una saliente de roca, á modo de panza de burro, que obstruía la grieta, la chimenea, el paso por donde nos escurriamos, avanzando sobre el precipicio por encima de la cabeza de Gregorio.

Este tanteaba á derecha é izquierda por ver si encontraba asidero alguno;

pero todo era inútil. Yo subí hasta llegar junto á él, y, por mi parte, también escudriñé lo que pude; pero con igual resultado. Habíamos llegado á lo verdaderamente impracticable, á lo inaccesible. Tenía yo mi cabeza á la altura de la cintura del *Cainejo*, y estábamos ambos quietos, sin decirnos nada, presintiendo la honda tristeza que iba á apoderarse de nosotros al



El Naranjo de Bulnes, visto desde el Sur.

comparar las penalidades sufridas con el poco fruto de tanto esfuerzo.

No sabíamos á qué altura estábamos; pero presumíamos que no debería faltar mucho para llegar á la cumbre. La nube había empezado á clarearse por encima de nosotros, y era algo así como anuncio de un paraíso perdido para los que iban ya teniendo la conciencia de no poder alcanzarlo. ¡Qué habrá allá arriba, en aquella cima inmaculada, adonde nunca llegaron los hombres! Así estábamos los dos, mudos, esperando, sin duda, que alguna inspiración divina nos determinase algo, cuando, para cambiar de postura, tropezó mi mano izquierda con una grieta oculta que parecía estar hecha para ella. ¡Qué sujeción la que había encontrado!... «Gregorio—le dije—, yo tengo aquí un agarradero magnífico. Póngase usted sobre mis hombros primero, luego su pie izquierdo sobre mi mano derecha, y verá usted cómo le aúpo. Y una vez que usted pueda echar los brazos por encima de esa panza, si no está del todo lisa, ya se agarrará usted y se ayudará con las rodillas.» Pues ¿qué? ¿No había yo levantado la gran pesa, *la Sultana*, en el gimnasio de Sánchez? «¡Sin miedo, Gregorio!», le dije. Así lo efectuó, y, echándome yo hacia atrás sobre la piedra para empujarlo hacia arriba, lo icé por encima de aquel estorbo maldito.

Una vez arriba, sus brazos se encargaron de mí, levantándome en vilo con la cuerda...

La nube había descendido, ó nosotros la habíamos pasado; un cielo azul y un sol espléndido doraba á nuestra espalda el vértice de los picos vecinos; el aire vivificante y puro de la montaña inundaba nuestros pulmones; veíamos la grieta en toda su longitud, y allá, al final de ella, donde se

abría en forma de embudo, debería hallarse la cumbre... El instinto del triunfo, de la conquista, se apoderó de nosotros; subíamos con ansia, no reparábamos en peligros, y no nos decíamos una palabra; todo sonreía á nuestra ambición desmedida; y cuando el embudo se abrió, y la vertical empezó á dejar de serlo, yo me desaté la cuerda, que abandoné al *Cainejo*, pasé á éste, y saltando loco, ebrio de placer y de entusiasmo, entoné al llegar á la cumbre el más formidable *¡hurra!* que dí en los días de mi vida... Era la una y cuarto de la tarde.

El paisaje que divisábamos no era otro que el corazón de los Picos de Europa, visto en medio de ellos: glaciares, neveros, peñascales, torres, tiros, agujas, desfiladeros, vertientes, pedrizas, pozos, rebecos empingorotados en alguna punta, ó mandas de ellos paciendo á nuestros pies en el valle desierto, en la hoya profunda, en el hoyo inmenso, tranquilo y solitario; algunos picos perdiéndose en las nubes, rebasándolas otros, y en todas partes el abismo, el precipicio, encarcelándolos en aquella roca encantada que había sido virgen por los siglos... Allí nos quedamos absortos contemplando un paisaje tan vasto, tan original y tan á lo Gustavo Doré, sin exageración alguna; y allí hubiéramos estado largo rato si el tiempo no nos apremiase para una bajada, como todas, harto más difícil que la subida, y para la construcción de torres ó señales que dieran testimonio de haber estado allá arriba. Desde la una y cuarto hasta las dos y cuarto, una hora justa, estuvimos fabricando con ardor pirámides con las piedras deshechas por el rayo que encontramos en aquella cima inhospitalaria, sin rastro de vegetación alguna.

Una de ellas, hecha á la perfección por mi compañero, será la más duradera; la mía resultó bastante menos sólida. Tres ó cuatro grandes piedras que pusimos una sobre otra podrían considerarse como una tercera torre. Al concluir ésta era ya necesario empezar la bajada cuanto antes. «¡Adiós, Picos de Europa, en cuyo corazón me hallo; cumbre divina que me prestaste asilo; grandioso panorama que contemplo!... ¡Adiós, región eterna de las nieves, alcázares de piedra soberanos, simas profundas que os tragáis las nubes!... ¡Adiós, pirámides que en recuerdo de tanta belleza fabricamos!... ¡Vosotras persistiréis, si el rayo no os deshace, allí donde nosotros brevemente pisamos, sin duda por la ley general de que la duración del placer se halla en razón inversa de la intensidad del mismo!... ¡Vosotras testificaréis nuestra subida, no para halago de necia vanidad, que no sentimos, sino como ejemplo y emulación á los esfuerzos, y como timbre de gloria para hacernos acreedores á una inmortalidad en el Paraíso de los Picos, en el verdadero, genuino y varonil Olimpo de los dioses!...» Todo eso y mucho más condensaba mi triste y supremo ¡adiós! á la cumbre sublime que abandonábamos para siempre, y mis naturales tendencias poéticas y filosóficas se acrecentaban á medida del hambre que se iba apoderando de nosotros.

No habíamos comido nada desde las ocho de la mañana; nos quedaban pocas energías, y era de todo punto preciso un nuevo esfuerzo, dejándose de romanticismos, para emprender con calma y plena posesión de la realidad nuestro descuelgo por aquellas rocas.

El procedimiento seguido fué el siguiente: para mí, como á la subida, lo más có-

modo y hacedero, bajaba delante, cuándo de pecho, cuándo de espaldas al muro, y mi compañero me deslizaba teniendo de la cuerda hasta que tocaba punto firme.

En cuanto á Gregorio, ¿cómo bajaba sin que alguien por arriba le fuese teniendo y soltando cuerda? He aquí cómo nos arreglábamos: una vez que yo estaba en firme, comenzaba á subir de nuevo lo que podía, y, estirando el brazo, esperaba con mi puño cerrado, pegado á la peña, uno de los pies del *Cainejo*, quien de allí pasaba á la cabeza y al hombro. Cuando yo no podía subir más, entonces bajaba «como podía», haciendo maravillas de equilibrio y agarrar con los veinte dedos de sus extremidades.

Excuso decir que mientras se descolgaba de este modo, yo me agarraba con todas mis fuerzas á la peña y á la cuerda para poder resistir el tirón, si por acaso llegaba á despeñarse; que de no resistir, dado que íbamos atados con la cuerda, mi suerte hubiera sido igual á la suya. Hubo un paso en que no podía ya dar otro, y yo le oí murmurar: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Cómo subí yo por aquí?»

Oírle decir esto y ordenarle imperiosamente que aguardase, todo fué uno, pues era necesario recapacitar lo que se pudiera antes de exponernos de ese modo. «¿No habrá por ahí—le dije—algún pedazo de roca inseguro, de esos que desprendía la cuerda á la subida, al cual pueda usted atar la cuerda que rodea su cintura? Una vez atada esa piedra por el medio, la mete usted en el fondo de la grieta, tirando luego para cerciorarse de que esté bien segura, y no tiene usted otra cosa que hacer sino descolgarse por ella hasta mis hombros. En cuanto usted llegue á ellos la cortamos, y que ese pedazo se quede ahí para que lo

utilicen otros...» Sin faltar á la modestia, creo que no discurrí del todo mal; pero la práctica que puso *el Cainejo* para efectuar mis teorías superó al cálculo, y allí quedó un buen trozo de cuerda bamboleándose en el espacio; es de pita, y quizás tarde algunos años en pudrirse.

Los pasos que siguieron á éste, difícilísimo, no le aventajaron mucho en comodidad, y á cada instante temía por mi buen compañero.

La panza maldita la bajamos por el procedimiento de la subida, y no hacía mucho que la habíamos abandonado, cuando una nueva imposibilidad de descenso para *el Cainejo* se nos presentó delante. ¿Qué haríamos? ¿Cortar la cuerda de nuevo? Eso sería exponernos á quedarnos sin ninguna, ó poco menos, y para lo que aún nos faltaba, era completamente indispensable. Una nueva reflexión me sugirió una nueva idea:

—¿No habrá por ahí algún saliente firme de peña?—le pregunté.

—Aquí hay uno—me dijo.

—Pues desatémonos los dos y echemos la cuerda por encima; yo tendré aquí fuertemente los dos cabos, y usted se descolgará por dos cuerdas, en vez de hacerlo por una; al llegar á mí, tirar de un extremo y quedamos con ella.

Porfiaba *el Cainejo* que la cuerda no daría para tanto; yo le aseguraba que sí, y, por fin, los hechos me dieron la razón. Gregorio llegó á mis hombros sano y salvo; y tirando por un extremo..., la cuerda no venía: se había enganchado arriba... Tiramos por el otro extremo, aflojamos al contrario, tiramos de nuevo; nada. Entonces, haciendo un supremo esfuerzo, me subí lo que pude, imprimí un fuerte movimiento ascensional en S á la cuerda, y dando un buen tirón, nos quedamos con ella.

Admiraba su memoria, tenía cierta fe en sus seguridades, y me abandoné á sus propósitos. «Crea usted —le dije— que yo, en su lugar, me perdería cien veces»; porque no hay que olvidar que la niebla nos envolvía por completo, lo que si era cómodo en una grieta donde no cabía perderse, era sumamente peligroso allí donde la grieta, ramificándose en las llambrias, desaparecía. Por eso mis temores eran de sobra fundados, siendo tanto así, que á las siete de la tarde ya no sabíamos dónde estábamos... «¿Lo ve usted?», fué todo lo que le dije.

Aguardamos un poco á ver si alguna brisa descorría la nube y á ver si se hacía algún claro. Este apareció, y tan sólo divisamos una pared, cortada á pico, á nuestra cabeza, y otra, cortada á pico también, á nuestros pies. Volvimos hacia atrás á duras penas, escudriñando con ojo avizor cuanto pudimos por las llambrias, cambiando pareceres sobre el sitio hacia donde caería la llambrialina. Nos desatamos; Gregorio, no sé cómo, se perdió en la nube; yo me quedé con la cuerda, pensando en la noche de muerte que íbamos á tener que pasar atados á las rocas, y ante perspectiva tan poco seductora, reduplicué mis esfuerzos indagatorios, metiéndome por sitios de donde luego con gran dificultad salía.

Eran las siete y media; empezaba á oscurecer, y yo á pasar un mal rato, cuando resonó la voz de Gregorio: «¡Don Pedro, ya pareció la llambrialina!...» Se había orientado por el estiércol de un vencejo de montaña que vió á la subida.

Y aquí puede decirse que terminaron nuestras penas. La llambrialina, después de lo pasado, y atados, la atravesamos como si tal cosa. No lejos estaban los morrales. Cuando llegamos á ellos, un chorizo

cogido á escape y comido andando nos llevó á la fuente de la mañana, que medio agotamos. La noche cerrada nos cogió á la entrada de la canal de Camburero. Nos perdimos de nuevo; dimos voces á los pastores, y tan sólo contestaron las piedras que desprendían los robezos, á quienes había-

mos despertado. Comprendimos que estábamos aún muy altos, y bajamos más y más por entre infames peñascales. Una voz honda y lejana respondió por fin á las nuestras. Los pastores nos habían oído. A las once de la noche entramos por sus cabañas. Era el 5 de agosto de 1904.

PEDRO PIDAL.

Socio honorario del C. A. E.



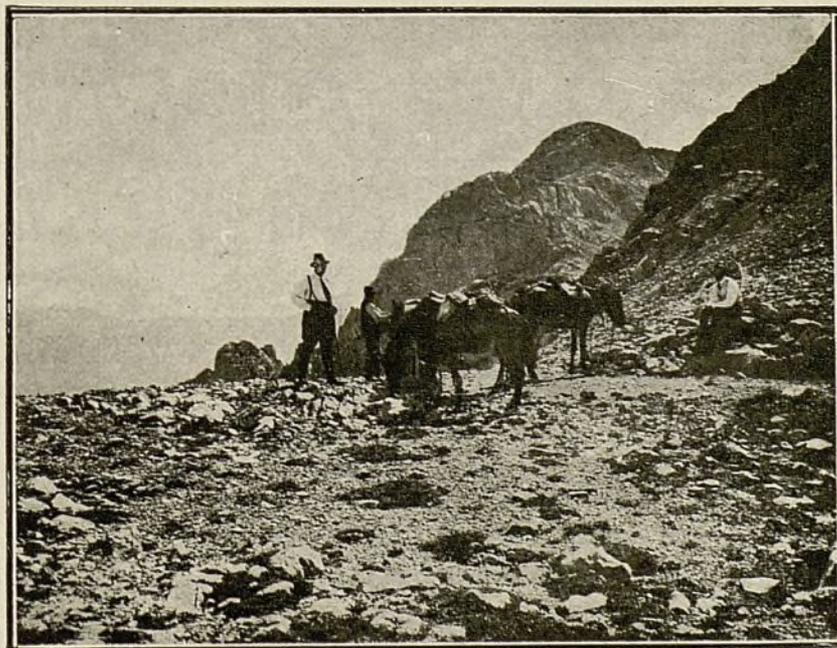
Ayuntamiento de Madrid

EN LOS PICOS DE EUROPA
EL MACIZO ORIENTAL

TODO aquello que excede de los límites de lo natural es difícil de explicarlo; causa en el ánimo una sensación tan grande y tan extraña, que las palabras de nuestro riquísimo idioma nos parecen todavía insuficientes para que los demás lleguen á comprender con exactitud lo que nosotros hemos visto y sentido. ¡Los Picos de Europa!... ¡Qué magnitud, qué grandeza!

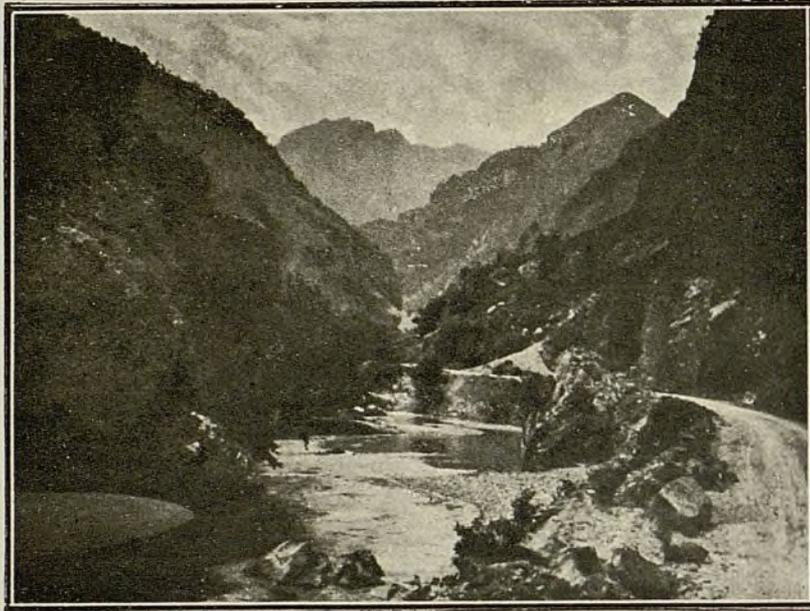
Yo no sé qué voz interior me dice al comenzar estas líneas: «Da á conocer al artista estos nuevos horizontes; dile que aquí tiene manantiales de inspiración, que aquí encontrará asunto el que tenga genio y sangre ardiente, el que busque los contrastes violentos, el que desee lo ideal y lo fantástico, el apasionado. Dile al poeta que éste es el campo apropiado á la fantasía; que aquí tiene aire en que volar su imaginación; que escuchará embelesado las dulces armonías entonadas por la música de la Naturaleza cuando el sol hace jirones las

nubes que de mañana quieren obscurecer la luz del valle y sus pueblecillos; que también encontrará en la lucha de los elementos algo nuevo que le inspirará, algo que no podemos contemplar cada día: la transición brusca de la calma al bramido de la tempestad, de la tranquilidad al huracán desenfrenado; y que si su afición le lleva á las grandes alturas, podrá contemplar lo que yo he visto: el espectáculo curioso de tener bajo sus plantas un mar de nubes bajas que, más que nubes, parecían una



Tiros de la Infanta.

(Fot. Prast.)



Valle de Hermida.

(Fot. Prast.)

masa hirviente pugnando por invadir los repliegues de las montañas, pliegues gigantes que forman un conjunto sobrenatural. Podrá admirar una tormenta, oír el estallido del trueno, ver salir de la masa de nubes los fulgores del rayo, mientras sobre su cabeza brilla en un cielo sereno el sol de una tarde de estío.» Cuando yo contemplé este espectáculo, creí que soñaba, creí hallarme en el cráter de un volcán inmenso; aquel cuadro me atraía; y cuando la realidad volvió á imponerse, sufrí pensando en que no podría reproducir gráficamente lo que yo había visto para que todos lo conocieran.

Sería inmensa mi satisfacción si supiera que las fotografías que ilustran este mal hilvanado artículo sugerían al que las contemple el deseo inmediato de conocer este país, de visitarlo, de recorrerlo palmo á palmo; que le hicieran sentir un amor por lo nuestro análogo al que los extranjeros

sienten por lo suyo. Yo quisiera que cada español fuera un heraldo que pregonase las excelencias de su patria, que los pintores reprodujesen infinitas veces estos rincones fantásticos, que el poeta los cantara, que el rico contribuyera con su presencia al movimiento y desarrollo del turismo, y, por último, que el Estado emprendiera una campaña entusiasta y positiva en su favor.

Yo sé muy bien que no basta hablar de las cosas, que es necesario

explicarlas, y en lo referente á excursiones es preferible referirlas como uno las realizó, procurando quitar detalles, que no sólo no contribuyen á la mejor comprensión del asunto, sino que le quitan amenidad. Comenzaré por la excursión al sitio que en el país llaman Los Tiros de la Infanta. Es tal vez la más cómoda, pero también la menos interesante, si el alpinista busca los cambios de paisaje.

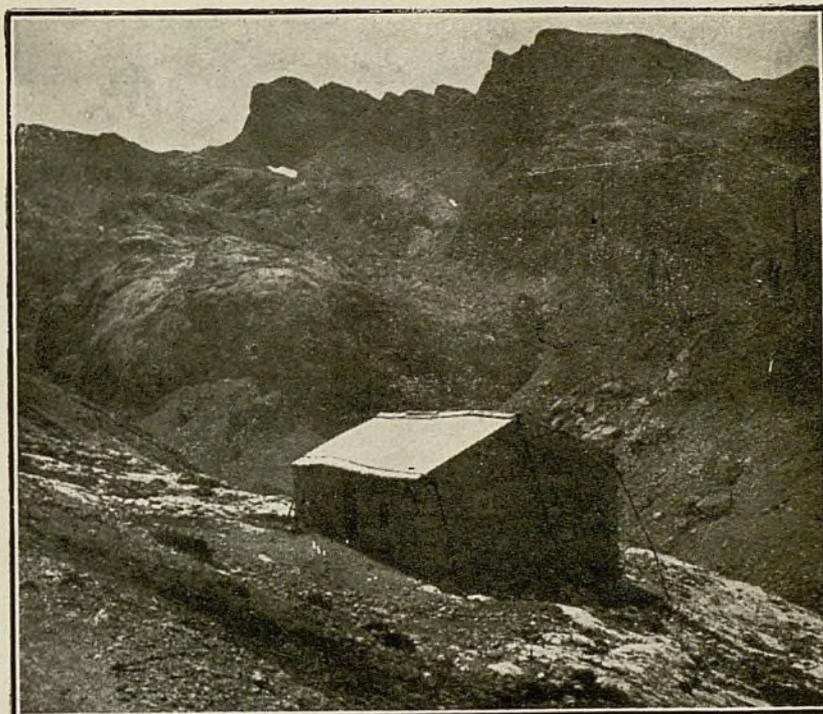
Se empieza en La Hermida, pueblo que á lo sumo cuenta con treinta vecinos, situado en el valle que riega el río Deva; y es tal la estrechez de la garganta, que para mirar al cielo se hace necesario levantar por completo la cabeza. Este pueblecito, no obstante hallarse muy internado en el macizo de montañas, no está más que 150 metros sobre el nivel del mar. A un kilómetro de él se encuentran las llamadas Termas de la Hermida, y en su hermoso hotel se puede establecer el cuartel

general para todas ó casi todas las excursiones á las alturas de la provincia de Santander. Puesto en marcha el alpinista, con el guía, y de mañana, cantando, unos ratos á pie y otros... andando, á la hora de camino, y siempre subiendo, llegamos á Bejes, pueblo ideal. Sus vecinos son amables con el viajero, caritativos con el pobre, compasivos con el enfermo: á tanta altura seguramente es más fácil el ser bueno; ¡la proximidad del cielo debe influir mucho! Sus casas parecen haber sido construídas por golondrinas,

nunca por seres humanos: de tal modo se hallan colgadas de las peñas. Desde allí, y después de un ligero descanso, fuimos andando y desandando el camino por una vertiente que al llegar á su final mostraba á nuestros pies el trabajo empleado en subirla, y que pertenece á la categoría de las que, con pocas excepciones, hacen exclamar como un consuelo: «Rodando, ¡qué pronto bajaría!»

Rápidamente el camino vuelve y se interna en el valle de Tresviso, amplio y rocoso; los del país llaman á la vuelta del camino el Doblillo, y siguiendo su excursión se llega á las minas de Andara y lago del mismo nombre.

Hasta aquí el trayecto es de unas cuatro horas; pero se compensa la fatiga de la marcha con el hermoso panorama que se divisa. En toda la parte este de los picos

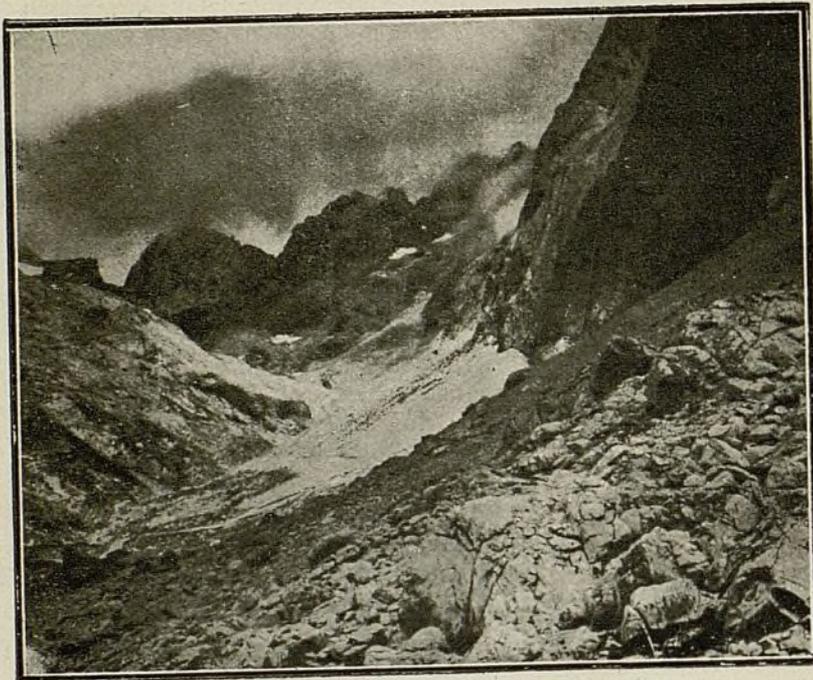


Vertiente del Lago de Ándara y Tiros de la Infanta.

(Fot. Prast.)

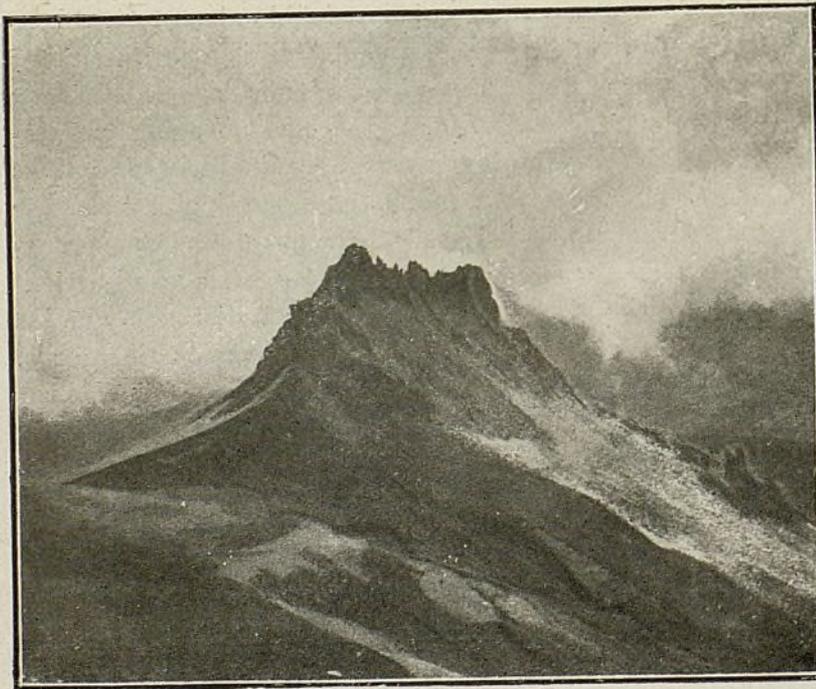
es muy corriente, debido al carácter rocoso del terreno, que el alpinista sufra errores constantes al relacionar las distancias y las alturas, pues como no existe vegetación alguna, no se pueden escoger puntos de comparación para el cálculo, y el color gris de la peña hace que unas lomas parezcan continuación de las otras, no advirtiéndose de momento la gran distancia que las separa, muchas veces de varios kilómetros, causando decepción grande al subirlas ver indefinidamente lejos el pico á que se quiere ascender, pareciendo que nos dice, como el personaje de *Bohemios*: «Arriba, amigo..., arriba.»

Hecho un ligero descanso, se continúa la ascensión por la parte oeste del lago Andara, con bastante buen camino durante hora y media; y ya cuando la excursión toca á su fin hay un paso algo difícil al



Peña Vieja.

(Fot. Prast.)



Pico Koriscao.

(Fot. Prast.)

escalar las peñas Tiros de la Infanta, llamadas así porque sirvieron de puesto de ojeo á S. A. la Infanta D.^a Isabel.

Ahora, para terminar, reseñaré ligeramente la excursión desde La Hermita por Potes á Peña Vieja. Esta excursión es interesantísima y necesita un libro entero para reseñarla.

Desde La Hermita serpentea el camino ante el valle de Leñarrubia y Lebeña, lugar donde se encuentra la célebre ermita, cuya fundación data del siglo IX (monumento nacional), y que se conserva en magnífico estado: es de estilo románico primitivo, hallándose rodeada de grandes montañas, en las cuales se pueden admirar algunas curiosidades, entre ellas la Cueva de la Mora, desconocida en parte, y un poco más allá las ruinas del castillo de Piedragita, del que no se conserva más que un muro en pie.

Saliendo del valle de Lebeña, vuelve á estrecharse la garganta de montañas por la cual sigue la carretera, y al desembocar á Peña Ventosa se ve de nuevo el

lejano horizonte, y en sus últimos confines las cumbres de los Picos, lugar adonde nos dirigimos.

A los lados del camino vamos dejando pueblecillos sumamente pintorescos, y á las dos horas de la salida se llega á Potes. No me extraña que un pintor tan realista como Carlos Haes escogiera esta comarca para sus admirables estudios, pues conozco pocos pueblos que formen agrupaciones tan notables como éste; parece hecho por un genio artista: sus desniveles, sus casas desiguales, su vegetación, todo respira arte, y se explica que sus habitantes se sientan orgullosos de vivir en él.

Una vez en Potes, mi primera visita fué para mi amigo Bustamante, entusiasta de su pueblo, conocedor palmo á palmo de toda la cordillera de los Picos, y ayuda eficazísima de todos los visitantes de esta región, pues con su amabilidad sin límites y sus grandes co-



Canal de San Carlos.

(Fot. Prast.)

nocimientos de alturas y nombres, y, sobre todo, con sus simplificaciones de itinerarios, hace que el turista en poco tiempo pueda llevar una idea bastante exacta de la conformación del macizo de los Picos de la provincia de Santander.

Decidido á comenzar la excursión de madrugada, y hechos los preparativos de rigor, salimos de Potes en compañía del guía en dirección á Camaleño, distante siete kilómetros, casi en su totalidad por carretera, excepto al llegar al pueblo, que se deja el camino y se interna el visitante por entre prados fertilísimos. El pueblo casi no se podía distinguir á nuestra llegada, pues nos envolvía una neblina fría y fina que nos entumecía, á más de impedirnos ver.

Seguimos subiendo por un buen camino de herradura en dirección á Morgrobejo, situado al Noroeste y distante unos cinco kilómetros de Camaleño, pudiendo disfrutar á la mitad del camino el espectáculo interesante del amanecer, contemplando cómo en singular batalla los rayos del sol luchan con la niebla, intentando abrirse camino á través de sus jirones, tomando éstos las más raras formas y dando lugar á las combinaciones de luz más caprichosas. Al seguir desde Morgrobejo en dirección á la Peña Calbera se hace la subida más acentuada y la vegetación es más espesa, llegando á los 1.000 metros de altura sobre el nivel del mar.

Desde el punto indicado cambia por completo el paisaje: se atraviesa un espesísimo bosque de robles antes de llegar á

los invernales de Iguedrí, que distarán unos tres kilómetros, y, pasando el portillo, se entra en los campos de Aliva, atravesando Campo Menor, llegando al puerto del mismo nombre y Loma del Toro, á 1.500 metros sobre el nivel del mar y á unos ocho kilómetros de Iguedrí.

Aquí comienza el terreno á hacerse más pedregoso y el camino serpentea á las orillas del río Salado, en cuyo nacimiento, á los pies de Peña Vieja, se reúnen con frecuencia grandes manadas de rebecos, que refrescan su boca con las piedras salitrosas y luego beben agua en el manantial origen del citado río, que se encuentra á unos 2.000 metros sobre el nivel del mar.

Desde este punto á Lloroza no hay más que tres kilómetros, y allí se encuentra el caserón de las minas, al que rodea el Circo de Peña Vieja, término de la excursión, pues el subir hasta el mismo pico (2.642 metros) no compensa el trabajo realizado el panorama que desde él se divisa, pues casi es el mismo que el que se descubre desde su falda.

El resumen de esta excursión es el siguiente: siete horas de marcha á paso no muy largo, y una distancia recorrida de 28 á 30 kilómetros aproximadamente.

ANTONIO PRAST.

Secretario del Club Alpino Español.

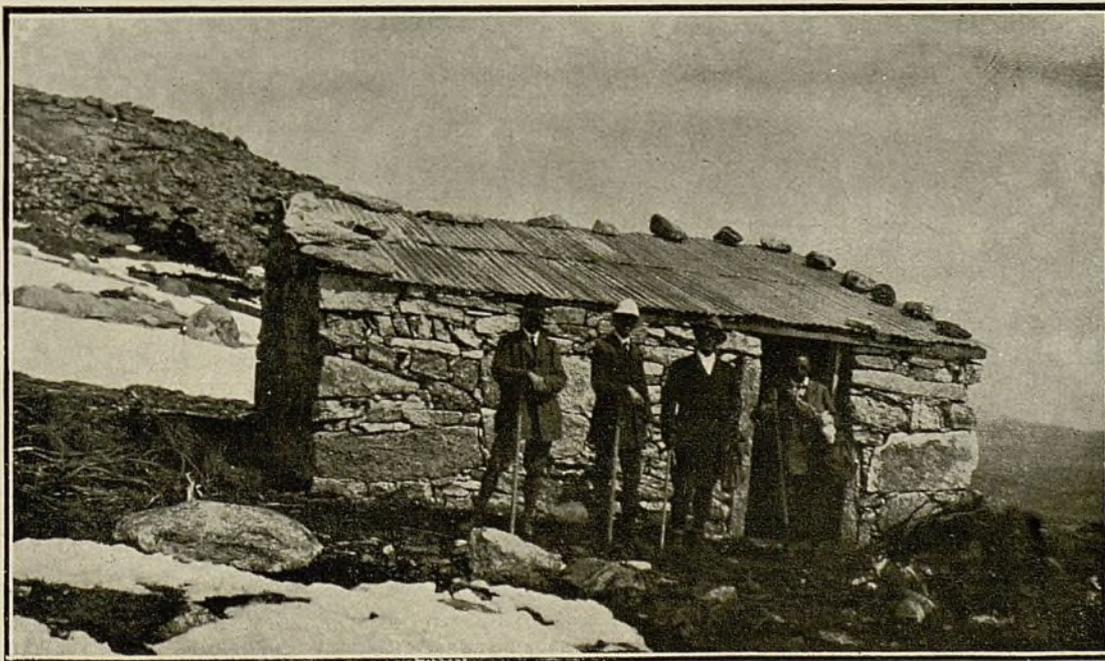


EN LA SIERRA DE GREDOS
EXCURSIÓN OFICIAL ORGANIZADA POR EL C. A. E.

DESPUÉS de cuatro ó cinco años de fracasadas tentativas por causa del mal tiempo, las más sobre el terreno, para conseguir, después de atravesar la famosa Laguna, completamente helada, escalar el Almanzor, pude ya por tercera vez en esta época pisar con mis tres incomparables compañeros de excursión (Sres. J. Rábago, M. Rodríguez Arsuaga y T. Varela) la cima de aquel monolito de grandeza sublime y salvaje.

Un natural deseo de acortar la distan-

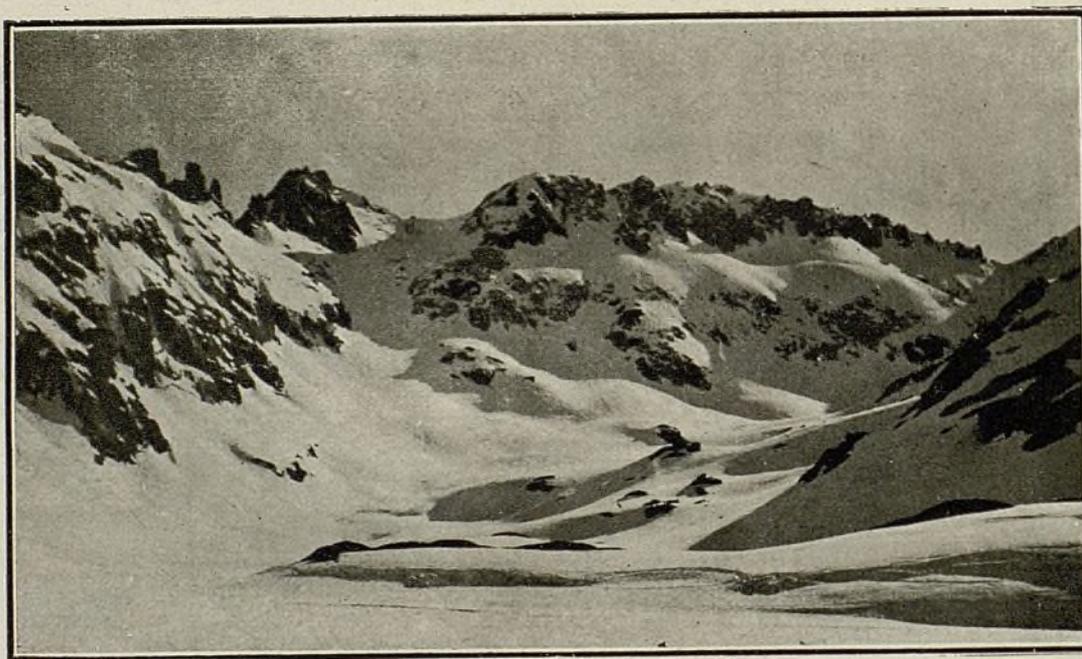
cia que separa aquella sierra del mundo civilizado nos indujo á última hora á un cambio de itinerario, abandonando el de Avila á la Fonda de Santa Teresa por el puerto de Menga, que tanto he preconizado y seguido yo en las más de mis expediciones anteriores. Sin dejar de reconocer que el nuevamente escogido es más largo que el anterior para llegar á Hoyos del Espino, término de nuestra primera jornada, la perspectiva de prescindir de la anticuada diligencia, en la que teníamos que enterrarnos durante siete horas para hacer



Refugio del Club Alpino Español (1.980 metros).

38 kilómetros, me decidió á recomendar este otro, único que me quedaba por conocer para subir á Gredos. Satisfecho de esta prueba, prefiero, en vez de relatar la expedición metiéndome en prosas que no entiendo, diseñarla, incluyendo algunos datos en el diario y horarios exactos, que se tomaron escrupulosamente por el Sr. Varela, á fin de que pueda servir de base para otras expediciones.

para Villafranca (siete pesetas asiento)..... 6,30
Venta de Juan Lorenzo..... 9,23
 Altura, 1.075 metros. Se toma la carretera provincial de la venta á Villafranca (quince minutos á pie). Posada de Valentín Duel; almuerzo. (Hay seis camas disponibles en ella, á una peseta.) En dos caballerías alquiladas carga-



Circo y Laguna grande de Gredos.

(Fot. Amezuá.)

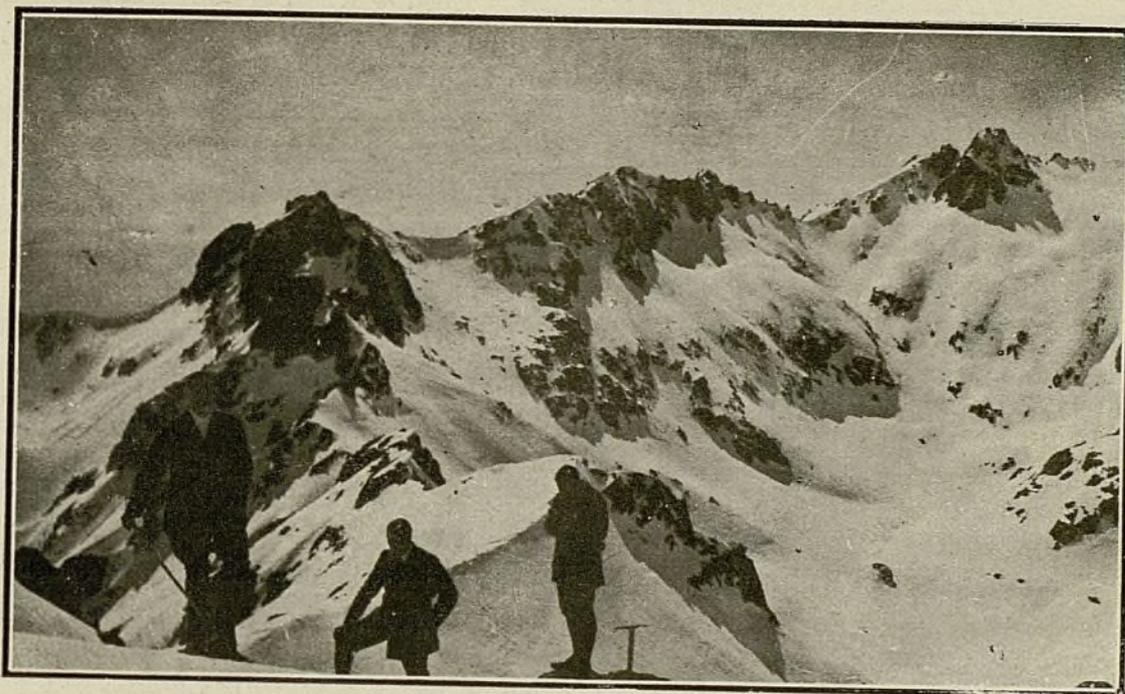
2 de abril de 1912

Salida de Madrid, en el correo de Galicia, á las 17,17
Llegada á Avila (Hotel del Jardín; cena y descanso).. 20,30

3 de abril de 1912

Salida del Hotel Inglés en auto

mos la impedimenta, y á pie tomamos la ruta del puerto de Chía. Salida á las..... 10,30
Navacepedilla (en la carretera descrita, que continuamos)..... 11,30
Puerto de Chía (1.680 metros); al Suroeste el macizo de Gredos (descenso)..... 13
San Martín de la Vega (1.510 metros); termina la carretera..... 13,50



Almanzor, Cuchillar de las Navajas y Casquerazo, desde el Risco del Fraile.

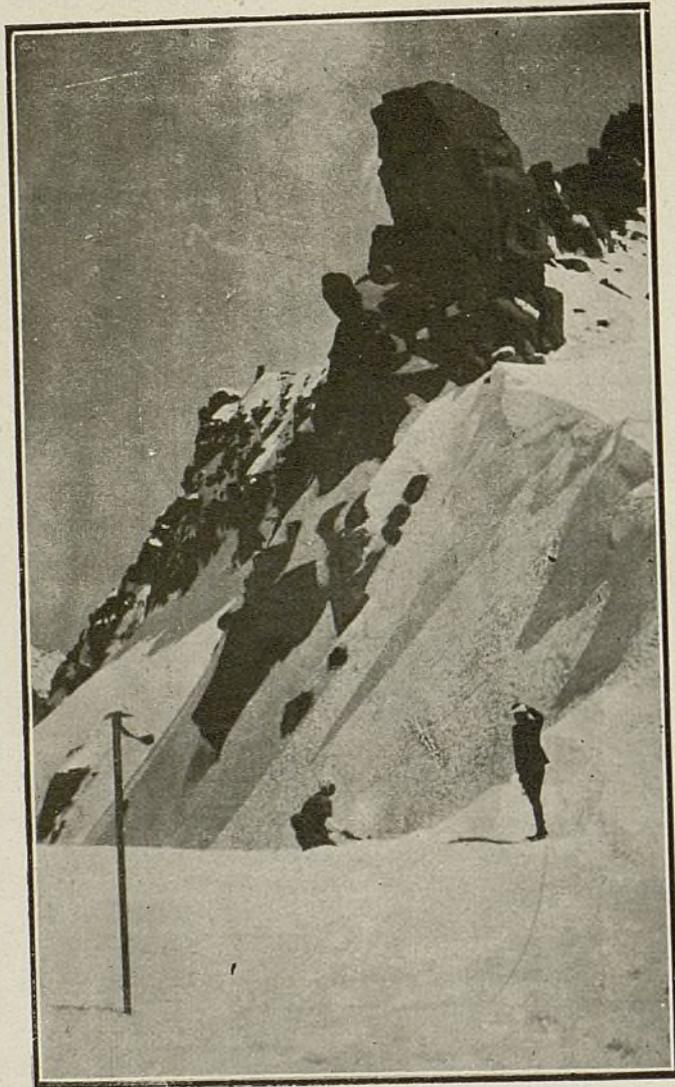
(Fot. Amezua.)

Descanso y almuerzo. Continuamos á las..... 15,15
Puerto de Cañada Longa (neveros) (1.830 metros); descendemos á
Hoyos del Espino (1.490 metros)... 17,30
 Excursión al río Tormes; cena y arreglo en casa de D. Justo Muñoz de todo lo necesario para la expedición.

4 de abril de 1912

Hoyos del Espino. Salida á las... 7,15
 Buen tiempo; sol espléndido y hermosa vista de los Picos, todos cubiertos de nieve, que aparecen al Sursuroeste.
Puente del Duque, sobre el río Tor-

mes. Temperatura, 0 grados centígrados..... 7,35
Pontón de la Isla (descanso)..... 8,15
 Paso del arroyo sobre dos maderos. Continúa el camino por unos prados á buscar el camino ascendente á la collada del
Alto del Durano (1.620 metros). Temperatura á la sombra, 10°... 8,55
 Orientación: al Suroeste el prado Zas y Escaleruelas, hacia donde nos dirigimos; al Noroeste queda Hoyos del Espino; descendemos por el
Prado de las Excomuniones en busca del paso del
Arroyo y Garganta de Barbellido, atravesando más tarde el
Torrente del Prado del Puerto, y llegamos al chozo del



La Portilla Bermeja, camino del Almanzor. (Fot. Amezua.)

<i>Prado del Puerto</i> (1.575 metros) á las.....	10
<i>Garganta de las Escaleruelas</i> (subiendo á 1.700 metros).....	10,30
<i>Refugio del Club Alpino Español</i> (1.980 metros), en el límite de las jurisdicciones del Prado de las Pozas.....	11,15
Descanso; almuerzo. Salida (todo ya sobre nieve).....	12,15

<i>Cantos del Pio-Pio</i> (camino de Majada Somera).....	13,38
<i>Majada Somera</i> (2.400 metros). Ascensión pronunciada.....	14
<i>Altos del Morezón</i> (2.526 metros).....	14,15
Aparece repentinamente toda la crestería de los Picos de Gredos, el fondo del Circo y la Laguna, cubierta totalmente por la nieve. ¡Espectáculo imponente y grandioso!	
<i>Risco del Fraile</i> (2.545 metros).....	14,25
Descanso hasta las.....	14,45
Paseo por los altos y descenso vertiginoso á la Laguna por la máxima pendiente del ventisquero oeste del Morezón en unos minutos; desnivel recorrido: 500 metros de elevación.....	
<i>Laguna de Gredos</i> (2.025 metros). Fotos, y paseo por encima de ella.....	15,10
<i>Peña de Brunilda</i> ; ascenso largo y pronunciado al....	16,30
<i>Alto de los Barrerones</i> (2.500 metros). La Laguna queda al Sursuroeste.....	17,30

Refugio del Club Alpino Español (atravesando todo el Prado de las Pozas)..... 18,15
 El guía Policarpo Muñoz (*Polis*) tiene todo arreglado, incluso la cena. Comentarios y arreglo de viandas y morrales para el día siguiente. Dormimos admirablemente sobre un tablado y sacos de paja. Buena lumbre.

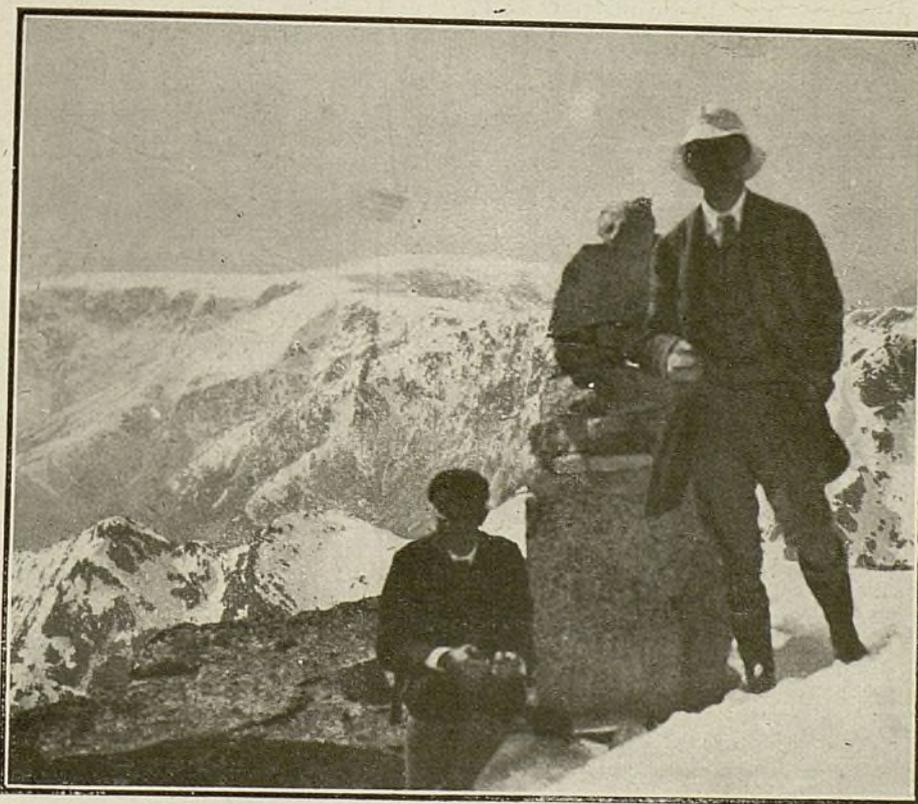
5 de abril de 1912

(Viernes Santo).—As-
censión al Almanzor

<i>Salida del Refugio</i> (en él queda <i>Polis</i>); subida al	8,30
<i>Alto de los Barrerones</i> (2.500 metros); descenso á la.....	9,20
<i>Laguna de Gredos</i> (2.025 metros), que atravesamos por el centro..	10,30
Almuerzo y descanso hasta las....	11
<i>Hoya del Crampón</i> (2.400 metros).	
Descanso. Subida penosa á.....	12,05
<i>Portilla Bermeja</i> (2.545 metros)...	12,30

Debíamos, como anteriormente habíamos hecho, atacar la Portilla del Crampón, que queda á la derecha; pero estaba su canal muy en sombra, y temí que la nieve, ya muy dura á aquellas alturas, fuera hielo y nos obligara al empleo del *piolet* y cuerda, perdiendo mucho tiempo en llegar á ella; visto lo cual nos dirigimos á esta otra. Comienza la ascensión dura por la arista que nos lleva en dirección del Almanzor, y pronto se presentan los pasos malos, que obligan á

atarse y á servirse del *piolet*. Perdemos cerca de una hora en descolgarnos á la Portilla del Crampón, adonde llegamos á las 13,20. Continuamos subiendo por la vertiente oeste, atravesando pendientes de hielo de 45 grados, llegando al fin á la base granítica y vertical del cono terminal, que escalamos á pulso, y gracias á la cuerda y puños de todos. Yo, que hago de guía, al izar una de las veces al Sr. Varela le desfondo con la lazada de la cuerda que le sujeta el estuche de los aparatos meteorológicos del bolsillo de pecho de la americana, y desaparecen dando botes gigantescos hacia las torrenteras de la Vera, que se se-



Cúspide del Pico Almanzor (2.650 metros).

(Fot. Amezu.)

pultan á nuestros pies. Hacemos caso omiso del percance, recordando que una imprudencia puede dirigirnos por el mismo camino. Al fin coronamos la cúspide de la *Plaza de Almanzor* (2.658 metros). (Coello)?..... 15

Breve refrigerio. Fotos. Dejamos un tubo de cinc y tarjetas, y comienza el descenso, verdaderamente peligroso, á la..... 15,10

Portilla del Crampón..... 15,25

Huyendo de los pasos malos anteriores, nos dirigimos hacia el Oeste sobre unos glaciares con inclinaciones de 40 á 50°. Hay que tallar los pasos uno á uno. Operación penosísima. Tardamos una hora en atravesar 25 metros. Sudamos tinta. A nuestros pies la canal por donde desaparecieron los aparatos.

Portilla Bermeja. (¡¡Al fin!!)..... 16,45

Laguna de Gredos. Llegada y merienda. Almuerzo..... 17,30

Salida..... 18

Alto de los Barrerones..... 18,50

Refugio del Club Alpino Español (llegada). Cenamos y dormimos como troncos..... 19,30

6 de abril de 1912

Lo dedicamos al descanso, baño y descenso á Hoyos. Por la noche gran conferencia en honor de los socios de la Gredos-Tormes.

7 de abril de 1912

Salida de *Hoyos del Espino*..... 8

San Martín de la Vega..... 10

Puerto de Chía..... 10,45

Venta de Juan Lorenzo (Villafranca). Almuerzo..... 13

Llegada del automóvil de Piedrahita..... 15

En Avila (Hotel Inglés)..... 18

8 de abril de 1912

Salida de Avila en el correo de Galicia..... 5,30

Llegada á Madrid (Estación del Norte)..... 8,45

Coste aproximado de la expedición por persona, 75 pesetas.

* * *

He aquí una expedición que se recomienda al realizarse en esa época invernal, y que mientras no varíen los medios de transporte de Avila á la Fonda de Santa Teresa puede competir en cuanto al itinerario con este otro, á pesar de ser de mayor duración el recorrido de sus trayectos.

Tengan presente los turistas que la estudien que las horas de salida de los automóviles se adelantan en verano, y no olviden que en la Sociedad Gredos-Tormes y en su mantenedor D. Justo Muñoz, secretario de Hoyos del Espino, encontrarán facilidades y medios para visitar aquellos parajes.

MANUEL DE AMEZUA.
Presidente del Club Alpino Español.

SIERRA DE GREDOS

APUNTES DE UN EXCURSIONISTA



LEGAMOS á Ávila cuando es de noche; el ómnibus rueda por las calles obscuras y tristonas, rompiendo el medroso silencio con la alegría de sus cascabeles. Junto á un hotel detiene su carrera; en un cuarto limpio, escondido, queda nuestra impedimenta; los *piolets*, acostados en un ángulo de la habitación, brillan al tenue fulgor de la lámpara: parece como si su alma de acero sintiera alegrías y deseos para aferrarse en la negra roca de las cumbres, á estas horas ungidas por el óleo de la luna clara, que por entre las rendijas del balcón mete su pálida luminaria.

Domingo 10

Es la madrugada. El día comienza á alborear; el carromato de la diligencia se tambalea pesadamente al rodar por las calles empinadas y tortuosas de Ávila; pasamos junto á las murallas, aún gallardas y esbeltas, que clavan en el espacio el perfil dentellado de sus almenas; sobre ellas asoman de vez en vez los altos torreones, dominando altivamente la ciudad, la vega, la llanura pajiza, partida en su inmensa desolación por la recta inacabable de la carretera. A buscar ésta vamos cruzando el puente y los arrabales, y á ella salimos escoltados por una doble ringlera de ála-

mos que á ambos lados del camino se yerguen vigorosos, gigantes, prestando el asilo de su fronda rumorosa á una legión de pajarillos que en aquel momento cantan alegres el amanecer.

Cruzamos con gentes del campo, labriego y trajinantes, hundidas las cabezas en las mantas, montados á la jineta sobre mulos trotadores y arrogantes que atruenan el espacio con el alegre campanilleo de sus collarones.

Dejamos atrás la vega del Adaja, y llegamos á la llanura, la desolada inmensidad castellana, cuna de hidalgos, de ascetas, de guerreros y mendigos... Entramos en la patria de aquellos audaces aventureros que desfloraron las selvas vírgenes de América, de aquellos hombres-fieras que asolaron las morunas vegas de Andalucía y de Levante, de aquellos monjes-soldados que llevaron la cruz y la espada hasta los lindes del Sahara, hasta las cimas de nieve de los Andes, hasta los joyantes minaretes de Tierra Santa...

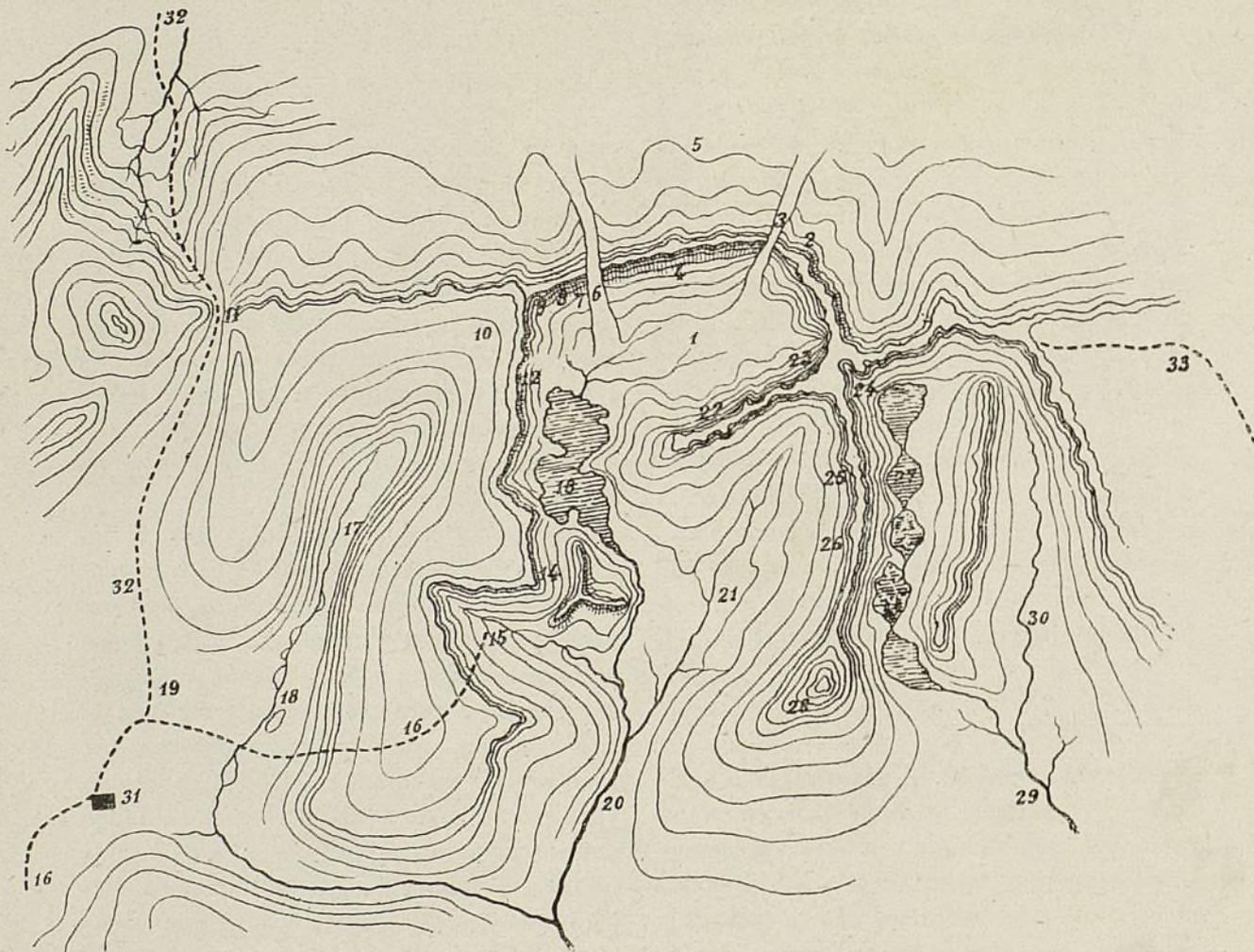
Entramos en la llanura cuyos hijos asombraron á los mundos: Bernardo del Carpio, Torquemada, Santa Teresa, los Comuneros, y aquel que llamaba á rebato con el cuerno de guerra á todos los hombres de buena voluntad, aquel que decía:

Yo soy Ruy Diaz, el Cid Campeador de Vivar...

Lunes 11

La noche no ha sido fría; ha llovido con furia, y esto ha calmado el ambiente, descargando la cerrazón de nubes en un fuerte chubasco cuyo prelude nos sorprendió

en la tarde de ayer, antes de salir del hondo barranco de las Escaleruelas. Fué un momento de pánico y de angustia cuando al ronco tableteo del trueno y al lívido fulgor de los rayos encabritáronse los caballos que desde el pueblo de Hoyos del Es-



Croquis del macizo central de Sierra de Gredos.

1. Fondo del Circo de Gredos.—2. Plaza del Moro Almanzor.—3. Portilla Bermeja.—4. Cuchillar de las Navajas.—5. Riscos del Francés.—6. Portilla de los Machos.—7. Alto del Casquerazo.—8. Hermanitos de Gredos.—9. Risco del Fraile.—10. Navasomera (en que estuvo emplazado el campamento regio).—11. Puerto de Candeleda.—12. Altos del Morezón.—13. Laguna de Gredos.—14. Riscos del Morezón.—15. Sitio mejor para emplazar el campamento.—16-16. Ruta de Hoyos del Espino.—17. Barrera de las Pozas.—18. Arroyo de las Pozas.—19. Prado de las Pozas ó Barbellido.—20. Desagüe de la Laguna y arroyo de Navalperal.—21. El Gargantón.—22. Cerro de los Huertos.—23. Ameal de Pablo.—24. Cuchillar del Güetre.—25. Risco de las Cinco Lagunas.—26. Risco de la Galana.—27. Cinco Lagunas.—28. Mogota del Cervunal.—29. Arroyo de las Cinco Lagunas.—30. Garganta de las Cinco Lagunas.—31. Refugio del Club Alpino Español.—32-32. Ruta de Candeleda.—33. Ruta de Bohoyo y Barco de Avila.

pino transportaban nuestra impedimenta hasta el refugio del Club. En el hondo del pedregoso barranco mugen las aguas del arroyo, acrecidas por el furor de la tormenta; arriba, en las cumbres, llueve despiadadamente; hasta nosotros trae el viento el olor á ozono de la tempestad, el aroma selvático de los piornales humedecidos, de la jara, aún florida, del tomillo y de la salvia.

No eran las ocho de la noche cuando penetramos en la casa de piedra que el Club ha enclavado en la linde del Prado de las Pozas.

El blanco destello del farol de acetileno nos ha servido para no perder antes el sendero tortuoso y abrupto, y, además de este destello, el instinto de orientación de Policarpo Muñoz, nuestro amigo y nuestro guía, que sube desde Hoyos con nosotros.

Cástor y Braulio vienen conduciendo las acémilas en que transportamos la impedimenta.

.....
Hemos regresado de nuestra jornada de hoy; apenas si la lluvia ha dejado de molestar en todo el día, no atreviéndonos á traspasar ninguna cumbre por temor á las inclemencias de un chaparrón. Sin embargo, esta mañana hemos escalado el *Risco Moreno*, ingente peñascal que cae en vertiginoso despeñadero hasta el *Gargantón*, hondohada profunda por donde las aguas que salen de la laguna se precipitan en atronadora algarabía en busca del valle del Tormes. Después nos hemos acercado hasta el ventisquero del Morezón.

Regresamos al caer la tarde; el sendero que va desde la laguna hasta el refugio quédase muy atrás; llegamos á un nevero de rica agua, donde hacemos alto para paladearla. Descendemos un momento para

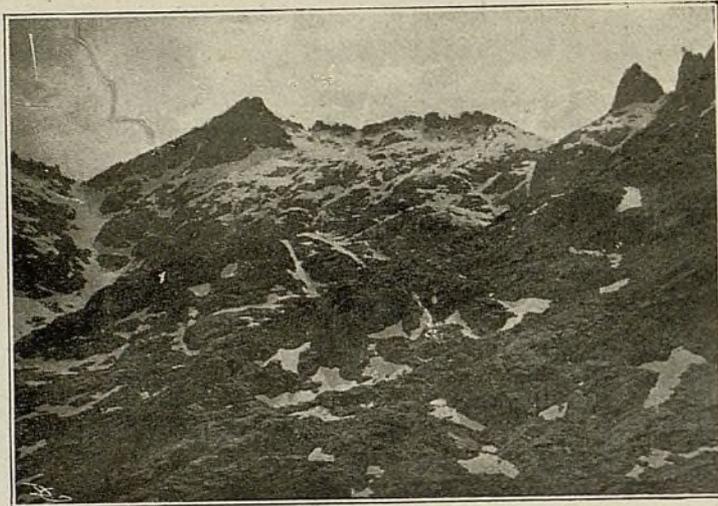
llegar á los *Pelaos del Colgadizo*; desde ellos alcanzamos á ver el refugio, y junto á él el descomunal peñote que le protege del viento suroeste, y en su base la humareda de la fogata con que Braulio, el cocinero, estará asando la sabrosa carne que se subió de Hoyos, para regalarnos con ella en la cena de esta noche.

Saltamos sobre el arroyo de las Pozas, y ya por el llano de la inmensa pradera cumbreña llegamos al refugio, donde la perra guardiana de nuestra impedimenta sale á recibirnos con gruñidos de satisfacción y cabriolas de retozona alegría.

Martés 12

Salimos del refugio cuando aún es de noche. Nuestro camino es el mismo que trajimos en la tarde de ayer. Al remontar la pendiente de los *Pelaos* el día comienza á alborear. Las líneas de los collados se afirman más claramente sobre la azulina blancura del cielo. En el fondo de los valles el humear de las aldeas se confunde con la tenue neblina matinal. Corre un viento frío y sutil; lomas de las derivaciones de las cordilleras se extienden en suaves ondulaciones; tras ellas se alarga hasta el infinito la parda desolación de la llanura: un infinito de tierras tristes y frías, monótonas, solitarias.

Conquistamos la altura del collado, y, apenas alumbrados por la media luz del crepúsculo, nos muestran su fisonomía áspera y brava los altos roquedos de Gredos. Por la empinada ladera de unos prados descendemos hasta los canchales con que se arroja la laguna. A ella llegamos á la hora y media de marcha, en el instante supremo en que la aurora amanece, cuando en los cielos se produce la mágica explo-



El Almanzor y el Ameal de Pablo.

(Fot. González.)

sión de la alborada, llena de encanto y de color.

Nunca mis ojos vieron un amanecer tan espléndido, que como una sinfonía de luz fué dorando los altos chapiteles de la montaña al beso de los rayos madrugeros del sol, iluminado aquel grandioso escenario con las primicias del día, que nace con triunfadora alegría...

Bordeamos la laguna, y en seguida comienza la subida por un canchal inmenso. Vamos á los *Hermanitos de Gredos*, tres colosales florones de granito que emergen de la cumbre como tres dientes gigantes mordiendo en el azul del infinito.

La vista del panorama es sublime: arriba, á nuestra derecha, las crestas atormentadas del *Cuchillar de las Navajas*, la pirámide esbelta y graciosa del *Casquerazo* clavando en las nubes su caperuza de nieve; y más allá, ceñudo, negro, adusto, el *Almanzor*, que empina sobre todas las cumbres su afligranada cúpula, luciendo el encaje brillante de sus neveros, que el sol estival acaricia siempre, sin atreverse

á deshacer la immaculada y nítida blancura de la nieve eterna.

Una pared vertical de rocas negras amenaza con desplomarse, inclinada al abismo cual un acometido de vértigo. Al pie del acantilado profundo las aguas de la laguna reflejan la negrura misteriosa de sus escarpas, y rompen en espumas vaporosas las olas con que el viento riza el límpido cristal del inmenso lago.

Agarrada á las grietas del ingente peñasco, la nieve, en caprichosas vetas, trama fantásticos dibujos. Por un desgarrón con que los hielos tajaron la roca bravía empezamos á caminar hacia la cima. Media hora de gimnasia, prodigios de equilibrio emocionantes coreados con aullidos de entusiasmo apenas vencidos, y unos momentos de funambulismo heroico, para conquistar la *Portilla del Casquerazo*; desde ella, bordeando el picacho á media ladera, llegamos á la *Portilla de los Hermanitos*.

Entretanto, la niebla que sube del valle de la Vera nos encubre en sus cenicientas vedijas, sumiéndonos en una semiobscuridad que nos priva del delicioso panorama. Por consejo del guía Policarpo aguardamos á que despeje para emprender la ascensión del mayor de los *Hermanitos*, en cuya base estamos.

En desesperante inacción esperamos media hora; las nubes no llegan á desgarrarse, y el espíritu audaz y aventurero no se domeña á renunciar á las delicias intensamente salvajes y bravas de la ascensión á aquel monolito, que parece inexpugnable.

Formamos la cuerda Policarpo, Cástor

y yo; Bona empieza á subir solo por el *Casquerazo*, para desde él impresionar unas placas con los incidentes de nuestra subida. Llevamos quince minutos, y sólo hemos ascendido unos veinte metros; estamos en un peldaño estrecho discutiendo las probabilidades de éxito que puede tener el acometer una grieta que en vertical ligeramente ondulada sube hasta una breve plataforma situada hacia la mitad del picacho.

Con gritos lanzados de tiempo en tiempo vamos dando noticia de nuestra situación á Bona, á quien no vemos, pues la niebla es cada vez más densa é impenetrable.

A la media hora conquistamos aquel diminuto escalón, tallado tal vez por los rayos, tal vez por algún trastorno geológico. Desde él no alcanzamos á ver el vértice del pico. Nos lo oculta la niebla, implacablemente densa, que va espesándose cada vez más, hasta el extremo de impedirnos distinguir el relieve de la roca un metro más arriba de nuestras cabezas.

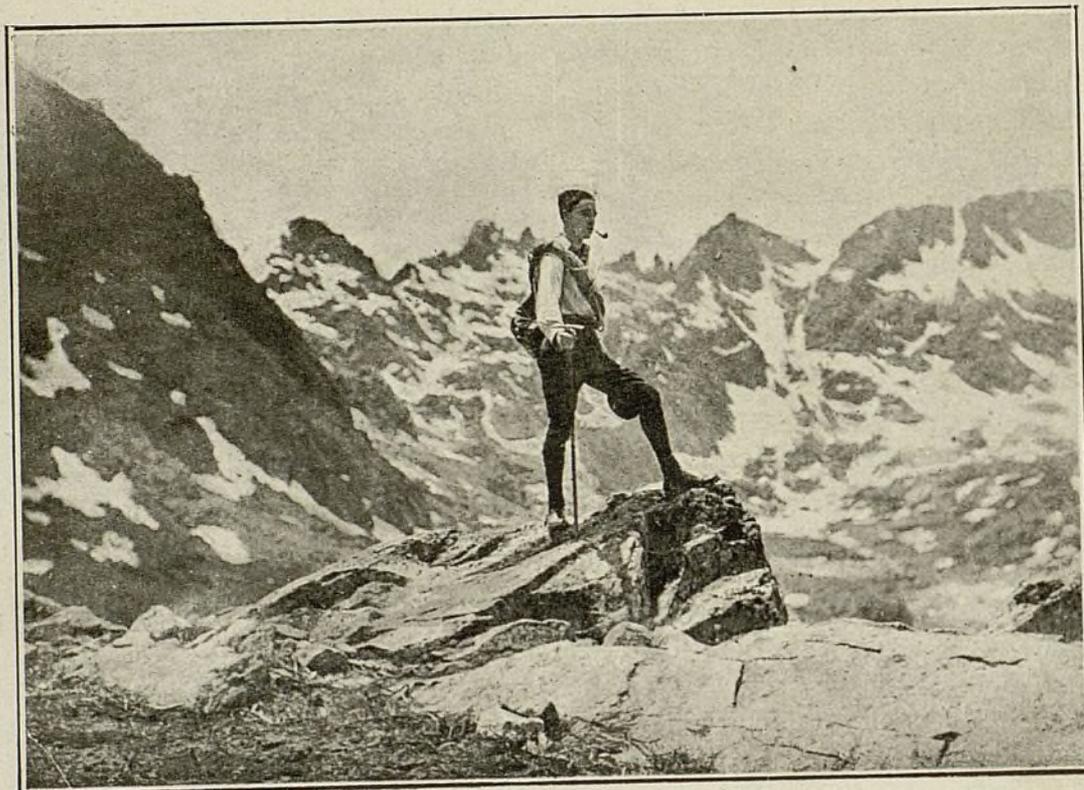
No obstante, decidimos avanzar. Policarpo, más bajo que yo, renuncia á ser el primero de la cuerda, y ocupa el tercer puesto; renuncia á la empresa contrariado, ya que es su estatura la causante de que no pueda corresponderle la alegría de hollar el primero la cúpula de aquel soberbio chapitel granítico. Nuevamente ciño á mi cintura y en bandolera la recia cuerda de cáñamo de Manila, probada y más que probada en los Alpes por el amigo Arche, que nos la ha prestado. El *piolet* cuelga de mi muñeca; el morral quédase abajo; únicamente saco de él la diminuta botella de coñac con que he de festejar la conquista del negro risco en cuya mitad me hallo.

—¡Más cuerda!—grito á Policarpo, afe-

rando fieramente mis manos á una hendidura rellena de musgo—. ¡Más aún, más! —torno á gritar... Y mi cuerpo sube á pulso merced á los brazos, que en tremante convulsión logran *dominar* (*argot* gimnástico), hasta que hincó uno de los ferrados zapatones en una imperceptible cornisa... Un nuevo esfuerzo, y ya los dos pies se apoyan en un breve resquicio, desde donde ayudo á subir á Policarpo; éste se afirma bien, y, confiado á él, voy dando un ligero rodeo horizontal por si encuentro otra grieta que puedan atrapar mis manos. Una hay, pero lejos, adonde no creo poder llegar con los brazos... Sujeto sólo por una mano y apoyado en un pie, pegado á la pared de la peña, de espaldas al hondo barranco, intento correrme en aquel sentido...; pero apenas si alcanzo... Mis dedos arañan la pequeña grieta y no consiguen atenazarse... Hay que ser temerario y atreverse á dar un leve impulso... Pero tengo miedo; pienso en que me falten fuerzas para sostener todo el peso de mi cuerpo con un solo brazo; un momento decae mi ánimo, y la idea de abandonar la empresa bulle en mi imaginación... Pero no; para eso es menester no venir á estas ásperas tierras..., y, sobre todo, quien vuelve la cara delante del enemigo merece ser *fusilado por la espalda*.

Allá voy; me determina á realizarlo un sonoro *¡ju, ju!* de Bona, que á mi altura y en el risco del *Casquerazo* está con su máquina enfocando á este hombre, cuyo único deseo en este momento sería el de tener alas, que bastante falta le hacen.

Ya estoy arriba... ¿Cómo? No lo sé; sólo puedo deciros que Policarpo y yo hemos brindado por la Humanidad entera, que está á nuestros pies, y hemos hecho rabiar al ilustre Bona cuando nos ha visto consu-



Panorama del Circo de Gredos.

(Fot. R. González.)

mir el coñac de la botellita... El tiempo necesario para fumarnos un pitillejo es el que hemos permanecido en la cumbre. El descenso fué pródigo en emociones; pero no ha tenido consecuencias desagradables... Cuando llegamos abajo, Bona se ha desquitado de nuestra hazaña del coñac y nos espera almorzando; no apurao, lectores, que pronto sacaremos la ventaja...

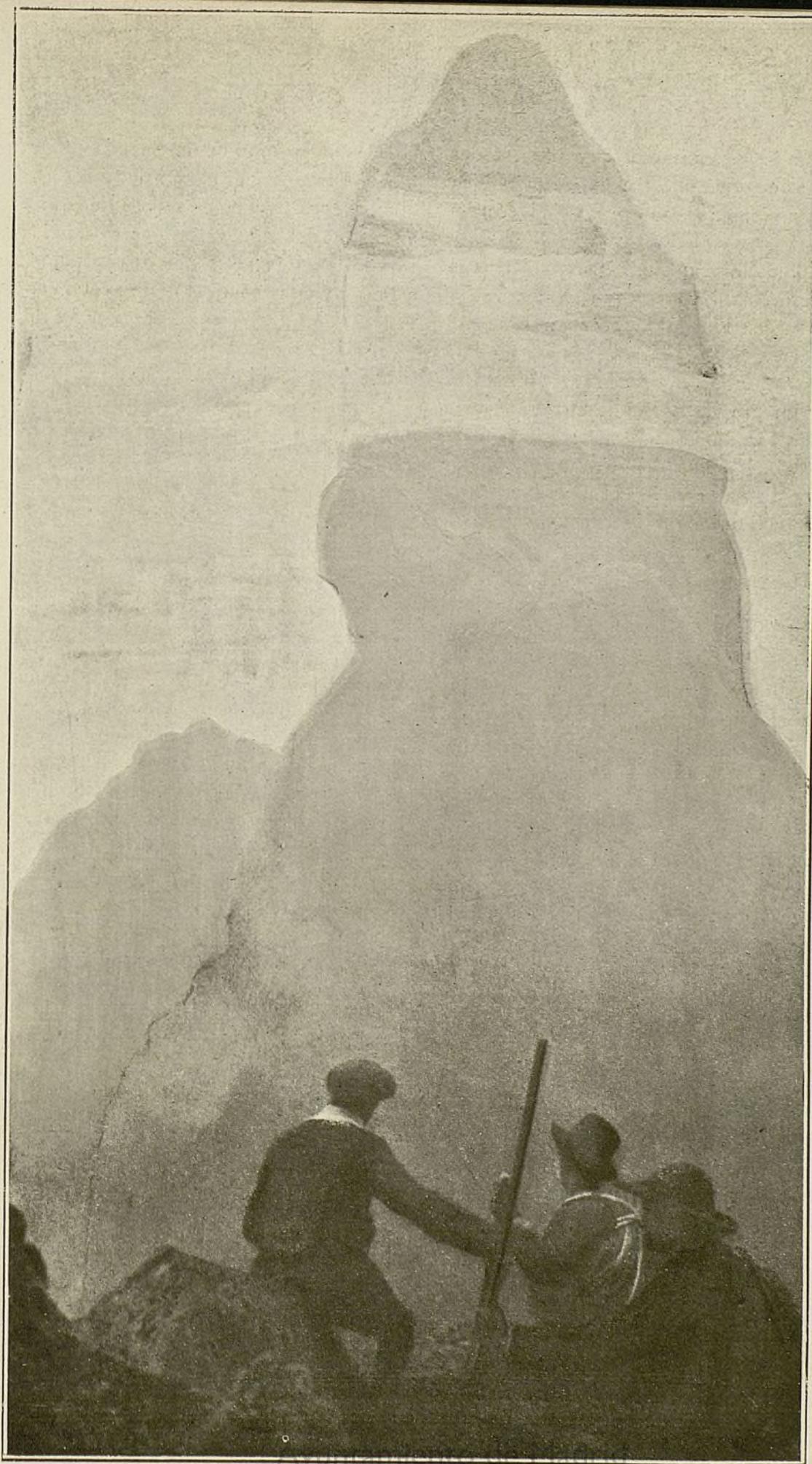
.....
En la falda sur del Morezón, en un rellano formado por la pendiente pradera, se halla enclavada la tienda de campaña en que hemos de pasar estas noches.

Braulio ha traído toda la impedimenta en las dos caballerías, y cuando regresamos aquella tarde ya está la tienda levantada, y sólidamente amarrados los vientos

á recias estacas y á gruesos cascotes acunados entre las rocas.

Todo está colocado en admirable orden: las mantas, la vajilla, los botes de conservas; á pocos metros arde una hoguera entre dos lajas de piedra á modo de horno; encerradas en un hueco entre las peñas, unas gallinas picotean los granos de cebada que constituyen su alimento; vinieron de Hoyos encerradas en un canasto, y en este momento una de ellas entona el cacareo postrero, aleteando en su agonía entre las membrudas manos de Braulio, el cocinero que más refinamientos ofrece á sus huéspedes.

Policarpo nos entrega entretanto los cigarrillos que han de bastarnos para aquella noche; gracias á su excelente previsión



Hermanitos de Gredos, desde la Portilla.

(Fot. Zabala.)

podimos fumar, aunque muy poco, todos los días que duró nuestra expedición.

Cástor viene desde la próxima torrentera con la provisión de agua para la velada; entona una canción picaresca que disuena en la religiosa devoción que parece vagar en el ambiente... Es la hora sublime del atardecer...

.....
Lentamente va muriendo la tarde; unos rayos de luz aún alumbran con tonos de oro las altas moles de granito; un fulgor violáceo apenas ilumina el paisaje; por el alto cielo, limpio, intensamente azul, una pareja de águilas pasean su arrogante belleza de reinas del espacio...

En aquella soledad oscura y salvaje el corazón se oprime, y el alma, en la que vibran fantasías de romántico y de poeta, sueña deliciosamente, y con pagana devoción admira la soberbia del espectáculo: el sol poniente, que pinta con arreboles el pálido cielo al hundirse con lenta unción tras las sierras del horizonte, que antes eran de añil joyante, ahora pardas, cenicientas, mástarde serán negras, confundándose con el cielo, también negro, cuando las cornejas y los buhos entonen su graznido no-charniego...

Y el viento helado y sutil del crepúsculo me vuelve á la realidad de la vida, y el hombre cesa en su heroica contemplación de la Naturaleza...

En la media noche la blanca luna acaricia con su pálida luz la cumbre de la montaña... Un sordo rumor llega hasta el campamento desde el hondo del *Gargantón*: son las aguas del torrente, que golpean en los peñascales, en las cortantes piedras del barranco; son las aguas que saltaron de su cauce al rebasar de los bordes del inmenso vaso granítico de la laguna...

El misterioso silencio de la noche apenas se turba con el soplar del viento en las cimas agrestes, y en aquella dulce quietud, en medio del plácido ambiente otoñal, junto á la hoguera, que nos envía un cálido aliento, viendo cómo el piorno retuerce sus ramas negras atormentadas por la llama, el cronista trepador y andariego envía un recuerdo á la ciudad lejana, y rememora un balcón pomposo de rosales, tras cuya florida celosía una mano femenil agitó un pañuelo dando el adiós al montañero que iba camino de Gredos para saciar sus ansias aventureras...

Jueves 14

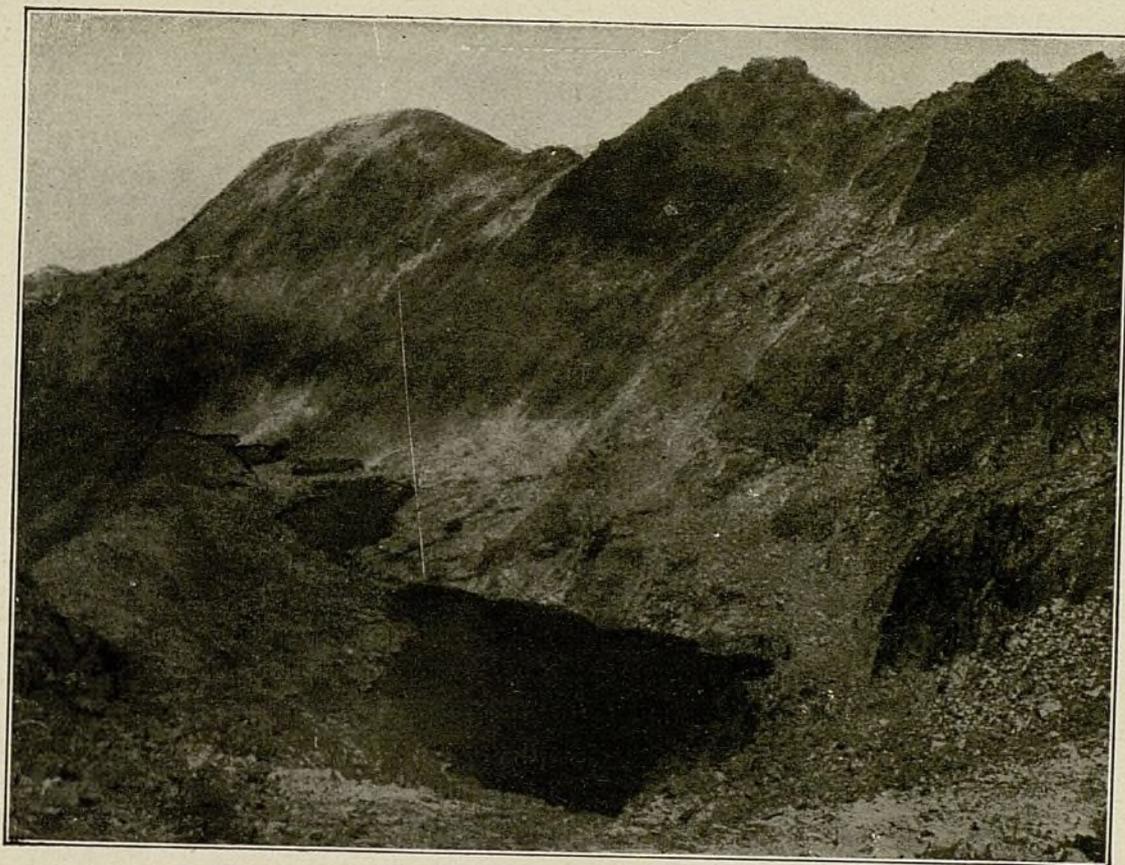
Estamos en Hoyos del Espino, el pueblo amigo, pueblo dentro de cuya modesta apariencia se guardan castellanos viejos de rancia hidalguía en su abolengo y de hidalgo y franco carácter en el presente.

Paseamos en las postreras horas de la tarde por el pinar rumoroso, que el río Tormes, ancho y abierto, refleja en sus aguas, ahora mansas y tranquilas, de purísima transparencia.

El sol, aún alto, esparce una luz teatral de apoteosis sobre la inmensa vega; el verde extiende su escala de tonos por bosques y praderas; en el inmenso lago azul del cielo unas nubes blancas como vellones bogan mecidas por el aire como cisnes del infinito.

Regresamos al pueblo; vemos pasar una moza garrida, esbelta, graciosa, cuyo andar fuerte y arrogante hace trepidar las erguidas pomas del seno; como una canéfora helénica, lleva sobre la cabeza el cántaro...

La visión de esta Venus montañera nos



Las Cinco Lagunas, desde el Venteadero.

(Fot. Zabala.)

alegra y conmueve..., y al penetrar por las alamedas que preceden al pueblo, en nuestros labios tiembla el himno amoroso de Sigmundo junto al árbol de la choza prehistórica, el fresco *Canto de la primave-*

ra..., y parece como si entre el bosque vecino, en medio de la augusta calma, el espíritu del glorioso Wagner transmitiera á nuestros corazones las notas sublimes de su estupenda inspiración...

JOSÉ FERNÁNDEZ ZABALA.



Ayuntamiento de Madrid

ORGANIZACIÓN DEL ALPINISMO Y TURISMO EN LOS PUEBLOS DE LA SIERRA DE GREDOS

FELIZMENTE para la difusión y propaganda de la idea que este Club Alpino Español persigue, en la vertiente norte de la Sierra de Gredos ha comenzado un movimiento organizador del cual se sacarán provechosos resultados.

En Hoyos del Espino, pequeño pueblo de la ribera del Tormes, elegido hasta ahora por los alpinistas como punto de origen para sus ascensiones, ya estaba bastante bien organizado el servicio de excursiones, merced al ímprobo esfuerzo de don Justo Muñoz, secretario de aquel Ayuntamiento, conocido ya de todos nuestros asociados.

En 1911, con motivo del viaje realizado á la Sierra de Gredos por S. M. el Rey, un compañero nuestro que concurrió á la expedición en cumplimiento de su profesión de periodista fué el iniciador de la idea de constituir en los pueblos del Tormes pequeños Sindicatos de Iniciativas, merced á los cuales pudieran establecerse los servicios de guías, morraleros, cabañerías, etc., así como la unificación del precio de los comestibles y la adquisición de tiendas de campaña, útiles de excursión, y, sobre todo, la construcción de refugios de montaña.

Aceptada la idea de nuestro compañero, se fundó rápidamente la Sociedad Gredos-

Tormes, con residencia oficial en Hoyos del Espino y con delegaciones en los restantes pueblos del valle del Tormes.

Dos meses después, con la ayuda que algunos de nuestros asociados prestaron, dióse una conferencia de propaganda en Avila, quedando establecida allí una delegación de Gredos-Tormes. En noviembre, otra conferencia dada en el Ateneo de Madrid por el asociado Sr. Zabala motivó que la Sierra de Gredos fuera conocida por multitud de personas que no se imaginaban á pocas horas de Madrid montañas de tan portentosos panoramas.

Más tarde, en el Fomento de las Artes, Sociedad de Iniciación Alpina y Sociedad Económica Matritense, nuevas conferencias, auxiliadas por proyecciones fotográficas, dieron una excelente propaganda de esta comarca, que ya comienza á recibir el fruto de su divulgación y su organización.

En Hoyos del Espino hay una Sociedad perfectamente organizada que facilita cuantos datos se deseen acerca de las excursiones á Gredos.

Muy en breve se construirá un camino hasta el refugio del Club Alpino, y ya han comenzado las obras de un refugio en las proximidades de la Laguna, en colaboración con el pueblo de Navalperal de Tormes. Para este refugio ha concedido el Club Alpino un donativo en metálico, é

igualmente varios de sus socios, sumando en conjunto 500 pesetas.

En Navalperal de Tormes se ha constituido igualmente una delegación ó Sindicato de excursionismo, al frente de la cual figuran los Sres. D. Francisco Huerta, D. Hemeterio Pérez y D. Remigio Casado.

Hallándose en comunicación directa con Barco de Avila por una recién construída carretera, han establecido un servicio de carruajes entre dicha ciudad y Navalperal, organizando también los servicios de guías, morraleros y caballerías.

En Barco de Avila ha fructificado asimismo la semilla que sembró el Comité organizador de Gredos-Tormes, de Hoyos del Espino. Los Sres. Tamés y Muñoz recorrieron en su propaganda los pueblos de la vega del Tormes, y en todos ellos, así como en Piedrahita, otro importante centro de excursiones, dejaron numerosos convencidos y no pocos iniciados para contribuir á la tarea de organizar el turismo.

La esfera de acción del Club Alpino Español va alcanzando un radio mucho mayor que el de esta comarca del Tormes. Hasta la importante ciudad de Béjar ha llegado su propaganda, y en una de las

Sociedades más numerosas uno de nuestros asociados dió sobre el alpinismo y turismo una interesante conferencia con proyecciones fotográficas.

En Béjar funciona actualmente con gran éxito un importante Sindicato de Iniciativas y Propaganda del Turismo. En su Junta directiva figuran prestigiosas personalidades de Béjar, presididas por el entusiasta alpinista D. Lino Rodríguez Arias. Han conseguido varias y notables mejoras en la ciudad y sus alrededores, y organizan frecuentes expediciones á la vecina Sierra de Béjar, El Cabritero, lagunas del Trampal y Sierra de Candelario, así como á las Hurdes y las Batuecas.

Béjar, excelente centro de excursiones, se halla en comunicación con Madrid por el ferrocarril de la Compañía del Oeste y tiene unas bien cuidadas carreteras, favoreciendo así el tránsito automovilista, y gracias á su Sindicato de Turismo puede facilitar á quienes lo demanden interesantísimos detalles para la organización de excursiones en aquella comarca. Tiene además una Sociedad de excursiones alpinas, titulada Juventud Alpinista de Béjar.



SIERRA DE BÉJAR

NOTAS DE UNA EXCURSIÓN

DESDE la ventanilla de nuestro departamento voy empapándome, hundiéndome en la visión lozana y robusta de los campos fecundos. Primero es un espectáculo de llanura interminable, agobiada, parda; un espectáculo desolador y monótono. Es la Castilla de las llanadas, la Castilla típica, siempre bella y amable y fértil, aun en su manifestación general de silencio y monocromía. Es la clásica Castilla de Galán:

La de las grises lontananzas muertas,
la de las castas soledades hondas,
la de las pardas onduladas cuestas.

Después, según nos acercamos á Béjar, va adquiriendo una variada vistosidad. El terreno es más accidentado: hay como unos valles de álamos frondosos, y robledales umbríos, y castaños corpulentos. Y por todas partes, dando la nota de luz y color, el campo verdinegro de los encinares, la sombra gris de las peñas milenarias, la mancha parduzca de las aradas tierras, el brochazo de oro de los trigos, y los verdes tonos claros y frescos y jugosos de los viñedos, que son una alegre evocación de los lagares, una promesa de locuras y delicias, una esperanza de vida opulenta, de vida llena de sol...

Béjar, pintoresco y risueño, inundado en la luz esplendente de esta hermosa mañana

de verano, aparece ante nosotros. Es una sensación extraña la que ha causado en mí. Esta posición especial y un poco peregrina de sus casas me ha llenado de curiosidad. Parece como que, abandonadas, han rodado por la ladera de la montaña en que se sitúan, y que luego, por un milagro de equilibrio, han parado de pronto, diseminadas caprichosamente. Es un pueblo que da, inmediatamente de visto, la impresión borrosa de lo bonitamente raro.

Ya en la estación, luego de inquietarnos ligeramente ante los siniestros mausers, recordadores de tantas desdichas nuestras, que lucen unos carabineros, tomamos un carruaje. Mi acompañante, D. Angel Purón, el querido y muy respetado amigo que con las sales de su ingenio popularizó en Madrid el seudónimo de *Saeta*, no deja de hablarme extensamente del pueblo de Candelario, hacia el que dirigimos este viaje nuestro.

En Béjar nos detenemos algunas horas. Y yo no quiero dejar sin constancia en esta crónica la sensación confortante que he experimentado en la amplia y vetusta galería de una casa noble y vieja. Figuraos una de estas casas hidalgas de nuestros gloriosos tiempos medioevales, de aquellos tiempos heroicos, llenos de ambiente señorial y de un dulce romanticismo caballeresco. Figuraos un portalón severo y



Béjar.—El Castañar. Al fondo el puerto de la Olla.

(Fot. del libro «Album de Béjar».)

umbrío, donde aún os parece escuchar el gentil compás de unas espuelas marciales ó el chocar de unas bravas espadas toledanas; bajad unos anchos escalones de piedra, y salid á la hermosa galería, que da á plena campiña, de que os voy hablando. En ella sentiréis como el perfume de otras épocas lejanas y orgullosas. Al menos yo—verdad es que los poetas somos incorregible y fatalmente soñadores—he querido evocar una porción de bellos episodios que habrán tenido lugar sobre las piedras centenarias de esta galería. Aquí, en noches de luna, recibiría el valiente caballero la cita de la hermosa castellana; aquí vigilaría el rodri-

gón al galán soñador y aventurero; por aquí pasearía la realeza de sus cien apellidos y la grandeza de sus cien hazañas guerreras el viejo señor de la morada; tal vez aquí llorase secretos de amor y ansias de libertad la hija de los nobles dueños, que acaso fué una bella romántica enamorada de las estrellas y de la melodía de los ruiseñores.

De mis abstracciones me saca la charla de un viejo amable y parlador. Tiene setenta y dos años y ejerce de organista. Viste de negro y lleva el rostro afeitado. Es uno de estos viejecitos dicharacheros, cristianos y alegres, que aman el sol y la

vida. Al entrar ha palmoteado como un chiquillo travieso y ha dicho unas palabras en latín, que luego ha repetido en castellano:

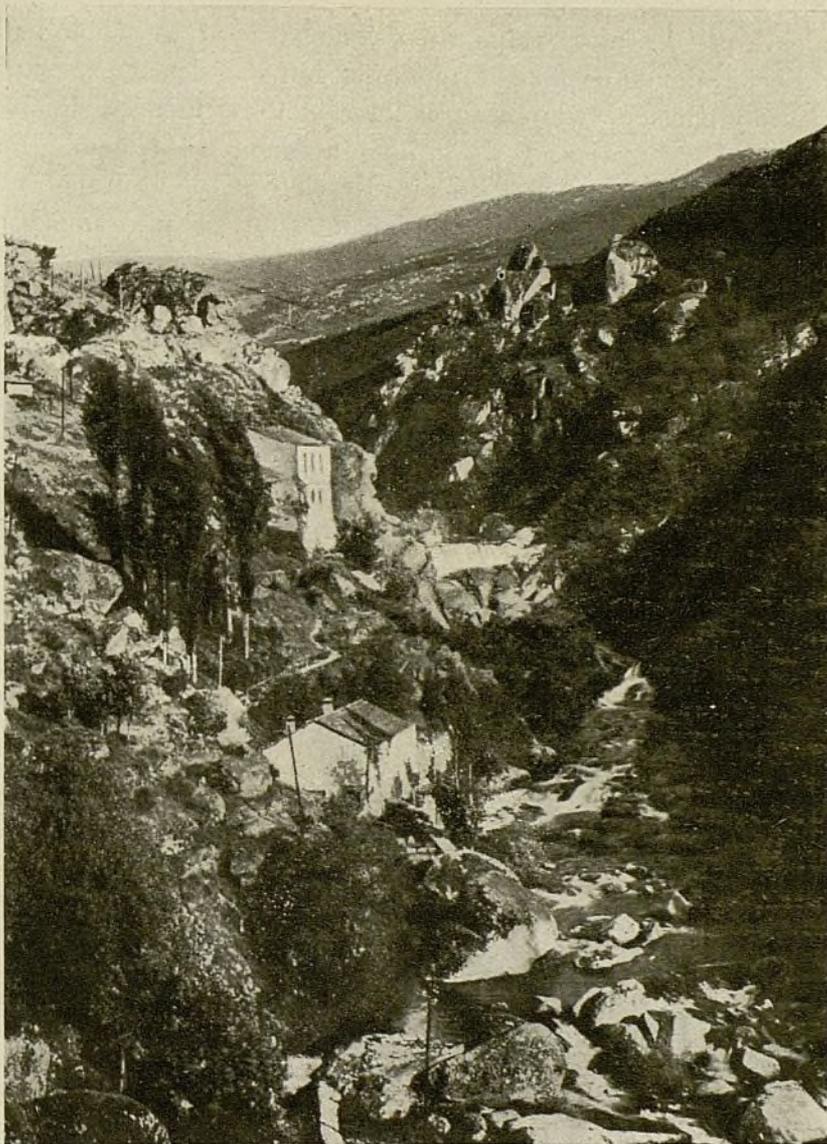
—¡Alegrémonos todos en el Señor!...

Y yo he gustado con él la caricia de este airecillo fresco y el espectáculo maravilloso del campo lleno de luz y de verdor, como en una fecunda plenitud de florecimiento...

Y después este viejecito jocundo y patriarcal me ha contado cómo la casa había sido el mayorazgo de un muy noble y poderoso señor. Y pasado un momento habla de sí propio, y me narra orgullosamente episodios de su juventud intrépida, de su sana vejez y de sus aficiones músicas.

En este punto nos avisan que la mesa está dispuesta, y nos encaminamos hacia el comedor.

Al terminar nos espera un carruaje que ha de llevarnos á Candelario. Y una vez pasadas las tortuosas y empinadísimas callejas bejaranas, en las que el coche amenaza volcar á cada paso, entramos en la carretera, que sube ante nosotros serpenteando entre montañas y abismos. Es éste uno de los viajes más deliciosos de mi vida. Dentro de España,



Béjar.—Las famosas fábricas de paños, junto al río Cuerpo de Hombre.

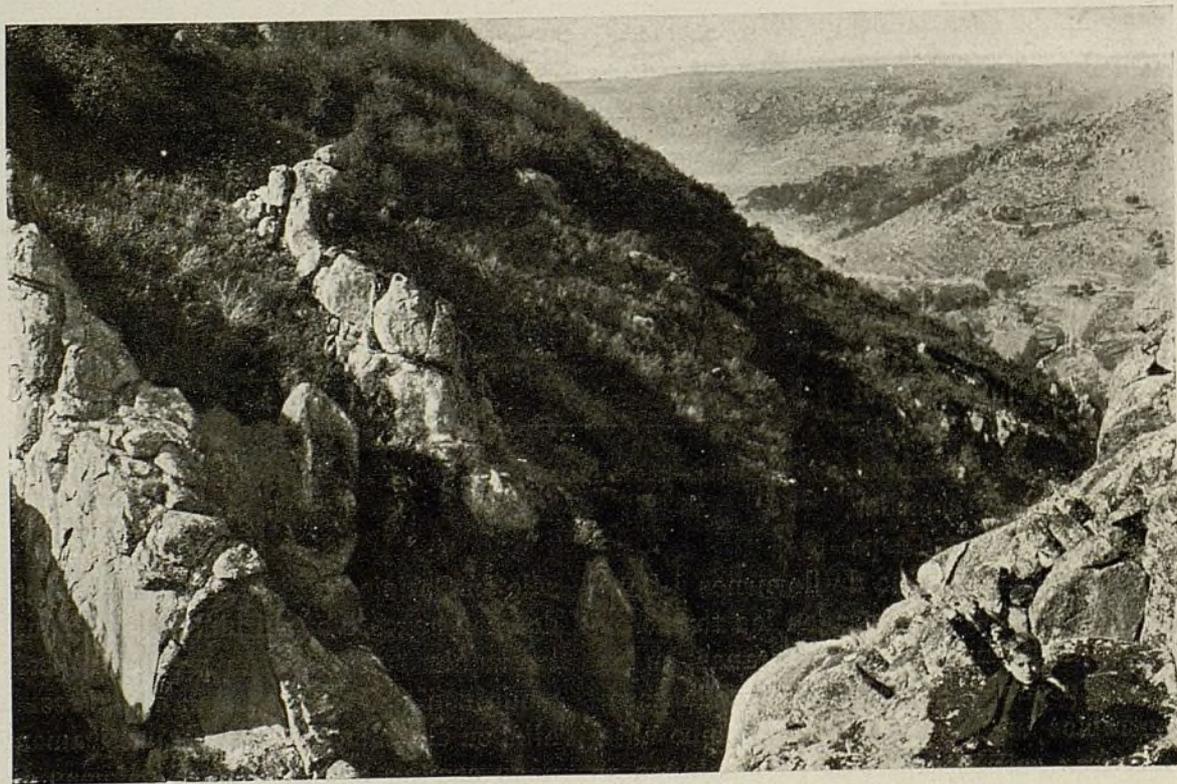
(Fot. del libro «Album de Béjar».)

sólo en Galicia he visto algo tan encantador, tan sugestivo, tan pintoresco. A nuestra izquierda se abre un precipicio perfumado con todos los aromas silvestres. Y allá, en el fondo, se destacan poéticamente unas casitas blancas, como palomas que durmiesen arrulladas por la sinfonía de cristal del claro río... Triscando retozona-

mente por los altos peñascales, á nuestra derecha, donde se alza la montaña imponente y enorme, balan alegres los rebaños de cabras y ovejas. Y de la lejanía llega borrosa la aldeana tonada pintoresca de algún pastor, relatadora de hazañas de lobos y mastines...

En Candelario nos dirigimos á casa del cura. Este señor cura nos recibe amablemente en su despacho. Y hablamos del pueblo, y el buen párroco se nos muestra encantado de él. Y luego me repite cuanto ya me había dicho *Saeta*, puesto que nada dejó de caer bajo la observación sutil de este antiguo periodista. Y á mí me parece Candelario verdaderamente admirable. Hay un dato de una elocuencia abrumadora: en

este pueblo nadie quiere ser alcalde, y todos se excusan para admitir cargos concejiles. ¿Concebís esto en un pueblo de Castilla, donde la ambición caciquil ha llegado á un degradamiento infame, y el chanchullo es ley y la intriga tirana?... Y es que en Candelario hay una sana y severa honradez que le hace superior á todo elogio. No busquéis por él un analfabeto mayor de siete años, porque no le hallaríais. Aquí hay unas magníficas escuelas que para sí querrían muchas provincias de primer orden. Y un profesorado idóneo y concienzudo, persuadido de su varia misión importantísima. Candelario, como me repetía entusiasmado *Saeta*, es una pequeña federación independiente, y por eso es rico



Béjar.—El Tranco del Diablo, hondo desfiladero por donde escapa el río Cuerpo de Hombre.

(Fot. del libro «Album de Béjar».)

y próspero y feliz. ¡Oh, si nuestros grandes centros aprendieran de este pueblo humilde, medio escondido en la desconocida Castilla!...

—Van ustedes á presenciar—nos dice en el transcurso de la conversación este ameno señor cura—una fiesta típica. Hoy habrá boda en el pueblo, y hay ceremonias muy interesantes. Mi sobrina les acompañará.

Y una muchacha linda y fresca se nos ofrece galantemente.

—Sí; yo voy con ustedes—dice risueña y dócil.

Y con ella nos dirigimos hacia las escuelas de que ya he hablado, desde cuyas ventanas hemos de presenciar estas solemnidades regionales.

Ante nosotros se extiende una pequeña plazuela. En ella hay colocado como un modesto trono, en el que están sentados los novios con los padrinos. Suena alegremente el tamboril. Saltan palmoteando los chicuelos.

Hay en el ambiente como un perfume de fiesta sana y honrada. Ríe el sol en la añilosa transparencia de un cielo diáfano y sin nubes. Y una multitud de hombres dispuestos en hilera van desfilando pausados ante el trono, y se descubren respetuosamente, y depositan en una bandeja sobres con billetes de Banco y monedas pulcramente envueltas en trozos de papel. Los novios, de pie, reciben la ofrenda, sonriendo de gratitud.

Luego viene la «cuerda» de mujeres, de las cimbreantes y escultóricas y graciosas candelarias, que llegan gallardamente luciendo los enterciopelados manteos de co-

lorines, y los sereneros bordados, y el peinado típico, y las claras medias, que dibujan unas piernas estatuarias y mórbidas. Llegan risueñas y parladoras á ofrendar á los desposados. Hay algo bellissimo en este momento. Parece más esplendoroso el sol, más azul el cielo, más perfumadas las rosas... Los rostros lindísimos, estos rostros de belleza un poco severa, de hermosura clásica, de raza castellana, ríen y ríen, mientras las mozas lucen sus detonantes vestidos domingueros. Resulta una fiesta polícroma y musical, una melodía de risas y de colores...

Y por segunda vez tornan los hombres á depositar sus dádivas, y por vez segunda tornan las bellas mujeres flexibles á engalanarlo todo con sus risas de plata y sus trajes de fiesta... Sí; tornan, porque si antes fueron los regalos á la novia, ahora cumple hacérselos al novio...

Y luego, cuando ya la tarde va muriendo, cuando desmaya el sol envuelto en oros y en púrpuras, todo desaparece, y la plaza queda sola, envuelta en obscuridad y en silencio. Pero aún flota en ella como un aroma epitalámico y lírico...

El coche nos devuelve á Béjar, y ya en la estación, dentro del ferrocarril que ha de traernos á Salamanca, un suave sopor comienza á invadirnos, y nuestros párpados se cierran dulcemente. Y yo, entre sueños, al arrancar el tren, abro los ojos como un sonámbulo y principio á tejer no sé qué fantasías románticas alrededor de este hermoso y particularísimo pueblo de Candelario, uno de los que más interés y admiración han despertado en mí...

ALBERTO VALERO MARTÍN.

Salamanca, 1912.

Ayuntamiento de Madrid

SIERRA MORENA
SANTA MARÍA DE TRAS SIERRA



A media mañana, bajo un cielo que amenaza agua, salimos de Córdoba hacia la Sierra, cabalgando en sendos mulos gigantes de imponente aspecto. Voy en la buena compañía del Sr. Hernández Pacheco, discretísimo geólogo, que se propone estudiar esta parte de la Mariánica, y desde el primer instante hablamos de los montes que á siete kilómetros de nosotros se levantan en compacta muralla, tan oscura, tan mate, en una sola palabra, tan morena, que justifica plenamente su nombre, y quita la razón á quienes pretenden traerle de otros orígenes. ¡Cuán distintos de la azulada transparencia cristalina de nuestro Guadarrama, en que la vista parece llegar hasta la profunda entraña de la roca!

Las primeras gotas de lluvia nos sorprenden en la vieja cantera abandonada de la *Tinajica*. Descabalgamos al pie de un elevado corte, en el que la mirada inteligente de mi compañero descubre una playa miocena del tiempo en que el valle del Guadalquivir aún no existía y las olas del estrecho Bético venían á estrellarse en el muro de la Sierra. Mientras para la lluvia recogemos algunos fósiles marinos: conchas de peregrino, bellotas de mar, etc.

Poco después, otra vez en marcha, en mitad del camino desenterramos una gran ostra que asoma á la superficie. Luego

cambia el terreno y aparecen las calizas cambrianas antiquísimas. Nos hallamos en un profundo barranco escarpado, bajo el imponente *Rodadero de los Lobos*, que recorta en el cielo tormentoso sus rocas cárdenas.

Buscamos un collado que nos permita el paso hacia las *Ermitas*, y en la misma divisoria nos sorprende un diluvio, que aguantamos sin palabras, merced á la emoción estética de la situación, envueltos en la nube que se deshace.

Henos ya en la carretera de las *Ermitas*. Avanzamos hasta la fuente por ver entre las calizas cambrianas el más antiguo ser vivo de la Bética: un minúsculo espongiario, el *Archaeocyathus marianus*, semejante á un punto radiado, humildísimo organismo que vivió en los mares primitivos, cuando la vida comenzaba sus primeros y tímidos ensayos.

En seguida, cabalgando otra vez bajo la lluvia, marchamos hacia Santa María de Tras Sierra por el camino de los *Quiñones*. Un breve alto en el cortijo del *Caño de la Escarabita*, cercano á la fuente del «Alifante», en la cual un tosco proboscídeo de piedra vierte por la frente—rota ya la trompa—una abundante vena de agua. Luego el monte espeso se aclara, y aparece la bellísima aldea de Santa María de Tras Sierra: blancas casas agrupadas en torno

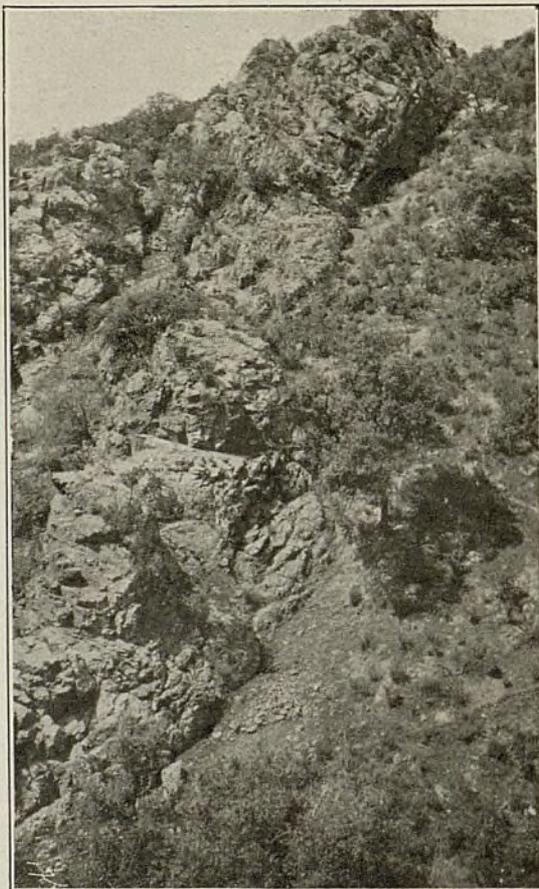
de la iglesia, construída sobre una rauda mora.

Hallamos albergue en la casa del alcalde pedáneo, el Sr. Gaspar, que nos recibe en la cocina, sentado ante el fuego, cubierto con su elegante sombrero cordobés. El hogar, desprovisto de toda la guarnición de hierro general en Castilla, da una impresión de extrema pobreza. Pero las mujeres que circulan alrededor no tienen ni el silencio obstinado ni las lamentaciones primitivas que afectan en aquella nuestra tierra. Una raza más blanda y más contenta, más afectuosa, vive aquí, y disipa con su encanto personal la pobreza del ambiente.

Mientras Pacheco y nuestro guía hablan con el Sr. Gaspar de la topografía local, yo me entrego con los cinco sentidos al gusto del fuego. Oigo vagamente nombres y nombres, y entre ellos tres tan bellos—la *Cuesta de la Traición*, la *Garganta de la Espada*, el *Castillo de la Mano de Hierro*—, que pudieran servir para componer todo un libro de caballería. Luego escucho una corta historia que quiero referir para aviso de caminantes.

Érase que se era una venta perdida en un camino muerto de la serranía. De tarde en tarde acertaba á pasar ante ella un caminante extraviado. ¡Ay de él si, descabalgando, penetraba en el zaguán, el caballo atado á la puerta! Los famélicos perros estaban amaestrados para desvalijarle, y sabían sacar de las alforjas los víveres de repuesto, que compartían con sus amos. Mas he aquí que un día dispuso Dios de la vida del ventero, librándole de los hambres crónicos que le aguardaban. La compañera de su vida le tendió en el lecho único de la venta, y cumplido el piadoso deber, se dispuso á seguir su áspera existencia. ¿Quién pudiera esperar—caso inaudito—que aquella misma tarde acertara á pasar, demandando albergue, un caminante cansado?

Era un buscador de minas, ó quizás de tesoros abandonados por los árabes. La ventera no se inmutó, y le ofreció cena y cama. Sola y callada, alzó el cadáver de su esposo del lecho donde yacía y le escondió bajo el mismo, sobre el duro suelo. Instantes después el viajero se acostaba y dormía de una vez la larga noche otoñal, mientras bajo él el

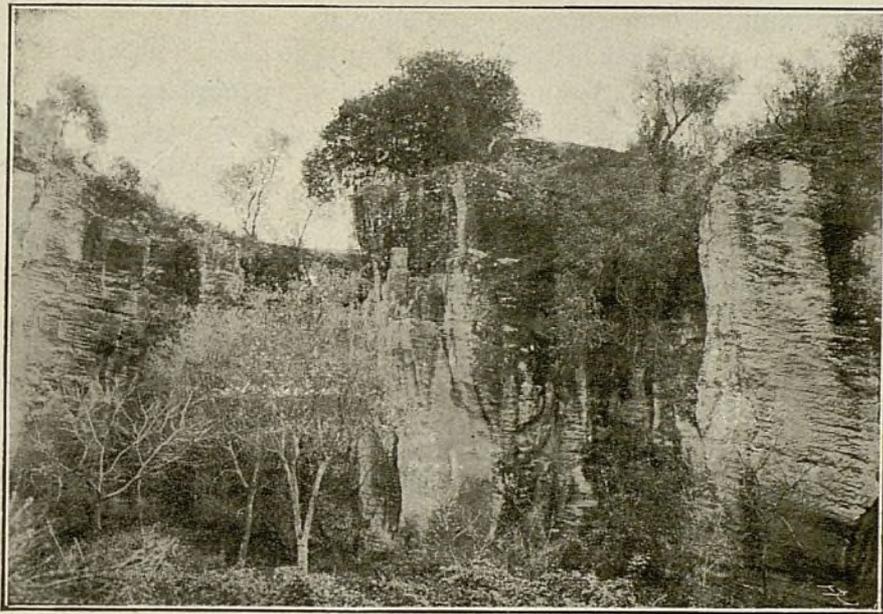


Filón cuarzoso en Cerro Murciano (mina prehistórica).

(Fot. Hernández Pacheco.)

ventero se descomponía. De mañana, apenas el buscador de metales hubo desaparecido, la ventera devolvió el cadáver al lecho caliente, aguardando la hora del entierro.

Pacheco y yo nos levantamos en silencio, y al hallarnos en nuestra habitación, en broma ó en serio, no dejamos de mirar bajo nuestras camas, temiendo hallar algún muerto.



Cantera de la época árabe, cerca de la Fuente de la Tinajica.
(Calizas miocenas de formación costera.)

(Fot. Hernández Pacheco.)

Muy temprano emprendemos el camino en dirección á *Dos Puentes*, en la confluencia del Guadanuño con el Guadiato, donde quedan aquellas obras de fábrica como vestigios de un antiguo camino que se ignora dónde iba.

Desde una pequeña eminencia la Sierra abre ante nosotros el laberinto de sus valles, que se prolongan hasta el lejano horizonte, cerrado por los riscos de Guadanuño hacia el Nordeste. Vistos con los prismáticos, estos riscos de granito rojo ó de sienita nos recuerdan la Pedriza de Manzanares por sus formas agudas y su entonación carminosa. Junto á nosotros, las aguas de una cascada cargada de cal se fabrican á sí propias una original envoltura. Las tobas que rodean la corriente están floridas con una originalidad y frescura que nos eran desconocidas.

Para llegar al Guadiato, cuya corriente debemos remontar hasta *Dos Puentes*, te-

nemos que atravesar el *Arroyo del Caño de la Escarabita*, que viene crecido en demasía. Pasámosle al fin, no sin trabajos, y nos hallamos ante el Guadiato, en un amplio remanso, que llaman «tabla» en el país. Hay una vieja barquilla en la pequeña playa, que parece invitar á un viaje de aventuras. Seguimos con dificultad la áspera orilla izquierda, que unas veces muestra la roca desnuda pulimentada por las aguas, y otras se cubre de matorrales espesos. El río viene colmado por las pertinaces lluvias primaverales y no parece merecer la desinencia despectiva que lleva su nombre. Corre allí en un rápido muy acentuado, que se exagera más y más á medida que se avanza contra la corriente. En el medio del cauce se levantan grupos de rocas cambrianas, inyectadas de erupciones de granito rojo, que observamos con los prismáticos. Aquí, Pacheco, con sencillez

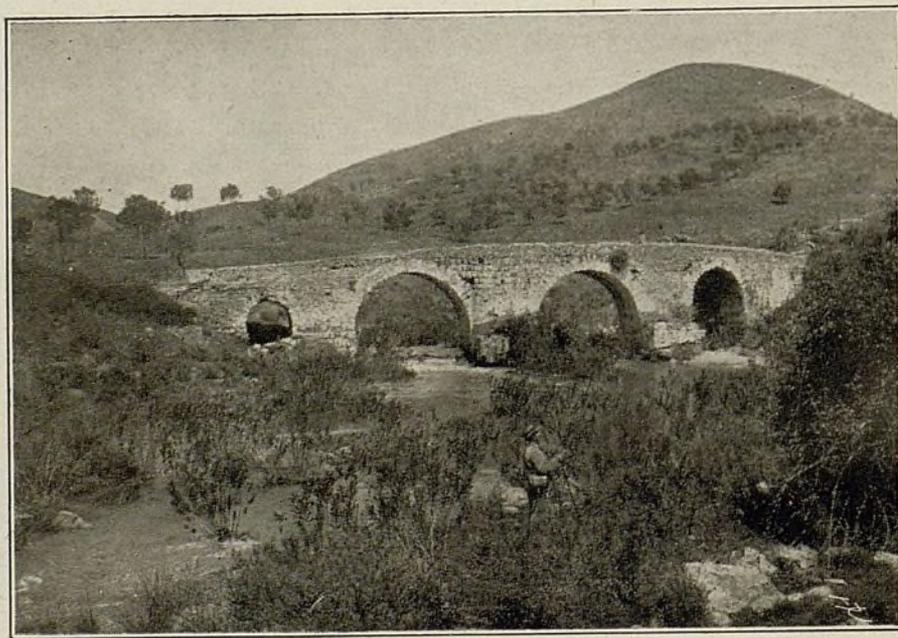
y profundidad, me refiere y describe el ciclo de lo eruptivo á lo sedimentario y la vuelta de esto á aquello nuevamente, mientras veo romperse la rapidísima corriente en los islotes centrales, levantando por encima de ellos la efervescencia de las espumas, como caballos salvajes que se encabritaran ante el obstáculo y esparcieran al aire la blancura de las crines.

Cada arroyo es una dificultad para proseguir. Sobre todo, el *Arroyo de Don Lucas* viene imponente. Remontamos su curso buscando un paso hasta hallar un rústico y levisimo puente construido por los cabreros. Una gran cascada se precipita en un desnivel de quince ó más metros. Bajo ella están las ruinas de un molino, probablemente árabe, y á su amparo nos detuvimos para alimentarnos.

La lluvia nos volvió á coger en el camino del *Vado del Negro*. Cortado por el

Guadiato, que se internaba á lo lejos en hondas gargantas, volvimos á admirar un panorama típico de Sierra Morena, otro nuevo laberinto de valles y de cumbres, cuyos distintos términos hacía resaltar la cortina de la lluvia espesa y menuda que seguía cayendo. El aire estaba lleno de la esencia de las jaras moradas que florecían en las laderas de los cerros. Y mientras Pacheco veía aquella hermosura con los ojos del geólogo, nosotros considerábamos el paisaje desde el punto de vista que nos llevaba á Andalucía — el estudio del bandolerismo —, y comprendíamos la función defensiva de aquel fenómeno que ejerce esta Sierra, espesa y prolongada, extendiéndose á través de centenares de kilómetros en pequeños valles cerrados por montes bajos, como cortados á un solo nivel, en los cuales el hombre ó la partida de bandidos se pierden de vista en un tiempo brevísimo.

La ilimitada extensión estaba desierta. Los prismáticos nos descubrieron tan sólo, al otro lado del Guadiato, á la derecha del camino de Villaviciosa, un rancho á media ladera de un monte. Parecía abandonado. Mirando mejor, descubrimos ropas tendidas al exterior: parecían de niño, de una criatura pequeña que llenaba el vacío del



Puente sobre el Guadanuño en la confluencia con el Guadiato (Dos Puentes).

(Fot. Hernández Pacheco.)

enorme espacio con la ternura y gracia de su naturaleza.

Llovía sin cesar. La tarde avanzaba, y como *Dos Puentes* aún se hallaba lejos, resolvimos regresar á Tras Sierra.

6 de abril (Jueves Santo)

No renuncio á oír las saetas, y resuelvo volver á Córdoba solo, dejando á Pácheo.

Los 14 kilómetros que me separan de la capital, siguiendo la carretera, son encantadores. Antes de medio camino rompe la Sierra de improviso, y al fondo de uno de sus estrechos cañones se ve la campiña cordobesa. Poco después se agranda la perspectiva, y al llegar al punto de vista, asombroso miradero que, con hipérbole andaluza, se llama *balcón del mundo*, aparece todo un mundo, sí: el mundo de la baja

Andalucía, la antigua Bética ó Tartesia, feliz bajo su cielo azul, envuelta por las isothermas de 18 á 20. El río, el gran río, el Guadalquivir, que esto es lo que significa su nombre moro, reluce ondulando en mitad de la llanura; y al otro lado, cerrando el horizonte, se confunden en el cielo los últimos contrafuertes de la Penibética, montañas del sol y del aire en la brillante geografía árabe.

Al pie del castillo de la Albaida, ya en la llanura cordobesa, hallé una gitana apenas núbil, con silvestres flores en el pelo negro, de reflejos azul tornasolado. Mirándola al pasar, me pareció la completa imagen, el exacto retrato de la Sierra que dejaba, brava y morena como ella, como ella graciosa y poco elevada. Un escultor podría hacer el símbolo acabado, sin más que poner bajo el pedestal: «Mariana».

C. BERNALDO DE QUIRÓS.

Socio honorario del Club Alpino Español.

Post scriptum.—He vuelto á ver á Pácheo, aquí, en Córdoba. Ha subido á Castripicón, el cerro más elevado de esta parte del sistema, de una altitud alrededor de los 800 metros. Ha llegado al fin, por otro camino, hasta *Dos Puentes*. Uno le parece romano; el otro, árabe, construido ¡con tobas! La vía desaparecida en que se hallan debió de ser la que unía á Córdoba con Mérida.



Ayuntamiento de Madrid

SIERRA NEVADA

ALTURAS MÁS IMPORTANTES

	METROS
Mulhacem	3.481
Veleta.....	3.428
Alcazaba	3.180
Laguna de la Caldera.....	3.060
Hoyos Altos.....	3.284
Cerro del Caballo.....	3.080
Pico del Cuervo.....	3.172
Loma Pelada.....	3.279
Laguna de Río Seco.....	3.120
Colina de Vacares	3.075
Laguna de las Yeguas.....	2.970
Peñón de San Francisco....	2.579
Pico Trevenque	2.270
Cuesta de los Dornajos.....	2.124

SIERRA NEVADA

DESCRIPCIÓN GENERAL



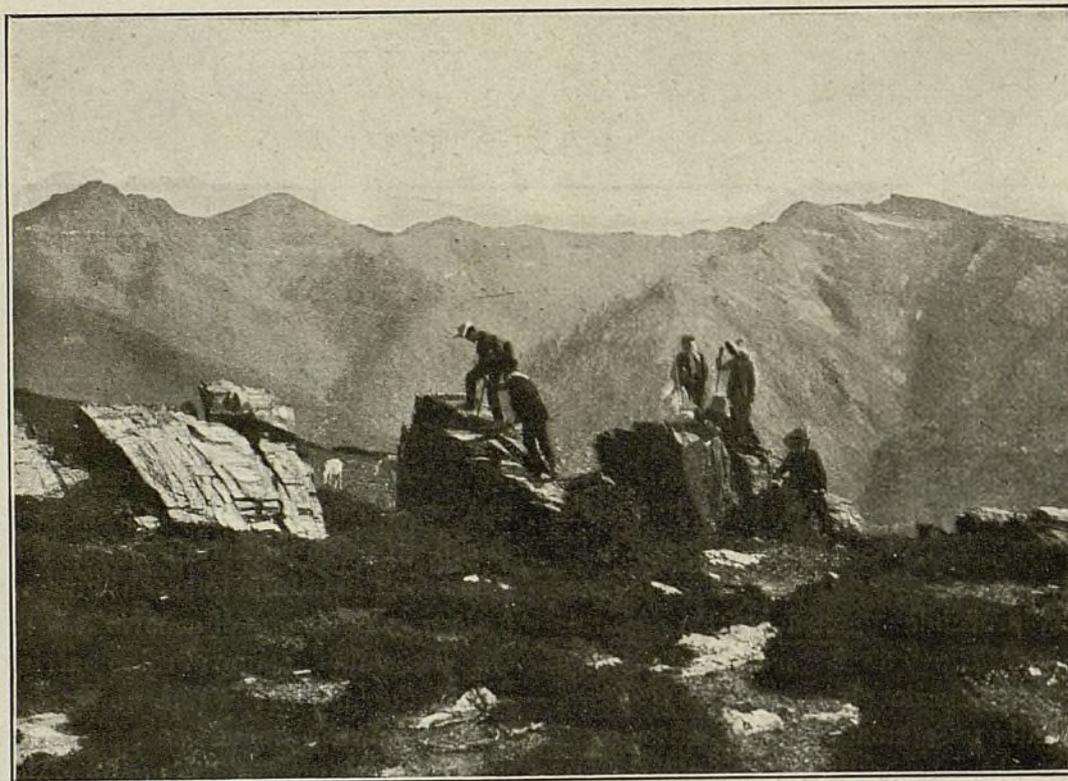
ODA *Sierra Nevada* estaba ante nuestros ojos.

Toda *Sierra Nevada*...; ¡toda!...; desde la base hasta las cúspides, sin colinas intermedias, y solamente separada ya de nosotros por las amplias y profundas cuencas de los pujantes ríos de *Cádiar* y de *Yátor*.—¡Toda *Sierra Nevada*...; desde el boquete de *Tablate*, por donde entramos ocho días antes en el recinto alpujarreño, hasta más allá de *Laroles*, punto extremo á que se dirigía nuestra peregrinación!—¡Toda *Sierra Nevada*...; extendiéndose de Poniente á Levante en una línea de once leguas, como descomunal anfiteatro, en cuyo ciclópeo graderío se asentaban más de cuarenta pueblos!—¡Toda *Sierra Nevada*, alzada sobre inmensos pedestales de color de violeta; con su zócalo recamado de anchas fajas de verdes siembras; hendida acá y acullá, de arriba abajo, por relucientes chorros de agua cristalina; cubierta á trechos de bosques que parecían bordados en las laderas de los barrancos, y blanca y resplandeciente al fin, desde su media altura hasta las excelsas cumbres, cual si fuera de bruñida plata!—¡Maravilloso templo, en verdad, levantado allí por el Creador para morada de las Cuatro Estaciones!

¡Declarémoslo!... ¡No basta haber visto á *Sierra Nevada* por el otro lado, esto es,

por el lado de Granada y de Guadix, para tener idea de su grandeza y de su hermosura!—Allí no hay modo de contemplar de una vez y á corta distancia toda la cordillera; allí no se presentan nunca de frente y en orden de batalla todas sus cimas. Granada no ve más que el señorío dei *Veleta*; Guadix, nada más que el reino patrimonial del *Mulhacem*. ¡Ni la una ni la otra ciudad descubre á un mismo tiempo todo el vasto imperio presidido por este viejo Rey! Entre el *Mulhacem* y el *Veleta* se interpone por aquella parte, á lo menos para el espectador, el formidable espolón ó contrafuerte que, adelantándose hasta el Molinillo, entiba en los cimientos de Sierra Arana, y aquel espolón separa el horizonte acitano del granadino, partiendo la perspectiva de la *Sierra* en dos mitades casi iguales...—Pero, por el lado de la *Alpujarra*, la antigua *Orospeda* se muestra de cuerpo entero, cabal, íntegra, desnuda, pródiga de sus encantos—á la manera de deidad mitológica que, no recelando ser vista por nadie, discurre como su madre la parió, ó sea en cueros vivos (¡las cosas claras!), por los sagrados bosques paganos...

Así es que en aquel punto y hora quedé satisfecha por completo mi curiosidad de tantos años acerca de cómo sería *Sierra Nevada* por la banda del Sur, y formé completo juicio de la forma, estructura



Panorama desde la Loma de los Cuartos. De izquierda á derecha: picos de la Alcazaba, Mulhacem, Cerro del Caballo, Puntal de la Caldera y Veleta.

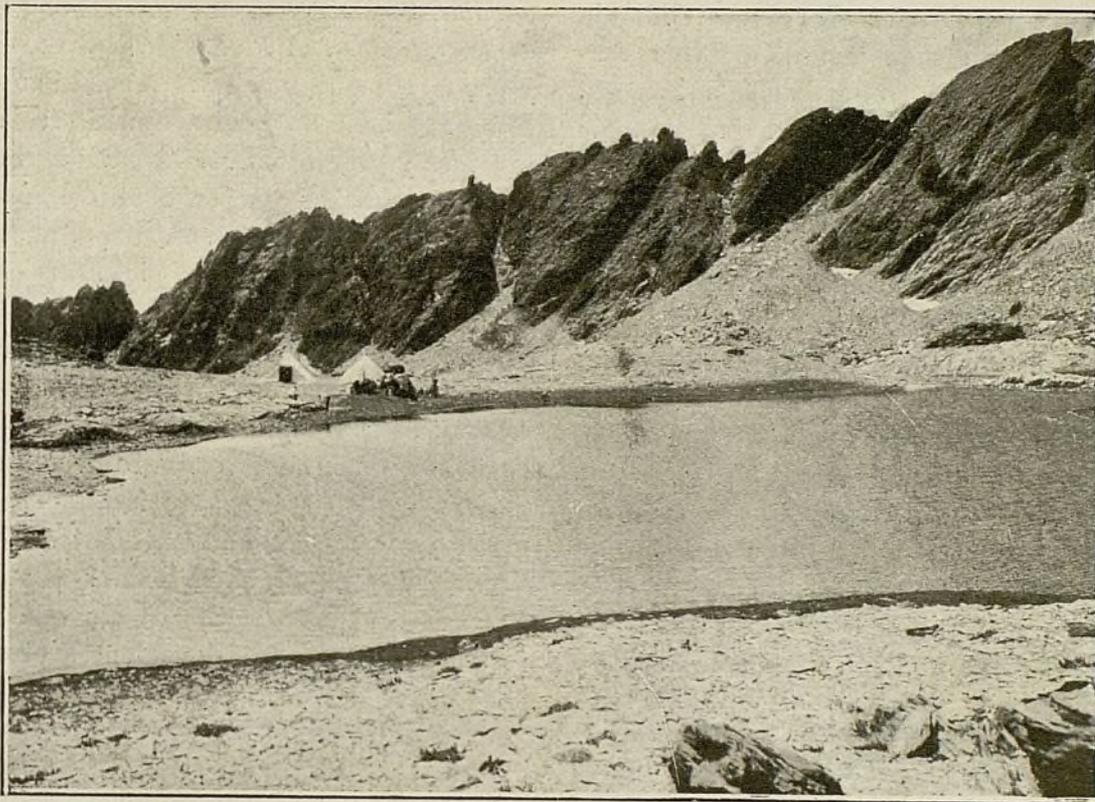
(Fot. Aguinaga.)

y respectiva proporción de sus ingentes moles...

Alzado sobre aquel desmesurado catafalco, cuya magnificencia tenía algo de fúnebre y mucho de triunfal, enseñoreábase el *Mulhacem*, en perpetua apoteosis, sin reconocer otro rival en Europa que los formidables Alpes...—¡El *Mulhacem*!... No hay palabras ni habría pincel con que poder dar idea de la pureza inmortal, de la transparencia empírea, de la claridad séráfica con que se destacaba allí la nieve sobre el cielo. Lo blanco y lo azul, al demarcar sus plácidos límites y trazar el nítido perfil de la suprema cima, se regalaban mutuamente unos resplandores tan suaves, ó casaban de tal modo la candidez

con la limpieza, la inocencia con la diafanidad, lo immaculado con lo infinito, lo reciente con lo eterno, lo intacto con lo intacto, que parecíame tener ante los ojos la realidad inefable de cuanto soñó Murillo al vestir de azul y blanco sus *Purísimas Concepciones*.

Yo no sé en qué consistiría, como razón física ó moral, lo que acabo de intentar decir: no sé si en que la silueta de la *Sierra* se proyectaba sobre el mágico turquí del cielo que más amo en el mundo; no sé si en que yo estaba acostumbrado á mirar aquella silueta de Norte á Sur, y á la sazón la miraba de Sur á Norte (lo cual determina siempre un cambio en el tono de los celajes recortados por las nieves); no sé si en



Crestones y laguna de Río seco.

(Fot. Aguinaga.)

que aquellos días empezaba la primavera; no sé si en que era Miércoles Santo; no sé, en fin, si en que ya va uno para viejo... Lo que sé únicamente es que aquel ósculo purísimo que le daba la nieve al cielo tuvo para mí en tal instante algo de extraordinario y sobrenatural, que en vano intentaría definir una pobre pluma...

* * *

Mons Solis (Monte del Sol), y de aquí *Solaria*, denominaron también los romanos á la que oficialmente llamaban *Orospeđa*. Lo de *Solaria* ó *Mons Solis* refería-se, sin duda, á que el sol ilumina ó deja de iluminar sus crestas media hora antes de

haber salido y media hora después de haberse puesto para todas las comarcas adyacentes.—De lo de *Orospeđa* no recuerdo el origen.

Los árabes corrompieron el nombre de *Solaria*, y llamaron á *Sierra Nevada* ora *Solair*, ora *Xolair*; mientras que los españoles cristianos de la Edad Media, entre ellos D. Alonso *el Sabio*, descompusieron erróneamente el *Solair* de los moros y apellidaron á aquella cordillera la «*Sierra del Sol y el Aire*» (*Sol-air*) (1).

«Maravilla de la tierra, de donde brotan

(1) Ya hemos dicho más atrás que *Sierra de Gádor* y la *Contraviesa* son, respectivamente, las *Sierras del Sol y el Aire*.

treinta y cuatro ríos y arroyos», llámala el gran poeta mahometano-andaluz Ibn-Aljathib en la introducción á la *Yhatha*. «Madre de Andalucía» la había llamado yo en el Valle de Lecrín.—«*Venere genitrice*» la llamo ahora en italiano...

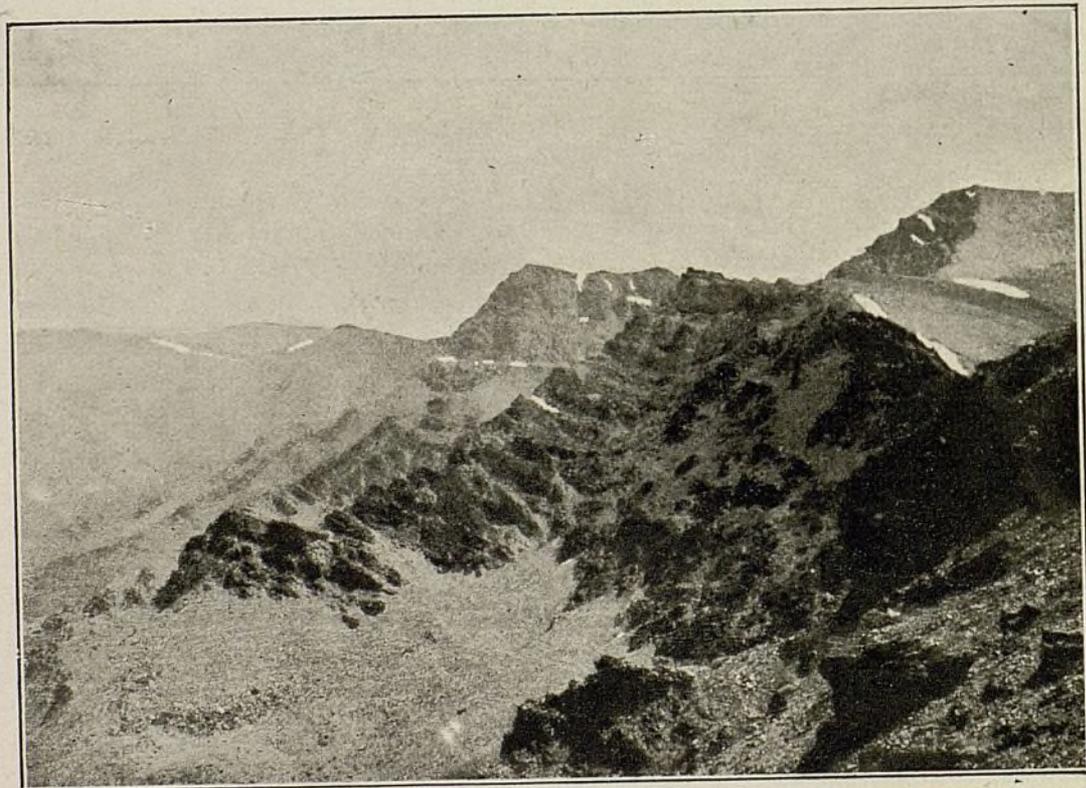
Pero sigamos describiendo.

A la izquierda del *Mulhacem* gallardeaba el *Picacho de Veleta*, virrey de Lanjarón de Órgiva, señor feudal de Granada y su campiña, presunto heredero de la corona de *Sierra Nevada*, y digno, ciertamente, del tratamiento de Alteza (¡era tan alto!);—así como el *Mulhacem* (por ser mayor) merecía á todas luces el de Majestad... (*Major—vel magis, sive magé.*)

Otras respetables cumbres descollaban en la gigante cadena; verbigracia: la *Al-*

cazaba, *Tajos Altos*, la *Caldera*, el *Cerro de los Machos*, el *Pico del Almirez*, etc.; y por cierto que nos dolió muchísimo que estos Infantes no tuviesen nombres más poéticos y graciosos...—En cambio, hubimos de reconocer que, en cuanto á estatura, ninguno desmentía su estirpe, pues todos medían de 12 á 12.300 pies sobre el nivel del mar.—Del *Veleta* ya hemos dicho que se alza 12.680.—Y por lo que toca al *Mulhacem*, hartó sabréis que pasa de los 12.800; lo cual equivale, en términos modernos, á tres kilómetros y medio de altura.

«Pero ¿qué es mi pobre *Mulhacem* (escribía yo hace años en medio de los Alpes) comparado con el *Mont-Blanc*? ¡Colocad sobre la cúspide de *Sierra Nevada* otra sierra de cuatro mil novecientos pies de



Panorama desde el Collado del Lobo.

(Fot. Aguinaga.)

elevación, y tendréis la cumbre que estamos contemplando!»

Y luego añadía:

«¡Verdaderamente, el Mont-Blanc pudiera ser todavía un poco más alto!—La cumbre del Himalaya, sin ir á otro planeta, mide 28.000 pies de elevación; es decir, casi doble estatura que el Mont-Blanc. ¡Y aun el mismo Himalaya podría tener algunos metros más!—¡Y aunque llegase á las estrellas fijas, cualquiera conseguiría, sin grande esfuerzo, imaginárselo un poco mayor!...»

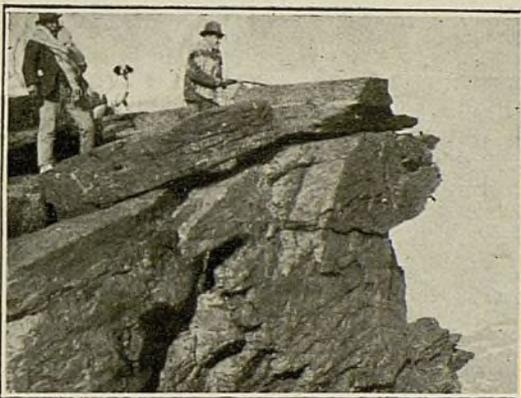
Y terminaba diciendo:

«Pero yo no debía revelar al público estos secretos, ni disminuir con tales reflexiones la importancia de mi viaje.»

Lo mismo digo hoy;—y ateniéndome á esta última observación, y para que volváis á venerar la *Sierra* alpujarreña, agregaré ahora que, aunque finita, su altura casi dobla la del Guadarrama (1), tan respetado por los matritenses, y que, ya que no de otra cosa, el *Mulhacem* y el *Veleta* pueden jactarse de que (según ya he dicho varias veces) ni en el resto de España ni en el resto de Europa hay otros montes tan altos como ellos, fuera de sus progenitores los Alpes...—¡Algo es algo!

Por lo demás, los titanes de hielo de la

(1) En el *Guadarrama* no hay ninguna cumbre que llegue á 7.700 pies de elevación sobre el nivel del mar. Su famoso puerto no excede de 5.780.



En la cumbre del *Mulhacem* (3.481 metros).

(Fot. *Aguinaga*.)

Alpujarra no gozan en su encumbrado solio de toda la seguridad que podría suponerse...—Lejos de ello, ¡en qué se ven de refrenar á los pueblos que se les suben á las barbas por todas partes, sin consideración alguna á la nieve de los siglos!

Sobre todo, á orillas del consabido Barranco de Poqueira la cosa nos pareció muy formal..., bien que al propio tiempo ofreciera un aspecto muy cómico—según que ya habíamos observado más detallada-

mente desde el Puerto de Jubiley... ¡Figuraos que hacia aquella parte trepaban por lo alto de una vastísima ladera, casi vertical, uno detrás de otro y convenientemente *distanciados* (que diría un militar puro), tres ó cuatro lugarcillos, con sus campanarios á la cabeza, todos en dirección al mismísimo *Picacho*, como ba-

tallones escalonados en masa que fueran al asalto de la nevada cúspide!...

Aquellos batallones (digo, aquellos pueblos) se llamaban *Pampaneira*, *Bubión*, *Poqueira* y *Alguástar*.—Algo más cerca veíamos gatear por otra ladera arriba, con análogo intento y á mucha mayor altura, al famoso *Trevélez*, llevando en pos de sí toda la *Taha de Pitres*...; pero estos otros escaladores no podían inspirar ya tanto cuidado, pues tenían que habérselas con la inaccesible mole del *Mulhacem*.—Por último, enfrente y á nuestra derecha se descubrían en ademán más pacífico (y como grupo de espectadores sentados en

las gradas de aquel descompasado anfiteatro) unos veinte pueblos más, entre los cuales se contaban todos aquellos en que habíamos de *andar las Estaciones* al día siguiente...

Sí; allí estaban: primero, *Busquistar*, *Timar*, *Lobras* y *Jubiles*;—luego, los *Dos Bérchules*, en una extraordinaria altura—; debajo de ellos, *Yátor*, mirándose en su río;—encima, *Yegen* (donde dormíamos aquella noche), chico y verde como un oasis;—en seguida, *Mecina de Mombarón*, el pueblo de ABEN-ABOO,—y enfrente, *Válor*, el señorío de ABEN-HUMEYA;—más al Este, *Nechite*;—á sus pies, *Mecina Alfahar*;—allá arriba, *Mairena*;—á continuación, *Júbar*;—más alto aún, *Laroles*;—y sobre *Laroles*, el puerto de la Ragua, temeroso tránsito al horizonte de Guadix;—y debajo de *Laroles*, *Picena*;—y debajo de *Picena*, *Cherín*, ya casi en la llanura;—y allí la cuenca de un río, prolongación de un inclinado barranco;—y al otro lado del barranco, la provincia de Almería, representada por *Alcolea*, *Lucaine* y *Darrical*, que ya pertenecen á Sierra de Gádor;—y entre Sierra de Gádor y Sierra Nevada, la entrada del alto llano del *Laujar*, de la *Taha de Andarax*, de la residencia de BOABDIL, del ZAGAL, de CID-HIAYA y de ABEN-HUMEYA, ¡del lúgubre escenario donde este último encontró tan desdichada muerte!

Nada más lejos de mi ánimo que describir aquí uno por uno los veintiséis lugares citados.—¡Fuera cuento de nunca acabar!...—Ya iremos á algunos de ellos...; y por lo que toca á los restantes, habréis de contentaros con saber su nombre y su situación...—Mas no puedo prescindir de hacer desde luego especialísima mención de cierta ilustre villa que contemplábamos

en aquel momento á gran distancia, y que habíamos de visitar dos días después.—*¡Ugíjar*, la antigua ciudad, la verdadera metrópoli de la *Alpujarra*, acababa de aparecer también á nuestros ojos; pero no encaramada en un monte, ni escondida en una rambla, ni opresa en un barranco, como los demás pueblos de aquel enmarañado país, sino aristocráticamente extendida al pie de la *Sierra*, en un terreno casi llano, en medio de una tierra feracísima, con su horizonte propio, cercado de montañas ajenas, y, en fin, ni más ni menos que las poblaciones *del mundo*!

El más impaciente deseo de visitar á *Ugíjar* nos acometió en aquel instante al hacernos cargo de su situación, y necesario fué todo nuestro respeto á los itinerarios preestablecidos para que dejásemos transcurrir todavía dos soles antes de pasar nuestros corceles y mulos por su encantadora campiña y llanas calles...—En cambio, había llegado el momento de dirigirnos, antes de subir á la *Sierra*, á dos pueblos que no figuran entre los que acabamos de citar; á dos pueblos que no descubríamos desde aquel viso, precisamente porque eran los que más cerca se hallaban de nosotros: á *Cádiar* y *Narila*; en suma, que, como quien dice, estaban escuchando la conversación...

Cádiar, patria y residencia habitual de D. Fernando *el Zaguer*, y algunas veces corte del mismo ABEN-HUMEYA, y la diminuta *Narila*, que, según veremos, viene á ser como el Triánón de aquel Versalles, quedaban escondidos en lo hondo del foso que nos separaba de la *Sierra*, y tapados por algunos montículos que se prolongan entre los lechos de los ríos *Cádiar* y *Yátor*...

—¡Bajemos á *Cádiar*!—gritóse en las

flas luego que hubimos saciado nuestros ojos en la contemplación de la gran cordillera.

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Bajemos á *Cádiar!*—repetí yo, pasando de una devoción á otra, ó sea recordando que en *Cádiar* principia el terrible drama intitulado *Aben-Humeya*, escrito por el ilustre Martínez de la Rosa.

Pero antes de bajar y de convertir, por ende, mi atención á los espectáculos humanos, torné á abarcar con la vista el espectáculo divino de la *Sierra*, á la cual pedí perdón de todas las puerilidades hu-

morísticas que me complacía en deducir de su aspecto verdaderamente augusto... Y la *Sierra*, con la sublime serenidad de su excelsitud, dióme á entender que ella está fuera del alcance de toda irreverencia mundana, y que no se había enterado siquiera de que yo andaba por el mundo...

Entonces fué cuando verdaderamente sentí todo el peso de su poderío; y no sin terror pensé en que aquella misma tarde mediría mis débiles fuerzas con las suyas al escalar sus inconmensurables laderas como hormiga que se aventura á curiosear por el lomo de un elefante.

PEDRO A. DE ALARCÓN.

(Del libro *La Alpujarra*.)



Ayuntamiento de Madrid

SIERRA DE GUADARRAMA

SÓLO el hacer un poco de historia sin detallar de la Sierra de Guadarrama sería trabajo para un libro completísimo; pero como lo que aquí queremos hacer es circunscribirnos sólo á un radio de acción no muy grande, sirviendo como centro los refugios del Club en Navacerrada, de ahí el que á continuación no expongamos más que los puntos que, aunque sean los más conocidos, son también los más accesibles al que comience á sentir la afición por la montaña.

Los planos que acompañan esta sección, ejecutados por nuestro distinguido consocio Sr. Iradier, son trabajos que no tienen la pretensión de ser exactos, pues son producto del estudio de las excursiones de dicho señor, y no tienen otro objeto que el de dar una idea lo más aproximada posible del macizo del Guadarrama, en donde nosotros efectuamos nuestras excursiones.

El número 1 es una explicación completa del itinerario que se puede seguir desde el Club Alpino Español hasta el Monasterio del Paular, con sus líneas de nivel; el número 2 es un detalle exclusivamente del macizo de Peñalara, en la vertiente sur, y el número 3 es un itinerario al Paular desde el puerto de su nombre.

Las altitudes más principales de la Sie-

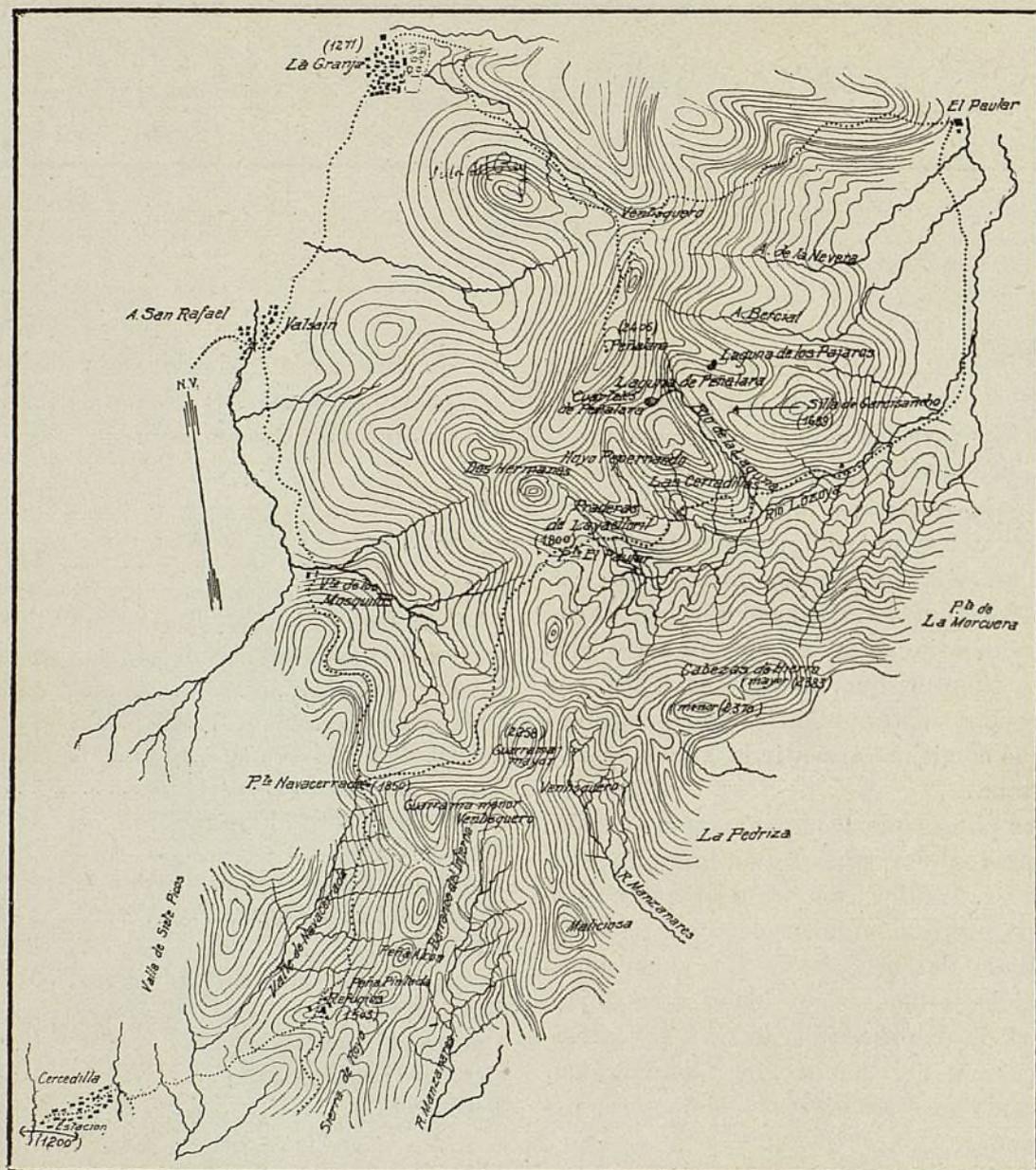
rra de Guadarrama, desde las vertientes del puerto de Somosierra hasta su enlace con la Sierra de Gredos, son:

	Metros.
Pico de Grado.....	1.517
Cabeza de la Excomuni6n.....	2.161
La Cebollera.....	2.126
Puerto de Somosierra.....	1.428
Puerto de Casla.....	1.626
Colgadizos.....	1.836
Puerto de la Acebeda.....	1.693
Puerto de Arcones.....	1.761
Puerto de Linera.....	1.851
Regajo Cap6n.....	2.060
Puerto de Navafria 6 de Lozoya...	1.860
Puerto del Mal Agosto.....	1.946
Artiñuelo.....	2.070
Collado de las Calderuelas.....	1.977
Revent6n.....	2.064
Puerto del Revent6n.....	2.029
Cerro de los Claveles.....	2.060
Peñalara (1).....	2.406

Las alturas de las derivaciones del Somosierra al Sur son:

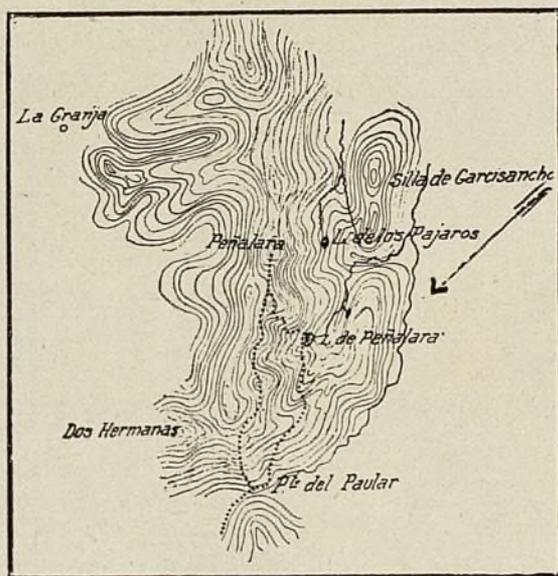
	Metros.
Ocej6n.....	2.048
La Tornera (6ltima cumbre del Atalar).....	1.885

(1) La mayor altura del Guadarrama.



Núm. 1.—Macizo de Peñalara y Cabezas de Hierro.

Desde la Sierra del Royo á las Ma-		Metros.
chotas:		
	Metros.	
		Mondalindo..... 1.833
		Cabeza Arcón..... 1.540
Pico de la Miel.....	1.394	Cerro de la Perdiguera..... 1.864
Canchogordo.....	1.564	Puerto de la Morcuera..... 1.705

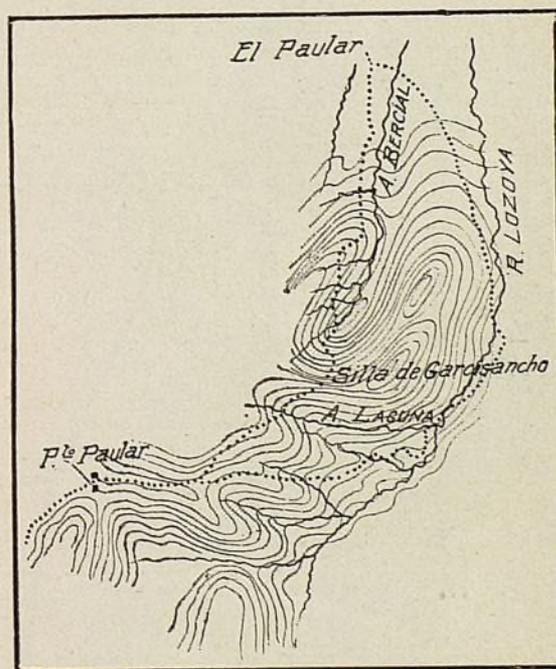


Núm. 2.—Macizo de Peñalara (vertiente sur).

	Metros.
La Najarra.....	2.106
Loma de los Bailanderos.....	2.237
Collado de la Peña de los Lobos..	2.213
Collado de las Zorras.....	2.190
Peña de las Zorras.....	2.192
Collado de Cancha Pelusa.....	2.191
Loma de Pandasco.....	2.240
Collado de los Vaqueros.....	2.220
Cabeza de Hierro Mayor.....	2.383
Cabeza de Hierro Menor.....	2.370
Collado de Valdemartín.....	2.147
Cerro de Valdemartín.....	2.277
Collado de las Guarramas.....	2.157
Guarramas.....	2.258
Puerto de Navacerrada.....	1.778
Siete Picos.....	2.203
Collado del Viento.....	1.900
Puerto de la Fuenfría.....	1.790
Montón de Trigo..	2.184
Peña Bercial.....	2.022
Collado de Marichiva.....	1.750
Peña Aguila.....	2.000
Collado de Cerromalejo..	1.773
La Peñota ó Tres Picos.....	1.909

	Metros.
Collado de Gibraltar.....	1.688
Collado del Mostajo.....	1.640
Matalasfuentes.....	1.694
Collado de Matalasfuentes.....	1.680
Puerto del Guadarrama ó del León.	1.533
Cerro de la Cierva ó Cabeza Sijar..	1.837
Carrasquete.....	1.649
Cerro de San Juan ó de Malagón...	1.735
Risco de los Abantos.....	1.754
Puerto de Malagón.....	1.585
Puerto de la Cereda.....	1.378
Cerro de San Benito.....	1.616
Puerto de la Cruz Verde.....	1.286
Machota Grande ó Cerro del Castañar	1.460
Collado de Entrecabezas.....	1.180
Machota chica.....	1.405

Y, finalmente, las altitudes de las estribaciones más importantes, como las de la

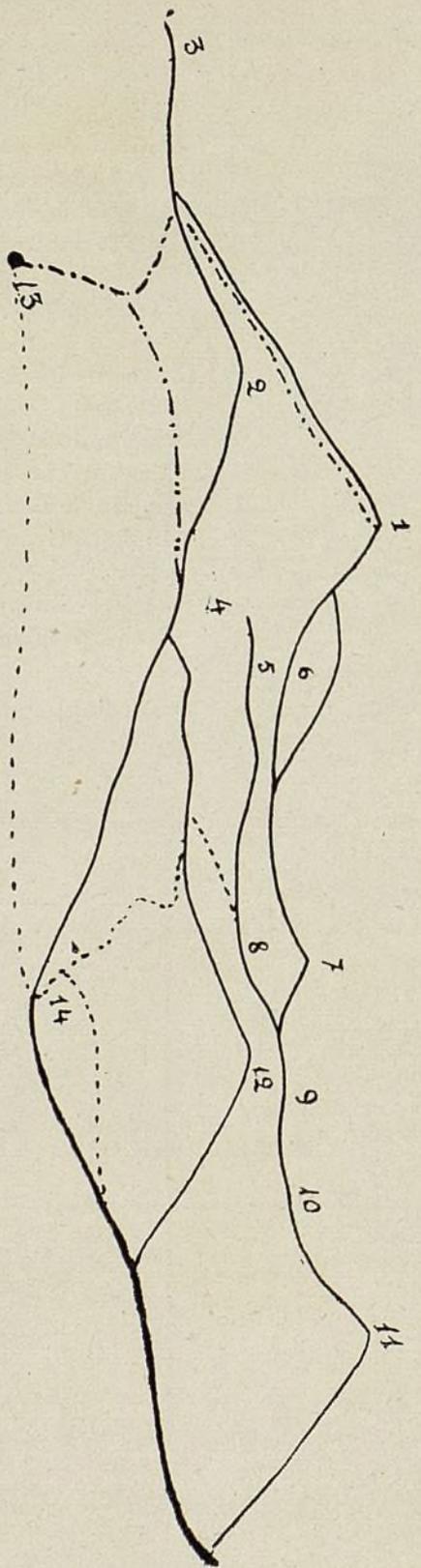


Núm. 3.—Itinerarios al Paular desde el puerto de su nombre.

CROQUIS DEL MACIZO DE LA PEÑALARA

(VERTIENTE SURESTE)

ITINERARIOS AL MONASTERIO DEL PAULAR Y CUMBRE Y LAGUNA GRANDE DE LA PEÑALARA



- 1. Macizo superior de La Peñalara.
- 2-3. Dos Hermanas.
- 4. Cóncavo de la Laguna Grande.
- 5. Hoya de Pepe Hernando.
- 6. Cóncavo de la Laguna de los Pájaros.
- 7. Cerro de Roblegordo.
- 8. Sillada de Garcisancho ó del Palero.
- 9. Cerrito Sarnoso.

- 10. Sillada de Malabarba.
- 11. Cabeza Mediana.
- 12. Cerro de las Alegas.
- 13. Puerto de los Cotos ó del Paular.
- 14. Comienzo del camino real al Monasterio.
- 13-1. (---) Ruta de Peñalara.
- 13-14-8. Camino corto al Monasterio.
- 13-4. (---) Ruta de la Laguna.

Pedriz de Manzanares, La Maliciosa y su derivada la Sierra de Mata El Pico y la Sierra del Hoyo de Manzanares, con la que se enlaza la Sierra del Cuchillar, son:

	<u>Metros.</u>
Cerro de San Blas el Viejo.....	1.580
Cerro de San Pedro.....	1.485
Pedriz de Manzanares (última cumbre).....	2.210
Peñas Linderas.....	2.087
Alto de Matasana.....	2.019
Cerro de los Hoyos.....	2.920
Pico de la Herrada.....	2.803
Collado de la Dehesilla.....	1.430
Peña del Diezmo.....	1.715
La Maliciosa.....	2.223
Cancho del Estepar.....	1.404
Picorzo Chico.....	1.240

De la Sierra de Malagón:

	<u>Metros.</u>
Alto del Descargadero.....	1.570
Puerto del Descargadero.....	1.537
Valdihuelo.....	1.531

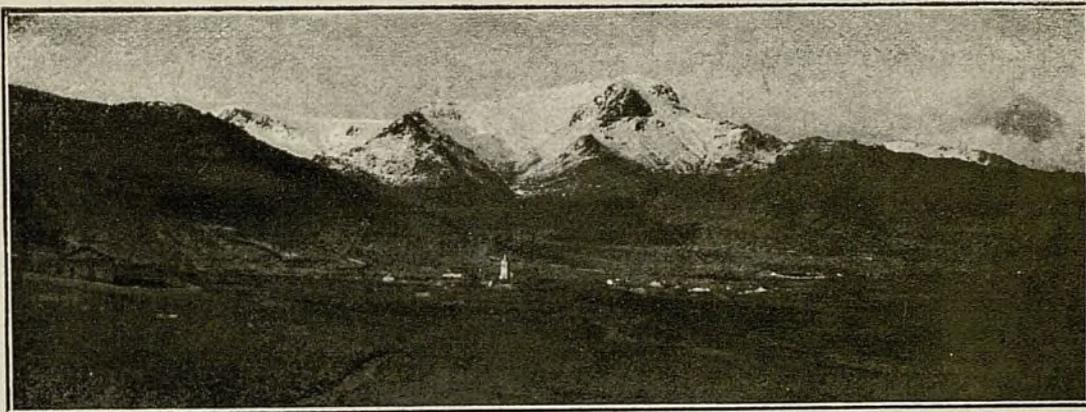
Enlace con Gredos:

Cabeza de la Horma.....	1.106
La Almenara.....	1.259
Cerro de la Horca.....	1.076
Aguaenfría.....	1.037
Peña del Cadalso.....	1.182
Lancharrasa.....	1.201
Cabeza Gorda.....	1.187

Todas estas alturas y nombres están tomados de la importantísima *Guía alpina del Guadarrama*, de D. C. Bernaldo de Quirós.



Ayuntamiento de Madrid



(Fot. Prast.)

LA MALICIOSA



Levante y muy cerca del ventisquero de Estrada, entre el grupo de las Guadarramas y sus hermanas menores las Guadarramillas, arranca al Sur un macizo accesorio, añadido por la erupción granítica posterior al gneis vetusto de la cordillera, y que, ascendiendo levemente en su corto trayecto, llega á exceder en altitud al mismo tronco principal de que procede, contra lo que sucede de ordinario.

Esta es La Maliciosa, en el sentido de La Maladetta del Pirineo: la maldecida; la más maltratada de las montañas de la Sierra; la desnuda, la estéril; negra, bruta, violenta. Y con todo esto, que en una criatura humana sería imperdonable, magnífica por la ingenua expresión con que afirma todas sus cualidades inquebrantables, poderosas y enormes, sin la mezquindad que tienen en los hombres.

Montaña de tipo piramidal, única en el

Guadarrama, la erosión ha truncado su vértice, dotándola de dos cumbres bien señaladas. La cumbre máxima, que llaman «Maliciosa Grande» en el país, asciende hasta los 2.223 metros sobre el nivel del mar, siendo, por tanto, la quinta de las cimas del Guadarrama (Hierro Mayor, Hierro Menor, Valdemartín, Guadarrama). La segunda cumbre, llamada «Maliciosa Chica», se deprime bajo la grande acaso un centenar de metros. Enorme monolito proyectado hacia adelante y arriba, surcado por hondas estrias tortuosas, excede, en cambio, á La Maliciosa Grande en expresión y en dimensiones, hasta anularla totalmente cuanto más se las observa. El soberbio peñasco produce un efecto de violencia sobrehumana inolvidable. Sería el primero en toda la Sierra, á no estar bien próxima la colosal regularidad de la bellísima Peña del Diezmo.

Hasta aquí, pues, el vértice roto de la

pirámide cuadrangular. Las aristas divisorias de estas caras están bien señaladas por la dorsal de enlace con el macizo del Guadarrama y los tres brazos que lanza y sobre los que se apoya en el valle. En el centro, bajo La Maliciosa Chica é iniciándose en otro gran levantamiento granítico que lleva un nombre despectivo, el «Peñotillo», aun siendo grande como un alcázar; en el centro, pues, la Cuerda de la Majada de la Luna. Al oeste de ésta, otra cuerda mucho más breve, la de las Peñas Buitreras, que inmediatamente se deshace en la gran depresión que separa el macizo total de la Sierra del Royo, divisoria entre el Manzanares y el Guadarrama, y que lleva el nombre de «La Barranca». Al este de la cuerda central, otra cuerda, la del Hilo, la más prolongada de todas, que se continúa hasta enlazarse con las postreras derivaciones de La Pedriza.

Pero si las aristas divisorias de los planos están perfectamente marcadas, no así los planos mismos, excavados más ó menos profundamente por las aguas. Todos ellos van al Manzanares de este modo: por la cara más occidental, comprendida entre la dorsal de la montaña, la Sierra del Royo y la cuerda de las Buitreras, la vaguada del ventisquero del Regajo del Pez, vecino del de Estrada; por la cara suroccidental, limitada por las Buitreras mismas y la Cuerda de la Majada de la Luna, la vaguada del arroyo de las Tijerillas, acrecido después por otros; por la cara suroriental, entre la Cuerda de la Majada de la Luna y la del Hilo, el arroyo Samburiel, más importante que los anteriores; por último, en la cara oriental, entre la Cuerda del

Hilo y la vecina Pedriza, el propio río Manzanares, nacido en los grandes ventisqueros de la Condesa.

Tres pueblos duermen á la sombra de la montaña: Navacerrada (1.190 metros), Becerril (1.076 metros), Matalpino (1.080 metros); aunque el tercero no sea sino una aldea que forma municipio con otras dos más alejadas en el valle: Boalos (950 metros) y Cerceda (950 metros). Cinco siglos hace ella preside la vida humildísima de estos pueblos para el bien y para el mal, dando á los suyos, con su sola presencia, el valor para el vicio y la virtud, inspirándoseles sucesivamente según los hombres se figuran traducir la energía con que los habla.

Tiene La Maliciosa, que sepamos, dos episodios de vida criminal, que ha contemplado con su indiferencia sobrehumana. En el grupo de las Buitreras, surcado por las rectas y profundas estrías de las llamadas «vejigas», bajo la Peña de la Barranca, el asesinato de un pastor dormido. La manzanilla silvestre crece en el lugar preciso donde se vertió su sangre. Esto es de ayer. En la Cuerda del Hilo, en la llamada Serrota de la Cueva, próxima á Matalpino, murió también á manos de su segundo el famoso bandolero Pablo Santos, luego del robo de la Mala de Francia, al repartir el fruto del asalto. Ocurrió esto hace muchos más años, en el primer tercio del siglo XIX.

Así el crimen no vuelva á profanarla más, y La Maliciosa—aunque indiferente siempre, incluso cuando un pintor de Reyes, D. Diego Velázquez, la retrató—vea sólo las alegrías puras de los hombres.

C. BERNALDO DE QUIRÓS.

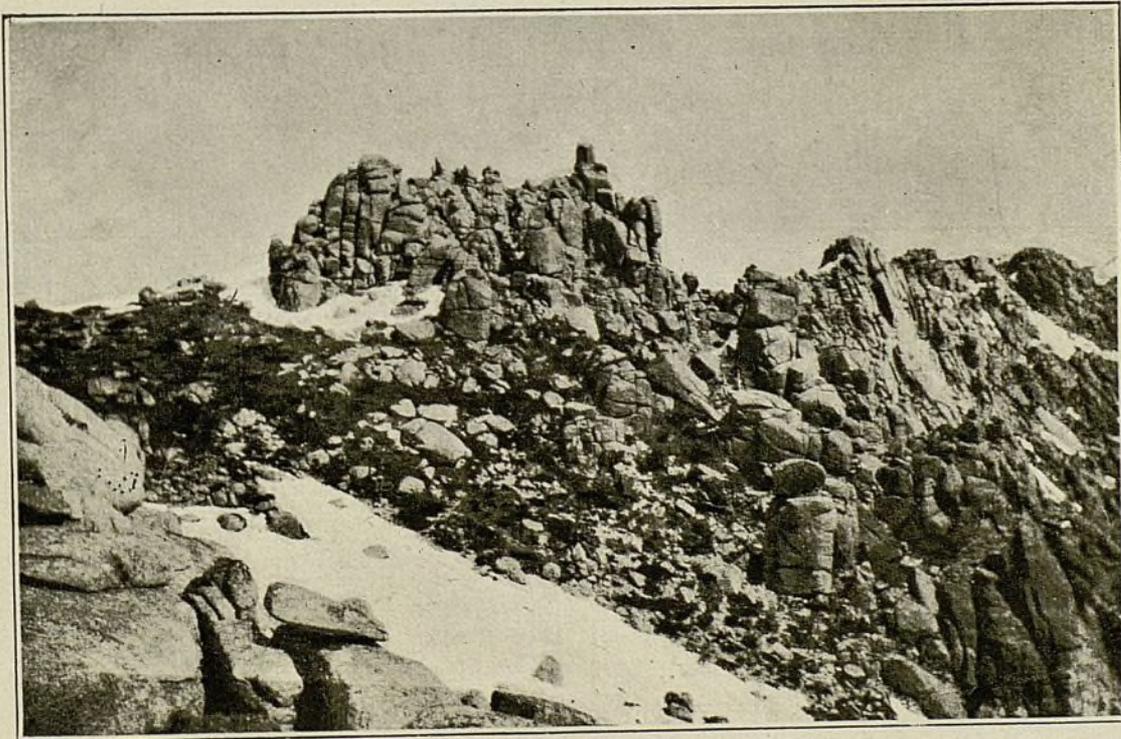
LAS CUMBRES DEL GUADARRAMA

SIETE PICOS

ENHIESTOS, gallardos, soberbios, yerguen los Siete Picos sus torreones graníticos, esbeltos como los florones de una corona ducal. En plena invernada, cuando la nieve encaperuza las cumbres de la serranía, la monstruosa mole de la Peñalara, la doble mogota de Hierro, el cónico macizo de Montón de Trigo, la triple cresta de La Peñota

y aun la rota pirámide de La Maliciosa, los Siete Picos muestran sus negros roquedos limpios de la virgen albura del nevazo; así son de abruptos en la empinada ladera que mira al hondo barranco del Terradillo.

Por su vertiente norte los pinos, atrevidos y audaces, trepan casi hasta la cime-
ra; por la opuesta quédanse detenidos por



Vista parcial del Circo de Siete Picos (vertiente sur).

(Fot. Bonaventura.)



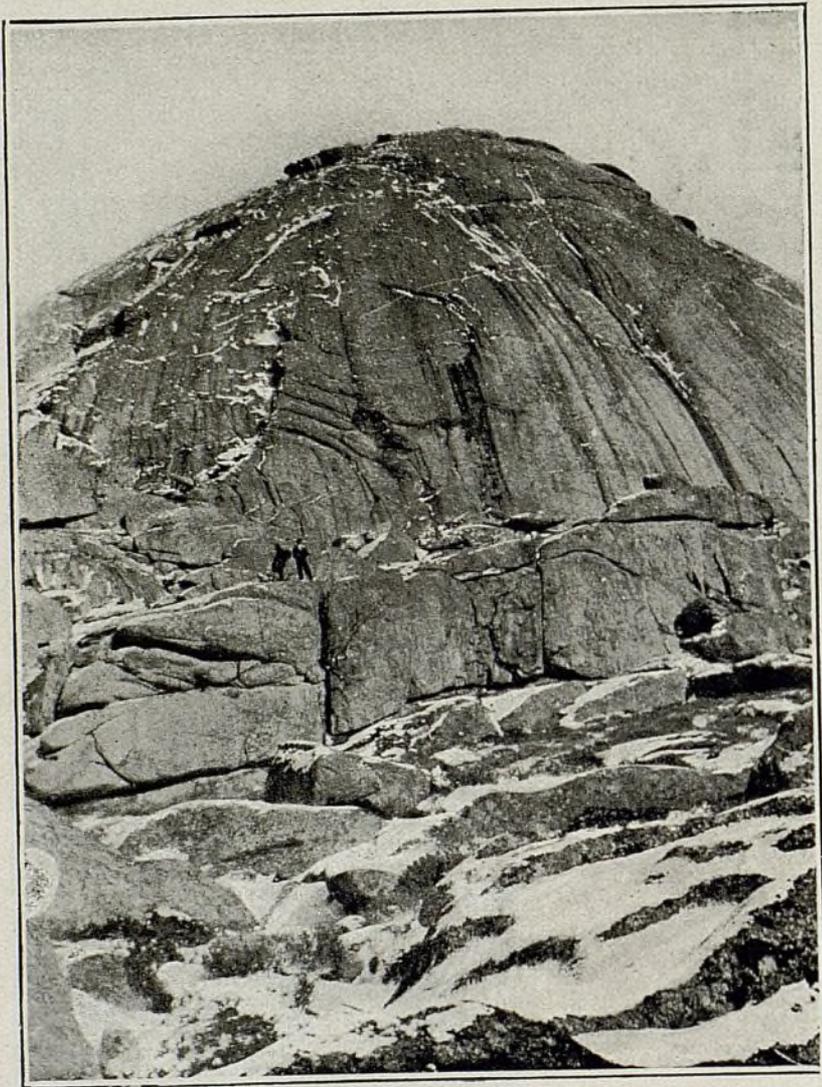
(Fot. R. González.)

EN LA SIERRA DE GUADARRAMA

LA PEDRIZA
Y EL RÍO MANZANARES

ERA domingo de Carnaval cuando, al caer la tarde, entramos en Manzanares Bernaldo de Quirós y yo. La festividad del día contribuía á justificar la extraña indumentaria que ostentábamos. Ciertamente, quien pretenda recorrer la Pedriza en esa época de frío no puede pensar en presentarse

como un modelo de elegancia. Por tanto, tampoco podíamos sentirnos molestos al observar la extrañeza, mezclada de hilaridad, con que los muchachos y alguna gente moza nos acogía por las calles de Manzanares. Después de todo, algunos ingenios indígenas andaban envueltos en colchas y cortinas, con ridículas caretas y



La Peña del Diezmo.

(Fot. A. Meliá.)

dando gritos destemplados. El único temor que podíamos sentir era tropezar con algún entusiasta bebedor.

Mas nada desagradable nos sucedió. Nos alojamos en casa del *Ratón*, donde hallamos regular lecho; mi compañero tuvo la rara fortuna de dormir con una codorniz á la cabecera.

A las siete estábamos en pie, y poco después completamente dispuestos para

acometer la subida á la Peña del Diezmo.

Del pueblo á la base de la montaña hay poca distancia. La ascensión no es engañosa: desde el primer momento se convence uno de que sus pies no dejarán de pisar la roca viva. Toda la montaña es, en efecto, una enorme masa de granito, roto por todas partes, quebrado en fantásticas formas. Pero no os figuréis que se trata de roturas sin importancia: allí todo es enorme, colosal; en una descripción detallada podrían entrar, con perfecta justificación, todas las expresiones ponderativas de nuestro idioma.

Preséntanse por todas partes grandes masas de rocas abiertas de arriba abajo en gruesas láminas, como si un genio poderoso las hubiera tajado á golpes con una espada inconcebible. A ve-

ces de una de estas masas queda solamente en pie una de tales láminas, que aparece como un muro aislado, de una sola pieza, vertical, sólido, pero que no puede comunicaros la idea de una resistencia invencible, porque á su pie yacen otros muros rotos en pedazos.

Otras veces contempláis verdaderas agujas de piedra, redondas y altas, absolutamente inaccesibles, que algún día, atra-

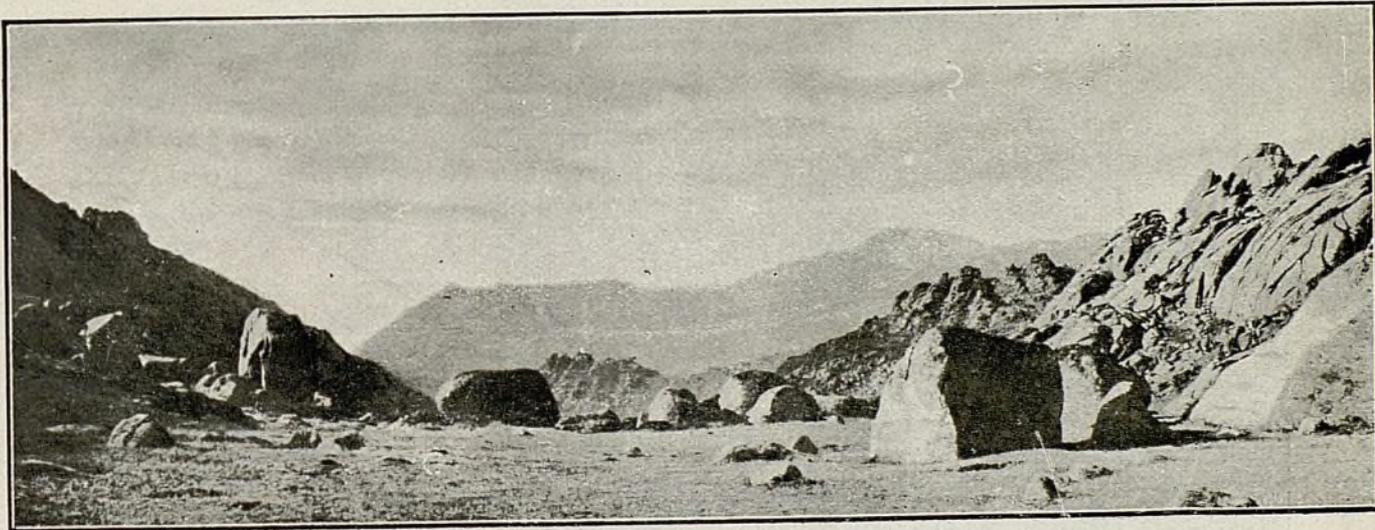
yendo el rayo, estallarán en espantoso crujido y rodarán monte abajo, fraccionándose y desmenuzándose para ser tierra y polvo dentro de miles de siglos.

Difícilmente se halla un sendero de pastores; y si se encuentra alguno pronto se pierde, porque sobre la roca desnuda no dejan huella los pies.

He aquí un enorme bloque—uno de tantos—como cortado á pico: tiene más de

mismo guía que llevamos no se atreve á penetrar con nosotros. Dicese que gritando en la entrada las palabras «Ave, María», una voz misteriosa sale del interior, como un eco, respondiendo: «Gracia plena.» Hecho el experimento, no logramos el resultado apetecido. Sin duda es necesaria mucha fe, y sobre todo muy buena fe, para llegar á percibir esa respuesta.

Otras versiones nos han asegurado que



Collado de la Dehesilla.

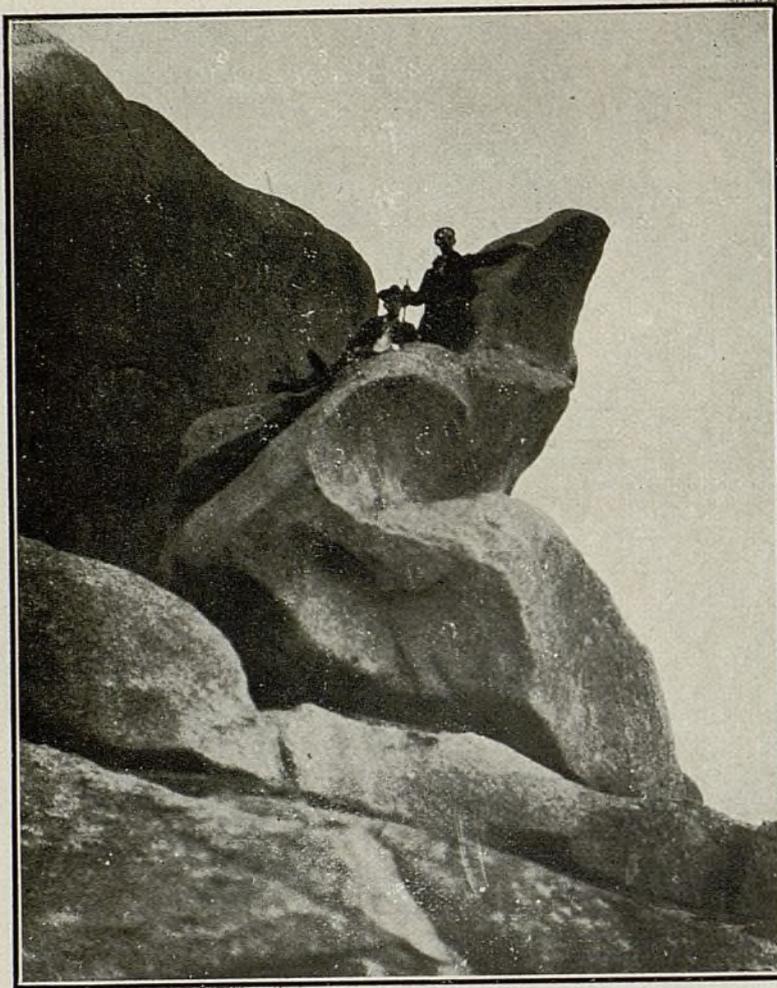
(Fot. A. Prast.)

veinte metros de altura y está hendido por la mitad; en el fondo de esta hendidura hay una espesa capa de nieve endurecida que dura y perdura porque nunca llega hasta ella el sol.

Hacia la mitad del camino aparecen, en la parte suroeste, unas afloraciones inmensas de roca pelada y desgastada por las lluvias; bajo una lancha que sale sobre la superficie unos quince metros hay una quebradura que se interna roca adentro, ofreciendo una entrada triangular: es la cueva del *Ave María*. De esta cueva nos han contado varias leyendas en el pueblo, y el

nadie pudo llegar al fondo de esta cueva. Es la misma leyenda de todas las cavernas, pero que aquí no tiene verosimilitud aparente: se comprende que en un terreno blando, en una montaña de roca sedimentaria, existan cavernas profundísimas, de fondo desconocido por defecto de exploración, como las de Pedraza; pero en un terreno puramente granítico esta clase de cuevas serían demasiado raras.

Sin embargo, como no podemos considerarnos conocedores de todos los fenómenos de la Naturaleza, nos resolvemos á penetrar en la cueva del *Ave María* para com-



Peña del Pájaro.

(Fot. A. Prast.)

probar las informaciones recibidas. ¿Quién sabe si en esas monstruosas convulsiones geológicas que han quebrantado la corteza terrestre pudo quedar abierta alguna inmensa grieta en el granito de la Peña del Diezmo?

El fracaso más completo siguió á nuestro intento de exploración: la cueva se estrecha inmediatamente; el techo baja y las paredes se aproximan; hay que andar en cuclillas sobre un piso fangoso; á poco es imposible seguir en esta postura, y es pre-

ciso agacharse más. No me importa ensuciarme de lodo con tal de ver cómo acaba esto; me arrodillo, ando á gatas, y ni aun así puedo avanzar más. Adelanto la luz, y veo enfrente y á los lados que las paredes, el techo y el suelo se reúnen; con el bastón alcanzo á este límite, y golpeando con él me cercioro de que allí acaba todo; la cueva del *Ave María* deja de ser un misterio para nosotros. Reconocemos el piso: con la tierra que los vientos han precipitado al interior de la caverna, y la humedad de alguna filtración, se ha debido formar este barro negrozco. No hallamos otros restos animales que el esqueleto de un murciélago.

Comunicamos al guía nuestras observaciones; pero con incredulidad responde:

—No; ustedes no han podido llegar al fondo, porque se estrecha mucho y hay que andar arrastras...

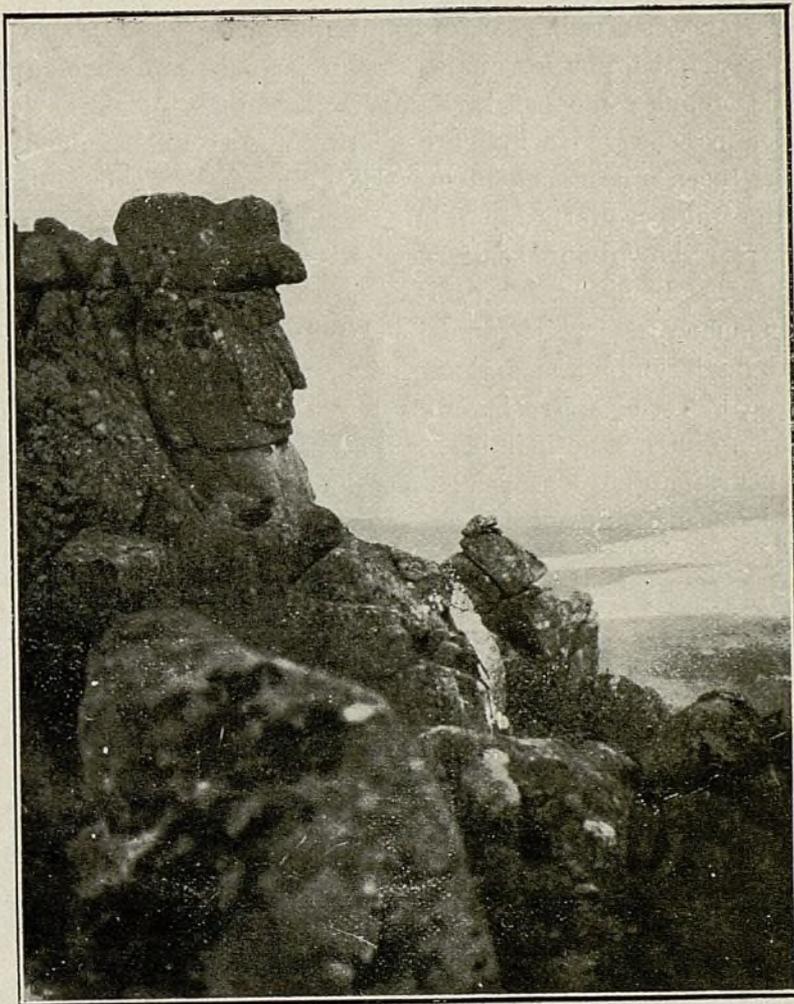
De nada sirve que yo le asegure haber tocado con el bastón las paredes finales de la cueva. No se convence, como tampoco se convencieron en el pueblo al oírnos. Mas yo no tengo gran interés en ello; me basta por ahora haberme convencido á mí mismo.

Abandonamos la cueva, después de obtener la correspondiente fotografía de su entrada, y continuamos la ascensión. Esta

se hace penosa por lo empinada que es la vertiente. La parte rocosa está resbaladiza, y entre una y otra peña existen capas de nieve endurecida, por las que también se resbala de manera peligrosa. Esto nos hace rodar por el suelo varias veces, aunque sin consecuencias desagradables. Finalmente, llegamos al pie de la Peña del Diezmo.

Esta peña es de lo más notable que se encuentra en toda la Sierra. Después de haber atravesado tan abrupto terreno, tras de haber rodeado y escalado tantas escarpas, pasando entre bloques, láminas y agujas de granito, llegase á una gran meseta, perfectamente llana, que en forma de anillo rodea á la Peña del Diezmo. Surge, pues, esta peña de en medio de una meseta: mirándola por el lado sur, aparece con forma de medio huevo; la superficie es tan lisa, que sólo viéndola puede concebirse: es verdadera llambria por donde nadie puede trepar. Unos pastores nos refieren como caso asombroso que cierta vez atravesó una cabra la Peña del Diezmo por esta parte, y que ellos la seguían con la mirada, convencidos de que iban á contemplar su muerte por despeñamiento. Sin embargo, tan terrible accidente no se produjo.

La altura de la peña sola quizás pase de 100 metros, y la anchura se aproximará á 200, lo que para una roca de una sola



Peña del Dante.

(Fot. A. Prast.)

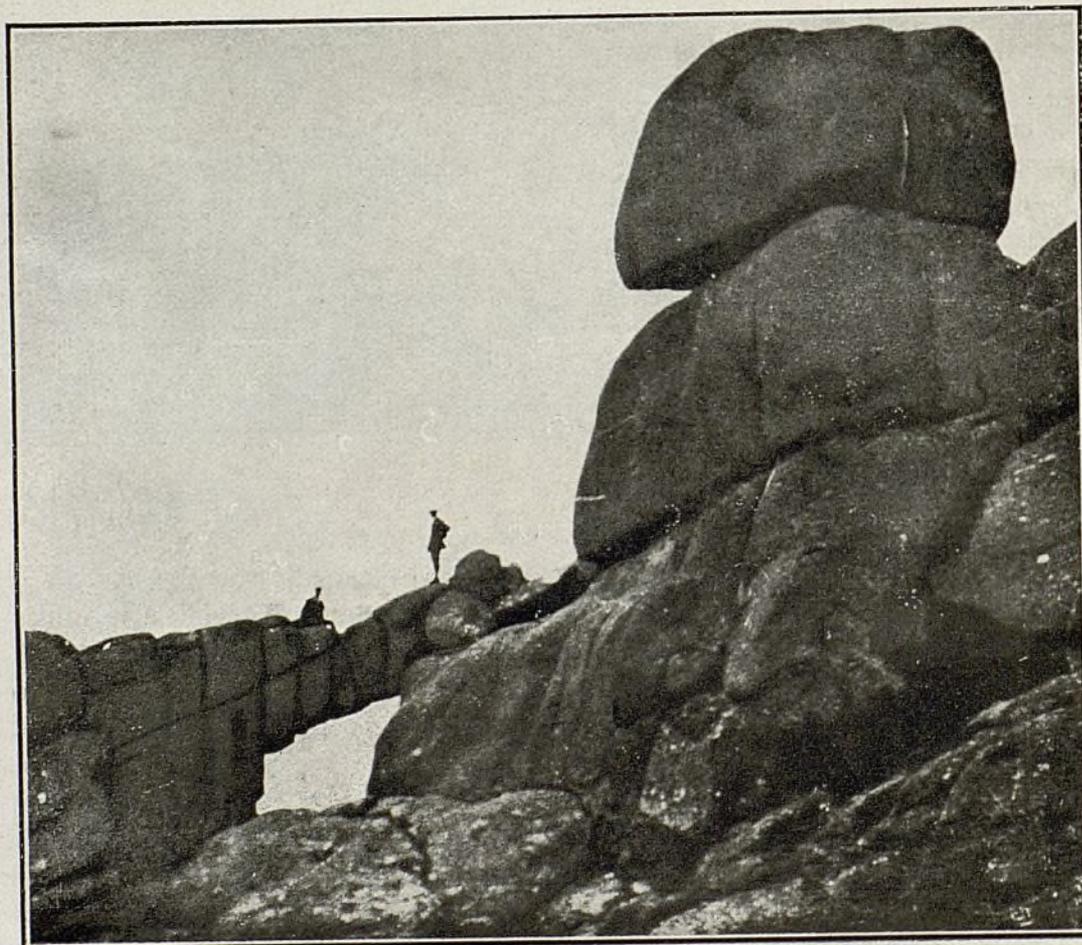
pieza es un tamaño respetable. Tan grande es, que desde Madrid se la distingue claramente, coronando la montaña, á pesar de los 40 kilómetros que en línea recta la separan de la corte. La altura total sobre el nivel del mar es de 1.715 metros.

La meseta está cubierta por una espesa capa de nieve. Marchamos sobre ella, dando vuelta á la Peña del Diezmo por el lado este. Súbitamente cambia por completo el aspecto de la peña: si por la cara sur está redondeada y pulimentada, en cambio, por

el Norte está toda rota, presentando terribles aristas, por las cuales es tan imposible trepar como por la llambria: he aquí dos causas perfectamente distintas que producen un mismo efecto. El guía nos dice que por cierta hendidura se puede llegar arriba valiéndose de los puños, los codos, los hombros, las rodillas y los pies; en suma, un ejercicio durísimo y peligroso, al cual renunciamos á entregarnos, dado que la roca está resbaladiza por el hielo. Acordamos practicar esta subida en otra excursión que nos prometemos hacer más adelante, cuando el tiempo sea más blando.

Y ahora cábeme consignar con orgullo que me cupo la gloria de obtener las dos primeras fotografías que se conocen de la Peña del Diezmo; una de ellas acompaña á esta pobre narración.

Nos dirigimos hacia unas imponentes crestas que se levantan frente á la peña, en el lado norte, y que limitan la meseta: crestas que se alzan á tanta altura como la peña misma, y que son absolutamente inaccesibles. Por entre estos picachos nos asomamos, y el espectáculo más asombroso se nos presenta: un paisaje cósmico, como ha dicho Baroja.



Puente del Diablo.

(Fot. A. Prast.)

A nuestros pies se hunde la montaña casi perpendicularmente hasta el fondo del llamado Collado de la Dehesilla; enfrente levántase otro murallón de picachos desolados, aterradores; tras estos picos adivínase otra depresión, y más allá aún suben nuevas agujas imponentes en línea diagonal, que se agarran al núcleo central de la Sierra, llegando á 2.210 metros de altura.

Las nubes, espesas y blancas, navegan de un risco á otro, los envuelven y ocultan; á veces una columna de granito rasga el tenue vapor y aparece como suspendida en la atmósfera, destacando la dura silueta sobre la brillante nube.

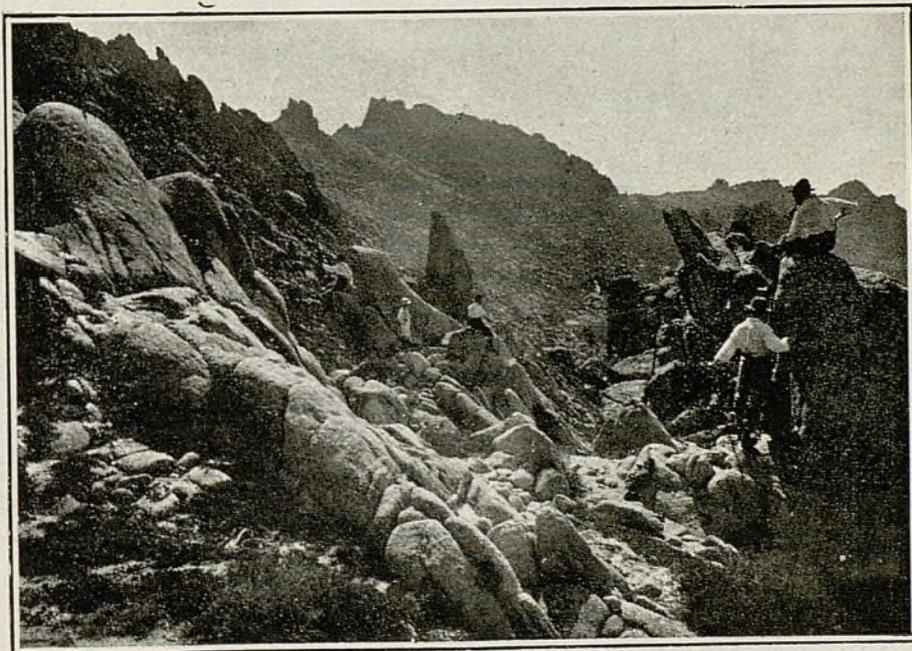
Nunca como ahora se siente pequeño el hombre; yo, que he sufrido el temporal marítimo, confieso que me siento más insignificante aún en medio de la Pedriza de Manzanares.

Al Noroeste y al Oeste las nubes nos ocultan las altas cumbres de la cordillera. Con la brújula y el mapa queremos orientarnos; mas es tan intenso el frío, que hemos de renunciar á esta operación.

Una cumbre triangular asoma entre la niebla, lejos, en medio del cielo, y pensamos si será Peñalara; mas no puede ser, porque las Cabezas de Hierro la deben

ocultar. La Maliciosa, avanzando sobre la llanura, destaca su vigoroso perfil como un espolón.

Entre ella y las Guarramas, en un amplio ventisquero, nace el río Manzanares, que baja serpenteando hasta la base de la montaña donde nos encontramos.



Panorama de la Pedriza Posterior, desde el Collado de Prado Poyo. Al fondo los Altos de Matasana y la Peña del Rayo. En el medio del grabado aparece el Risco de la Bota.

(Fot. R. González.)

Es una contemplación emocionante la que estamos disfrutando. Pasaría uno allí horas y más horas, viendo cambiar por momentos el paisaje, pues á medida que avanza el sol va sacando nuevos relieves á las rocas, á los picachos, á los abismos, hasta el extremo de que una fotografía obtenida por la mañana es distinta de otra hecha por la tarde, aun sin haber cambiado de dirección el objetivo.

El frío es atrozmente cruel, y no nos deja permanecer quietos: un frío de 15 gra-



Cueva de las Brujas.

(Fot. A. Prast.)

dos bajo cero. Aun con las manos forradas por guantes peludos, siento los dedos helados, lo cual me dificulta el manejo del aparato fotográfico; mas como no quiero prescindir de obtener un *cliché*, desnudo las manos y satisfago mi deseo. ¡Pero á costa de cuánto sufrimiento! Se me quedan los dedos agarrotados, rígidos, y no puedo doblarlos; el cerrar y guardar en la cartera la cámara me cuesta indescriptible trabajo, y cuanto más tardo más se me hielan los dedos... Finalmente, concluyo mi obra y me dedico á reaccionar las manos: ¡qué dolores! Durante tres días tuve las yemas de los dedos doloridas, como si todas hubiesen sufrido martillazos. He ahí un *cliché* que nunca será pagado.

Bajamos al Collado de la Dehesilla. La vertiente norte de la montaña no recibe jamás la luz directa del sol; por eso está toda nevada y helada, de arriba abajo.

La nieve ha tapado todo, peñas y senderos; el guía no nos sirve de nada, porque él mismo se ha extraviado. No sabemos más sino que hay que descender; el cómo es un problema que á cada paso hemos de resolver: bajamos unas veces en sentido diagonal, otras perpendicularmente; á menudo hemos de retroceder, subir y adoptar otro camino... ¡Oh, qué horrible descenso el de la Peña del Diezmo por aquel lado y en aquella época! Mucho más que en subir tardamos en llegar abajo, después de dar varias caídas, cuyas consecuencias no po-

dían apreciarse hasta que los cuerpos dejaban de rodar. Afortunadamente, nada grave sucedió: sólo mi amigo Constancio hubo de sufrir la desolladura de una muñeca, por haber caído al partirse en dos su recia cayada. La mitad del bastón allí quedó, sepultada entre el hielo y las rocas.

Cuando desde abajo volvimos la cabeza para contemplar aquel despeñadero que se levantaba 400 metros sobre nosotros, no pudimos menos de felicitarnos mutuamente, reconociendo, sin hipócrita modestia, que habíamos hecho un bravo alarde.

Abajo la temperatura era más tolerable: resguardado aquel collado por los muros de la Pedriza, la nieve está blanda y el agua circula bajo una delgada capa de hielo.

Subimos por el collado arriba: la divisoria está á 1.430 metros de altura, y también desde aquí se admira un panorama estupendo. Por ambas vertientes corre el agua: por el Oeste baja un arroyo que afluye al Manzanares directamente; por el Este, otro arroyo forma el río Mediano, con otros análogos, cerca de Chozas, y desemboca en el Manzanares, ya detenido por la presa de Santillana.

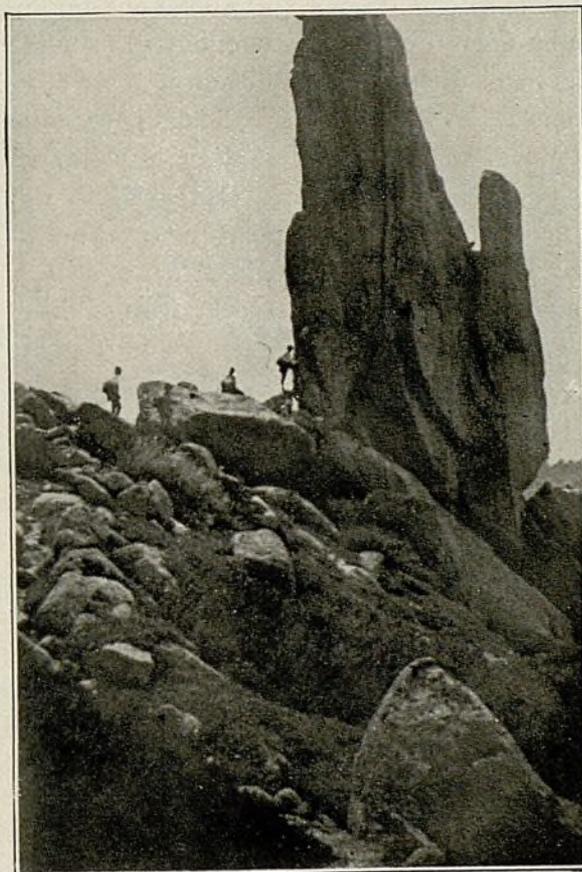
Descendemos por el Oeste, buscando directamente el Manzanares en su primer trayecto. Seguimos un sendero bien acusado, sorteando infinidad de bloques redondeados que cayeron desprendidos de las alturas. Cerca de las tres de la tarde llega-

mos al Canto del Tolmo, adonde nos dirigíamos.

Es el Canto del Tolmo uno de tantos desgajados de la Peña del Diezmo, que rodaron sobre el peñascal y se detuvieron en el fondo de la garganta, en una praderita, á orilla del arroyo. Es un enorme pedrusco de 18 metros de altura y 73 de circunferencia. En su parte de Levante ofrece un gran voladizo, que es, sin duda, una de las caras por donde estuvo adherido á la montaña, y que actualmente ofrece un excelente refugio á pastores y excursionistas,

que con sus hogueras lo han ennegrecido. Al Oeste está redondeado, ofreciendo cierta semejanza con una calavera inmensa. En una resquebrajadura vive un pequeño roble que Prado vió y dibujó en 1860 y que actualmente se defiende todavía en lo alto del peñasco.

Protegidos por el voladizo del canto, acampamos, hacemos lumbre y almorza-



Risco de la Bota (Pedriza Posterior). (Fot. Bona.)

mos con apetito feroz. Nuestro guía engulle con gran entusiasmo las lonchas de jamón, de mortadela, de jabalí, que llevamos. El surtido de fiambres desaparece por arte mágica.

Al pie del canto, en su cara sur, nace un manantial purísimo que nos surte de agua.

Reposamos y hacemos los comentarios naturales. El guía no sabe cómo justificar el haberse extraviado; pero el disgusto no le quitó las ganas de comer.

Nuevamente nos ponemos en marcha. Llegamos á lo hondo, allí donde el arroyo que nace en el Collado de la Dehesilla se reúne con el Manzanares. El lugar es magnífico, pues aparece como una plaza inmensurable cuyas paredes son los elevados y ásperos montes de la Pedriza; las bocacalles son: al Oeste, la salida de la garganta por donde entra el río, procedente de sus más altas fuentes; al Norte, la abertura por donde ha de subirse á las crestas más elevadas de la Pedriza Posterior; al Este, el Collado de la Dehesilla; al Sur, la Garganta de Manzanares, por donde se desliza el río.

Seguimos este último camino.

La marcha por esta garganta deja recuerdos inolvidables; es simplemente grandiosa. Traza varias curvas, y á ambos lados tiene los muros descarnados de los montes, con gruesos cantos que no se sabe cómo no caen, altos paredones, crestas, agujas y láminas. Toda la Pedriza tiene este mismo carácter de desolación, de convulsión, de lucha con los elementos.

El río canta con grave voz entre las rotas lanchas, una vez rozándolas suavemente, otras saltando sobre ellas y produciendo

blanca espuma. Los paredones repiten su canción, y el conjunto es de lo más solemne que puede imaginarse. Lugar de mayor severidad y aspereza no lo he visto nunca.

En algunos remansos el agua adquiere tonalidades que varían según la hora en que las contempláis y el paraje en que se encuentra: es azul, ó verde claro, ó verde obscuro, ó gris, ó amarilla, si refleja el cielo, la vegetación, las rocas en sombra, ó el granito iluminado por el sol.

¡Maravilloso río, fuente de encantos en este lugar, cómo te profana con sus inmundicias la villa de Madrid cuando á su lado pasas, absorbido por aquel espeso lecho de arenas que te convierten en mezquino riachuelo!

* * *

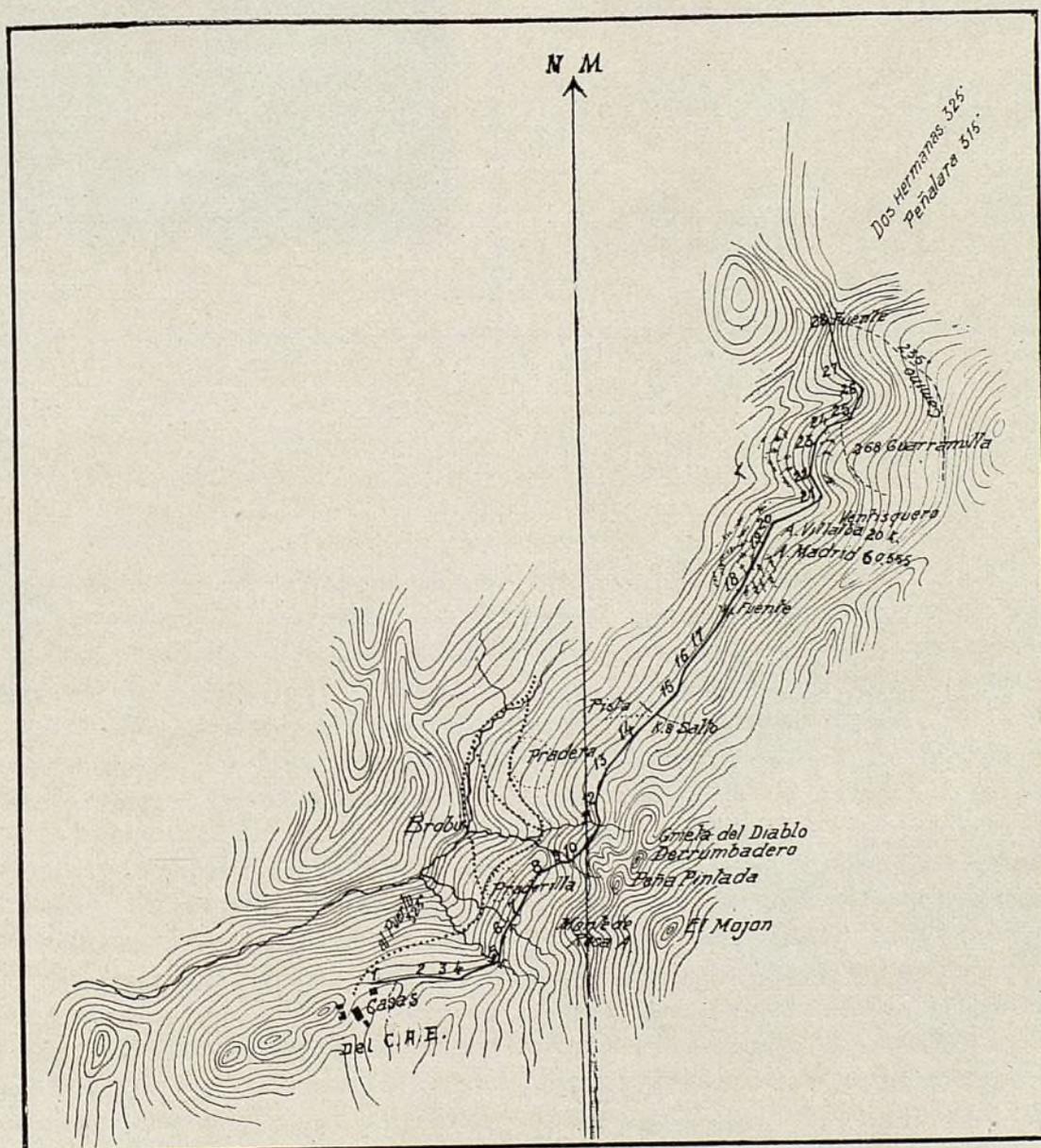
Cae la luz del día cuando vemos la salida de la garganta.

Sobre una ancha afloración de roca hay una ermita, la Peña Sacra, donde un religioso vive lejos de los hombres, pero sin poder prescindir de éstos, pues todos los domingos viene á Manzanares en busca de alimentación.

Un pastorcillo nos pregunta angustiado si hemos visto un corderito que se le extravió. Respondemos negativamente, y sigue adelante, garganta adentro, amenazado por las tinieblas que ya llegan, buscando con ansia entre aquel mar de granito cuyas olas quedaron petrificadas en un momento. El mozueto corre y corre; ya no le vemos, pero llega á nosotros su voz, repetida por cien ecos, que llama con gritos cariñosos al cordero, como si fuera un hermanito...

JUAN A. MELIÁ.

PLANO NÚMERO 1



Plano del trozo de carretera comprendido entre los chalets del C. A. E. y el puerto de Navacerrada.



El *Twenty*.

(Fot. Maycas.)

FUNDACIÓN
DEL
CLUB ALPINO
ESPAÑOL

EN mayo de 1908 un pequeño grupo de amigos, capitaneados por el hoy presidente del Club Alpino Español, D. Manuel de Amezua, alma de la afición, comenzó su tarea por dar á conocer los *skis* entre nosotros, trayéndolos del Extranjero, siendo el Sr. Amezua tal vez el primero que con un artefacto tan nuevo en nuestro país pisó la blanca alfombra de nieve de nuestra Sierra.

¿Creeréis, lectores, que la introducción del *ski* fué sencilla? Nada de eso. Estos aparatos causaron risa, fueron objeto de mofas, y adquirieron patente de maniáticos los que á tal *sport* se dedicaban; pero esto no restó entusiasmos, y lo que fué criticado al principio, fué seguido con interés y atención grande después, y terminó por ser considerado como ejercicio sano, creador de energías y fuente de salud, conven-

ciéndose todos de que lo que en otros países se aclimatava, no tenía razón de no aclimatarse entre nosotros, que, al fin, no debemos considerarnos inferiores hasta el punto de no intentar siquiera llevar á la práctica muchas de las cosas que tienen ya adquirida carta de naturaleza en otros países.

Pues bien; este grupo de entusiastas decididos tomó la resolución de edificar en la carretera del puerto de Navacerrada, en el kilómetro 16,800, un *chalet*, al cual denominaron, por ser veinte los que constituían la Sociedad, *Twenty*. Fué una casita modesta, pero que reunía sobradamente las condiciones que un alpinista joven puede desear.

Estos veinte deportistas, estudiantes en su mayoría, hoy ya ingenieros distinguidos algunos, por el elemento en que vivían,

propagaron sus ideas con una facilidad pasmosa; y viendo la atracción que la Sierra de Guadarrama iba ejerciendo sobre el elemento joven, decidieron ampliar la Sociedad, reformar su *chalet* y edificar uno nuevo, amplio y de líneas elegantes, que tuviera cabida para gran número de socios.

Pero esta resolución, á primera vista sencilla, constituía el primer paso difícil que en el camino triunfal que llevaban los deportistas tuvieron que abordar.

Y aquí comienza la labor financiera, que obtuvo gran éxito gracias al Sr. Aguinaga, secretario entonces, que planteó acertadísimamente las bases de un empréstito, que se llevó á cabo en las siguientes condiciones:

El Club contaba entonces con unos ingresos anuales de más de 1.200 pesetas solamente de cuotas semestrales, sin contar las de entrada, notándose un alza considerable en el número de socios y, por tanto, en el de ingresos.

Para poder ofrecer en la Sierra un lugar de descanso á sus socios, donde pudieran con comodidad é independencia cambiarse de ropa, almorzar, etc., etc., se precisaba la construcción de una casa de mejores y mayores proporciones que la de que entonces disponían.

Pensó la Junta directiva contratar, mediante pago á plazos, todas estas obras; pero las condiciones en que habían de realizarse hizo desistir de ello.

Por este motivo, para reunir inmediatamente los recursos necesarios y sacar un mejor aprovechamiento al dinero, decidió acudir á los mismos socios ó favorecedores del Club, haciendo *á la par una emisión de bonos al portador con interés simple de cinco por ciento anual y reembolsables por sorteo*.

Suponiendo que se dedicaran anualmente al pago de interés y amortización 1.000 pesetas, cantidad de que seguramente podía disponerse, una deuda de 10.000 pesetas quedaría saldada en un plazo de quince años como máximo; podría reducirse este plazo dedicando á la amortización otros ingresos, como el alquiler de camas, etcétera, en la casa que se construyera.

Todas estas razones decidieron á la Junta directiva á invitar á sus socios á que cubrieran entre sí, cada uno en la medida de sus fuerzas, un empréstito de 10.000 pesetas, repartido en 400 bonos de 25 pesetas. Cada bono llevaría quince cupones de 1,25 pesetas, que se pagarían correlativamente en enero de cada año.

La amortización se haría en la forma que se indica en el siguiente cuadro:

AÑOS	Interés.	Número de títulos sorteados.	Su valor.	Annualidad.	Deuda restante.
1910.....	500,00	20	500,00	1.000,00	9.500,00
1911.....	475,00	21	525,00	1.000,00	8.975,00
1912.....	448,75	22	550,00	998,75	8.425,00
1913.....	421,25	23	575,00	996,25	7.850,00
1914.....	392,50	24	600,00	992,50	7.250,00
1915.....	362,50	25	625,00	987,50	6.625,00
1916.....	331,25	26	650,00	981,25	5.975,00
1917.....	298,75	28	700,00	998,75	5.275,00
1918.....	263,75	29	725,00	998,75	4.550,00
1919.....	227,50	30	750,00	997,50	3.800,00
1920.....	190,00	32	800,00	990,00	3.000,00
1921.....	150,00	34	850,00	1.000,00	2.150,00
1922.....	107,50	35	875,00	982,50	1.275,00
1923.....	63,75	37	925,00	988,75	350,00
1924.....	17,50	14	350,00	367,50	000,00
TOTALES..	4.250,00	400		14.250,00	

El número de bonos sorteados cada año no sería inferior al que se indica en el presente cuadro; pero la Junta directiva se reservaría el derecho de aumentarle y hacer la amortización en un plazo más breve.

Debiendo hacerse todas las obras mediante contrato, en que constaría el valor de las mismas, tendrían así los poseedores de bonos una garantía de la inversión de su dinero, y habiendo de estar terminadas en un plazo de un año, responderían ellas mismas ante los acreedores hasta la completa extinción de la deuda.

Estas fueron las bases que presentaron los que componían la Junta directiva en 1909, con el visto bueno del presidente, Sr. Amezua, y el secretario, Sr. Aguinaga.

El resultado del empréstito fué el siguiente: se colocaron 9.325 pesetas, repar-

tidas en 373 acciones, que suscribieron los señores siguientes:

D. Manuel Rodríguez.
D. Juan Madinaveitia.
D. Manuel Amezua.
D. José Aguinaga.
D. Ernesto G. de Caux.
D. René Alphen.
Sr. Conde de Albiz.
D. Diego Quiroga.
D. Jorge Hidalgo.
D. Ricardo Corredor.
D. Félix Echevarría.
D. Emilio Quilez.
Sir Maurice de Bunsen.
D. Carlos Lezcano.
D. L. W. Puga.
D. Braulio Larrabide.
D. Julio Collado.
Sr. Conde de Heredia-Spínola.
D. José Sánchez Rivera.

D. Darío López.
 D. Leopoldo del Castillo.
 D. Emilio Roy.
 D. Teodoro Varela.
 D. Domingo Bárcenas.
 Mr. William Michaud.
 D. Luis Ledesma.
 D. J. Weisberger.
 D. Antonio Prast.
 D. Fernando Soriano.
 D. Jaime Salcedo.
 D. Armand Benoist.
 D. Ignacio Pidal.
 D. Gabriel Gancedo.
 D. Alfredo Pérez.
 Sr. Navarro Rojas.
 D.^a Carolina Aguinaga.
 D. Pedro Torreisunza.
 D. Manuel Argüelles.
 Sr. Conde de Revillagigedo.
 D. Alfonso Pidal.
 D. Luis Dupuy.
 D. Benito Llorente.
 D. César Torroba.
 D. Juan Torroba.
 D. Ricardo de la Huerta.
 D. Agustín Echevarría.
 D. Luis Martínez Osma.
 D. Jorge Loring.
 D. Bernardo Suárez.
 D. Mariano Rojas.
 D. Francisco Giner de los Ríos.
 D. José Luis Oriol.
 D. Ramón F. Hontoria.
 D. Lisardo Calvo.
 Sr. Marqués de Monteagudo.
 D. Antonio Pastor.
 Sr. Conde de Arcentales.
 D. Pedro Arribas.
 D. Fernando Pignet.
 D. Ricardo de la Huerta.
 D. Manuel Rodríguez.

D. Ramón Maycas.
 D. Manrique Calvo.

De todas estas acciones han sido abonados los intereses correspondientes, y se han amortizado en distintos sorteos las acciones que á continuación se expresan:

Números 44 al 48 inclusive.		
—	83 al 87	—
—	101 al 105	—
—	121 al 125	—
—	136 al 140	—
—	168 al 172	—
—	196 al 200	—
—	201 al 205	—
—	246 al 250	—
—	266 al 270	—
—	277 al 281	—
—	311 al 315	—

Terminada la reforma del *chalet* del Twenty y las obras del refugio general, fueron unánimemente aprobadas.

El refugio consta de un espacioso comedor para 150 personas, habitación tocador para señoras, vestuario, sala de lectura, sala de juntas, habitaciones para dormir, cocina, retretes con agua, etc., etc.

El reglamento y los estatutos por los que se rigió el Club desde su fundación son los que van á continuación; después se han tomado acuerdos que le han hecho variar en alguna de sus partes; pero de esto se tratará al reseñar la Junta general celebrada el 9 de noviembre del año próximo pasado.

Podrá apreciar el lector que dentro del reglamento general hay uno especial para agrupaciones, y éste fué creado porque á raíz de la terminación del refugio general se constituyeron dos agrupaciones nuevas, á semejanza de la creada del Twenty ó A, que fueron la B y la C; pero siempre dependientes de la general.

REGLAMENTO DEL «CHALET» GENERAL

Sociedad.

Artículo 1.º El Club Alpino Español, con arreglo á una de las bases del artículo 1.º de sus estatutos, ha construido y pone á disposición de los señores socios un *chalet*-refugio en el término de Navacerrada, sitio conocido por El Ventorrillo, en las inmediaciones del kilómetro 17 de la carretera de Villalba á La Granja, bajo las condiciones siguientes:

Derechos y obligaciones de los socios.

Art. 2.º El usufructo de este inmueble, así como el de todas sus dependencias y servicios, queda exclusivamente reservado á los socios, previa presentación de su tarjeta de identidad facilitada por la Junta, bien á los individuos que componen ésta, ó á las personas que designe, y cuantas veces en él lo exijan por creerlo necesario.

Art. 3.º Asimismo podrán hacer uso del *chalet*, sus dependencias y servicios, las personas extrañas al Club Alpino Español, siempre que vayan acompañadas de uno ó varios socios (que se harán responsables de las acciones de sus invitados) y una vez hayan satisfecho la cuota individual estipulada de antemano por la Junta, que harán efectiva á la persona encargada de la custodia del local. Esta cuota no da derecho á pernoctar en el mismo, siendo esta facultad exclusiva de los socios.

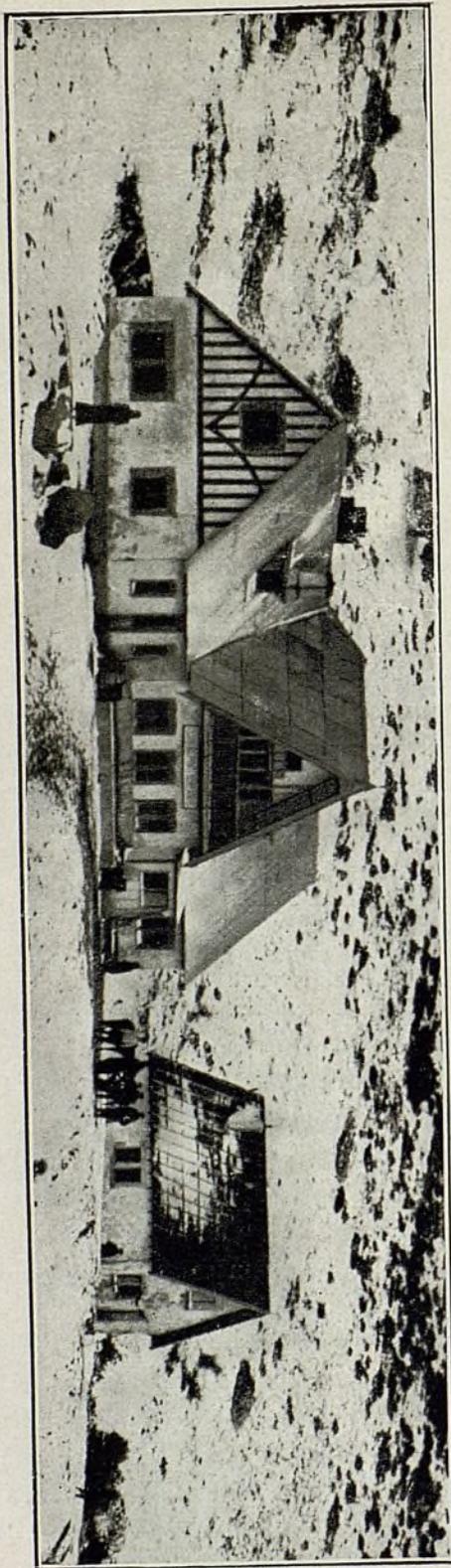
Art. 4.º El *chalet* podrá, sin embargo, ser visitado por personas á las que no acompañe ninguno de éstos, siempre que lleven autorización facilitada por la Directiva, ó soliciten permiso verbal del guarda que lo habite, sin que puedan para nada en su visita utilizar ninguno de los servicios del edificio.

Art. 5.º Queda terminantemente prohibido hacer de sus dependencias otro uso que aquel á que la Junta las tenga destinadas, así como el traslado de muebles de unas habitaciones á otras, ó el servicio de cocina y dormitorios, siendo los socios responsables de las roturas, averías y desperfectos que en el interior, mobiliario y demás objetos causen tanto ellos como sus invitados. Las indemnizaciones por roturas se abonarán inmediatamente al encargado del local.

Art. 6.º Asimismo y por ningún concepto podrán los socios entrar en las habitaciones destinadas á señoras cuando éstas las ocupen, sin que pueda servir de pretexto la afinidad ó parentesco.

Art. 7.º A fin de facilitar el acceso y permanencia en el *chalet* á los socios é invitados, éstos encontrarán á su disposición, y á los precios estipulados por la Junta, gran surtido de artículos comestibles, que expenderá al contado el guarda, el que á su vez deberá entregar como comprobante un talón y á cargo de la cantidad recibida. Su presentación se hará indispensable en los casos en que los socios tengan que ha-

Vista del refugio general y Agrupación B.



(Fot. A. Probst.)

cer alguna reclamación inherente á este servicio.

En idéntica forma la Sociedad procurará poner en alquiler los diferentes objetos de *sport*, como *skis*, *ludges* y trineos, así como la tienda de campaña con que cuenta, siendo responsables los socios de los desperfectos, roturas y averías que tanto ellos como sus invitados causen en aquéllos.

Art. 8.º Quedan rigurosa y terminantemente prohibidas en el interior del *chalet* toda clase de conversaciones y polémicas que se refieran á asuntos políticos y religiosos. La Junta espera de la exquisita cortesía y urbanidad de los socios que éstos procurarán hacer extensiva esta disposición fuera del mismo á sus relaciones con las demás personas, pertenezcan ó no á este Club, y que evitando aquéllas en sus expediciones, viajes en ferrocarril ó diligencia, etc., sabrán dar con ello pruebas de una esmerada educación.

Art. 9.º Todas las quejas y reclamaciones deberán ser presentadas en el acto, si es posible, á cualquier individuo de la Directiva, que tendrá en todo momento atribuciones suficientes para resolver lo que estime por conveniente, quedando obligados los socios á acatar dentro del *chalet* las indicaciones verbales que por cualquiera de la Junta se le hagan.

Art. 10. Serán dados de baja, además de los casos prevenidos en los estatutos:

1.º Los socios que den lugar á que su tarjeta de identidad sea utilizada por otra persona en los casos en que, para unos ú otros fines, se exija la presentación de la misma.

2.º Aquellos que no guarden dentro del local la consideración y respeto que en su trato con los demás establece la más correcta urbanidad y esmerada educación.

3.º Los que manifiestamente infrinjan este reglamento.

4.º Todos aquellos que, aun sin dar escándalo, inviten al *chalet* á personas que no sean merecedoras de la pública estimación, siquiera sea por una vez y accidentalmente.

Las decisiones y fallos que, refiriéndose á estos casos, tome la Junta directiva serán *decisivos é inapelables*.

De los guardas del «chalet».

Art. 11. Las atribuciones asignadas á estos funcionarios son las siguientes:

1.º Encargarse de la custodia, vigilancia y esmerada limpieza exterior é interior del mismo.

2.º Atender afablemente y en la forma más equitativa á los socios, cumplimentando los servicios ordinarios de cocina, comedor ó dormitorios que éstos soliciten ó encomienden, quedando excluidos los meramente personales.

3.º Proveer abundantemente las habitaciones que necesiten de leña ó agua de estos artículos, á fin de que no se vean privadas de ellos ni un solo momento.

4.º Facilitar á los socios los diferentes artículos de *sport* y comestibles que en su poder deposite la Junta directiva, encar-

gándose, bajo su cuenta y riesgo, de su cobro por venta ó alquiler de los mismos.

5.º Exigir á los socios, á su entrada en el *chalet*, la tarjeta de identidad, y percibir la cuota que haya de cobrarse á las personas invitadas por aquéllos y que les acompañen. Esta cuota es sólo valedera para el día.

Art. 12. En ningún caso podrán los socios obligar al personal á prestar otros servicios que aquellos que les haya encomendado la Directiva, esperando ésta que en aquellos casos en que varias personas soliciten á un mismo tiempo su concurso, las más cordiales reglas de urbanidad y cortesía entre las mismas bastarán á solventar las dudas que pudieran presentarse.

Art. 13. Considerando la Junta directamente responsables á los guardas de los desperfectos que los socios pudieran causar en el *chalet*, se previene á éstos que deben abonar el importe de los que ocasionen inmediatamente, á fin de no gravar el sueldo de aquéllos.

Asimismo les recomienda que procuren llevar *siempre consigo* su tarjeta de identidad, ya que su falta de presentación en el *chalet* será motivo suficiente para que el guarda, sin atender á excusas de ningún género, les obligue á satisfacer la cuota designada para los invitados.

REGLAMENTO DE LAS AGRUPACIONES

Según el artículo 21 de los estatutos, que dice: «Con el objeto de facilitar la edificación de refugios», etc., los socios podrán agruparse, á fin de reunir los fondos

necesarios al efecto, en agrupaciones de cinco socios por lo menos.

Dichas agrupaciones serán para estos fines completamente independientes, ri-

giéndose por reglamentos autónomos y particulares.

Esto no obstante, y manteniendo en pie el resto de los artículos que á las mismas en los estatutos se refieren, la Junta, á fin de especificar las obligaciones que las agrupaciones y sus titulares tienen para con la Sociedad, establece los que á continuación se expresan:

1.º Reunidos que fueren los socios que pretendan constituir una agrupación, deberán presentar á la Junta, y por escrito, una proposición manifestando su deseo y conformidad con el siguiente articulado y solicitando el permiso para designar, de común acuerdo, el emplazamiento de la nueva edificación, de la que acompañarán los planos consiguientes.

2.º Revisada y admitida aquélla por la Directiva, solicitará ésta del Ministerio correspondiente la concesión del terreno convenido, que al ser cedido por el Estado, lo hace bajo las condiciones adjuntas, especificadas en las Reales órdenes precedentes:

a) La cesión se concede directamente al Club Alpino Español, no á la agrupación, la que á su vez la recibe de éste en usufructo (previo pago de los derechos co-

rrespondientes, satisfechos en una sola vez). Este usufructo lo concede el Estado á perpetuidad. No siendo, en consecuencia, propietaria del suelo la nueva agrupación, no podrán en ningún caso sus agrupados ceder ó disponer á su albedrío la venta del inmueble á otras personas que no pertenezcan al Club Alpino Español, de-

biendo, llegado el caso, de mediar forzosamente entre la Junta y los cedentes ciertos requisitos y formalidades, á más del consentimiento mutuo, para que la cesión ó venta tenga la validez correspondiente.

b) Haciendo la Real orden responsable al Club Alpino Español de los daños que se

causen en el arbolado y repoblación en un radio de 200 metros alrededor de la nueva construcción, la Sociedad declina en los agrupados esta responsabilidad, autorizándoles para no permitir que otros nuevos ó personas extrañas puedan edificar dentro de esos límites sin su consentimiento.

c) No podrán destinar el edificio á otro uso distinto del que se concede, pasando á ser posesión del Club Alpino Español en caso de disolución de la agrupación ó incumplimiento de las órdenes consignadas en este reglamento, y muy es-



Agrupación A (*Twenty*), después de reformada. (Fot. A. Prast.)

pecialmente por cuanto pueda referirse á esta cláusula, con la que la Junta se mostrará rigurosa é inexorable.

d) Si alguna vez, en cualquiera de estos casos y á ruego ó mandato de la Directiva, tuvieran los conminados á ello que abandonar ó dejar de usufructuar su inmueble, quedarán en libertad de retirar todos los objetos de su particular pertenencia, concediéndose para ello un plazo de seis meses, á fin de que dentro del mismo puedan enajenarlo á otra agrupación que lo deseara. Transcurrido ese término, la Junta hará desalojarlo, entrando en su posesión inmediata para los fines que estime más conveniente, sin que por ello tenga ni deba que abonar indemnización alguna á sus antiguos locatarios.

3.º Será obligatorio dar parte á la Junta de haber recibido las obras, invitándola en nombre del Club á tomar posesión de

las mismas, así como comunicarla cada semestre la relación de los socios que constituyen la agrupación, haciéndose responsable el titular de la misma de las faltas de pago de cuotas é infracciones de los estatutos y reglamento en que pudieran incurrir los agrupados, siendo indispensable determinar el número fijo que componen aquélla, á los efectos de la contabilidad del Club, admitiéndose para la buena marcha de ésta alteraciones de altas ó bajas en dicho número, pero que sólo tendrán efecto en los semestres inmediatos á los que se presenten.

4.º La Directiva del Club se reserva el derecho de inspeccionar los inmuebles de las agrupaciones, debiendo éstas atender y obedecer cuantas indicaciones ó acuerdos tome aquélla, puestos en su conocimiento oficialmente por mediación del presidente.

ESTATUTOS

TÍTULO PRIMERO

Objeto de la Sociedad.

Artículo 1.º La Sociedad Club Alpino Español (C. A. E.) tiene por objeto generalizar el conocimiento exacto de las montañas de España, valiéndose principalmente de los medios siguientes:

Excursiones aisladas ó en grupos.
Organización de caravanas escolares.
Fomento y desarrollo de *sports* de nieve y de hielo.

Publicación de trabajos científicos, literarios y artísticos, y de informaciones útiles á excursionistas.

Edificación y mejoras de refugios y caminos.

Formación de guías.

Reuniones y conferencias periódicas.

Creación de bibliotecas y colecciones especiales.

Art. 2.º El Club tendrá su residencia oficial en Madrid.

TÍTULO II

De los socios.

Art. 3.º El Club Alpino Español estará constituido por dos clases de socios: de número y honorarios ó protectores.

Los socios de número pueden ser ordinarios ó vitalicios.

Son socios de número ordinarios los que satisfacen un derecho de entrada de diez pesetas y una cuota semestral de cinco pesetas.

Los socios menores de quince años, así como las señoras, estarán dispensados de la cuota de entrada, no pudiendo tomar parte en ninguna votación.

Son socios vitalicios los que por una sola vez ingresasen en la Caja del Club la cantidad de (doscientas) pesetas. Este pago no les eximirá de satisfacer las cuotas de las agrupaciones á que pertenezcan.

Art. 4.º Serán socios protectores los que nombre la Sociedad para corresponder á servicios ó donativos de importancia hechos á la misma, y no estarán obligados á ocupar cargos en la Junta directiva; pero, sin embargo, podrán ser elegidos al efecto con su propio consentimiento.

El nombramiento de los socios honorarios ó protectores se hará por la Junta general, á propuesta de la Directiva.

Art. 5.º El ingreso de los socios se hará á propuesta firmada de tres socios, dirigida á la Directiva, que serán responsables de toda infracción por su representado del reglamento del Club.

La Directiva acordará la admisión por mayoría de votos, confirmando el nombramiento el presidente, previo el pago de las cuotas correspondientes.

Art. 6.º Se considerarán dados de baja en la Sociedad los socios que dejen de satisfacer las cuotas de dos semestres, pudiendo ser readmitidos una vez cumplidos los requisitos ordinarios de admisión.

Art. 7.º Serán expulsados del Club los socios cuya conducta hubiera merecido la censura de la Directiva, á quien ha de diri-

girse toda queja, y que se reunirá en Comité especial para oír á los interesados.

Art. 8.º La viuda puede suceder al marido y el hijo al padre sin pagar de nuevo derecho de entrada.

Art. 9.º Los derechos de entrada, así como las cuotas semestrales, ingresarán en la Caja central.

Cualquiera que sea la época de admisión ó salida de los socios, pagarán éstos por entero el semestre corriente.

TÍTULO III

Dirección y administración.

Art. 10. La dirección y administración del Club estarán á cargo de una Junta directiva central, que se compondrá de un presidente, un vicepresidente y seis vocales, elegidos en Junta general.

La Directiva elegirá de entre sus vocales un secretario y un tesorero. Estos cargos serán obligatorios durante el primer año y declinables en caso de reelección.

Art. 11. La Junta directiva central será elegida anualmente por la Junta general, y su duración será de dos años, á contar desde la fecha de la elección. Estos cargos serán renovados por mitad en cada año.

Las vacantes que se produzcan dentro de este plazo las proveerá interinamente la Junta directiva.

Art. 12. El presidente, y en su defecto el secretario, convocará á la Directiva á reunión siempre que lo crea oportuno ó cuando lo pidan dos vocales.

Art. 13. Para que la Junta directiva pueda deliberar y tomar acuerdos con validez, es preciso que estén presentes ó representados la mayoría de los individuos que la componen.

Las votaciones empatadas las decidirá el presidente.

Art. 14. El presidente representará y llevará la firma social del Club en todos los actos civiles y judiciales.

El vicepresidente sustituirá al presidente en ausencias y enfermedades.

TÍTULO IV

Recursos y contabilidad.

Art. 15. Los recursos del Club proven- drán:

1.º De los bienes, rentas ó valores que le pertenezcan.

2.º De los derechos de admisión de los socios.

3.º De las cuotas anuales.

4.º De las entregas de los socios vitalicios; y

5.º De las subvenciones ó donativos que pudieren ser otorgadas por el Gobierno, las Sociedades ó los particulares.

Art. 16. El tesorero se encargará del cobro de las cuotas, ingreso de subvenciones y donativos, expedición de recibos correspondientes y pago de las cuentas revisadas y aprobadas por la Junta directiva.

Llevará los libros de contabilidad que ésta acuerde, teniendo la obligación de presentarlos cada semestre á la Junta, ó cuando ésta lo exija.

Art. 17. Los fondos disponibles se colocarán en cuenta corriente á nombre del Club en un Banco público ó en fondos del Estado.

TÍTULO V

Juntas generales.

Art. 18. Los acuerdos de la Junta general son obligatorios para todos los socios.

Art. 19. La Junta general será convocada por lo menos una vez al año, quedando la convocatoria á cargo de la Directiva, que deberá pasar aviso á todos los socios con una antelación de quince días.

En las mismas condiciones podrá la Directiva convocar Juntas generales extraordinarias cada vez que lo juzgue necesario, ó cuando lo soliciten la quinta parte del número total de los socios del Club.

Art. 20. Para que la Junta general pueda tomar acuerdo deberán asistir, presentes ó representados, la mitad más uno del número total de socios, y en caso de no reunirse dicho número la Directiva convocará nuevamente á Junta general, cuyos acuerdos tendrán validez cualquiera que sea el número de socios concurrentes.

Los socios pueden delegar por escrito su voto á otro socio.

TÍTULO VI

De las agrupaciones.

Art. 21. Con el objeto de facilitar la edificación de refugios, podrán los socios agruparse, á fin de reunir los fondos necesarios al efecto, en agrupaciones de cinco socios por lo menos.

Dichas agrupaciones serán para estos fines completamente independientes, rigiéndose por reglamentos autónomos y particulares.

Para todas las gestiones oficiales y relaciones exteriores relativas á estas edificaciones, y para las cuales la agrupación desee el apoyo directo del Club á fin de obtener más facilidades, podrá la agrupación pedir el uso de la firma social del Club. A este efecto lo solicitará de la Directiva, la cual estudiará los fines que la agrupación

se propone, y decidirá si se autoriza el uso de la firma social en los documentos que para tales fines se suscriban.

Art. 22. Toda concesión de terreno, derecho de paso ó usufructo de inmuebles que pueda ser obtenido mediante el uso de la firma social, se registrará á nombre del Club Alpino Español, entendiéndose, sin embargo, que serán de la posesión y uso exclusivo de la agrupación que haya promovido la acción oficial del Club, cuyo título figurará en el acta de la sesión de la Junta en que se haya acordado la autorización.

Art. 23. El Club Alpino Español entrará en posesión de los bienes adquiridos por las agrupaciones cuando éstas renuncien á su derecho ó cuando el número de los agrupados sea menor al consignado en el artículo 21.

Art. 24. Las agrupaciones podrán usar un título particular unido al del Club Alpino Español; por ejemplo: «Club Alpino Español, 20 Club» (C. A. E., 20 Club).

Art. 25. En caso de modificación de estos estatutos, las agrupaciones que no estuviesen conformes con lo modificado quedarán en libertad de retirarse con los bienes que hayan registrado á nombre del Club Alpino Español.

TÍTULO VII

Disposiciones generales.

Art. 26. Anualmente se presentará por la Junta directiva á la Junta general una Memoria de las expediciones llevadas á cabo durante el año y de las observaciones que las mismas hayan sugerido.

Art. 27. Con el fin de adquirir informaciones de interés general para el Club, los socios que verifiquen expediciones es-

tarán obligados á enviar á la Junta directiva un extracto de cada una de ellas, en el cual se contengan los datos que por su importancia merezcan ser consignados, tales como distancias, tiempo empleado en recorrerlas, estado de los caminos, indicaciones de fuentes y arroyos, puntos de hospedaje, precios de los mismos, etc.

Art. 28. Todo caso no previsto en estos estatutos será resuelto por la Junta directiva, dando cuenta á la general en su primera reunión.

Art. 29. Sólo la Junta general podrá modificar estos estatutos, así como disolver la Sociedad, siendo preciso para tomar acuerdo la asistencia de las dos terceras partes del número total de socios presentes ó representados.

Art. 30. En caso de disolución de la Sociedad los valores líquidos se prorratearán entre los socios, determinando la Junta general el empleo que debe darse á los inmuebles.

Art. 31. La Junta directiva hará un reglamento de régimen interior y excursiones obligatorio para todos los socios y en el cual se establecerán las oportunas disposiciones de detalle para asegurar el exacto cumplimiento de estos estatutos.

Artículo adicional.

La agrupación Club Alpino Español, 20 Club, constituída anteriormente y que tiene construída una caseta en la carretera de Navacerrada, que ha registrado á nombre del Club Alpino Español, se declara desde luego comprendida en los artículos 21 y siguientes de estos estatutos, entendiéndose que la posesión y usufructo de la citada caseta corresponden exclusivamente á dicha agrupación.

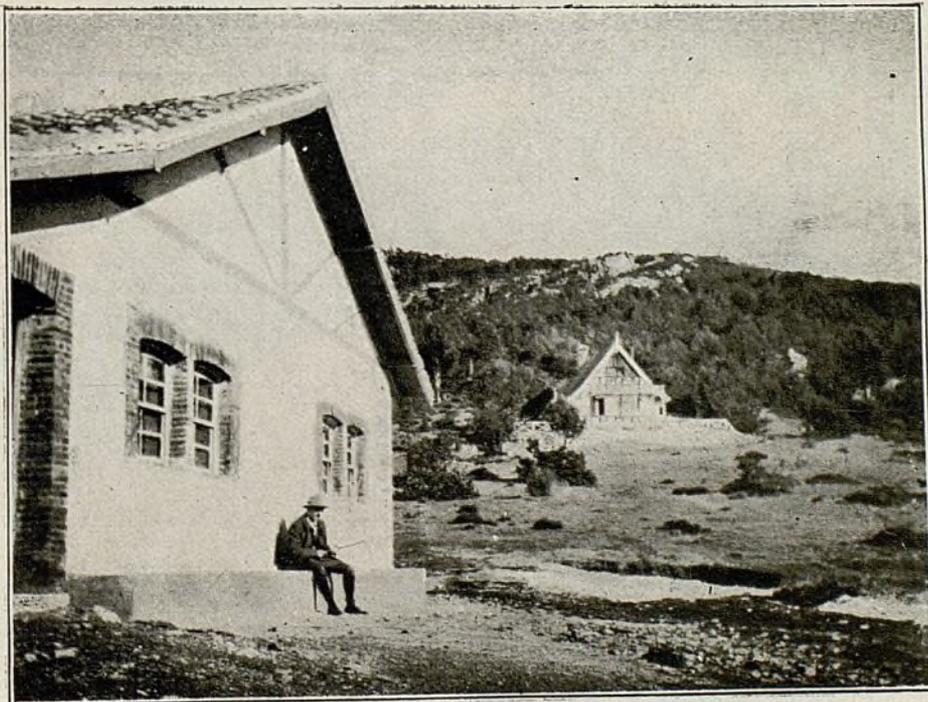
EXTRACTO DE LA JUNTA GENERAL

CELEBRADA EL DÍA 9 DE OCTUBRE DE 1911

Después que el presidente, Sr. Amezua, da lectura á una Memoria explicativa de los trabajos realizados en la temporada anterior, pide á todos ayuda para llevar al Club á la altura que se merece, y propone una nueva Junta directiva, que es aprobada por unanimidad.

Se aprueba el aumento de cuota de entrada á 25 pesetas y el de la anual á 20, aprobándose también que este aumento se haga efectivo al hacer la cobranza del segundo semestre de 1911.

Se aprueba conceder un voto de gracias al Sr. D. Félix Boix, director de los Ferrocarriles del Norte, por la ayuda eficaz prestada al Club Alpino Español para el desenvolvimiento del turismo, y, sobre todo, por las constantes reformas que en beneficio del público ha hecho en el servicio de trenes de Madrid á Cercedilla. Igual acuerdo se toma para los señores D. José Moreno Osorio, jefe de Explotación, y D. Francisco Panaux, jefe del Material.



La fachada de la Agrupación D y el Twenty Club.

(Fot. Zabala.)

Cuenta de ingresos y gastos durante el ejercicio de 1911-1912.

HABER

	Pesetas.	Pesetas.
<i>Existencia en Caja en 1.º de julio de 1911</i>	643,79	1.167,55
Cobrado por 815 recibos de suotas ordinarias.....	8.150,60	441,25
Idem por cuotas de entrada.....	1.850	1.025,50
Idem por cuotas de Agrupaciones.....	330	276,25
Idem por alquiler de cajones.....	132	12,30
Idem por venta de comestibles.....	1.282,15	349,50
Idem por alquiler de camas, venta de postales y otros.....	145	1.000
Idem por entradas al <i>chalet</i>	1.539,50	4.444,74
Donativo del Sr. Rábago para el refugio de Gredos.....	50	16,60
Idem del Sr. Oriol, importe de cinco bonos amortizables.....	125	1.156,70
Intereses renunciados en 1910.....	321,15	4.927,50
Derechos inscripción concursos.....	82	
Beneficio de la función cinematográfica.....	166,70	
TOTAL PESETAS.....	14.817,89	14.817,89

Madrid, 30 de junio de 1912.

V.º B.º
EL PRESIDENTE,
Manuel de Amezua.

EL TESORERO-CONTADOR,
Gabriel Gancedo



BANDERA É
INSIGNIA DEL
CLUB ALPINO
ESPAÑOL◦◦◦◦

Ayuntamiento de Madrid

Balance de situación al 30 de junio de 1912.

ACTIVO	Pesetas.	PASIVO	Pesetas.
Refugio general: Coste del mismo.....	19.711,54	Bonos: Obligaciones pendientes de	7.825
Refugio de Gredos: Idem íd.....	386,71	pago.....	18.397,30
Observatorio: Idem íd.....	144,40	Fondo social: Saldo acreedor.....	
Caja: Existencia en efectivo, según	4.927,50		
arqueo.....	380,40		
Insignias: Valor de las existentes.....	231,75		
Comestibles: Valor de las existencias,	440		
según inventario.....			
Tesorero: Recibos pendientes de cobro.			
TOTAL PESETAS.....	26.222,30	TOTAL PESETAS.....	26.222,30

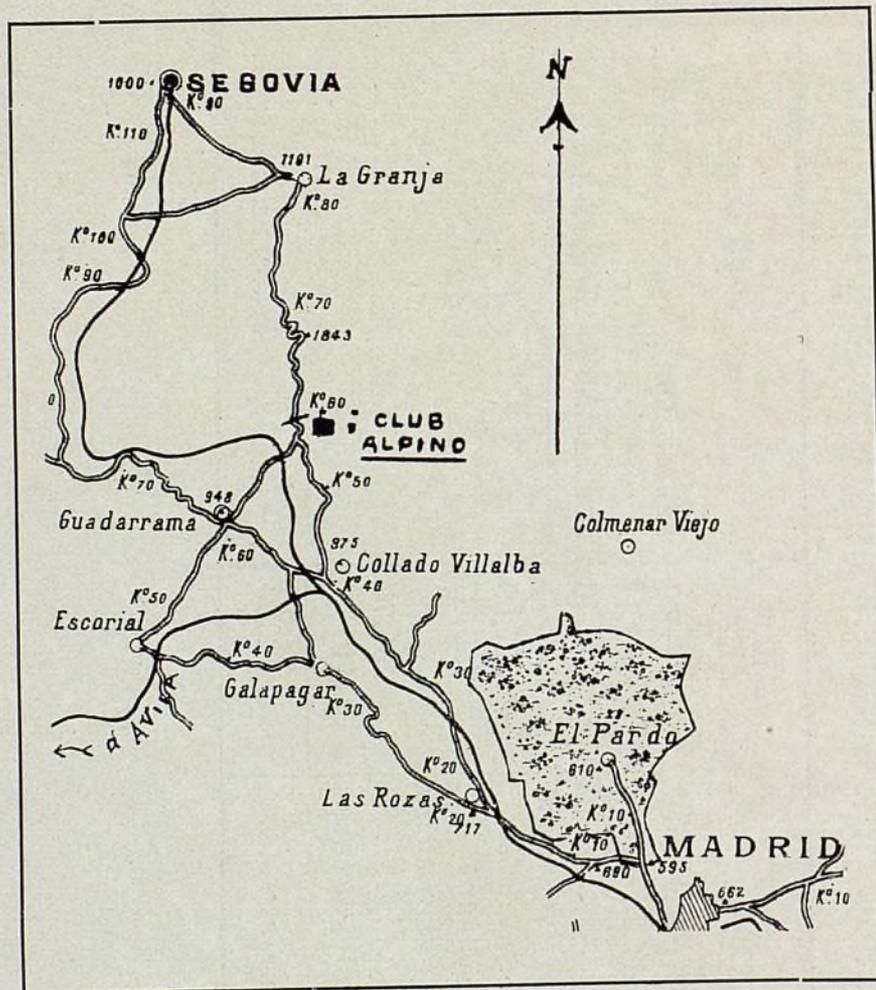
V.º B.º

EL PRESIDENTE,

Manuel de Amezua.

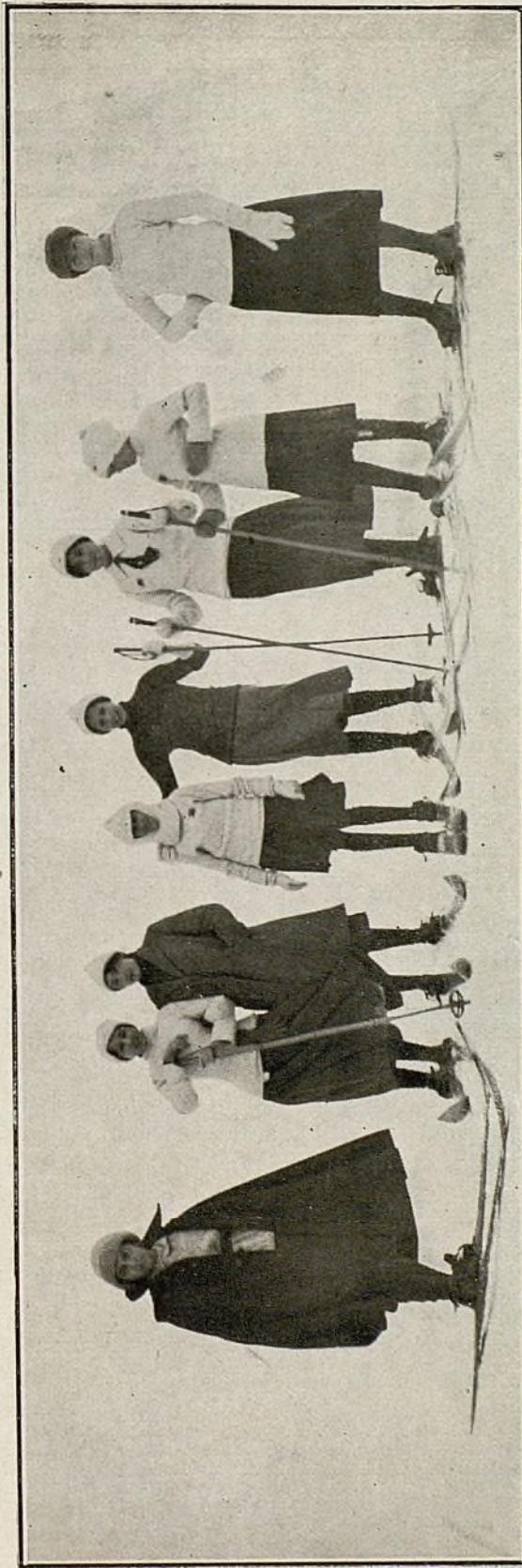
EL TESORERO-CONTADOR,

Gabriel Gancedo.



Itinerarios al Club Alpino Español por ferrocarril y por carretera desde Madrid, Segovia y El Escorial.

EL "SPORT" DE INVIERNO EN EL GUADARRAMA



Grupo de señoritas en las Guarramillas (puerto de Navacerrada).

(Fot. A. Prast.)

EL "SPORT" DE INVIERNO EN EL GUADARRAMA

TEMPORADA DE 1911 Á 1912



LA Junta del Club Alpino Español comenzó su tarea abriendo entre sus socios un concurso de carteles para anunciar sus fiestas; este concurso tuvo un éxito como la Junta no podía esperarse, pues aunque contaba con la confianza y el entusiasmo de sus compañeros de Sociedad, los resultados rebasaron todos sus cálculos no sólo en número, sino en calidad.

Las condiciones del concurso fueron las siguientes:

BASES

1. No podrán concurrir á este concurso más que los asociados al Club Alpino Español.
2. El único procedimiento que queda excluído es el llamado al pastel.
3. Las dimensiones del cartel serán 120 por 75 centímetros, pudiendo el concursante hacer el trabajo en sentido vertical ú horizontal.
4. Se exige que todos los originales reserven un lugar en blanco para poder imprimir la clase de fiesta que se organice.
5. No podrán llevar más inscripción que la siguiente: «Club Alpino Español.—Guadarrama.»
6. El lienzo se exige que esté montado sobre bastidor.
7. Cada cartel irá acompañado de un lema, y en sobre cerrado y lacrado se hará constar el nombre del autor, el cual llevará exteriormente el mismo lema que acompaña al trabajo.
8. El Jurado estará compuesto por los señores que forman la Directiva.
9. Los trabajos han de ser originales, y quedan de la propiedad del Club Alpino Español todos aquellos que obtengan algún premio.

RECOMPENSAS

Primer premio. — Medalla de *vermeil* y un par de *skis* noruegos.

Segundo premio. — Medalla de plata y un trineo.

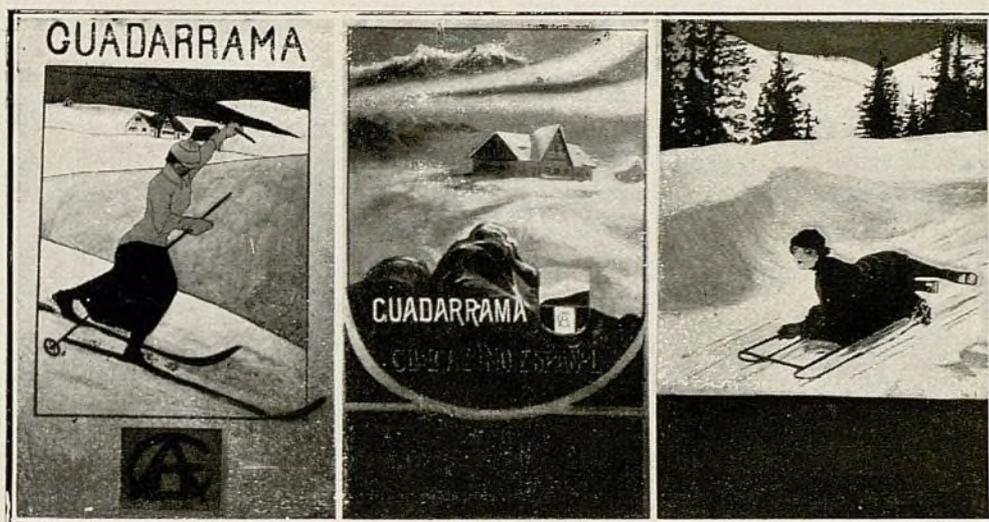
Tercer premio. — Medalla de bronce y un par de *skis*.

Se concederán menciones honoríficas á los trabajos que, á juicio del Jurado, sean dignos de esta recompensa.

El resultado del concurso fué el siguiente:

Se presentaron diez y ocho carteles; algunos de ellos probaban indiscutibles aptitudes en el artista, y hay que tener en cuenta que todos los concursantes eran aficionados.

Reunido el Jurado, acordó las recompensas en la siguiente forma:



Núm. 1.

Núm. 2.

Núm. 3.



Núm. 4.

Núm. 5.

Núm. 6.

Algunos de los carteles que se presentaron á concurso.

Núm. 1, del Sr. Torreisunza.—Núm. 2, del Sr. Prast.—Núm. 3, del Sr. Madrazo (primer premio).
Núm. 4, del Sr. Lezcano.—Núm. 5, del Sr. De Miguel.—Núm. 6, del Sr. Vicuña.

Primer premio, á D. Mariano Madrazo.

Segundo premio, á D. J. Sáez Vicuña.

Tercer premio, á D. Amós Salvador.

Cuarto premio, á D. Pedro Torreisunza.

Menciones honoríficas, á los Sres. Ira-

dier, Rotaèche, Arche, De Miguel, etcétera.

En atención á que el número y calidad de los carteles era superior á lo que en un principio se creyó, el Jurado calificador

acordó conceder dos medallas de plata en lugar de una.

Fuera de concurso se presentaron dos carteles: uno de D. Carlos Lezcano y otro de D. Antonio Prast; el primero de ellos mereció los elogios de cuantos lo vieron, pues al no presentarse fuera de concurso, indiscutiblemente hubiera obtenido el primer premio.

Los carteles se expusieron en el salón que cedió galantemente el Sr. Iturrioz en su casa de la calle de Fuencarral, y durante los días que estuvo abierta la exposición

fué visitada por un público muy numeroso y distinguido.

Sólo este concurso y el anuncio de las demás fiestas sirvieron de propaganda tan efectiva, que la Sociedad, que en el comienzo del último trimestre del año próximo pasado no contaba más que con 462 socios, cuenta hoy con 610.

Después de este concurso se anunció el de *Figuras de nieve*, aprovechando las primeras nevadas, cuando aún no da la nieve, por su contextura, fuerza bastante para celebrar concursos y carreras de *skis*.



CONCURSO DE FIGURAS DE NIEVE

BASES

1.^a Se ruega á los señores concursantes que las figuras las hagan en los alrededores del *chalet*, á fin de facilitar la labor del Jurado, pero cuidando de no interceptar el paso de la carretera.

2.^a El asunto y dimensiones quedan á la libre elección de los concursantes, quedando terminantemente prohibidas las alusiones políticas y figuras inmorales.

3.^a No podrán tomar parte en el concurso más que los señores socios del Club Alpino Español.

4.^a Los concursantes podrán ser ayudados por una ó varias personas para reunir nieve; pero sin poder prestar otra clase de ayuda en el trabajo.

5.^a No obstante lo señalado en la condición anterior, podrán efectuar la figura dos personas; pero haciéndolo constar así al tiempo de hacer la inscripción.

6.^a El Jurado estará compuesto de socios del Club, asesorados por D. Benito Bartolozzi y Rubio.

7.^a Los premios consistirán en una medalla de *vermeil*, otra de plata y otra de bronce, concediéndose además las menciones honoríficas que el Jurado crea conveniente otorgar.

8.^a Las figuras habrán de quedar terminadas á las cuatro de la tarde.

9.^a El fallo del Jurado será inapelable.

Pero el tiempo no nos favoreció, y los señores que componían el Jurado decidieron la suspensión de este concurso hasta nuevo aviso; mas como las nevadas posteriores fueron ya de importancia, la Junta directiva acordó suspenderlo definitivamente, para poder celebrar concursos que tuvieran más interés para los señores socios.

A continuación de éste, y aprovechando además la gran cantidad de nieve que ya había en Navacerrada y el buen tiempo que aquellos días se disfrutaba, se organizó apresuradísimo el concurso del primer campeonato de carreras de *skis* del Club Alpino Español.



CAMPEONATO DE CARRERAS DE «SKIS»

CELEBRADO EL DOMINGO 25 DE FEBRERO DE 1912

BASES

1.^a La pista estará marcada en toda su longitud por medio de banderolas de color azul, rojo ó amarillo y unas huellas hechas la víspera, lo más pronto. En caso de nevada la noche precedente al concurso, se trazará la pista antes de la carrera.

En ningún caso se debe cortar por el interior del ángulo formado por tres banderas consecutivas, ni separarse de la pista.

En toda carrera de fondo los corredores saldrán por orden de sorteo y con intervalo de tiempo determinado por el Jurado.

El juez de salida debe asegurarse de que el corredor está preparado, y después de la salida bajando su bandera. Si considera la salida



Copa del campeonato del C. A. E.

(Fot. A. Prast.)

como falsa, debe anularla.

Nadie puede estorbar á un corredor que quiere pasarle: el camino debe quedar franco.

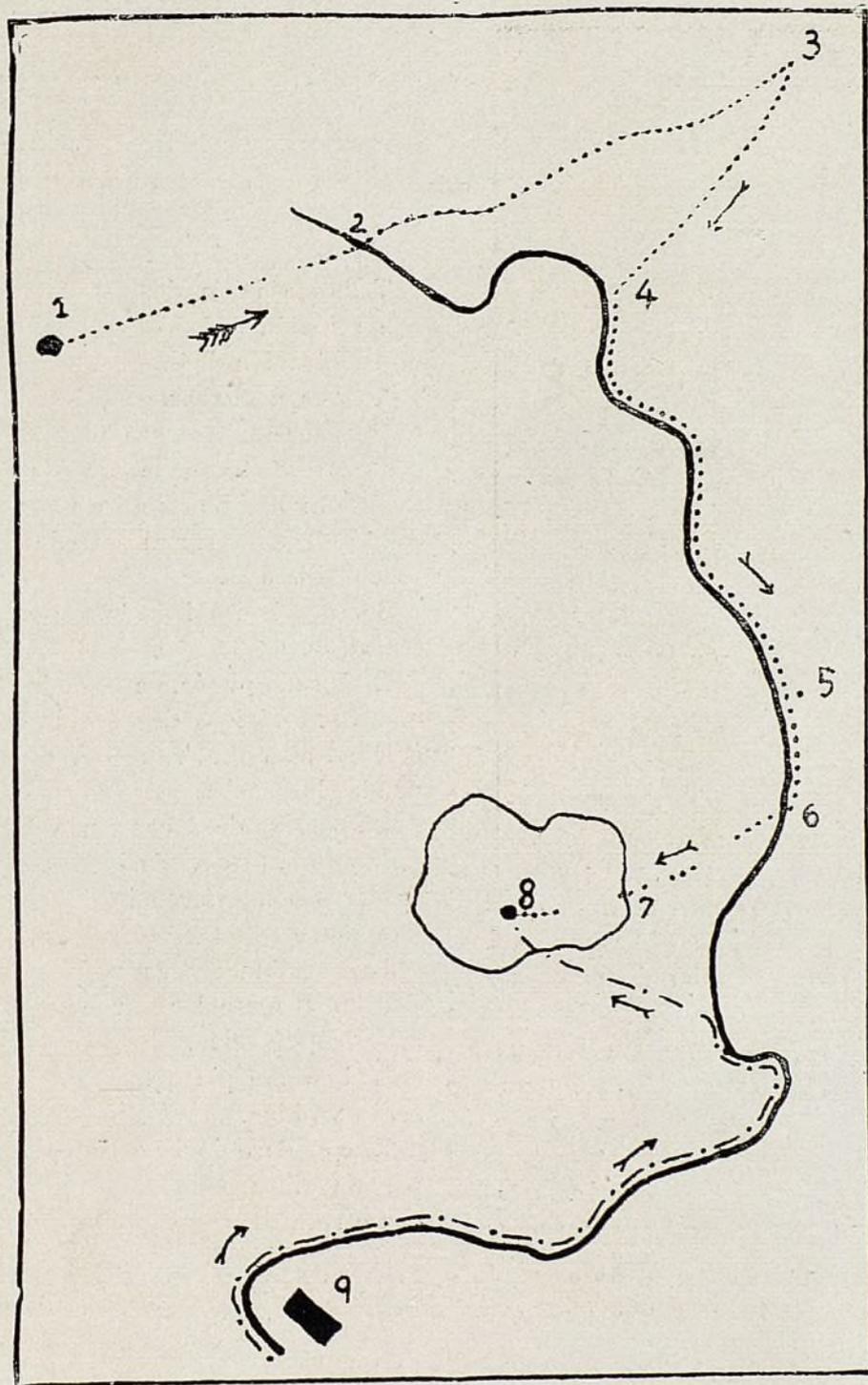
En la meta, que debe estar bien señalada, funcionará un juez de llegada, el cual apunta el orden de llegada de los corredores. El paso del pie que va por delante decide.

En toda carrera de fondo se determinará primeramente por el Jurado un tiempo máximo, descalificando á todos los que excedan de él.

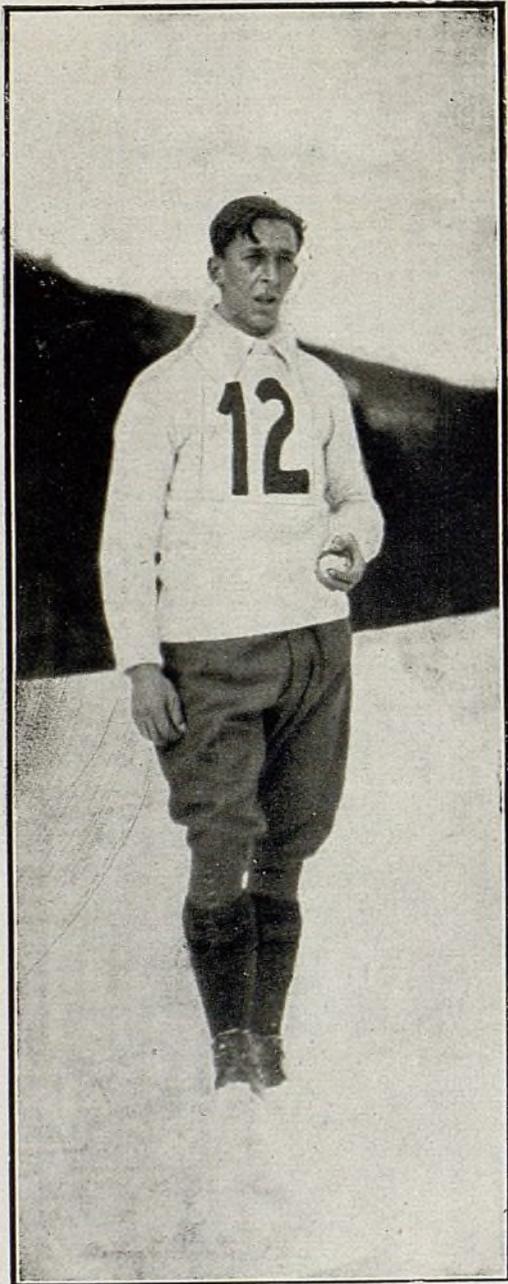
Los aparatos de adherencia artificial, como piel de foca, etc., son prohibidos.

La meta se señalará de un modo muy visible, por medio de dos postes con banderas, separados de cuatro á cinco metros,

y queda prohibido penetrar en la pista.



Plano del itinerario para la carrera de *skis* (campeonato).—Los puntos indican la línea que han de seguir los corredores. La línea negra, dirección de la carretera. La línea de punto y raya, itinerario para presenciar la llegada de los corredores.—1. Salida en Siete Picos.—2. Puerto de Navacerrada.—3. Punto de bajada (camino de los Ventisqueros).—4. Llegada a la carretera.—5. Salto.—6. Bajada a La Pradera.—7. Entrada a la misma.—8. Meta.—9. *Chalet* del Club Alpino Español.



Campeón D. José María Rotaache.

(Fot. A. Prast.)

Todo concursante deberá encontrarse en el punto de partida lo menos cinco minutos antes de la hora fijada para la prueba.

Cada corredor recibirá un número que fija el orden de salida y que deberá llevar en sitio bien visible y devolverlo á la llegada. Estos números se adjudicarán por sorteo.

Quedan prohibidos los entrenadores, así como todo arreglo clandestino entre los corredores.

Toda maniobra desleal de uno de ellos con relación á los demás irá seguida de descalificación definitiva.

Los espectadores no deberán intervenir en la carrera, excepto para ayudar á un corredor que se encuentre en peligro ó sufra algún accidente; en este caso puede el Jurado descalificar al corredor en la prueba considerada.

Son admitidos los *skis* de todos los sistemas.

El Jurado puede, en caso de circunstancias atmosféricas desfavorables ó por necesidad absoluta, retrasar, aplazar ó suspender la prueba.

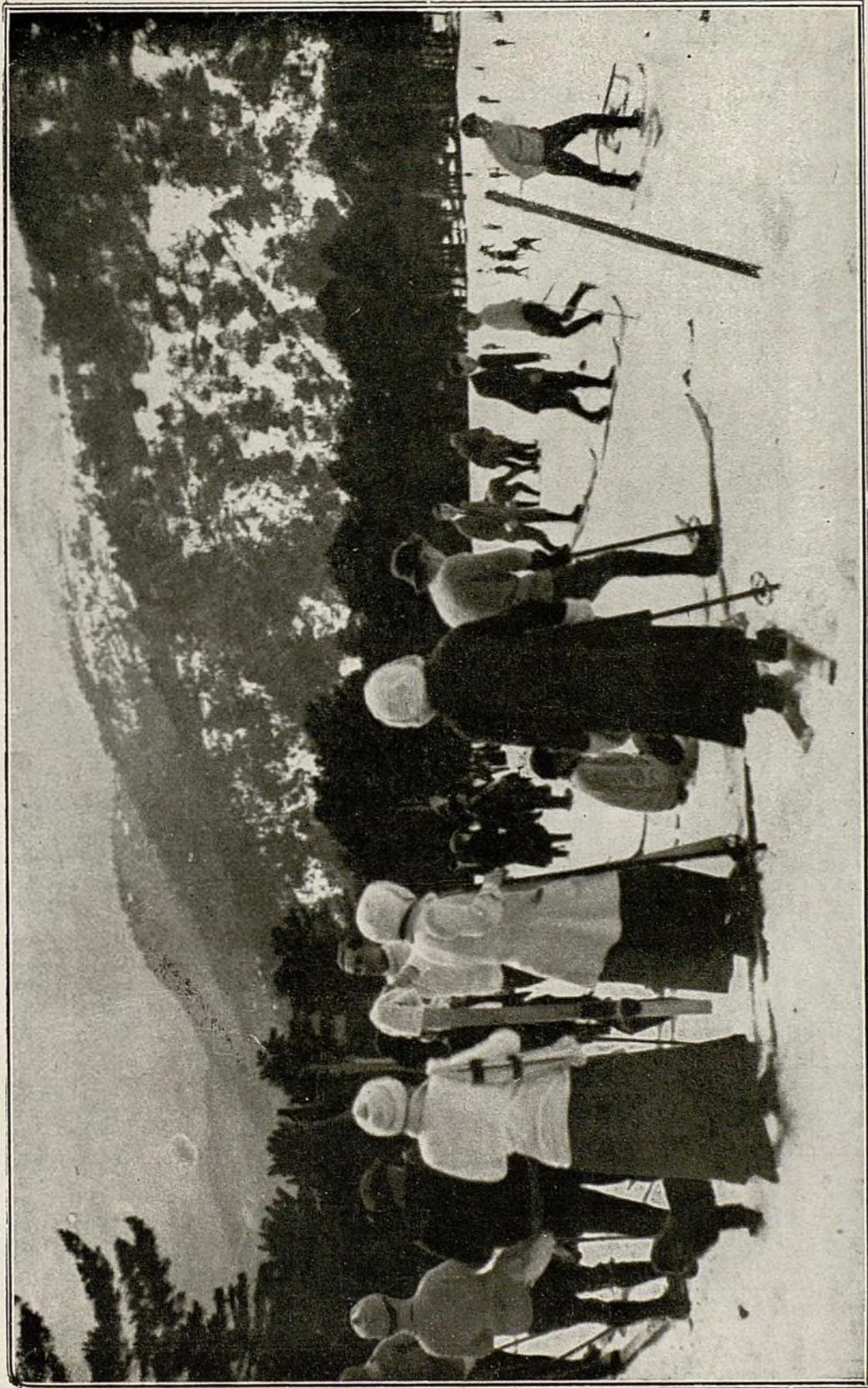
La carrera dará comienzo á las dos en punto de la tarde, dándose salida á los corredores con diferencia de un minuto de uno á otro.

Las reclamaciones podrán hacerse al Jurado durante la carrera ó hasta media hora después de terminada ésta, pues transcurrido dicho plazo las reclamaciones no serán válidas.

El comienzo de la carrera se anunciará por un disparo de pólvora, y el término con otro.

El recorrido de la carrera será de seis kilómetros, aproximadamente.

Se recomienda especialmente á los espectadores que transiten por la carretera que lo verifiquen por el lado de la izquierda en dirección al puerto, quedando terminantemente prohibido durante la ca-



El público en La Pradera esperando la llegada de los corredores. (Fot. Quiroga.)

rrera el paso del público por el lado derecho.

Desde el refugio del Club Alpino hasta La Pradera, sitio destinado para fin de la

oportuno itinerario se señalará en el acto de organizarse la carrera.

Podrán tomar parte en él los niños y niñas menores de quince años, concediénd-



Pradera de la Vaqueriza.

(Fot. A. Prast.)

carrera, estará señalado el itinerario con banderas amarillas. Las banderas encarnadas indicarán el itinerario de los corredores, y las banderas azules indicarán los sitios de peligro y paso prohibido.

Terminada la carrera del campeonato, y si el tiempo lo permite, se organizará una carrera para niños en la misma Pradera, con premios consistentes en una Copa donada por el vicepresidente, Sr. Lezcano, que será definitiva, y tres medallas. El

dose un premio especial al corredor de menos edad que se presente.

El plazo de inscripción termina el viernes 23, á las cinco de la tarde. En el momento de la inscripción se hará efectiva la cantidad de dos pesetas, en concepto de derechos.

El mismo día 23, á las seis y media de la tarde, se reunirá la Junta directiva, á cuya reunión podrán asistir todos los inscritos á las carreras, verificándose el sor-

teo de los números que los corredores han de tener en la prueba.

La inscripción y el sorteo se efectuarán

en casa del secretario, D. Antonio Prast, Arenal, 8, de nueve á doce de la mañana y de dos á ocho de la tarde.

Lista de los señores socios que tomaron parte en la carrera del campeonato y tiempos invertidos en la prueba.

Número de orden.	NOMBRES Y APELLIDOS	SALIDA		LLEGADA			TIEMPO invertido.	
		Horas.	Minutos	Horas.	Minutos.	Segundos	Minutos.	Segundos
1	Manuel Orueta (retirado).....	»	»	»	»	»	»	»
2	Jorge Loring (ídem).....	»	»	»	»	»	»	»
3	Juan J. Lacasa.....	2	42	3	16	33	34	33
4	M. Holter.....	2	43	3	8	24	25	24
5	José María Alonso.....	2	44	3	10	12	26	12
6	Ignacio Rotaache.....	2	45	3	14	51	29	51
7	José Benítez.....	2	46	3	14	20	28	20
8	Joaquín Aguilera.....	2	47	3	20	10	33	10
9	Alfredo Pérez.....	2	48	3	15	34	27	34
10	Gonzalo Torres.....	2	49	3	20	17	31	17
11	Emilio López Doriga.....	2	50	3	20	17	30	17
12	José María Rotaache.....	2	51	3	14	50	23	50
13	Jesús N. de Palencia.....	2	52	3	23	9	31	9
14	Bernardo Giner.....	2	53	3	30	8	37	8
15	Luis Dupuy.....	2	54	3	19	30	25	30
16	Luis Fernández.....	2	55	3	30	34	35	34
17	Francisco Cadenas (retirado)..	»	»	»	»	»	»	»
18	Juan Giráldez.....	2	56	3	23	40	27	40
19	Federico Linaae.....	2	57	Retirado.			»	»
20	Gonzalo Pérez.....	2	58	3	28	19	30	19
21	Rodrigo Adán de Yarza.....	2	59	3	32	40	33	40
22	Raimundo de Miguel.....	3	00	3	33	31	33	31
23	Santiago Piña.....	3	1	Retirado.			»	»

RESULTADO

Campeón.—D. José María Rotaache; invirtió 23 minutos 50 segundos.

Medalla de vermeil.—M. Holter; invirtió 25 minutos 24 segundos.

Medalla de plata.—D. Luis Dupuy; invirtió 25 minutos 30 segundos.

Medalla de bronce.—D. J. M. Alonso; invirtió 26 minutos 12 segundos.

El Jurado estuvo compuesto por los señores D. José Rábago y D. Ramón Gonzá-

lez, de salida, y los Sres. D. José Maycas y D. Ivataro Uchiyama, de llegada, que desempeñaron su cometido con un celo y rectitud inimitables.

El éxito del primer campeonato fué de lo más linsonjero: hubo un entusiasmo indescriptible y se congregaron en la Sierra miles de personas, repartidas en los sitios más pintorescos del itinerario.

No hubo que lamentar ningún accidente, y el tiempo correspondió á los buenos deseos del Club Alpino Español.

Mientras se celebraba el concurso del campeonato, y en el lugar de llegada del mismo, ó sea en el sitio denominado *La Pradera de la Vaqueriza*, se efectuaron dos concursos, uno de niños y otro de señoritas.





Niños esperando la salida para la carrera.

(Fot. Lezcano.)

CARRERA INFANTIL

— PREMIOS DE —

D. CARLOS LEZCANO



ADA la salida colectiva por el Jurado comenzó la carrera de los niños, la cual produjo gran entusiasmo, pues tomaron parte en ella quince, produciendo los incidentes de la misma gran satisfacción en el público por el ardor y entusiasmo que demostraban los pequeños deportistas, cuyos nombres y número de inscripción eran los siguientes:

1. Carlos Miranda.
2. José Madinaveitia.
3. Luis Madinaveitia.
4. Gonzalo Navarro.



Gabrielito Gancedo.

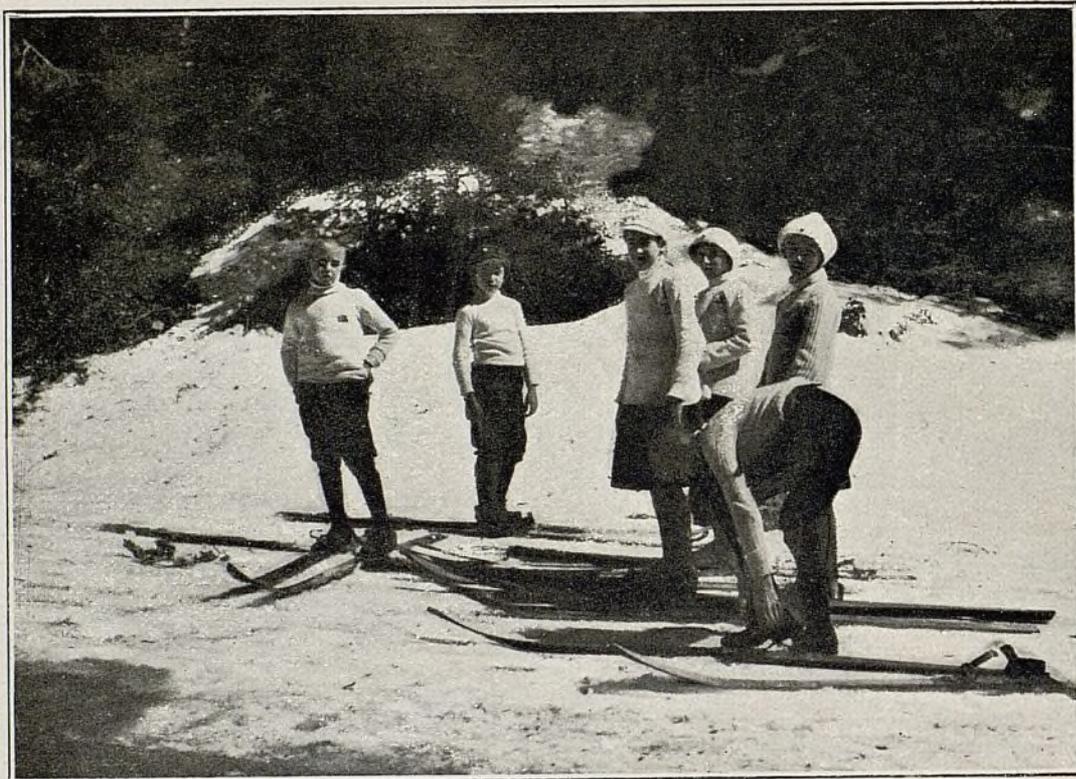
5. Manuel Peñalver.
6. Rafael Rodríguez.
7. Elvira Gancedo.
8. Gabriel Gancedo.
9. Manuel Gancedo.
10. Manuel Salto.
11. Alberto Giráldez.
12. Carlos Lezcano.
13. José Fernández.
14. José García.
15. Manuel Gutiérrez.

El resultado del concurso fué el siguiente:

Primer premio.—José Madinaveitia.

Segundo premio.—Luis Madinaveitia.

Tercer premio.—Manuel Gancedo.



Niños preparándose para el concurso.

(Fot. A. Prast.)

Cuarto premio.—Alberto Giráldez.

El premio para el corredor más pequeño le correspondió al niño Gabrielito Gancedo, de ocho años.

Complácenos manifestar la satisfacción

que esta clase de carreras nos proporciona, y el deseo que en nosotros germina de que los padres manden á sus hijos á disfrutar de tan sano ejercicio, que tantos beneficios les ha de proporcionar.





Señoritas que tomaron parte en la carrera.
(Fot. Lezcano.)

CARRERAS DE "SKIS"

PREMIOS PARA SEÑORITAS

— DONADOS POR —

— D. DIEGO QUIROGA —



(Fot. Quiroga.)

Terminado el concurso anterior comenzó el de señoritas, en el cual se disputaban los premios donados por D. Diego Quiroga y Losada.

En este concurso hubo cierta timidez por parte de las distinguidas señoritas que honran al Club con sus nombres, por la falta de cos-

tumbre que en España hay de que la mujer demuestre sus aptitudes físicas y morales, y, sobre todo, su independencia con relación al hombre; y lo que en un principio

creyeron que no serviría más que de mofa ó burla, sirvió para que, además de ser admiradas por su hermosura y gentileza, lo fueran por su destreza y fuerza de voluntad para servir de ejemplo á las que de hoy en adelante estén en condiciones, como ellas, de ejercitarse en *sport* tan agradable.

Tomaron parte en dicha carrera doce señoritas, y después de un recorrido interesantísimo, resultaron vencedoras por el orden siguiente:

- 1.º Señorita Rosalía Maycas.
- 2.º Señorita Natalia Cossío.
- 3.º Mademoiselle de Caux.

Después de estos concursos, el día 3 de marzo se celebró el de saltos y las carreras de *skis*, en que se disputaban las copas donadas al efecto por el Sr. Prast, secretario del Club Alpino Español.

COPAS PRAST

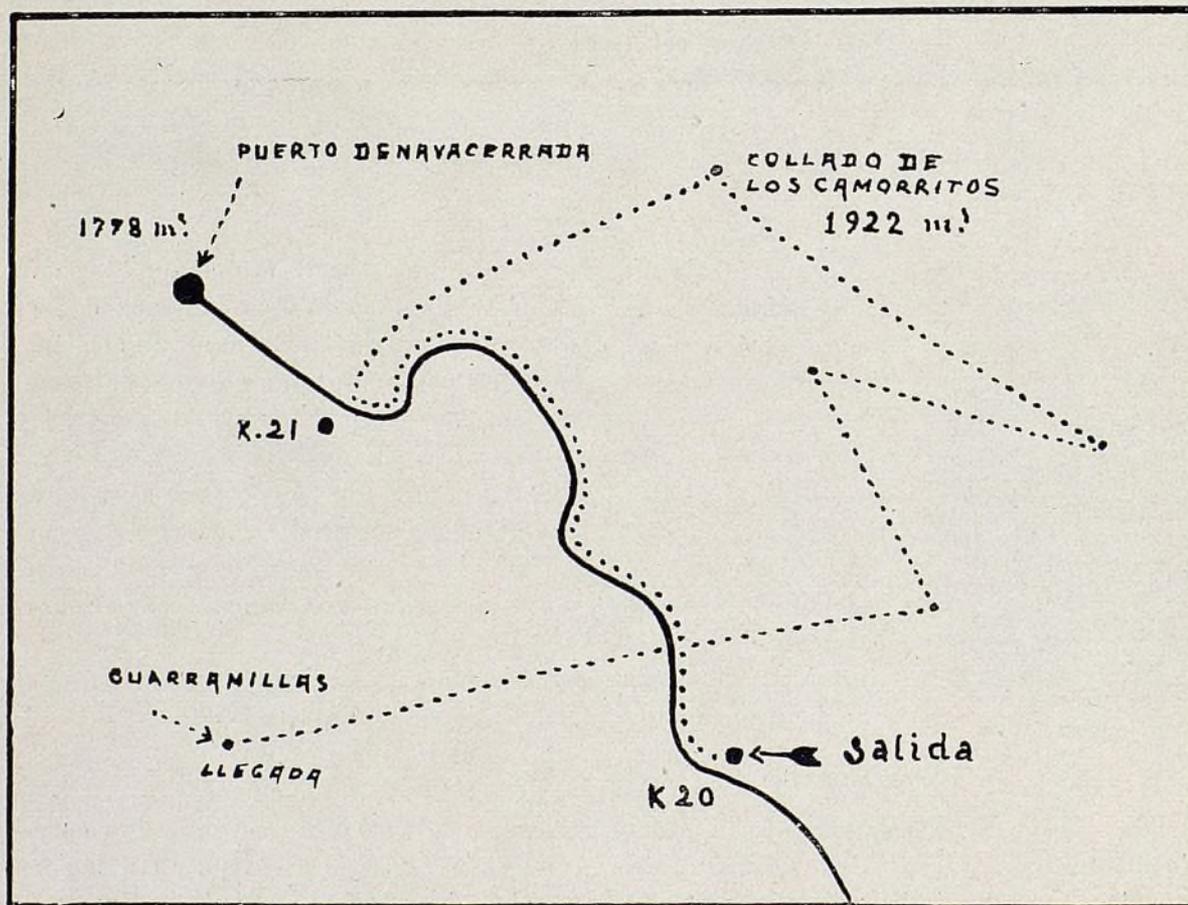
CARRERAS DE "SKIS" Y CONCURSO DE SALTOS

ESTAS carreras se rigieron por las mismas bases que las del campeonato, y las del salto, con arreglo á las de la Copa Skadi, que más adelante mencionaremos.

Fueron inscritos los siguientes socios:

1. D. Ultano Kindelán.

2. D. Guillermo Barandiarán
3. D. Rodrigo Adán de Yarza.
4. D. Manuel Rodríguez Arzuaga.
5. D. Emilio López Dóriga.
6. D. Juan Ignacio Lacasa.
7. D. Joaquín Aguilera.
8. D. Luis Fernández.



Copa Prast.—Itinerario de la carrera.

9. D. José M. Rotaèche.
10. D. José Madinaveitia.
11. D. José Mendizábal
12. D. Federico Peñalver.
13. D. Diego Quiroga.
14. D. José Benítez.
15. D. Francisco Cadenas.
16. D. Luis Dupuy.
17. D. José Maycas.
18. D. José M. Alonso.
19. D. Antonio Prast.
20. D. Gonzalo Pérez.
21. D. José Lobo Loredó.
22. D. Alfredo Pérez.
23. D. Juan Giráldez.
24. D. Jorge Loring.
25. Sr. Torres Quevedo.

26. D. José Aguinaga.
Reunido el Jurado calificador, quedó la clasificación en la siguiente forma:

Carreras de «skis».

Ganador de la Copa.—D. José M. Rotaèche.

Segundo premio.—D. José Benítez.

Tercer premio.—D. Luis Dupuy.

Concurso de saltos.

Ganador de la Copa.—D. Juan Ignacio Lacasa.

Medalla de oro.—D. Luis Dupuy.

Medalla de plata.—D. José Benítez.



CARRERAS DE "SKIS" POR PAREJAS



(Fot. Bonaventura.)

Otro de los concursos que constituyeron un gran atractivo para la afición fué el de carreras de *skis* por parejas. Se inscribieron en él distinguidas señoritas, y los varones que daban acompañamiento eran los que en las temporadas pasadas y en la presente se habían distinguido por su dominio del *sport*.

Las parejas inscritas fueron las siguientes:

Núm. 1. Señorita María Luisa Peñalver con D. Luis Dupuy.

Núm. 2. Señorita Natalia Cossío con D. Manuel Amezua.

Núm. 3. Señorita Carmen Posada con Mr. Linaae.

Núm. 4. Señorita María Eugenia Giraldez con Mr. Holter.

Núm. 5. Señorita Dolores Durán con D. Alfredo Pérez.

Núm. 6. Mademoiselle de Caux con D. José María Rotaeché.

Núm. 7. Señorita Micaela Rubio con D. Teodoro Varela.

El recorrido consistía en salir del kilómetro 20 de la carretera, y en dirección hacia el río, en la falda de las Guarramiellas, formar bajando una curva señalada de antemano por banderas.

El resultado fué el siguiente:

Primer premio.—Señorita de Cossío y Sr. Amezua, en 41 segundos $\frac{2}{5}$.

Segundo premio.—Señorita de Peñalver y Sr. Dupuy, en 51 segundos $\frac{3}{5}$.

Tercer premio.—Señorita Carmen Posada y Mr. Linaae, en 1 minuto 58 segundos.

Los premios de este concurso fueron galantemente ofrecidos por D. Diego Quiroga, y consistían en preciosos objetos de plata.





COPA SKADI



INDEPENDIENTEMENTE de los concursos organizados por la Directiva del Club Alpino Español, la Agrupación B, ó por lo menos algunos de sus asociados, ideó la forma de poder dedicar los días que no hubiera concursos oficiales para adiestrarse en el *sport* del salto; y como, indudablemente, para ayudar á la afición hay que tener algún estímulo, la Comisión decidió que entre todos los que fueran á concurso se comprara una copa, que llevaría el nombre de *Skadi*, y que se jugaría con arreglo á las bases siguientes:

«La Copa ha sido creada por suscripción entre los socios del salto, y sólo éstos tienen derecho á tomar parte en los concursos.

»Estos concursos tendrán lugar dos veces al mes.

»El vencedor tendrá derecho á grabar su nombre en la Copa, y la tendrá en su poder hasta que otro alcance en concursos sucesivos mayor número de puntos.

»La Copa quedará propiedad del último poseedor.

»Los socios se dividen en tres categorías, atendiendo á su destreza.

»Cada categoría dará á la inmediata inferior un *handicap* que se estipulará de antemano.

»Los saltos tienen lugar sin palo.

»El punto de partida es fijado previamente por el Jurado y obligatorio.

»El Jurado señalará también el punto sobre la pendiente pasado el cual se considerará el salto como válido, que será á partir de los cuatro metros.

»Los jueces, en número de tres, se colocarán de modo que no pierdan de vista al corredor.

»Antes de cada salto se dará el aviso de *pista libre*.

»La longitud del salto se mide sobre el terreno desde la base del trampolín hasta el punto en que la parte posterior del *ski* que queda detrás toca la pista, aumentada esta distancia en un metro. Esta longitud se mide por medio de una cinta con señales de 50 en 50 centímetros.

»Queda prohibido comunicar al público la longitud de cada salto hasta que termine la prueba.

»Cada concurrente tiene derecho á cuatro saltos, y de éstos se tomarán para la clasificación los tres mejores.

»El salto se considera en conjunto y según la tabla de clasificación.»

Efecto del mal tiempo que hizo durante casi todos los días festivos de febrero y marzo, por un lado, y por otro el acomodar dichos concursos á los oficiales para no restarse entusiasmo los unos á los otros, dió lugar á que no se pudieran verificar más que dos pruebas: una el 11 de febrero y otra el 31 de marzo, quedando como vencedor el Sr. Holter.



Mr. Holter, ganador de la Copa Skadi.

(Fot. A. Prast.)

Día 11 de febrero de 1912.

La clasificación por orden de salto, sin incluir ventajas, fué la siguiente:

- 1.º D. Isidro Holter, 38 puntos, grupo A.
- 2.º D. Federico Linaae, 31 puntos, grupo A.
- 3.º D. Jorge Loring, 10 puntos, grupo B'.
- 4.º D. Gonzalo Pérez, 18 puntos, grupo B'.
- 5.º D. Rodrigo Adán de Yarza, 18 puntos, grupo B.
- 6.º D. José Alonso, 22 puntos, grupo B.
- 7.º D. Alfredo Pérez, 15 puntos, grupo B.
- 8.º D. Juan Giráldez, 28 puntos, grupo B.
- 9.º Sr. Barandiarán, 5 puntos, grupo B'.
10. D. Juan Ignacio Lacasa, 24 puntos, grupo B.
11. D. José María Rotaeché, 17 puntos, grupo B.
12. D. Federico Peñalver (descalificado), grupo C.
13. Sr. Iradier, 8 puntos, grupo C.
14. Sr. Aguilera (descalificado), grupo C.
15. D. Antonio Prast, 2 puntos, grupo C.

El grupo A da el 30 por 100 al B.

El grupo B da el 15 por 100 al B'.

El grupo B' da el 15 por 100 al C.

El grupo A da el 30 por 100 al B, el 45 por 100 al B' y el 60 por 100 al C.

El grupo B da el 15 por 100 al B' y el 30 por 100 al C.

La clasificación por orden de puntos, con las ventajas incluídas, dió el resultado que á continuación se detalla:

- 1.º D. Isidro Holter, 38 puntos.
- 2.º D. Juan Giráldez, 36 puntos.
- 3.º D. Federico Linaae, 31 puntos.
- 4.º D. Juan Ignacio Lacasa, 31 puntos.
- 5.º D. José Alonso, 28 puntos.

- 6.º D. Gonzalo Pérez, 26 puntos.
- 7.º D. Rodrigo Adán de Yarza, 23 puntos.
- 8.º D. José María Rotaeché, 22 puntos.
- 9.º D. Alfredo Pérez, 19 puntos.
10. D. Jorge Loring, 14 puntos.
11. Sr. Iradier, 13 puntos.
12. Sr. Barandiarán, 7 puntos.
13. D. Antonio Prast, 3 puntos.
14. D. Federico Peñalver (descalificado).
15. Sr. Aguilera (descalificado).

Día 31 de marzo de 1912.

La clasificación por orden de salto, sin incluir ventajas, fué la siguiente:

- 1.º D. José María Rotaeché, 23 puntos, grupo B.
- 2.º D. Federico Peñalver, 17 puntos, grupo C.
- 3.º D. Gonzalo Pérez, 18 puntos, grupo B'.
- 4.º D. Alfredo Pérez, 18 puntos, grupo B.
- 5.º D. Juan Ignacio Lacasa, 14 puntos, grupo B.
- 6.º D. Luis Dupuy, 13 puntos, grupo B.

Los demás socios de la Copa Skadi no tomaron parte este día en el concurso.

El grupo A da el 30 por 100 al B.

El grupo B da el 15 por 100 al B'.

El grupo B' da el 15 por 100 al C.

El grupo A da el 30 por 100 al B, el 45 por 100 al B' y el 60 por 100 al C.

El grupo B da el 15 por 100 al B' y el 30 por 100 al C.

La clasificación por orden de puntos, con las ventajas incluídas, se detalla á continuación:

- 1.º D. José María Rotaeché, 29 puntos.
- 2.º D. Federico Peñalver, 27 puntos.

- 3.º D. Gonzalo Pérez, 26 puntos.
- 4.º D. Alfredo Pérez, 23 puntos.
- 5.º D. Juan Ignacio Lacasa, 18 puntos.
- 6.º D. Luis Dupuy, 16 puntos.

Impreso que los jurados utilizan para la clasificación de saltos.

Metros.	Puntos.	Aterrizaje (1).			Postura.
		A	B	C	
4	0	Aumenta 5 puntos hasta 7 metros, y 8 puntos de 7 metros en adelante.	Aumenta 2 puntos hasta 7 metros, y 3 puntos de 7 metros en adelante.	No varía el número de puntos.	
4,50	1				
5	2				
5,50	3				
6	4				
6,50	5				
7	6				
7,50	7				
8	8				
8,50	9				
9	10				
9,50	11				
10	12				
10,50	13				
11	14				
11,50	15				
12	16				
12,50	17				
13	18				
13,50	19				
14	20				
14,50	21				
15	22				
15,50	23				
16	24				
16,50	25				
17	26				
17,50	27				
18	28				
18,50	29				
19	30				
19,50	31				
20	32				

(1) A.—De pie, continuando ... metros.
 B.—De pie, cayendo antes de ... metros.
 C.—Con caída.

Terminados estos concursos, que se consideraban ya como finales de temporada,

la Sociedad Real Automóvil Club envió á la Junta directiva una valiosísima Copa de plata, para que se la disputaran los socios del Club Alpino Español con arreglo á las mismas bases que la del campeonato del mismo.

Hecho presente á tan importantísima Sociedad la satisfacción que experimentaba al recibir tal distinción, y teniendo en cuenta los vehementes deseos que S. M. el Rey tenía de presenciar alguno de los concursos organizados por el Club Alpino Español, previa petición de audiencia, la Junta directiva tuvo el honor de visitarle para ofrecerle la presidencia honoraria, que aceptó gustosísimo, y para invitarle á presenciar las carreras que con motivo de la Copa donada por el Real Automóvil Club se habían organizado para el siguiente domingo, 31 de marzo, y con arreglo al mismo itinerario que el de la Copa Prast.

Como adiciones á las bases aprobadas para el campeonato figuraban la de ser condición indispensable, para quedar en posesión de la Copa, ganarla tres años seguidos ó cuatro alternos, y que la carrera sería internacional entre los socios del Club Alpino Español.

Para este concurso los socios del Real Automóvil Club tenían derecho á la entrada y usufructo gratuito de los servicios del

chalet, pudiendo ir acompañados de una persona.

Hechos los preparativos de rigor para dar comienzo á dicha fiesta, y viendo dicho día que el tiempo, lluvioso en extremo, con niebla intensa y con ventisca, no era propicio para su celebración, después de esperar hasta el mediodía por si el tiempo cambiaba, se reunieron los señores de la Junta directiva, acordando su suspensión hasta el año próximo, teniendo en cuenta que la nieve que quedaba era poca y, efecto de la lluvia, muy blanda.

Se avisó telegráficamente á S. M. el Rey esta resolución, y personalmente al excelentísimo señor conde de Peñalver, presidente del Real Automóvil Club, lamentando todos lo poco favorecidos que habían sido por el tiempo, y haciendo votos para que el año próximo, incluída en el programa á principios de temporada, pudiera alcanzar gran lucimiento.

A pesar de tener en contra los elementos, no por eso los distinguidos deportistas que se habían congregado en la Sierra en grandísimo número dejaron de practicar el *skis* y el trineo, formándose en lo alto del puerto animadísimos grupos, que presenciaban los rapidísimos descensos que se hacían desde la carretera á la falda de las Guarramillas.





(Fot. Prast.)



(Fot. Prast.)



(Fot. Prast.)

CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS DE LA SIERRA DE GUADARRAMA

CON fecha 1.º de mayo se publicaron las bases que á continuación se insertan, dando un resultado en extremo satisfactorio, sin perjuicio de que tengamos el convencimiento de que aún se puede hacer mucho más.

Es un gran prejuicio el formado por los aficionados madrileños para asistir á esta clase de concursos, pues por el solo hecho de anunciar una firma que asiste á él se retraen y dejan de enviar pruebas, cuando, por el contrario, se debe considerar que



Tipo de la Sierra.

(Fot. Prast.)

lo que hace un hombre lo pueden hacer los demás, y con buenos deseos y fuerza de voluntad se pueden enviar á los concursos pruebas fotográficas que el público, al mirarlas, considerará superiores á las de firmas conocidas, y que el interesado, por lo general, por exceso de modestia, estima de poco valor.

He aquí el impreso que se circuló para el concurso de fotografías de la Sierra de Guadarrama:

«El Club Alpino Español organiza un concurso de fotografías de montaña referidas exclusivamente á la Sierra de Guadarrama y porción terminal de la Somosierra, limitándose, por tanto, á la parte de Sierra comprendida entre el Pico de la Miel (La Cabrera) y las Machotas (El Escorial), en lo que se refiere al Guadarrama; y para la Somosierra, entre los puertos del Mal Agosto y de Los Cotos, incluyéndose todas

las ramificaciones y estribaciones de ambas Sierras.

»El concurso tiene dos aspectos: uno de fotografía de montaña y deportes de nieve, puramente artístico (figuras, grupos, paisajes, etc.), y otro de fotografía puramente documental (cumbres, puertos, lagos, anfiteatros, simas, etc.)

BASES DE LAS DOS SECCIONES

»Para la primera, ó sea la de fotografía artística, se admitirán pruebas en todos los procedimientos, siendo el tamaño mínimo el de 9×12 en lo que se refiere á fotografía plana. En fotografía estereoscópica se podrán enviar todas las dimensiones, siempre y cuando el remitente acompañe un aparato estereoscópico para su examen.

»Las fotografías se enviarán sobre car-



Tipo de la Sierra.

(Fot. Prast.)



Laguna grande de La Peñalara (2.100 metros).

(Fot. Zabala.)

tulinas fuertes y lisas, llevando en el anverso el nombre del autor, fecha en que fué obtenida y todos cuantos detalles puedan ser útiles como elemento de información.

»Los premios para esta sección serán:

»1.º Medalla de oro y unos gemelos prismáticos de ocho aumentos, regalados por D. Federico Rubio.

»2.º Medalla de plata y una Copa, de plata también, regaladas por el Sr. Lafer; y

»3.º Medalla de bronce.

»Las bases para la segunda sección, ó sea la de fotografía documental, serán las siguientes:

»Las fotografías deberán enviarse sobre cartulinas fuertes y lisas, y se admitirán

como únicos procedimientos los de bromuro y celoidina.

»El tamaño mínimo será de 9×12 .

»Con cada una de las pruebas deberá adjuntarse una positiva en cristal, en negro ó en tonos calientes, cuyo tamaño no ha de exceder de 9×12 ; estas dispositivos se enviarán sin opción á premio alguno, pues su objeto es el de crear una sección para proyecciones en conferencias, fiestas, etc.

»Cada concursante deberá indicar en la fotografía las alturas, nomenclatura, si es posible, naturaleza geológica, levantamiento y sistema á que pertenece la montaña, pudiendo completar la información de dicha fotografía con otras accesorias de arroyos, cavernas, grupos de rocas, etc.

»Puede el concursante remitir una silueta igual á la fotografía, en donde indique todos los datos que se citan anteriormente, quedando luego á juicio de la Junta directiva, en caso de ser premiadas, el uso que de ellas ha de hacer al reproducirlas en folletos, etc.

»El plazo de admisión terminará el día 20 de mayo de 1912, siendo el concurso libre para todos los aficionados ó profesionales.

»Las recompensas para el segundo grupo serán:

»1.^a Medalla de oro y una máquina fotográfica, donadas por el Sr. D. Braulio López.

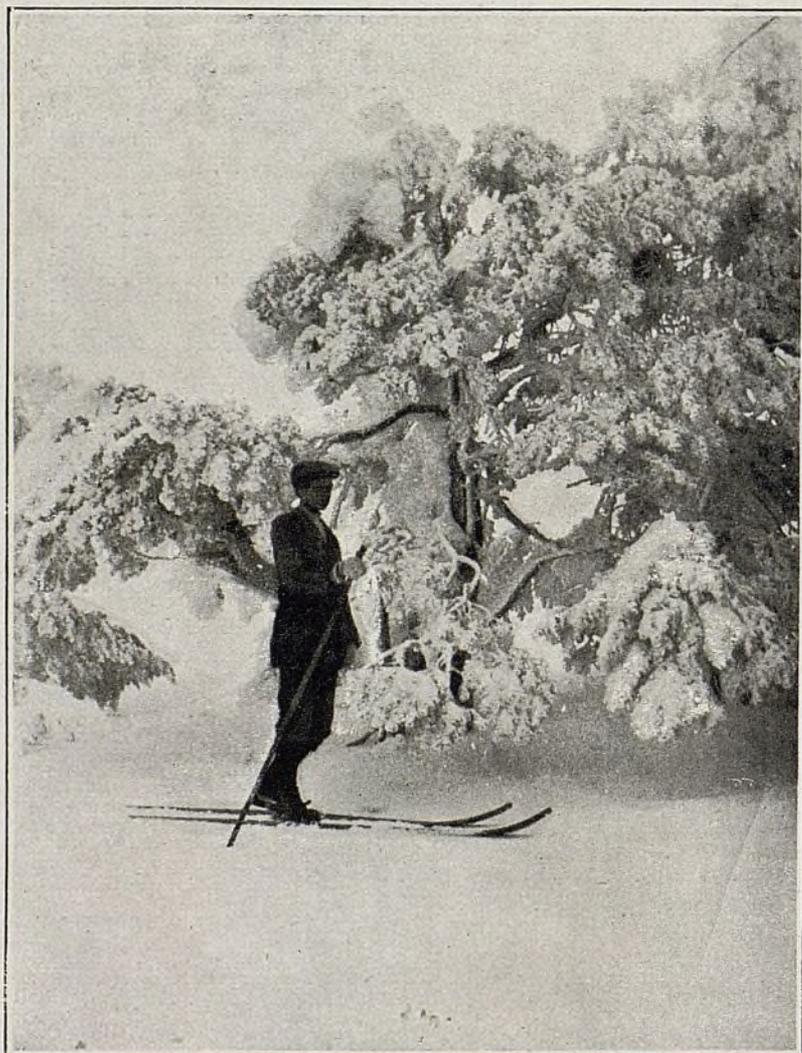
»2.^a Medalla de plata y un aparato de proyecciones, donados por los Sres. García y Milla.

»3.^a Medalla de bronce.

»Se concederán en ambos grupos tantas menciones honoríficas como estime el Jurado necesarias.

»El fallo del Jurado, que estará formado por personas de reconocida competencia, se dará á conocer en los diez días siguientes á la fecha de la terminación del plazo de admisión, celebrándose después una exposición en el local que la Junta acuerde, pudiendo recoger sus autores las fotografías, después de clausurada ésta, en el plazo de un mes, pasado el cual la Junta directiva no responde de los desperfectos que puedan sufrir los trabajos, ni de su extravío.

»Las fotografías premiadas en la sección segunda quedarán de propiedad del Club Alpino Español, como así todas las dispositivas que se remitan al concurso, lo mismo en la segunda que en la primera sección.



Un aspecto de la Sierra en grandes nevadas.

(Fot. Lacasa.)

»Las fotografías se remitirán al domicilio del secretario del Club Alpino Español, D. Antonio Prast, Arenal, 8, con el nombre y señas del autor.»

Reunido el Jurado calificador, compuesto por los Sres. D. Telesforo Pérez Oliva, D. Constancio Bernaldo de Quirós, don Joaquín Fungairiño

y D. Antonio Prast, dieron comienzo á su tarea de calificación, lamentando el pesar que para ellos suponía tener que dejar el primer premio de la segunda sección desierto por no haber remitido ningún concursante trabajos que se hicieran merecedores de él, á pesar de reconocer los méritos indiscutibles que el segundo premio tiene para hacerse acreedor á él; aficionado que con sólo el hecho de figurar su nombre en Jurados de Exposiciones importantísimas demuestra la importancia de sus obras, y en esta ocasión remite trabajos que, sin dejar de ser meritísimos, los envía, según confesión propia, no en son de lucha y con deseos de triunfo, sino para contribuir modestamente á la obra del Club Alpino Español.

La resolución adoptada por este señor, que proporciona un pesar al Jurado, tiene en su moral un ejemplo que dar á los demás que no han asistido, pues no siendo interesados, entre todos haremos del Club una

Sociedad tan importante, que su desinterés de un principio estará compensado después con el orgullo que tendrán por ser partícipes de la gloria que les corresponda á los que laboran en pro de la Sociedad.

Los trabajos de este concurso se iban á exponer en el salón del importantísimo



Ventisquero de la Laguna grande, en Peñalara.

(Fot. Zabala.)

diario *La Tribuna*, cedido galantemente por su director; pero teniendo que guardar turno con la Exposición de cuadros de don Anselmo Miguel, y habiendo sufrido ésta una porción de prórrogas, dió lugar á que la nuestra pasara de oportunidad, teniendo que ser suspendida hasta octubre.

El resultado de este importante concurso fué el siguiente:

El Sr. Prast presentó una completísima colección de fotografías documentales de La Pedriza (Sierra de Guadarrama) fuera

de concurso, por pertenecer al Jurado, el cual, reunido para deliberar, dió á conocer su fallo, que fué el siguiente:

Sección de fotografía artística.

Primer premio.—D. Diego Quiroga y Losada.

Segundo premio.— D. Angel Castellanos.

Tercer premio.—D. G. Bonaventura.

Sección de fotografía documental.

Primer premio.—Desierto.

Segundo premio.— D. Ramón González.

Tercer premio.—D. Antonio Bonilla.

Menciones honoríficas.—D. Fernando Torrecilla, D. José Maycas, D. Fernando López Beabé, D. Oscar Kenecht y D. M. Ribera.

Ahora sólo nos resta dar las gracias á todos cuantos han intervenido en los concursos, rogándoles muy encarecidamente tengan presente que si ha habido en su organización algunas deficiencias, no han tenido otra causa que ser hechos casi como estudio, pues ha sido la primera vez que se han llevado á efecto; estas mismas faltas servirán de aviso para que en años venideros, subsanados los errores, se puedan organizar á satisfacción de todos.

Otra de las cosas que hemos de hacer constar es que, no teniendo esta Sociedad personal subalterno, ha recaído el trabajo, lo mismo en Tesorería que en Secretaría, de una manera directa sobre los que ocupan dichos cargos; y teniendo en cuenta el número de socios que esta Sociedad alcanza, se comprenderá que ha sido bastante penosa su misión, sin perjuicio de lo cual han puesto en su trabajo todo el amor y el desinterés que la Sociedad merece.

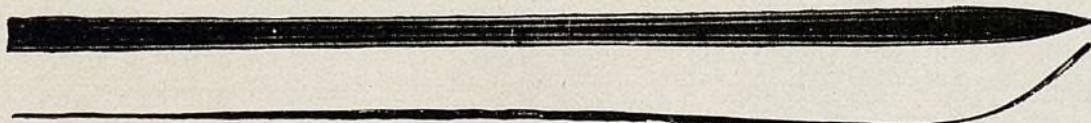


EL "SPORT" DEL "SKI"

ORIGINARIO del Asia Central—al decir de los historiadores—, podemos afirmar que ya hace muchos siglos era empleado en los países escandinavos como medio de locomoción, siendo Noruega, de ellos, en donde más se le practica y en donde hoy puede considerarse como el *sport* nacional.

De las distintas variedades de madera en que suele fabricarse, únicamente dos

que los *skis* llenen completamente su cometido. En general, puede admitirse que unos *skis* de veteado fino y apretado, completamente vertical y paralelo, cortados convergiendo hacia el corazón del tronco, darán un excelente resultado, muy superior á los que presentan sus caras rameadas ó con veteados diversos, debiéndose rechazar aquellos pares nudosos, particularmente si los nudos aparecen en la pala



(Cliché Igartúa.)

pueden llamarnos la atención: el *hickory* y el fresno; éste con preferencia, por abundar esta clase de madera en nuestro país.

El *hickory* es más duro, y, por tanto, más pesado y quebradizo que el fresno, aunque resbala más velozmente en nieves blandas y está menos expuesto á desgaste por ser más impermeable á la nieve mojada, que no se adhiere á él con facilidad. El fresno, en cambio, es más ligero y elástico, aunque de menor duración en igualdad de casos, teniendo, de todos modos, grandísima importancia la manera de serrar los troncos, y estribando en un conocimiento exacto del modo de hacerlo el

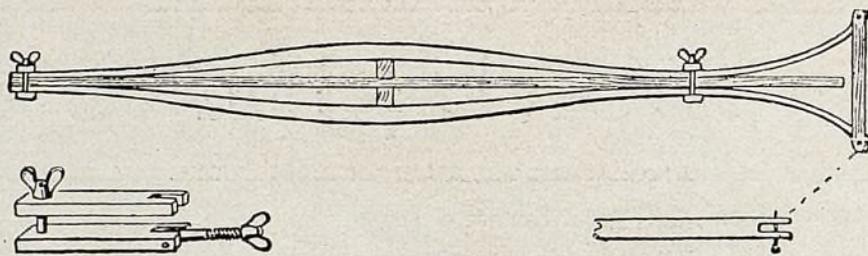
ó parte anterior de los mismos. No hay un criterio exacto respecto al modo de apreciar la longitud conveniente á cada cual, aunque lo corriente es calcularla extendiendo el brazo verticalmente, y escoger entre aquellos pares que queden al alcance de las yemas de los dedos. De todos modos, el *ski* corto es preferible para largas expediciones de montaña por su escaso peso y fácil manejo en los cambios de postura y dirección, y los largos tienen preferencia entre los profesionales que se dedican á los grandes saltos. El modelo corriente en Europa es el tipo llamado *Telemark*, localidad noruega en donde se

practica este sport preferentemente, y con cuyo nombre han sido bautizadas

algunas prácticas de éste, como la parada que recibe este nombre, y el estilo ó manera de colocar el cuerpo á la salida de los grandes saltos (brazos extendidos en cruz).

Insistiremos muy ligeramente respecto á los medios empleados para sujetar los *skis* al calzado, ya que son tantas las variedades de ataduras inventadas á ese fin. Sin embargo, recomendando muy especialísimamente el empleo de las botas noruegas ó Laupar, única manera de practicar á conciencia este sport (sin ellas nunca se llegará á resultados prácticos), los diferentes modelos del sistema Huitfeldt y la atadera Hoyer Ellefsen pueden adoptarse á gusto convenientemente.

El secreto para dominar el *ski*, sobre todo cuando se desciende en largas y grandes pendientes, estriba en evitar en lo posible la rigidez del cuerpo y el agrotamiento de las extremidades. Acompañarse de uno ó dos bastones de caña de bambú ligeros y provistos de sus correspondien-



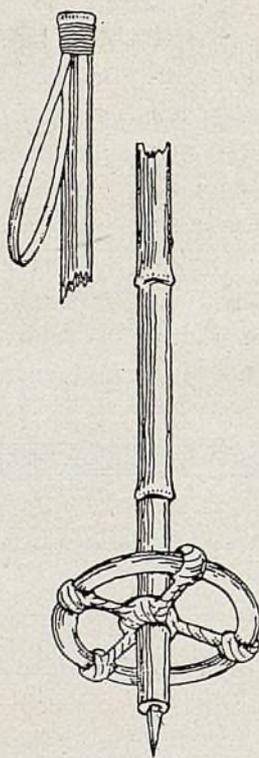
Manera de conservar los *skis*.

(Cliché Igartúa.)

tes rodillas (mejor dos que uno), es una sabia precaución. Ellos nos servirán

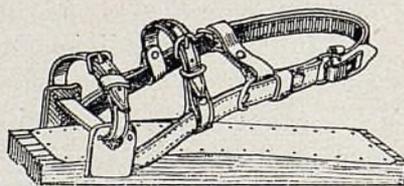
de balancín en casos determinados, de punto de apoyo en muchas ocasiones, nos ayudarán á dominar pendientes infranqueables, y una vez en la cima, ante la perspectiva de una *glissade* emocionante por entre amplias y onduladas laderas, el cuerpo un poco echado hacia atrás, los brazos caídos, una pierna en extensión hacia adelante y otra un tanto en flexión, sobre la que gravita el peso del cuerpo, podéis disponeros á disfrutar de los placeres únicos de este sport inimitable, en que la destreza corre parejas con las velocidades extraordinarias que se alcanzan, y para el que las distancias no tienen importancia de ninguna clase.

Dos procedimientos clásicos se emplean para conseguir en esas grandes velocidades dominarse, haciéndose dueño de la situación sin tener que acudir al irremediable porrazo. Uno es la parada clásica de *Telemark*, así llamada, y otra, la no menos clásica de *Christiania*. El *Telemark*, de pose, de efecto, y fácil de



Bastón de caña de bambú.

(Cliché Igartúa.)



Atadura Huitfeldt.

(Cliché Igartúa.)

ejecutar con nieve dura y resbaladiza con sólo adelantar un pie, retrasando el otro, al punto de que el pico del *ski* que queda por dentro del arco que va á describirse venga á parar al centro de la atadura del pie que avanza, y acompañando el todo de un movimiento de flexión de la pierna retrasada (flexión muy acentuada: casi arrodillarse sobre la misma) y de una ligera inclinación del cuerpo.

El *Christiania*, ó parada brusca y de auxilio, la más necesaria para expediciones de montaña, consiste en adelan-

tar un *ski* sobre el otro cosa de un palmo; gravitando entonces sobre la pierna retrasada y levantando en lo posible las puntas de ambos *skis*, hay que imprimir al cuerpo un brusco movimiento de rotación sobre la cintura y riñones, del lado sobre que se trata de virar, acompañándose de un fuerte desplazamiento de los brazos de fuera adentro. El cuerpo se inclina entonces hacia adentro, y la parada se realiza.

Uno de los alicientes del *ski* es el salto, y sobre este particular habría mucho que escribir, pues para llegar á competir



El Sr. Amezua en un viraje clásico. (Fot. Lezcano.)

mente conducirá á caídas inevitables.

Y expuestos estos datos, aprendidos de otras fuentes más autoritarias que la mía y confirmados con la práctica de algunos años de hacer *skis* en tierras españolas y extranjeras, sólo me resta animar á los lectores á iniciar en todos los que no lo conocen este placer inconmensurable, en la seguridad de que, lo mismo que ellos, conseguirán con este medio mejor que con otro alguno, además de divulgar un *sport* interesante como ninguno, hacer nuevos adeptos y amantes de la montaña.

M. DE AMEZUA.

TÉCNICA DE LA CUERDA ALPINA



EN el deseo de proporcionar á nuestros lectores unos ligeros conocimientos acerca del empleo de la cuerda en las ascensiones de montaña, y á fin de que puedan servirse útilmente de ella en sus expediciones á los Pirineos, Picos de Europa y Gredos, únicas cordilleras españolas donde, salvo excepciones, precisarán valerse de ella, nos permitimos extractar estos párrafos de un artículo publicado por el inteligente alpinista G. Casella en la revista parisien- se *Les Sports d'Hiver*, acompañándolos de unos dibujos que facilitarán su entendimiento.

La utilidad de la cuerda en las fuertes ascensiones y paso de ventisqueros es tan indiscutible, que, al decir de Mummery, «debe ser mirada por cada miembro de una caravana como una ayuda y protección para su compañero».

Ante todo conviene saber elegirla. Preferentemente, en el comercio se vende la fabricada exclusivamente trenzada con cáñamo de Manila, y su diámetro varía entre 10 y 15 milímetros, según los países en que se emplea, sin que respecto á esto hayan venido á un acuerdo los diferentes Clubs Alpinos; y mientras Inglaterra y Alemania son partidarias de las cuerdas de grueso diámetro, en Suiza, Francia é Italia son preferidas de 10 milímetros de grosor.

La resistencia de una cuerda á la rotura varía, naturalmente, pudiendo calcularse que sea de 930 kilos en una de 13 milímetros y 100 gramos de peso por metro. Su coste, 2,50 francos el kilo. Las cuerdas de 10 milímetros disminuyen su resistencia, que oscila entre 500 á 600 kilogramos, con un peso de 60 gramos por metro.

Esta resistencia á la rotura aumenta considerablemente en las cuerdas de seda pura hasta 2.000 kilos; pero su elevado precio (450 francos los 100 metros de 12 milímetros) las hace poco recomendables, además de que algunos atribuyenlas el defecto de cortar los riñones cuando se sirve uno de ellas, y el de pudrirse con facilidad cuando no se secan cuidadosamente después de su empleo.

Estas cuerdas de montaña se fabrican especialmente, presentándolas bien torcidas ó trenzadas; y aunque la duración de las primeras es mayor, la práctica aconseja escoger las trenzadas por su flexibilidad.

Pasemos ahora á explicar las diferentes maneras de emplear la cuerda, de sujetarse á ella con los nudos ó lazadas más ordinariamente empleados.

Tratándose de los cabos ó extremos, podemos emplear el lazo ó nudodoble (fig. 1.^a), el llamado de *tisserand* (fig. 3.^a), el de pescador (fig. 4.^a) ó el de bolina (fig. 5.^a), todos

muy sencillos y de técnica fácil fijándose en los dibujos adjuntos, razón por la cual no los explicamos.

En cambio, las personas que lleven los centros del equipo pueden contentarse con el ordinario nudo doble ó el de *tisserand* (que aparece en la figura 2.^a). Si se trata de unir dos cuerdas, el nudo de pescador (fig. 7.^a) dará excelentes resultados.

Pasando á discutir cuál es el número de personas que deben componer *una cuerda*, idealmente pensando, no debe pasar de cuatro. Siendo dos tan sólo se disfruta la ventaja de poder hacer uso doble de la misma y de marchar un poco más deprisa. En cambio, tanto en caso de accidente como tratándose de vencer algunos pasos difíciles, dos se ayudan malamente aun contando con una longitud de cuerda de 20 metros, que debe ser el *mínimum* reglamentario.

Existen razones que se inclinan, al parecer, por los equipos de dos personas; pero éstas no tienen aplicación en las montañas de nuestro país, en donde no existen glaciares enormes con tajos ó cortaduras profundísimas, muchas veces disimuladas por delgadas capas de nieve, incapaces de sostener un hombre.

Otra cuestión digna de tenerse presente es la del reparto en una cuerda de las personas que componen el equipo, y la forma mecánica de promediar los trozos cuando aquéllas son cuatro ó pasan de este número, ya que siendo dos ó tres la operación es bien sencilla.

Respecto al primer caso, los guías pronto conocen la fuerza y resistencia de los turistas, y ellos se encargan de distribuirlos en forma; siendo de todos modos regla, tratándose de ascender, el que el guía, más fuerte y entendido, vaya primero;

después el turista más flojo, seguido del otro guía; y si hubiera que tallar pasos con el *piolet* en el hielo, el turista más flojo debe colocarse entre ambos guías, cerrando la marcha el otro compañero. Por el contrario, descendiendo, el puesto más difícil y comprometido, que es el último, debe reservarse al guía ó persona más entendida del equipo.

Una vez en marcha, debe quedar la cuerda ligeramente tirante entre cada uno, después de haberse pasado los nudos ó lazadas de retención cada cual en bandolera por debajo del hombro, nunca arrollada á la cintura (porque en una caída el llevarla de ese modo impedirá que pueda escurrir el cuerpo, y siempre quedará alta la cabeza del escurrido) (fig. 8.^a), procurando llevar arrolladas una ó dos brazas, y sujetas con la mano, jamás arrolladas á la muñeca, que podría llegar hasta romperse de un tirón ó sacudida violenta.

De todas maneras, conviene templar en lo posible la tirantez de la cuerda, procurando que no quede floja, porque si alguno llegara á caer, sería difícil retenerlo por la velocidad adquirida; pero tampoco demasiado tirante, porque al tratar de saltar un mal paso el compañero que nos precede se vería bruscamente retenido hacia atrás y expuesto á una caída de espaldas. Conviene al avanzar por rocas no muy compactas templar todo lo posible, porque una cuerda floja, enganchándose en fragmentos sueltos de las mismas, puede arrastrarlos hacia las personas que siguen al primero y herirlas de cuidado.

Lo mejor, cuando se trata de escalar chimeneas ó paredes verticales, es dejar que el guía se instale en un descanso ó saliente, y una vez sólidamente sujeto, ayude tirando hacia sí por medio de la

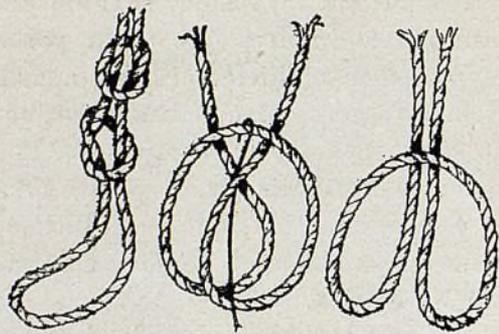


Fig. 2.^a—Nudo doble de *tisserand*.

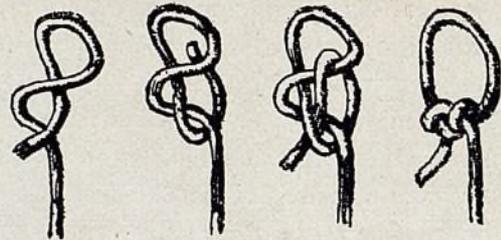


Fig. 4.^a—Nudo de pescador.



Fig. 1.^a—Nudo doble.



Fig. 11.

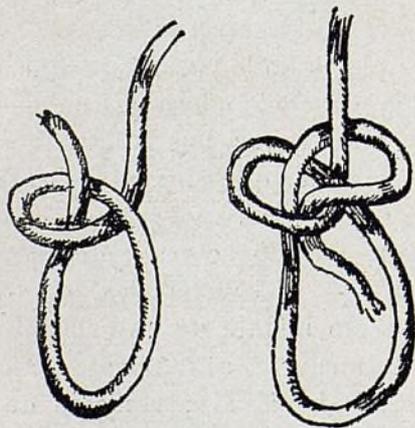


Fig. 5.^a—Nudo de bolina.



Fig. 4.^a



Fig. 9.^a



Fig. 10.

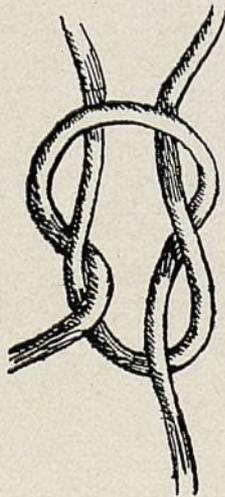


Fig. 7.^a—Nudo de pescador.

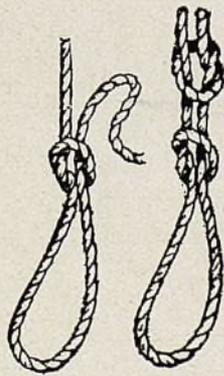


Fig. 3.^a—Nudo de *tisserand*.



Fig. 8.^a

cuerda al que le sigue, éste á su vez al tercero, y éste al último, continuando en esta forma y no desplazándose más que uno á uno, mientras los demás se sujetan sólidamente á los salientes ó grietas de la montaña. Si la naturaleza del terreno, como es lo más frecuente, no permite instalarse de ese modo al equipo completo, cada cual irá ganando los trazos del guía; pero, repetimos, sin que en ese caso camine más de uno á la vez, y mirando hacia atrás para ver si la cuerda da de sí lo bastante para no quedar faltos de ella y en situación violenta ó peligrosa.

Pero cuando la cuerda se hace verdaderamente indispensable y providencial es en el período de descenso. Como ya hemos dicho, entonces es el guía, ó el mejor conocedor de la montaña, el que debe permanecer el último, atento á la marcha de los primeros y presto á sostenerlos en una caída desgraciada, para lo cual siempre debe hallarse sólidamente sujeto y preparado.

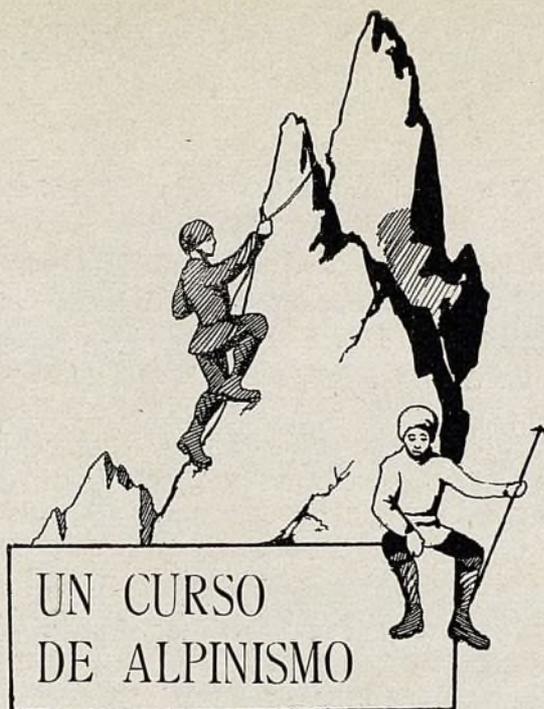
Si se trata de atravesar un acantilado, conviene dejar la cuerda entre el muro y el cuerpo de los excursionistas; pero si es un ventisquero inclinado, en el que precisamos hacer uso del *piolet* y de las dos manos, puede echarse la cuerda por el otro lado, á fin de que no estorbe ó se enrede en los *piolets* que trabajan en el lado interno ó contrario.

En las ascensiones por paredes verticales, chimeneas ó grietas profundas hay necesidad de acudir, además de la cuerda á otros procedimientos auxiliares; y además de aquellos, como los crampones, clavos y garfios, que se clavan en las resquebrajaduras y por los que se pasa la cuerda

muchas veces, sirviendo de apoyo y sostén á pies y manos, existen otros, entre los que ocupa el primer lugar la cuerda de llamada ó auxilio, denominada así por tratarse de un trozo de otra más delgada por lo regular y que se lleva á prevención, que se hace pasar por algún saliente de roca, bien para trepar por los cabos sueltos, sujetándolos con las manos, ó para, después de anudados, servirse del bucle ó lazo que resulta y queda prendido á la roca para valerse de él á modo de polea y descolgarse, salvando espacios en los que no es posible encontrar saliente alguno. Varios son los métodos más ó menos ingeniosos inventados para recobrar estas cuerdas, que muchas veces es preciso abandonar por quedar presas en alguna hendidura de la peña, y los grabados adjuntos darán una idea más expresiva que las descripciones que pudiéramos hacer en estas líneas (fig. 4.^a).

Tratada ya en general la técnica de la cuerda de montaña, sólo nos resta aconsejar el mayor cuidado en su empleo y conservación, por ser un elemento al que confiamos nuestras vidas en los pasos difíciles y peligrosos, procurando renovar la después de algún uso continuado, desconfiando de las rozaduras ó erosiones que pudiera presentarnos, arrollándola con esmero, operación que se lleva á cabo fácilmente pasándola entre la rodilla en flexión y la planta del pie, y dejándola en sitio seco y á propósito, presta á ser nuestro auxilio en nuevas expediciones y la providencia y salvaguardia de cada uno de nosotros cuando, sólidamente confiados á ella, nos aventuremos una vez más por los pasos difíciles y peligrosos de la montaña.

M. DE A.



(Fot. A. Prast.)

Es pleno agosto; un sol despiadado abrasa desde el alto cielo; nadie piensa en Madrid que pueda existir un lugar en que la nieve aún persista, en que el viento fresco alivie este sofoco del ardiente estío. Oímos hablar de excursionistas que atraviesan ventisqueros, que duermen en el refugio que el bosque brinda, librándoles del intenso frío de la noche; oímos que el termómetro descende durante la madrugada hasta cinco grados centígrados..., y oímos todo esto con la sospecha de que es un *canard*, de que son fantasías de excursionista... ¿Quién no leyó el *Tartarín* de Daudet?

Detrompez-vous! Todo eso existe; á muy pocos kilómetros de Madrid alza el Guada-

rama sus torreones de granito, sus cumbres aún nevadas, sus lagos azules y tranquilos, sus eternos ventisqueros, por encima de 2.300 metros.

¡A cuántos no acomete el deseo de visitar estas tierras maravillosas, de remontar sus altos roquedos, y reposar bajo ese limpio cielo de azur, en medio de tanta sublime belleza!

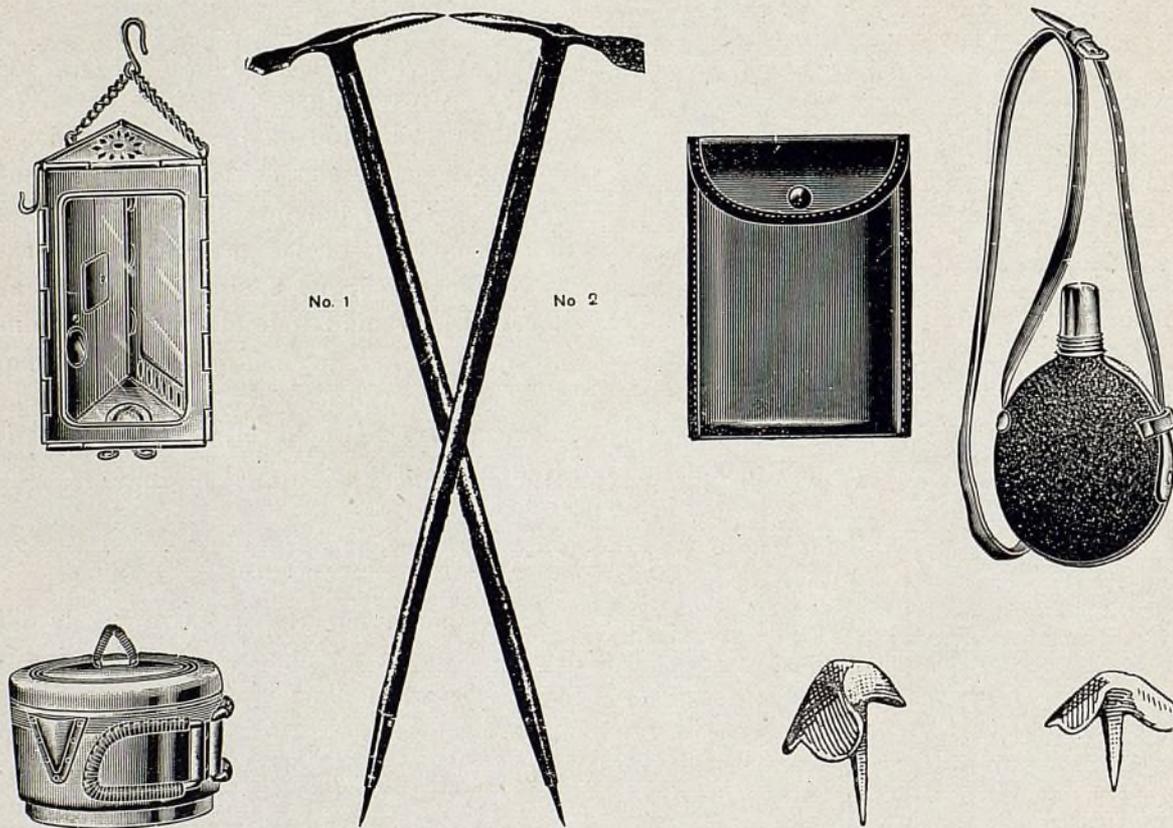
Pero un vano temor os detiene: ¿y la fatiga?, ¿y los peligros? Accidentes en la montaña ha habido, es cierto; pero todos ó su mayor parte son debidos á imprudencias, á olvidos lamentables, á estúpidas fanfarronerías, necias presunciones, bravatas inocentes que suelen hacerse pagar caras. Despreciad todo ello, y no olvidando nunca este breve *código* del alpinismo, llegaréis á emular las proezas de los Mummery, Casella, Brocherel, Gaurier, Rusell, Henry Spont, Pidal, Amezua, etc.

El traje del alpinista

La primera cuestión á tratar es la del equipo: no es menester la exótica indumentaria de un Tartarín, para epatar á la galería y obtener un éxito de risa; es preciso un fuerte vestido de *loden* impermeable, que os preservará del frío de las alturas y de la lluvia; chaqueta de grandes bolsillos, cuello y mangas que puedan cerrarse bien en casos de frío ó viento intensos; un pantalón corto (ó modelo *breeches*, ó *knickerbockers*), con bolsillo atrás, que no apriete demasiado las rodillas. Un sombrero de fieltro, cuyas alas bajadas, al cubrir la cabeza, le darán forma de campana; una chalina lo suficientemente larga para poder anudarse alrededor del sombrero si hace mucho viento, y preservar así las orejas; y, lo más importante, botas re-

cias, anchas, de doble suela y herradas: para esto último se vienen usando con gran éxito los clavos de *ala de mosca*. Tened en cuenta el aforismo de la técnica alpina que dice: «El alpinista confía su vida á la suela de su calzado.» Durante vuestras

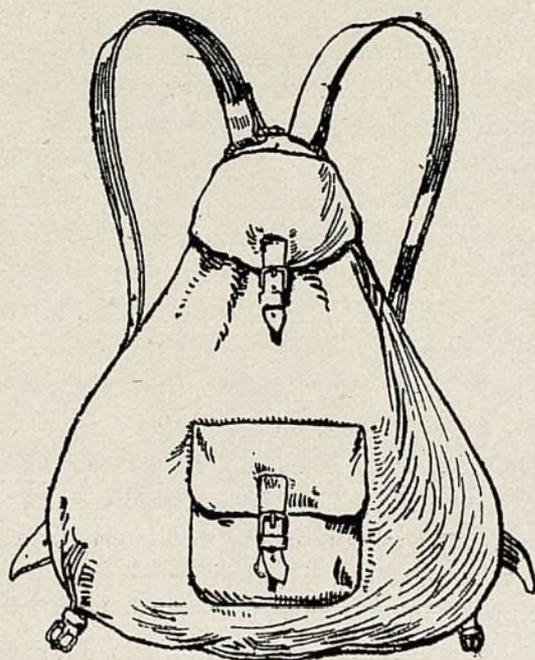
Veamos ahora el de su bella acompañante: damos por entendido que durante esta temporada la señora cambiará las gracias y elegancias de las modas parisinas ó londinenses, los sombreros gigantes y las *robes à entrave* por una falda de 2,80 me-



campañas en la Sierra seréis excesivamente cuidadosos con él: se engrasará á diario con *aceite de ricino*, repasad los clavos, ved si está desgastado y próximo á romperse por algún lado, y llevad, sobre todo, un par de cordones de repuesto.

Y con un par de vendas ó polainas que protegerán las piernas de la nieve, del agua, de los golpes en las rocas, unas medias de lana y la capa-pelerina con capuchón, el equipo del señor se ha concluido.

tros de vuelta, cayendo á 10 centímetros del suelo, que puede elevarse por medio de botones, automáticos ó imperdibles, según las necesidades de la *ascensión*, á menos que la señora no acepte el traje usado por mademoiselle Vallot, la hija del célebre alpinista francés, que adopta el traje masculino. Una blusa inglesa, flotante, forrada de franela, de cuello ancho; gruesas medias de lana, polainas de venda, guantes de lana largos, un sombrero de fieltro como



Morräl de montaña ó sacco tirolés.

el del señor, y brodequines escoceses de punta cuadrada, herrados también; capa de *toden* impermeabilizada (nunca de caucho) y con un velo de muselina y el bastón pasamontañas. He aquí á la bella lectora dispuesta á hollar con sus pies diminutos la nieve de los ventisqueros.

Comienza el entrenamiento

El tren ó el automóvil os transportará hasta el centro de vuestras futuras excursiones, y con vosotros los *piolets*, las cuerdas, los crampones, la máquina fotográfica, etcétera. Apenas habéis llegado ya lanzáis una mirada de desafío á la cumbre que casi toca con el cielo. ¡Paciencia, aún os falta entrenaros!

Primero aprenderéis á caminar; porque vosotros no supondréis que sabéis andar, ¿eh? Habituaos á llevar las rodillas ligeramente en flexión; sobre todo, posad el pie

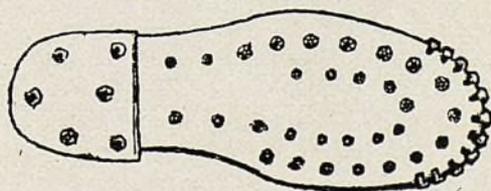
de plano sobre el suelo, no sobre la punta solamente, y comenzaréis á realizar pequeñas excursiones circulares.

Tenéis un medio infalible de saber cómo progresáis en el entrenamiento: la cifra media de las pulsaciones es de 70 por minuto; durante una ascensión aumenta hasta 120; después de una hora de reposo debe disminuir hasta 90, y luego de varias horas tornará á 70 por minuto. Si la cifra de las pulsaciones se mantiene superior á 70 después de una noche tranquila, estad seguros de que el entrenamiento no ha terminado aún.

El Dr. Paul Courmont hizo hace dos años un estudio interesantísimo acerca de este asunto en una ascensión al Mont-Blanc realizada por tres amigos, dos guías y un morralero ó *porteur*. Después de una noche pasada en el refugio Vallot (4.400 metros) observó que el joven morralero tenía 120 pulsaciones; los otros miembros de la caravana, 90; sólo el viejo guía marcaba la cifra normal de 70.

Ya estáis *en punto* y en disposición, por tanto, de lanzaros en busca de aventuras. ¿Habéis encontrado un guía peritísimo, ó aceptáis la compañía de un amigo conocedor de estos asuntos? ¿No? Yo me ofrezco á ser el Jacques Balmat de los nuevos Saussures; graciosamente, por supuesto.

Salir de madrugada es la mitad de la victoria: si estamos en un largo valle, podemos dirigirnos á la montaña una hora



Herraje de las botas de montaña.

antes de salir el sol. Los morrales están dispuestos: 15 kilogramos para el *porteur*, 12 para el guía y ocho para vosotros. El derecho de conducir le pertenece al guía, y tras él va la pequeña tropa caminando con lenta regularidad, á razón de 300 á 360 metros de altitud por hora, ó sea un paso por segundo y 10 centímetros de altura franqueada.

Desde ahora todo es matemático y minucioso; los descansos serán de diez minutos por cada hora, ó mejor, cinco por media hora. A las tres horas de haber comenzado la marcha tendrá lugar un breve almuerzo: té y alimentos azucarados, porque el azúcar juega en la montaña un importante papel: es un excelente alimento encerrado en escaso volumen.

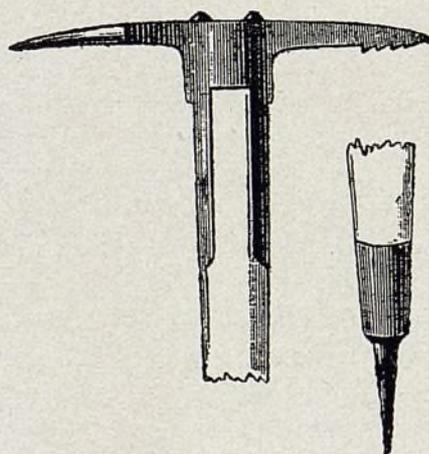
Cada dos horas la caravana de alpinistas se detiene treinta minutos á reposar y

á ingerir un refrigerio; el verdadero es la recompensa del esfuerzo final, no debe hacerse sino en el mismo lugar de la victoria; allí se dará cuenta de los huevos duros, ternera mechada, del *cornedbec* y de las conservas de pescado..., cuyo aceite *regaréis* á las botas; digno remate del alegre *repas* del mediodía serán unos pastillitos y, digan lo que quieran los abstemios, un sorbo de Jerez ó Málaga.

La última etapa será de vuelta al refugio. En esta casa, no muy lujosa, pero hospitalaria, podréis cambiar de ropa y calzado, y con un buen fuego condimentar la cena, y en inclinada tarima, sobre un colchón de lana ó paja, dormir el sueño del justo, aguardando el alborear del nuevo día para presenciar el grandioso espectáculo del crepúsculo...

¡Descansad, y hasta mañana!...

J. F. Z.



(Cliché Igartúa.)

MANERA DE ORIENTAR UN PLANO

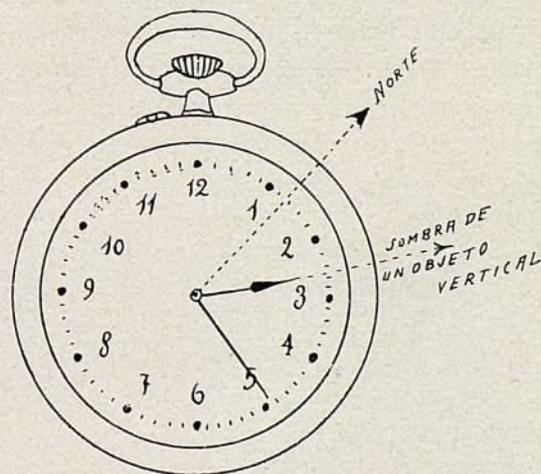
Por medio de la brújula

Si se ignora el punto en que se encuentra el observador, se puede orientar la carta ó plano del terreno por medio de la brújula. Todos sabemos que la punta imantada de la aguja no indica exactamente el Norte, sino una dirección que se llama norte magnético. La aguja imantada forma con el meridiano un ángulo próximamente de 15 grados. Desde luego cada esfera de brújula lleva una pequeña flecha colocada un poco á la izquierda de la letra N. Esta flecha es preciso hacerla coincidir con la aguja imantada, para lo cual se hace girar la brújula en sentido conveniente, teniéndola colocada en la mano horizontalmente. La línea tirada desde el centro de la brújula hacia la letra N indicará entonces el Norte verdadero. Colocad en seguida el plano bajo la brújula de manera que la línea N.-S. de la brújula sea paralela á las líneas meridianas. Debe evitarse durante estas operaciones aproximar á la brújula el *piolet*, la linterna ni ningún otro objeto metálico, pues falsearían las indicaciones del aparato.

Por medio del reloj

Cuando se carece de brújula, puede hallarse la dirección norte por medio del

reloj de bolsillo. Para ello tómesese el reloj (que estará, naturalmente, en hora), y se coloca horizontalmente; la aguja pequeña (horario) en la dirección de la sombra de un objeto colocado verticalmente, es decir, en la dirección opuesta á la del sol, y de tal manera que la sombra de la aguja esté



colocada exactamente sobre la sombra que proyecte el objeto fijado en el terreno.

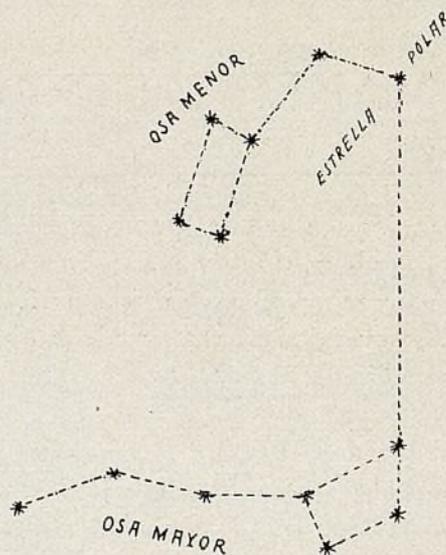
La dirección del Norte será entonces dada por la bisectriz del ángulo formado por la aguja pequeña del reloj y la cifra XII, ó sea por la dirección de una línea que, partiendo del centro de la esfera del reloj, se halle colocada á igual distancia del horario y las XII.

Este sistema tiene algunos detractores; sin embargo, es sumamente recomendable

en la alta montaña, pues no obstante algún pequeño error propio del procedimiento, es muy raro que no nos dé la dirección norte con la suficiente exactitud para reconocer algún punto importante señalado en el plano que nos pueda servir para determinar todos los demás.

Por medio de la estrella polar

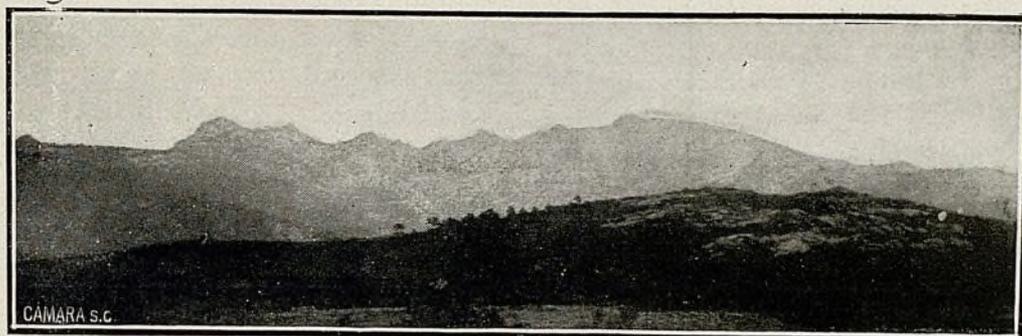
Durante la noche se puede orientar por medio de la estrella polar. Se busca la Osa Mayor, que es la constelación más fácilmente reconocible, en forma de un gran carro que tuviera la lanza colocada en uno de sus lados. Prolongad la línea formada por las dos estrellas que forman la parte trasera de la constelación, y se encontrará la estrella polar (que indica el Norte), la cual está situada en la extremidad de la



lanza del carro pequeño, ó sea la Osa Menor, constelación semejante á la Osa Mayor, pero más pequeña, y colocada en sentido inverso.

A. PRAST.





Siete Picos.

(Fot. Zabala.)

PARA LEER
EN EL TREN

LAS PULMONÍAS DE LA SIERRA

TODOS ustedes habrán oído hablar de las pulmonías que trae á Madrid el airecillo glacial del Guadarrama. Yo confieso que las tenía un miedo horroroso, hasta que un día... Pero no precipitemos la historia de los acontecimientos.

Pues sí, señores; yo había estado toda la vida sintiendo abominar del Guadarrama por ser abundante manantial de pulmonías. En cuanto llegaba el invierno, se oía por la corte aquello de: «Hay que arroparse, porque este Guadarrama ya sabemos cómo las gasta.» Y otras veces, refiriéndose á un difunto: «El pobre cogió una pulmonía aquel día que sopló el Guadarrama...» Y así sucesivamente.

Hasta Fernández Shaw, en una *Poesía de la Sierra*, dice aquello de: «Mándame un aire traidor...»

Repito que estaba horrorizado; y cuando me resolví á visitar las cumbres de nues-

tra cordillera central, dejé en casa, con escrito tembloroso, un testamento ológrafo en el que hacía el reparto de mis... deudas y acusaba como productoras de mi muerte á las pulmonías del Guadarrama.

Llegué á la Sierra, pisé la nieve, subí, bajé, anduve todo el día, y al caer de la tarde me dí cuenta de que, abstraído en la admiración de tanta belleza, no había pensado en las pulmonías, dueñas de todo aquello.

¿Volveré á Madrid sin haber visto una siquiera?, pensaba con decepción.

Me acogí con mis compañeros á la protección de la tienda de campaña para pasar la noche, y mi destino quiso que me correspondiese estar de vigilancia de doce á dos de la madrugada. Así fué que cuando á media noche me puse de centinela, no tuve la menor duda acerca de lo que me esperaba: iba á conocer personalmente las pulmonías.

¿Caí dormido? No lo sé de manera cierta. Yo estaba sentado junto á la hoguera, prestando atención á cualquier rumor y aguzando la mirada á través de la semiclaridad del suelo nevado, cuando vi pasar, arrastrando los pies, á un viejo medio desnudo, de ropa y carnes casi transparentes. Parecía una figura de gelatina, que á cada paso se estremecía toda.

Pasaba sin decir nada, cual si no hubiese visto el fuego, ó como si no hiciera caso.

—¿Dónde va por aquí á estas horas?—le pregunté con voz fuerte.

Detúvose el fantasma, y me respondió, lanzándome palabras que resonaban como una carraca:

—No tengo que dar cuentas á nadie cuando estoy en mi casa. ¿No sabes quién soy, criatura? Pues soy el Catarro, el amo de todo esto.

—¡Hombre! Tanto gusto... Acérquese un momento... ¿Podría decirme dónde andan las pulmonías de esta Sierra?

—No puedo acercarme á la lumbre, porque me derretiría. Si quieres conocer á las pulmonías, ven conmigo. Te presentaré á ellas.

Mis deseos estaban á punto de verse satisfechos, y no dudé en abandonar un momento la guardia. Arrojé unos troncos á la hoguera y seguí al Catarro. Anduvimos media hora; traspusimos una divisoria y ofrecióse un amplio ventisquero á mi vista. ¡Extraña visión! Allí estaban retozando multitud de pulmonías.

Horriblemente feas eran todas; desvergonzadas también. Desnudas estaban, sin cuidarse de si yo las miraba. Huesudas, con larga y afilada nariz, de la que pendían estalactitas de hielo; lo mismo se deslizaban sobre la nieve dura que se sostenían en el aire, agitándose inquietas.

El viejo me mostró un enorme peñasco, y dijo:

—Allí está la reina; es la que más víctimas ha causado hasta el día. Tiene en su lista famosas personalidades: tres ministros, un obispo, sesenta senadores...

Penosamente llegué ante la reina; ni ella ni su cortejo hacían aprecio de mi presencia. Mas tratándose de pulmonías, y estando en lugar tan helado, no me causó ninguna sorpresa que me recibieran fríamente. Lo extraño fuera que me saludaran con calor.

En torno de la reina esperaban órdenes gran número de aquellas temibles brujas. Las había que estaban unidas de dos en dos como las hermanas siamesas: eran las pulmonías dobles. Otras tenían aspecto infantil, eran como las niñas de aquella familia horrible: pronto comprendí que se trataba de las bronquitis.

La reina despachaba su correspondencia. Echó una mirada por sobre el grupo de sus servidoras, y ordenó:

—Venga una doble con dolor de costado. Se trata de salvar á un joven lleno de deudas, próximo á caer en la cárcel porque tarda en heredar á un pariente viejo. Hay que despachar á ese señor, pues el joven y sus acreedores claman á coro porque una pulmonía se lo lleve.

En este momento siéntense gritos de rabia; como una furia se lanza una pulmonía de una peña contra otra; agárrase á un risco, y con grandes sacudidas pretende arrancarlo; viendo que no lo consigue, lo golpea con la cabeza, lo traspasa con su cuerpo y reanuda los alaridos. La reina llama á la enloquecida, que se prosterma humillada.

—Soy una pulmonía despreciable: acaban de expulsarme del cuerpo de un car-

denal... ¡Qué vergüenza sentí al cruzar por la sala donde tantos aspirantes al cardenalato recibían con ira la noticia de que el peligro había pasado! ¡Cuántos insultos me dirigieron!

—Cálmate ya—repuso la reina—. Toma esta solicitud, y atiéndela: se trató de un usurero sucio, que siente miedo al agua y al aire; te será fácil matarlo, y con eso quedará desmentida la creencia que existe entre sus víctimas de que no hay pulmonía que pueda con él.

Resolví presentarme á la reina.

—¿Qué quieres?—me dijo—. ¿Pretendes librarte de algún pariente rico?

—No, señora; no tengo parientes ricos. Si los tuviera, con mucho gusto..., ya que sois tan generosa. Quiero pedirlos nada más que me respetéis siempre...; que déis orden á vuestras servidoras de que no me perjudiquen nunca. Soy padre de familia; tengo que sostener á ocho criaturas y dos suegras...

—¿Cómo dos suegras?

—Sí; la madre de mi primera mujer, difunta, y la de ahora...

—¡Desgraciado! ¡Y aún temes á las pulmonías! Vamos á ver: ¿te lavas á menudo el cuerpo?

—Sí, señora.

—¿Haces vida al aire libre, ó vives al lado del brasero?

—Vivo al aire; llevo el abrigo indispensable, y gracias; resisto bien la lluvia, el viento y la nieve.

—¿Eres alpinista?

—Empiezo á serlo.

—Pues vive tranquilo; las pulmonías respetamos al que se lava, al que no tiene miedo al aire ni al sol, y, sobre todo, al que anda por las montañas. Nuestras víctimas preferidas son los que pierden las horas en el casino, el café ó la taberna, arrimados á la estufa, y se burlan de los bravos que se lanzan á las cumbres y los puertos envueltos en nieve.

—Hablan tanto de las pulmonías del Guadarrama...

—Si vienes por aquí con frecuencia serán tus amigas; y si necesitas de alguna para librarte de una suegra...

—Gracias, gracias.

Púsose en esto ante mí el Catarro. Cerró los ojos, arrugó la nariz, abrió la boca y dió tal estornudo, que salí por los aires, yendo á caer sin daño alguno junto á la tienda donde dormían mis compañeros.

La hoguera estaba extinguiéndose.

Eran las dos de la madrugada, y me correspondía ya ser relevado...

EL HOMBRE DE LAS CAVERNAS.



LA FAUNA DE LAS SIERRAS ESPAÑOLAS

ZENGO para mí, y me satisface no ser el único defensor de esta opinión, que el gran desarrollo que en España está adquiriendo el alpinismo ha de contribuir grandemente al mejor conocimiento de la fauna de nuestro país. Me induce á pensar así, de una parte, el hecho de que apenas se hace una excursión con carácter científico por cualquiera de nuestras sierras en la que no se descubran especies animales nuevas para la ciencia; y por otra parte, el aprecio que en los grandes Museos del Extranjero se hace de los cuadrúpedos, aves é insectos cazados en las montañas españolas. Suelo el nuestro de tan notables y variados sistemas orográficos, suelo en su mayor parte quebrado y montuoso, es lógico que en sus montañas haya de encontrarse mucho de lo más característico, de lo más selecto de su fauna. He ahí por qué no comprendo yo un naturalista español que no tenga algo de alpinista.

Aun cuando la fauna de las sierras ibéricas es tan rica como variada, el alpinista que no es á la

vez zoólogo suele ver muy poco de ella. Sólo las aves se muestran con frecuencia ante su vista, y de ellas, con más frecuencia que ninguna, las grandes rapaces, esto es, las águilas y los buitres.

El vulgo, por lo menos el vulgo serrano, suele confundir bajo el nombre de águilas muchas aves de rapiña que realmente no son dignas de él. Verdaderas águilas, hay dos relativamente abundantes en nuestras montañas: el águila real (*Aquila chrysaetus* de los naturalistas) y el águila negra ó imperial (*Aquila Adalberti*). En algunos puntos de España llaman á la primera águila de las rocas, y águila de los árboles á la segunda; nombres los dos admirablemente aplicados, pues mientras el águila real anida y vive entre las rocas de los

picos más elevados, sobre todo en las de naturaleza caliza ó granítica, el águila negra busca los valles ricos en árboles, y suele hacer en éstos su nido. Cuando se las ve volando es muy difícil, más bien imposible, distinguir las, á menos que la luz caiga sobre el ave en tal forma, que per-



El buitres negro.



El águila real.

Ayuntamiento de Madrid



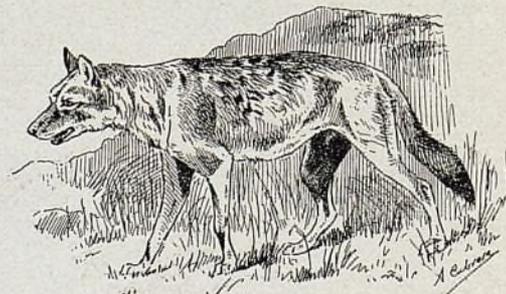
El quebrantahuesos.

mita ver si existen ó no dos grandes manchas blancas sobre los hombros. Estas manchas son características del águila negra, que es además de un color más oscuro que la otra. Por lo demás, el aspecto de las dos especies es muy análogo, y aparte de la diferente elección de emplazamiento para el nido, sus costumbres difieren poco. Hacen presa en los conejos y perdices, y también se llevan, cuando pueden, algún cordero ó cabritillo; pero, aunque valientes y sanguinarias, están muy lejos de ser aves tan terribles como ordinariamente se las supone.

Es muy común, entre personas poco conocedoras de la Historia Natural, llamar águilas á los enormes buitres negros (*Vultur monachus*) que tanto abundan en nuestras sierras, y que suelen verse cerniendo-

se majestuosamente á gran altura, en acecho de alguna carroña en que hundir su corvo pico. Aun á gentes del campo para quienes la fauna regional parecía no tener misterios, según los datos que acerca de ella me daban, he oído dar el nombre de águila á un buitre de esta clase que me salió remontando el vuelo casi de entre las patas del caballo, al pie de ese cerro de la Almenara, que parece el último esfuerzo hecho por la Sierra de Guadarrama para dominar las castellanas planicies antes de ceder el puesto á la de Gredos. En todo el Guadarrama, el buitre negro, por otro nombre abanto, parece ser la más común de las aves rapaces de gran tamaño, lo que bien puede ser debido á la abundancia de pinares, pues, á diferencia del repulsivo buitre pardo (*Gyps fulons*) y del alimoche de blanco plumaje (*Neophron perenopterus*), que establecen su vivienda en las peñas cortadas á pico, esta especie anida siempre en los pinos, buscando los más altos y copudos.

Yo no sé si anidará también en la Sierra de Guadarrama otra especie de ave carnívera que me consta vive en Gredos y en las sierras de Andalucía; pero sobre ella la han visto volar Castellarnau y el coronel inglés Willoughby Verner, ornitólogo y alpinista decidido que ha explorado todas nuestras montañas en busca de aves y



Lobo del Guadarrama.



Oso de Asturias.

de nidos. Me refiero al gipaeto ó quebrantahuesos (*Gypaetos barbatus*), volátil formidable que debe su segundo nombre á la singular costumbre de remontarse en el aire llevando en sus garras los huesos que resisten á su robusto pico para dejarlos caer sobre las peñas con el fin de que se hagan pedazos y bajar tras ellos á regalarse con el tuétano.

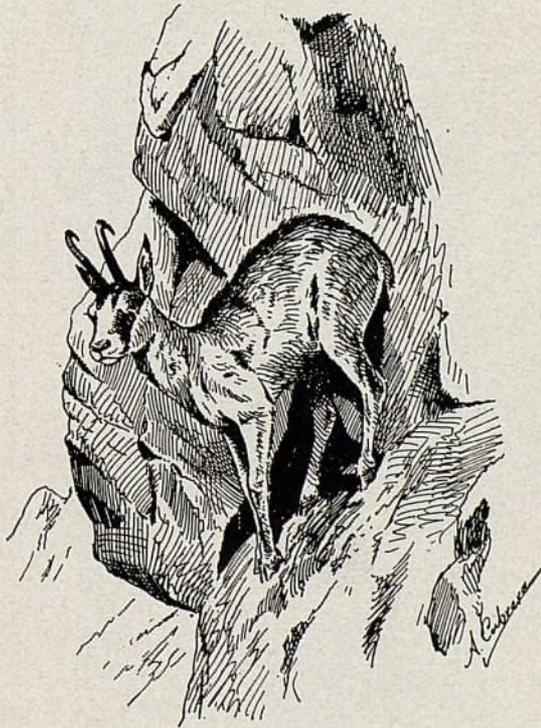
Los bosques de los Pirineos y de la cadena cantábrica encierran otra ave de gran tamaño, aunque no rapaz, sino gallinácea: el tetrao ó gallo de monte (*Tetrao urogallus*), de negro plumaje, con matices tornasolados verdes en el cuello. Esta especie, característica de la fauna centro-europea, falta por completo en las sierras castellanas y meridionales.

Dejando á un lado otras muchas aves de menor cuantía, puesto que no es mi propósito hacer un catálogo de todas las que viven en nuestras montañas (1), debemos

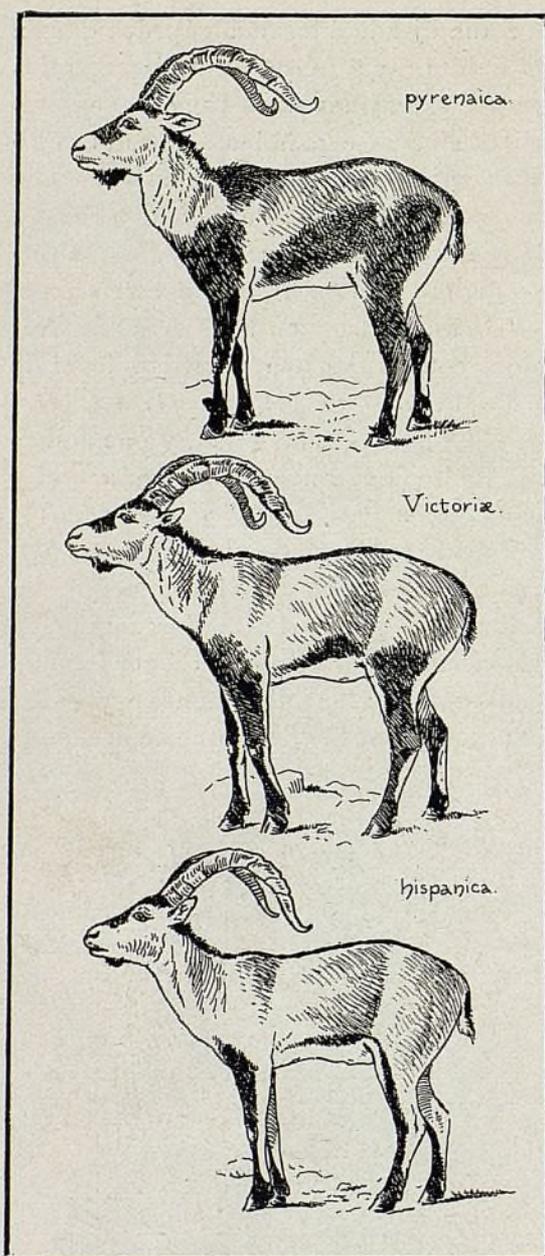
(1) Al que desee conocerlas le recomiendo la lectura de las obras siguientes: J. M. Castellarnau: *Estudio ornitológico del Real Sitio de San Ildefonso y de sus alrededores* (*Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, VI, 1877); Willoughby Verner: *My life among the wild Birds in Spain* (Londres, 1909); y Chapman y Buck: *Unexplored Spain* (Londres, 1910).

echar una ojeada á los cuadrúpedos que en ellas habitan, y á fe que en ágiles venados y feroces salvajinas nada tienen que envidiar las sierras españolas á las del resto de Europa. El zorro, que constituye una raza peculiar de la Península (*Vulpes vulpes silaceus*), la garduña (*Martes foina*) y el gato montés (*Felis sylvestris*), que en el Guadarrama y en las sierras de Andalucía constituye una variedad local de enorme tamaño (*Felis sylvestris tartessia*), abundan en todas ellas, y en muchas existe todavía el lince de moteada piel y descomunales patillas (*Chynx pardella*).

El lobo español (*Canis lupus signatus*), del que he leído en un libro acerca del Guadarrama que se halla descastado ya en esta Sierra, por desgracia ó por fortuna abunda todavía en ella, aunque por ser animal más cobarde de lo que se cree, que



Rebeco de los Picos de Europa.



Cómo se distinguen las razas de cabras monteses españolas.

huye del hombre, á menos de hallarse muy hambriento, y que puede en pocas horas poner muchas leguas entre su pelleja y el que quiera apoderarse de ella, no se le vea casi nunca. A principios del pasado invier-

no, sin embargo, los lobos degollaron unas cuantas ovejas á cien metros escasos de la Estación Alpina de Biología, y, por consiguiente, no lejos del *chalet* del Club Alpino; y á principios de mayo último los botánicos Sres. Beltrán y Vicioso, herbORIZANDO en Peñalara, vieron claramente las huellas de los lobos en los manchones de nieve. En las cercanías del Escorial sé que los hay también, aun cuando no tan abundantes como veinticinco años atrás.

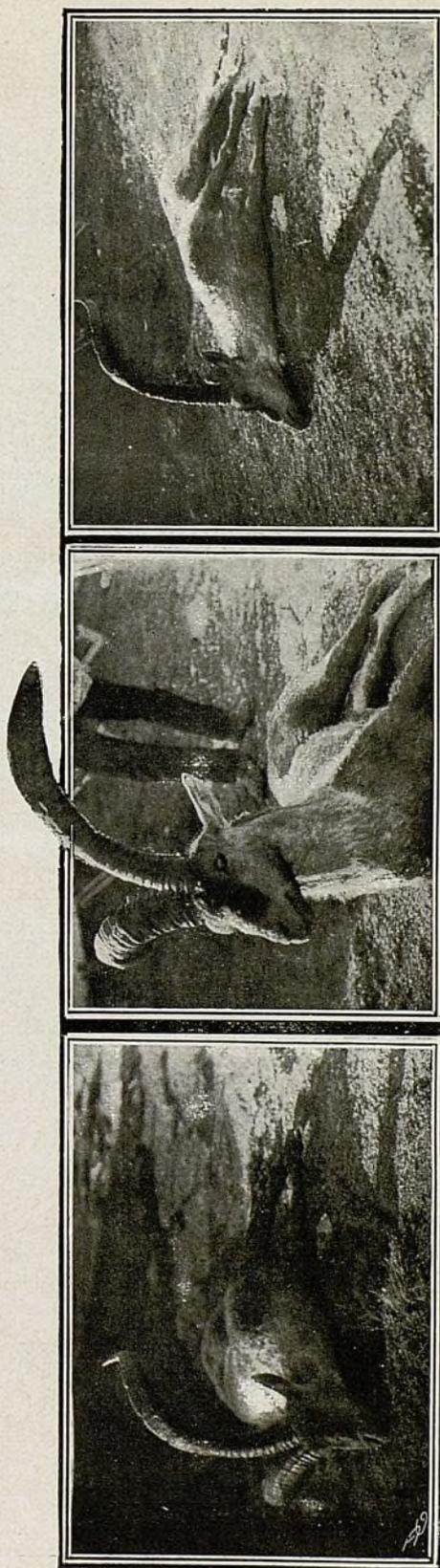
El oso, en cambio, se halla completamente extinguido en las cordilleras centrales desde hace cosa de tres siglos; pero abunda todavía en los Pirineos y en las montañas de Santander y Asturias. Aunque de la misma especie que los osos de Rusia y Escandinavia, constituye una raza algo diferente (*Ursus arctos pyrenaicus*), caracterizada por el color intensamente negro de sus extremidades y por ciertas particularidades del cráneo. Es animal omnívoro, que, salvo en casos de gran necesidad, prefiere el régimen vegetariano, alimentándose, por lo general, de hayucos y bellotas, y haciendo gran destrozo en los maizales si por acaso llega á penetrar en ellos.

En cuanto á venados, en Sierra Morena son todavía numerosos los ciervos de la variedad serrana (*Cervus elaphus Bolivari*), con cuernas que alcanzan hasta un metro y diez centímetros de longitud, y en el Guadarrama y las montañas de Burgos y de la Rioja vive el tímido corzo, que por su cornamenta menos desarrollada y su colocación difiere de los de otras partes de Europa, constituyendo una raza distinta (*Capreolus capreolus canus*).

Pero el cuadrúpedo más característico de nuestras sierras, y en mi concepto el más hermoso, es la cabra montés, que en

arrogancia y belleza nada tiene que envidiar á las de cualesquiera otras montañas del mundo, como no sea al gigantesco *tur* ó cabra silvestre del Cáucaso, con cuya especie tiene bastante parecido en la forma de los cuernos. En estos últimos tiempos se ha hablado mucho de las tales cabras, con motivo de la protección que S. M. el Rey dispensa á las que viven en la Sierra de Gredos. Generalmente se las ha llamado *Capra hispanica* (1); pero el uso de este nombre exige un poco más de prudencia, pues siendo las cabras de los Pirineos las primeras que se conocieron, y habiéndoles llamado *Capra pyrenaica* el naturalista que las dió á conocer, *pyrenaica*, y no *hispanica*, es como debe llamarse la especie en cuestión, ya que en ciencias naturales la prioridad es ley suprema para asuntos de nomenclatura. Ahora, dentro de esta especie hay cuatro razas muy diferentes, cada una de las cuales lleva un nombre distinto. La primera de estas razas es la que vive en los Pirineos, ó más bien vivía, puesto que apenas quedará una docena de ejemplares en el macizo del Monte Perdido, y su nombre científico es *Capra pyrenaica pyrenaica*; la segunda es la cabra de Gredos, que en otro tiempo se extendía por la Sierra de Béjar y los montes de Toledo, y á la que sólo el amparo real ha salvado de una completa extinción, por lo que ha sido llamada *Capra pyrenaica Victoriae*, en honor de la hermosa Soberana que comparte con D. Alfonso XIII el trono español; la tercera raza, un día abundante en los montes de Galicia y de León, es la

(1) Y con más frecuencia *Capras hispanicas*, así, en un plural caprichoso que constituye un crimen de lesa latinidad y una patente de ignorancia en quien lo usa; aparte de que los nombres científicos latinos nunca se ponen en plural.



Tres machos, soberbios ejemplares muertos por D. Alfonso XIII en la Sierra de Gredos.



Cabras de Gredos.

Ayuntamiento de Madrid

Capra pyrenaica lusitanica, la cual ha dejado de ser una cabra española, quedando apenas unos pocos ejemplares en la parte norte de Portugal (Sierra de Gerez); la cuarta raza, en fin, es la verdadera *Capra pyrenaica hispanica*, y se encuentra en Sierra Morena (Fuencaliente), en la Sierra de Cazorla y en todas las montañas que se extienden paralelamente al Mediterráneo, desde la Serranía de Ronda, por Sierra Nevada y la Sierra Martés, hasta la Sierra de Cardó, cerca de la desembocadura del Ebro. Conviene insistir en que sólo estas cabras de la zona mediterránea pueden llamarse *hispanica*; el ejemplar que primero se describió, es decir, el tipo de la raza, fué cazado en Sierra Nevada.

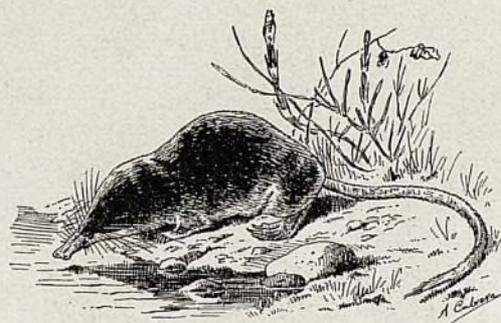
Las tres razas de cabras monteses que actualmente viven en España se distinguen entre sí tan fácilmente como se distingue un *setter* Laverak de un *setter* irlandés, y éste á su vez de un Gordon, razas caninas que, con ser tan afines, seguramente no confundirá ningún aficionado. El color es distinto, y en las manchas negras que ocupan los flancos y los remos hay gran diferencia de extensión, según se apreciará por el adjunto bosquejo. Los cuernos tienen también una sección algo diferente, y, además, los de la cabra de los Pirineos alcanzan mayor desarrollo que los de las otras razas. En el Museo de Bagnères de Luchon hay un ejemplar cuyos cuernos tienen 102 centímetros de longitud; de la raza de Gredos, el *record* es un ejemplar muerto en carambola por Su Ma-

jestad el Rey, y cuyas astas miden 81 centímetros y medio á lo largo de la curvatura externa y 85 y medio siguiendo la quilla ó arista anterior; y los cuernos más grandes de la raza *hispanica* son los de un ejemplar que posee el señor marqués del Mérito, y miden 85 centímetros.

Las cabras monteses son peculiares de las regiones más elevadas y desnudas de vegetación, aunque en invierno bajan

bastante en busca de pasto. En los Pirineos y cordillera Cantábrica las alturas cortadas por valles con espeso bosque albergan otro venado muy interesante, el rebeco ó gamuza, que, á pesar de considerarse como el animal más típicamente alpino, hace bien triste figura, con sus pequeños cuernecillos ganchudos, junto á la cabra montés. También de rebecos tenemos en España dos razas diferentes, la de los Pirineos (*Rupicapra rupicapra pyrenaica*) y la de los Picos de Europa y montañas próximas á ellos (*Rupicapra rupicapra parva*), esta última más pequeña y de pelo más rojizo que la primera, y ambas muy diferentes de la gamuza de los Alpes, tantas veces representada en cromos y grabados de paisajes suizos.

Nuestras sierras encierran, además de estos cuadrúpedos, otros que por su reducida talla y sus costumbres, generalmente nocturnas, no ve nunca el alpinista. Los topos, los topillos ó ratillas, parecidos á ratones con las orejas y el rabo muy cortos, los lirones, que pasan entregados al sueño los meses de frío, las ardillas y los



La almizclera.

erizos constituyen el grueso de esta fauna minúscula y escondida. De toda esta gente menuda, la más simpática es la ardilla. Podría decirse que cada sistema de montañas español tiene su ardilla peculiar: así, la que vive en los pinares de Guadarrama, de gran tamaño y cola blanca por debajo, es muy distinta de la pequeña ardilla de los hayedos y abetales pirenaicos, la cual tiene con frecuencia la cola negra por debajo. Mucho más interesante es otro animalillo propio de las montañas de la mitad septentrional de nuestra Península, desde los Pirineos hasta Gredos y el Guadarrama. Es parecido al topo, y próximamente del mismo tamaño; pero tiene la nariz



Ardillas del Guadarrama.

configurada como una pequeña trompa, la cola muy larga y comprimida, y los pies provistos de membranas interdigitales como las de los patos. Este detalle demuestra que se trata de un animalejo nadador; y, en efecto, la almizclera, que así llaman los serranos á este pequeño mamífero, se encuentra siempre en las lagunas y riachuelos de las grandes alturas, y nada y bucea admirablemente en busca de crustáceos y diminutos moluscos fluviales, que constituyen su alimento. El nombre cientí-

fico de este singular animalito es *Besmana pyrenaica*. Si alguno de mis lectores quiere coger algún ejemplar de la almizclera, acaso lo pueda conseguir poniendo cepos como los que se emplean para la caza de los ratones junto á la laguna de Gredos ó en las orillas del río Valsain.

Todavía podría extenderme enumerando las especies de insectos, algunas de ellas muy buscadas por los entomólogos, que vuelan ó se arrastran por nuestras montañas; pero sobre este capítulo, como sobre el de los reptiles más ó menos repulsivos que el alpinista pueda encontrar en el verano removiendo las piedras, debo pasar de largo para no alargarme demasiado. Sólo di-

ré, para consuelo de los pusilánimes, que de todos estos bichos, el único que ofrece algún peligro es la víbora, fácil de reconocer entre las demás culebras por su cuello estrecho y su cabeza ancha, triangular y aplastada.

No hay que exagerar, sin embargo. En una persona sana y robusta la mordedura de la víbora no suele ser mortal, y con una pronta succión ó cauterización no lo es nunca. El veneno puede chuparse impunemente con la boca, pues sólo es

nocivo en combinación con la sangre, sin perjudicar en lo más mínimo las membranas que revisten el aparato digestivo. De todos modos, el alpinista hará bien en

no molestar á las culebras de pequeño tamaño; las más grandes, contra lo que suponen muchos ignorantes, son en absoluto inofensivas.

ANGEL CABRERA.

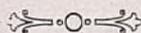
Agregado al Museo de Ciencias Naturales.



LOS POETAS DE LA SIERRA

Si en la ciudad, bajo un cielo siempre velado por la infecta nube que sobre ella se cierne, con un horizonte tan mezquino, sin esa calma y esa placidez que en la montaña se disfruta, los poetas consiguieron maravillarnos con su prodigiosa fantasía, ¿qué no habrán de emocionar á los enamorados de la Naturaleza las poesías que cantan la bravura de nuestra Sierra y el encanto de sus panoramas?

En esta breve recopilación de todo cuanto se ha escrito sobre las montañas españolas no podía faltar este homenaje que el Club Alpino Español rinde á los que han sabido reflejar en sus cuartillas algo de lo que todos nosotros sentimos, sin saber darlo forma literaria; justo homenaje para los que supieron inspirarse al borde de los regatos rumorosos y humildes, cerca de las estruendosas torrenteras. Leed estas páginas vosotros los que encontráis en la soledad de aquellos roquedales paz en el alma y vigor en el cuerpo. Tal vez os hayáis topado en vuestras andanzas con alguno de estos caballeros del ideal, un día en que el sol fulgiría en las nieves cumbreñas, cuando las violetas tachonaban las praderías, al tornar al hato los cabreros andariegos, cuando todo en la madre Tierra es un himno de Amor, de Vida, de Salud, al celebrar sus nupcias con el radiante sol de primavera...



ELOGIO DEL ALPINISMO

No es lo mismo admirar la Naturaleza desde la ventanilla de un tren ó desde la terraza de un hotel, que contemplar la montaña con absoluta libertad de espíritu, sintiéndose el espectador tan bravío y salvaje como lo que contempla, y siendo, en verdad, parte ó complemento del paisaje, ser de su ser, pincelada de su pintura, rima y cadencia de su poesía.

BENITO PÉREZ GALDÓS.

PEÑALARA

Contemplad su arrogante cabeza gneísica tocada de nieve, bañada de sol, destacándose del zarco cielo castellano; ved sus hombros hercúleos contorneados de bravías roquedás; el regio manto de pinos que de ellos pende, jironado por los cabreros.

En las praderas del valle florecen los narcisos blancos, los lirios, las margaritas; el arroyo deshace sus espumas y se aquieta y remansa bajo la umbría de los olmos. Luego la tierra ondula, se quiebra

y enrisca; el sendero trepa entre robledales; la canción del agua es nuestra compañera. Acaso un labriego brachea en el pinar, y se oyen á intervalos acompasados los golpes secos y el gemir del tronco centenario; una voz de zagal suena perdida en la distancia; una esquila tintinea perezosa.

El último pino, señero y audaz, arraiga entre los canchos, abatido el tronco y retorcidas las ramas al peso del nevazo; la vereda atraviesa un retamar en flor; luego ondula entre piornos y bordea las pedrizas talladas en las escarpas.

Ya estáis en la cumbre. En las torrenteras se ha extinguido la canción del agua. Es el cuerpo todo un latido, y echados de bruces sobre la tierra veis que tras la vibración del aire el paisaje tiene extraño temblor. Fronteras del picacho, aún relugan con albura de nieve las *Cabezas de Hierro*, y en descenso suave, la dentellada cumbre de *La Maliciosa* muerde el azul del cielo, límpido, esplendoroso.

Si encontráis un cabrero, quizás os cuente la historia de la laguna. Mejor será que gustéis de la frescura de sus ondas.

Esta es la Peña Lara, la más alta cumbre, señora de la serranía. Desde su risco más enhiesto se otean ambas Castillas: ella las separa. A un lado, el solar viejo, el parido y grave terruño segoviano, con sus seculares castillos roqueros: Pedraza, Sepúlveda, Turégano; al otro, la llanura amarillenta, grísea, con sus ventas fementidas y sus molinos de viento. La vieja Castilla, ennoblecida por los hidalgos cuerdos, y la nueva Castilla, sublimada por el hidalgo loco.

El solar del Cid y la tierra de Don Quijote.

ENRIQUE DE MESA.

ALMA PERDIDA

El azar, gran maestro de las extraordinarias coincidencias, reunió aquella noche sobre la montaña tres grandes solitarios que jamás volvieron luego á verse.

Era uno—el huésped que dispensó asilo á los otros dos—un pastor viejo; el otro, un joven cartujo perdido en la selva desde la casa de penitencia cercana al lugar por donde irrumpe en el valle el río; el tercero era un triste vagabundo extraviado.

En torno al fuego tendían sus manos arrecidas, y bajo la caricia de la llama, que ondulaba entre las volutas del humo azules, rompiendo el silencio, ley de sus naturalezas, pusiéronse á decir las jaculatorias del fuego, alternando en conceptos fervorosos.

—Saca de las carnes un olor sabroso—dijo el pastor ante la sensación que despertaba sus sentidos.

—Aleja las bestias devoradoras del hombre—añadió el vagabundo, atento á las pupilas de lobo, fosforescentes en el límite de la selva.

—Alumbra la vista á la verdad—concluyó el blanco cartujo con su voz, que para él mismo sonaba como extraña.

Hubo una pausa.

Volvió otra vez á iniciarse el ciclo de las jaculatorias.

El pastor dijo:

—Los miembros le deben un bienestar lleno de fuerza.

El vagabundo agregó:

—Distrae el ánimo y la cautiva como la corriente de las aguas.

Y el cartujo:

—La purifica del pecado, dejándola en su bruñido candor, para la vida eterna.

Callaron, agotados por este esfuerzo ex-

presivo. Comieron en silencio de la carne de que la brasa sacara el olor sabroso. Luego se rindieron al sueño entre la mansedumbre del ganado, bajo la guardia de los fieles mastines, en tanto que sobre todos rodaba la bóveda del cielo con sus paisajes de constelaciones inmortales.

* * *

Con el alba se separaron, con un beso de paz como eterna despedida.

El pastor quedó en su puesto; pero el vagabundo buscó la cumbre, en tanto que el religioso ganaba la llanura.

No había de llegar el triste hastiado.

Cercano de la cumbre halló un lago soñoliento entre las nieblas. Sus aguas estaban quietas, cual si fueran de un metal fundido fraguado en los pesados cúmulos, en los nimbos sombríos que se prendían á la roca. El vagabundo se acercó á la orilla y descansó en un gran monolito de gneis rayado simétricamente por la micacita. Su pensamiento cayó sobre las aguas, y se anuló al punto en el impenetrable misterio de las cosas. Pero en el silencio profundo y dilatado, su oído fino, cansado de la inercia, comenzó á crear imágenes de sonidos que se le aparecieron como alucinaciones. Eran vagas invitaciones, llamamientos indecisos que oía titubeando. ¿Cuál voz de qué persona amada y desaparecida le persuadió al fin á emprender el viaje de alianza?

El vagabundo penetró en el agua y marchó hasta desaparecer en su profundo seno.

* * *

Amigo, ésta es la lucecita azulada que brilla sobre la superficie, y que no es de

estrella ninguna de los cielos, sino del alma perdida de un cuerpo que se disolvió en el limo que se sedimenta en el fondo del vaso de la laguna.

Si pernoctas en aquel páramo y la sorprendes, haz en su honra una libación del agua del pequeño lago. La encontrarás pura y glacial como la muerte.

C. BERNALDO DE QUIRÓS.

EL ALPINISMO EN ESPAÑA

Salvo Suiza, ningún otro país de Europa brinda al alpinismo como España.

Sus fronteras altas, ciclópeas por el Norte, accidentadas y bravías por Occidente, son laberinto de guájaras y de bosques, de valles rientes y de ríos que ofrecen panoramas sin semejanza en otros países de Europa.

Dentro del suelo peninsular, la Ibérica presenta sus elevados picachos de Urbión y del Moncayo, vestidos de nieve durante cinco meses, el laberinto de Albarracín y las muelas duras y enhiestas del Maestrazgo y del Idúbeda, región agreste, tantas veces ensangrentada en nuestras discordias fieras, que se pierde allá abajo, en el mar, por el hermoso desierto de las Palmas.

Cual muro que resguarda la capital de España se extienden las cumbres del Guadarrama, que presentan en las puertas mismas de Madrid panoramas alpinos como los de las Cabezas de Hierro y Peñalara; con sus barrancos gigantescos de las Guarramillas y la Hoya de Pepe Hernando, del Aguila y del Lucero; sus lagos á más

de 2.000 metros sobre el nivel del mar; sus pinares soberbios, los más soberbios acaso de Europa, singularmente el bien cuidado de Valsain... Y esta misma cordillera, tan desconocida y tan llena de bellezas naturales, tiene todavía secciones más agrestes aún en las Sierras de Ayllón, peladas y ásperas, y zonas de mayores bellezas todavía en Gredos, cuya alta meseta del Moro Almanzor, con su azulado estanque, tan gentilmente cantó el poeta.

Pero donde el alpinismo alcanza caracteres que sólo pueden encontrarse en los Andes americanos, es en Sierra Nevada y en Tenerife, donde las nieves perpetuas y los líquenes de Islandia del Mulhacem y del Teide tienen al pie, como festón espléndido, los valles paradisíacos de Granada, de las Alpujarras y de Orotava, lugar este último de tan sugestiva belleza, que bien pudo Humboldt adorar en él los mágicos encantos de la Naturaleza más favorecida.

Por desventura para todos, existe entre los españoles poca afición al alpinismo. Algunos grupos salidos de la Institución Libre de Enseñanza, otro bien conocido de jóvenes ateneístas, tandas de excursionistas catalanes y la Sociedad Militar de Excursiones son los elementos por nosotros conocidos más importantes ó, por lo menos, más perseverantes en este género de deportes.

Honra es del elemento militar más ilustrado de nuestro país el contribuir al desarrollo de tales aficiones, tan propias del soldado y tan necesarias para el cabal conocimiento de la difícil topografía peninsular.

Si nuestra inconsistencia orgánica y ministerial diera tiempo al trabajo metódico, racional y útil, á estas horas los batallones

de montaña serían una verdad, y, en cierto modo, la organización de los grupos alpinos franceses é italianos tendría entre nosotros acomodado encaje regional, constitutivo, y hasta en su más alto y fundamental concepto, de ser para oficiales y tropa Cuerpos y destinos de honor. ¿Dónde más gallardo el servicio que en los picachos fronterizos, sobre nieves perpetuas que representen la intangibilidad immaculada de la Patria?

† JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN.

EL GUADARRAMA

Muchas veces en los recónditos valles y en las cumbres del áspero Guadarrama he recordado el libro de Tissot *La Suisse inconnue*, porque allí no hay senderos trillados, ni itinerarios Cook, ni palcos en que contemplar espectáculos; allí todo es inédito, todo guarda la hurañía de lo inexplorado, todo se adereza con el encanto misterioso de lo desconocido, la suave intimidad de los parajes jamás hollados por la planta del peregrino. Más de una mitad del territorio ibero está inescudriñada, rasa de descripciones, y en esa mitad meto sin titubear la Sierra, que por su cercanía á la capital de España es casi un Sierra cortesana: desde la corte vemos sus picos refulgir en el invierno, azulear en el estío; vemos su crestería, y, sin embargo, hasta los nombres de aquellas crestas son desconocidos para los cortesanos. Exceptuando tres ó cuatro lugares veraniegos en los que unos cuantos madrileños fingen vida playera, la serranía guadarrameña es una

de las regiones más ignoradas. Descontemos la versallesca Granja, refugio de una princesa que rebusca con excelente gusto las exquisiteces de la vida; descontemos El Escorial, cuya colonia turba con su bullaje en los meses estivales el silencioso recogimiento de aquel paraje adusto; descontemos Las Navas, con sus salutíferos pinares, y Cercedilla, con sus lomas peladas; descontemos, si acaso, el caliente hondón de Guadarrama, con su manantial, émulo de los manantiales de Panticosa, y el resto de la cordillera es tierra virgen. Y aun estos sitios reales ó populares los descuento sólo durante los ardorosos días de la canícula, porque después, en el transcurso del año, pocos son los madrileños que por allí asoman á respirar la frescura de otoño, á pisar alpinas sabanas de nieve ó recrearse con las primeras floescencias de la primavera. En el estío, sí; un poco de hervor campesino, anhelo versátil de vida pastoril, pero siempre muy cercana del patrón Watteau.

Y, sin embargo, el paisaje de esta serranía no es veraniego; es áspero, es ceñudo, desdeña galas estivales. Yo no imagino en la Sierra vergeles rebosando jazmines, rosas, nardos y claveles; la Sierra no da flores, como no sean las de la jara, las del piorno ó el cólechico otoñal que esmalta las praderas de los altos puertos; no perfuman su aire huertos como los andaluces y levantinos, ni tiene las frescas sombras, las húmedas umbrías montañesas ó asturianas. Su gala es el pinar quejumbón, que satura el ambiente de balsámico aroma resinoso; el pinar lleno de melancólicos rumores; pero los pinares, románticos y tristes, son bosques de invierno, abrigados y tibios, de leve sombra, en donde el sol, sin abrasar, calienta.

Sobre todo, en el invierno despliega el Guadarrama su rico manto de nieve, y, engalanado con él, rebrilla al sol intenso como un monte argentino en la diafanidad, en el nítido azul de la atmósfera castellana. Los madrileños tienen de la Sierra, durante la invernada, una medrosa idea: es almacén de mortíferos catarros, que vienen como diablillos invisibles, flotando en el aire, para meterse por las calles y acechar, traidoruelos, en las encrucijadas de la villa. La ciencia necesita mucho tiempo para ahuyentar los fantasmas que forja el miedo, la ignorancia y la rutina. Esos montes cubiertos de nieve que á tantos amedrentaron no son depósitos de muerte, sino fuentes de vida: más de un tuberculoso restauró sus pulmones sólo con respirar el aire de la Sierra en sus parajes altos y, por tanto, fríos; más de un valetudinario y más de un convaleciente halló entre los riscos salud y fuerza para su cuerpo arruinado.

Con todo esto, aún es el día que no se levanta en toda la cordillera una casa de salud, brindando al enfermo, al anémico y al débil comodidad é higiene. Nuestra serranía es una Suiza que se eleva en mitad de la meseta castellana, á dos horas mal contadas de la capital del Reino, con cimas tan escarpadas como los Siete Picos, con depósitos tan altos como la laguna de Peñalara, con bosques tan densos como el de Valsaín, con valles tan abiertos como el del Paular, con un cielo azul trescientos días del año, con ambiente seco y puro, con abundantes pastos, capaces de mantener manadas de vacas lecheras, con aguas frías y, finalmente, con serranos hospitalarios y honrados.

Todo este rico tesoro está desconocido; los que desde Madrid vamos á la Sierra en el mes de enero adquirimos donosa fama

de aventureros polares, porque durante unas horas gozamos el placer de hollar con nuestras plantas una capa de nieve de tres ó cuatro metros de espesor. Si éstas son grandes hazañas, señal que ha decaído mucho nuestro ponderado espíritu aventurero.

FRANCISCO ACEBAL.

HACIA LA SIERRA

Frente á mí se alza, encaperuzado por las nieves del Otoño, el severo y áspero Guadarrama. Vienen de él fríos rafagazos. Salud traen para el cuerpo que, erizándose, los recibe; á su embite caen como lluvia de oro las hojas secas de los árboles; el viento las empuja, y allá van ellas doloridas, crujientes, á morir en los surcos, á naufragar en las regueras, á pulverizarse contra los troncos que antes las sustentaron. Bajo el cielo vuelan parejas de torcaces palomas, bandos de perdices, matrimonios de urracas. Tienen sus nidos en la Sierra, que á esta hora meridiana, enjocida por el sol, parece una turquesa enorme.

El Guadarrama es hermosura y es salud. Para remozar nuestra sangre viven sus pinares verdinegros, sus mesetas peladas, por donde el aire corre libre, desbordante en oxígeno; sus agrias laderas, que romeros y mejoranas, cantuesos y tomillos aroman. Encanto son de los ojos y esparcimiento del espíritu los chaparrales y encinares que hasta los picachos ascienden; los valles, alfombrados con bronceína hierba; los peñascales temerosos, que mienten

á distancia ruinas de ciudades ciclópeas. Para deleite del oído están sus fuentes, que ríen entre juncos; sus arroyos, que entre matorrales murmuran; sus umbrías, para alcoba nupcial de amadores; sus cimas solitarias, para Tebaida de desengaños y misántropos.

Bella es la Sierra cuando la lluvia la barniza, cuando la anacara la nieve, cuando la dora el sol. Bella en sus diáfanos mediodías, en sus ponientes trágicos y ceñudos, en sus auroras, á cuyo rayear va la cordillera saliendo de entre la niebla poco á poco, despojándose poco á poco de ella, en planta de virgen que, al ruego del amado, deja caer los velos que la cubren...

¡Ah, Sierra castellana, apenas hollada por los habitantes de Madrid, que sólo tus linderos conocen: hermosa eres, y casi ignorada vives para los tuyos!

Si los madrileños construyeron veraniegas colonias en tus pueblecillos al tren próximos, no llegaron aún á ti, no te poseyeron, como no poseen á una hembra los queredores que besan su carne á flor de piel. No posee quien no goza la plenitud, la totalidad de la posesión. Así, no poseen los madrileños á su Sierra. ¡Poseerla!... No muy escondidos están, y son todavía para la mayor parte de ellos mundos á descubrir, la reliquia arquitectónica del Pualar y los torreones esbeltos donde imaginó sus *Serranillas* el grande, más por poeta que por prócer, marqués de Santillana.

Es grave torpeza é ingratitud mayor en los habitantes de Madrid su desapego de la Sierra. No es acreedora á él quien les tiende los brazos y les da anticipos de su peregrina beldad con dos nobles embajadores: la Moncloa y El Pardo.

«Habitantes de la ciudad—gritan, llegando á ella, los heraldos serranos—: ¡No

desatendáis los requerimientos de nuestra señora gentil! Ella os solicita y aguarda. A cuenta de poner unas encima de otras vuestras habitaciones, extendedlas; á cuenta de amontonarlas, de prensarlas en las manzanas de las calles, esparcidlas; idlas escalonando sobre nuestros verdes tapices. En vez de estar separados por los tramos de una escalera, estadlos por los macizos de un jardín. Meted la ciudad en el campo; aproximaos á la Sierra. Cuando estéis cerca de ella no será preciso que os busque; á ella iréis. Rota por nosotros la valla que os divide, el abrazo vendrá, y será la Sierra lo que está destinada á ser, lo que siempre debió ser: una prolongación, un complemento de Madrid.»

Así ocurre en todas las grandes ciudades, donde el trabajo es fuerte, inquieto el vivir, ruda y calenturienta la lucha por el pan, por el oro y por el renombre. Los luchadores buscan la paz en los altos de la pelea. En el campo templan sus nervios, vigorizan sus músculos, afirman sus voluntades y dignifican sus conciencias.

Esto se hace en París, en Berlín, en Londres..., en Barcelona mismo. No son ciudadanos propiamente tales cuantos en las horas del diario trajín hormiguean por la ciudad. En los pueblecillos inmediatos, del llano ó de la serranía, viven. Allí tienen sus casas: unas humildes, muy humildes, otras fastuosas, opulentas, pero iguales todas para el disfrute del paisaje, para la posesión de una atmósfera pura, para el goce absoluto de esa serena soledad, de ese dulce reposo que proporciona la campiña.

A la mañana, trenes y trenes que se suceden con intervalo de diez á diez ó de cinco á cinco minutos, van dejando miles de humanas criaturas en aquellas grandes

ciudades. Repártense por talleres, aulas, comercios, escritorios, oficinas, centros fabriles, políticos, artísticos... La lucha por la vida les trae; pero cuando adviene el crepúsculo de la tarde, á sus trenes y á sus tranvías tornan; tornan al hogar campesino, que les llama de lejos con el pabellón de sus humos.

El domingo hay fiesta mayor en aquellos hogares. La familia, desperdigada por la ciudad durante los días laborables, se reúne en haz que reprieta el cariño. Del haz se desprenden los chiquillos como sueltas espigas.

Y así como durante la semana vuelcan trenes y trenes á los habitantes del campo en la ciudad, trenes y trenes vuelcan los domingos á los habitantes de la ciudad en la campiña. Grupos alegres trepan por las alturas ó se solazan en los valles. Parejas de enamorados se pierden en las frondas; parejas de ancianos las miran ocultarse desde sus asientos de césped. Acaso, mirándolas, gozan con el recuerdo los amantes de ayer lo que gozan los amantes de hoy con la realidad. No faltan algunas figuras que vagan solitarias por los rincones del paisaje. También es el campo un excelente compañero para almas doloridas.

Lo que han hecho esas grandes ciudades debe hacerlo Madrid. La Sierra le llama, le invita á ello. En súplica de maridaje llegan hasta la villa esos heraldos nobilísimos que se llaman la Moncloa y El Pardo.

¡Vamos hacia ellos y por ellos en busca de la castellana serranía, que se yergue frente á nosotros brindándonos sus virgindades, recogiendo el beso del sol sobre la nieve de sus cumbres!...

JOAQUÍN DICENTA.



En esa pertinaz conquista de la alta roca las manos son la parte de nuestro cuerpo más trabajadora y más sabia. Trepando por un peñasco vertical que hasta al más conocedor de la montaña se le antojaría inaccesible, las manos, silenciosas combatientes, obtienen una serie de pequeños triunfos desesperados.

Atenazadas en un menguado saliente, pegado á la piedra va el alpinista endere-

zándose; descubre otro saliente, un pequeño reborde, y allí se detiene en equilibrio, esperando á que las manos, trabajadoras y sabias, resuelvan el problema.

No tardan en ponerse á la tarea: recorren el semicírculo de muralla abarcado arriba por los brazos, lo palpan por todas partes, lo registran, lo indagan, como si les fuese posible observar todas y cada una de sus moléculas: parecen dos personas míopes empeñadas en encontrar algo muy pequeño y muy precioso; ensayan varios ataques, los dejan, tornan á intentarlos con paciente confianza, vacilan, parece como que se deciden por uno; pero de pronto lo abandonan también, desalentadas; las yemas de los dedos experimentan dolores agudos, las piernas comienzan á temblar de cansancio por lo violento de la postura, incapaces de sostener más tiempo el peso del cuerpo...

La conquista se hace más incierta y más peligrosa cada vez; un solo minuto, y las piernas cederán infaliblemente; el instante supremo se acerca; las manos tiemblan de fatiga y de temor, haciendo presa en todo afanosamente y abandonándose al instinto. Pero el instinto es vil y la caída es inminente... ¡Ah!... He aquí que la mano derecha, con un arranque temerario, se tiende hacia arriba, se aferra á cualquier cosa, con los dedos agarrotados; las uñas salvajes arañan la epidermis del peñote, se rompen, se hincan, se afianzan al cabo...

Y el cuerpo se lanza hacia arriba con un rugido de placer, y la mano izquierda es la primera en conquistar la cumbre del afilado chapitel granítico, en tanto que la derecha, abajo, continúa aún, sin ansias de gloria, su trabajo humilde y fuerte...

TARTARÍN.



Sierra de Guadarrama.

(Fot. A. Prast.)

PAISAJE

I

Todo el mundo sabe lo que es un paisaje, y, sin embargo, ¡qué concepto más complejo encierra esta palabra! A primera vista, quien dice «paisaje» parece decir «campo»; pero el desierto dista mucho de ser campo, y nadie negará que es paisaje. Además, si por campo se entiende una comarca con vegetación, donde la vida del animal y la planta prepondera sobre la del hombre, por oposición á la ciudad, donde acontece lo contrario, en el paisaje, concepto mucho más comprensivo, pueden entrar, no sólo los caseríos y los pequeños grupos de po-

blación rural diseminada, sino las ciudades mismas, por grandes que sean, á condición de avenirse á no representar más que uno de tantos accidentes, de subordinarse á la Naturaleza—por decirlo así—deshabitada, merezca ó no el nombre de campo. De esta suerte es como, al par de los elementos puramente espontáneos, contribuyen también y enriquecen al paisaje otros (casas, caminos, tierras cultivadas, etcétera) que son obra ya del arte humano, y hasta el hombre mismo, cuya presencia anima con una nueva nota de interés el cuadro entero de la Naturaleza.

Por esto podría decirse en algún modo que la pintura de paisaje es el más sintético, cabal y comprensivo de todos los

géneros de la pintura. Pero si dejamos á un lado el antiguo paisaje llamado «histórico», donde se representan á un tiempo, equilibrando su interés, perspectivas campestres y escenas de la vida social, en el paisaje puro y sin aditamentos la figura humana no entra sino como un ser físico, como una forma, como una nota de claro-oscuro ó de color, aunque siempre ofrezca á nuestros ojos cierto valor ideal de un tipo, de una clase, de un género de vida determinado; verbigracia: aldeanos, caminantes, cazadores, pastores, artistas.

En su más rigurosa acepción, el paisaje es la perspectiva de una comarca natural, como la pintura de paisaje es la representación de esa perspectiva. A poco, sin embargo, que se reflexione sobre los diversos elementos en que cabe descomponer el goce que sentimos al hallarnos en medio del campo, al aire libre, verdaderamente libre (que no lo es nunca el de las ciudades), se advierte que este goce no es sólo de la vista, sino que toman parte en él todos nuestros sentidos. La temperatura del ambiente; la presión del aura primaveral sobre el rostro; el olor de las plantas y flores; los ruidos del agua, las hojas y los pájaros; el sentimiento y conciencia de la agilidad de nuestros músculos; el bienestar que equilibra las fuerzas todas de nuestro ser, y hasta el sabor de las frutas, por prosaico que parecer pudiera á la sensiblería de una estética afectada y romántica..., todo, ya más, ya menos, contribuye á producir en nosotros ese estado y á preparar el segundo momento, el momento ideal de las representaciones libres, que extiende nuestro goce más allá del horizonte del sentido.

Aun reduciendo el paisaje á una perspectiva, y su percepción á la mera contemplación visual, es incalculable el mundo de

factores que intervienen para constituirlo: tantos como fuerzas, seres y productos despliega la Naturaleza ante nuestros ojos: la tierra y el agua en sus formas; el mundo vegetal con sus tipos, figuras y colores; la atmósfera con sus celajes; el hombre con sus obras; los animales, y hasta el cielo con sus astros y con el juego de tintas, luces y sombras que matizan diversamente el cuadro á cada hora del día y de la noche. Ahora bien; de todos estos elementos hay uno en el que tal vez no siempre se repara bastante: el suelo. Sin duda que no hay quien desconozca el papel, por ejemplo, de las grandes montañas en el paisaje, ó el del contraste entre el mar y la costa; pero á esto se reduce casi todo. Vischer mismo, que en su *Estética* tan extraordinaria amplitud concede al estudio de la belleza en este orden, descuida, sin embargo—cosa explicable por sus ideas—, muchos puntos.

El suelo, la costra sólida del planeta, como elemento de paisaje, prescindiendo de las corrientes de agua y de la vegetación, ofrece por sí solo datos suficientes para constituir una que podría llamarse «estética geológica». El primero de éstos es la naturaleza de los materiales que lo forman. Así, por ejemplo, hay paisaje granítico, basáltico, de aluvión, etc. Todo el mundo, verbigracia, distingue el pintoresco dentellado con que se recortan sobre el azul del cielo las Pedrizas del Manzanares en la vecina Sierra Carpetana, y el suave modelado de los cerros que rodean á Madrid: aquéllas son de granito; éstos, de diluvio cuaternario. El granito, por su composición y estructura, presenta una cierta resistencia, así en cantidad como en dirección, á los agentes atmosféricos, merced á lo cual no se deja destruir sino en un cierto sentido, de donde nacen á su vez cier-

tas formas. Doquiera que aflora al descubierto, el agua, al resbalar sobre sus masas, las redondea, produciendo en las pequeñas esas superficies ásperas, rugosas, cubiertas de líquenes, que interrumpen la continuidad de la tierra vegetal; y en los grandes cantos, la configuración peculiar de las «piedras caballerías», monolitos á veces enormes y que en ocasiones oscilan como otros tantos monumentos megalíticos naturales, hasta que la radiación del calor, que las dilató durante el día, las contrae por la noche, las hiende, las raja en mil grietas que luego, al hincharse dentro de ellas el hielo, estallan, desprendiendo gigantescas esquirlas; y éstas, apiladas unas sobre otras, forman ese agudo dentellado de las cimas graníticas de nuestra cordillera: dentellado, sobre todo, visible allí donde se entrelazan dos tipos de granito: uno más resistente, otro más quebradizo y más blando.

Por el contrario, la lenta sedimentación de los aluviones cuaternarios depositados en el valle de Madrid, con proceder exclusivamente de la trituración de los materiales de la propia Sierra, ha hecho imposible en él toda aspereza y toda forma abrupta: los grandes horizontes, cuyos últimos términos se funden dulcemente en el celaje; el inmenso radio de las ondulaciones del terreno; las cumbres rectilíneas de los cerros, semejantes al «conoide» de los geómetras; la uniformidad, pero no monotonía, que reina en toda esta región, contrastan con la cordillera, realzando este contraste la vegetación, tan distinta en una y otra zona. En la montaña, severa hasta la majestad, todo es mate y adusto: los líquenes que tiñen el verdoso granito; el monte bajo, cuyo tono apenas templan, allá en la primavera, el morado cantueso, la amarilla

flor de la retama, el rojo de tal cual amapola ó de las opulentas peonías; el sombrío verdor de los pinos, que se alzan sobre ellos, ora esbeltos y erguidos, ora corpulentos y nudosos, ó muertos con el gris de plata de sus ramas desnudas, retorcidas y secas. Abajo, en el amplio valle, la luz es más igual, las sombras menos acentuadas, los tonos más ricos y brillantes; los olmos, los chopos, los sauces, los espinos, las zarzas agotan casi todos los matices del verde, desde el álamo blanco al negro de la encina; y en medio de las tierras sembradas y de las praderas, con su hierba corta, fina y rala, clarean sobre el suelo anchas ráfagas sonrosadas, de una espléndida carnación luminosa.

Suaviza, sin embargo, este contraste una nota fundamental de toda la región, que lo mismo abraza al paisaje de la montaña que el del llano. En ambos se revela una fuerza interior tan robusta, una grandeza tan severa, aun en sus sitios más pintorescos y risueños, una nobleza, una dignidad, un señorío como los que se advierten en *el Greco* ó *Velázquez*, los dos pintores que mejor representan este carácter y modo de ser poético de la que pudiera llamarse espina dorsal de España. Nada alcanza á dar idea de él como su comparación con las formas que más frecuentes son en nuestras comarcas del Norte y el Noroeste, y en especial de Galicia. En las riberas del Saja ó del Nalón, pero más aún en las encantadoras orillas del Miño ó en las rías bajas de Pontevedra, todo es gracia, armonía, proporción, encanto: los valles son cerrados y pequeños; los cerros, bajos; pálido el azul del celaje; el verdor de los árboles, transparente; fresco y brillante el de los prados: la Naturaleza entera sonríe en una media tinta que lo envuelve todo y hace

imposible la ruda acentuación de contrastes enérgicos. Es la belleza femenina, expresión de una actividad desplegada sin lucha en un ritmo tranquilo. Aquí, por el contrario, asoma por doquiera el esfuerzo indomable que intenta abrirse paso á través de obstáculos sin cuento; y así como en un mismo día y lugar se suceden con rapidez vertiginosa el hielo y el ardor de los trópicos, así también el sol deslumbra con un fulgor casi agrio en el fondo de un cielo, de puro azul, casi negro. Es la nota varonil, masculina, que pudiera llamarse. «Los valles del Guadarrama—me decía ha poco uno de mis compañeros de excursiones—se sonríen también, pero á su modo: no como los niños de Murillo, sino como los de Miguel Angel.» Precisamente por esto, la grave y austera poesía de un paisaje cuyo nervio llegaría hasta la fiereza si no lo templasen la dignidad y el reposo que por todas partes ofrece, es menos accesible al sentimiento del vulgo. Este pondrá siempre á Lucas della Robbia sobre Donatello, á Bellini sobre Beethoven, á Perugino sobre Signorelli, á Lamartine sobre Dante. ¡Dichosa tierra, sin embargo, aquella que puede, como España, concentrar ambos tipos, el varonil y el femenino, en el paisaje de sus varias comarcas!

Esta relación del suelo con el paisaje, de la geología con la estética, que ya ilustraron en sus tiempos un Cuvier y un Humboldt, presenta problemas de interés extraordinario. Respecto de los materiales de los terrenos arcaicos, verbigracia, pueden observarse delicadas diferencias entre las formas graníticas y las gneísicas, diferencias tan visibles casi como las que separan ambas clases de formas de las que ofrecen los conglomerados del Montserrat, ó las calizas carboníferas en las cumbres de los

Picos de Europa, ó los depósitos lacustres de los llanos de la Tierra de Campos. Sin embargo, la distinta posición orográfica de unos mismos materiales, esto es, el plegamiento de las capas, influye considerablemente en el paisaje. Igualmente una acción química superficial puede dar á las rocas un aspecto muy diverso del que usualmente revisten. Recuerdo el magnífico tono frío amoratado de los acantilados del circo de las Dos Hermanas, en el macizo de Peñalara, debido á la hidratación del óxido de hierro contenido en las micas de sus gneises; mientras que en el puerto del Reventón, en el vallecito de la Berzosa (debajo de la Maliciosa y de las Cabezas de Hierro) y en tantas y tantas otras partes, ese mismo gneis, por cuyas lajas corre una fina capa de agua, ofrece los rojos más cálidos, ricos y transparentes, merced á otro grado de hidratación de esos mismos hierros.

II

Un escritor, un jurista, por cierto, Carlos Salomón Zacharías, ha dicho: «El desierto, la palma, el camello, la tienda, el beduino, forman un todo indivisible.» Esta relación entre la constitución geológica, el relieve del suelo, el clima, el medio natural, en suma, y el hombre, relación que se imprime en la constitución de nuestro cuerpo como en la de nuestra misma fantasía, de donde trasciende á nuestros gustos, hábitos, artes, á la obra y modo entero de la vida, se advierte por extremo en la región que se despliega sobre la falda sur de este tramo central de los montes Carpetanos. La raza, las ciudades, las habitaciones, el modo de vivir, el carácter, se corresponden en unidad perfecta. Repárese,

por ejemplo, en el traje con su reducida gama de colores. El negro, el blanco, el pardo, preponderan despóticamente; y sobre este fondo, luego, se destacan sobrias notas de azul oscuro y rojo. Más al Sur todavía, esta gama se va reduciendo, hasta apagarse en el negro vestido de los toledanos; pero desde allí comienza á brillantarse más y más, culminando en el iris espléndido de las andaluzas. Al norte de la Sierra, en Avila, en Segovia, en Salamanca, se reproduce igual fenómeno, nuevas notas se añaden, sobre todo visibles en el pintoresco atavío de las charras, y sigue así creciendo y enriqueciéndose más por León, Asturias y Galicia, aunque sin llegar á las pompas del Mediterráneo. ¿Hay mayor prueba del organismo universal de la vida?

Rompamos un momento los vínculos de la servidumbre cortesana, y vámonos al campo, que está mucho más cerca de Madrid de lo que tantos se figuran. Subamos, por ejemplo, desde la estación de Villalba, por la carretera, dejando á la derecha la entrada al valle del Berrocal, que riega el Manzanares, con sus pueblos, resguardados entre La Maliciosa y El Serrajón; y á la izquierda, en medio de las dehesas, á Alpedrete y Collado Mediano. Parémonos en la venta de las Salineras, volviendo cara al Sur, hasta dominar otro valle más alto, el de Navacerrada, ya á nuestra izquierda entonces; y al frente toda la anchurosa región central del Tajo, que limitan al Oeste, primero, los montes del Escorial, en la falda de los cuales se destacan los tonos fríos del Monasterio; después, la Paramera de Avila; más allá, la Sierra de Gredos; en lontananza, la Oretana; y de otro lado, por Levante, hacia el Sur, Somosierra, entre cuyas últimas estribaciones

se continúa la ancha meseta que atraviesa el Tajo para llevar sus aguas por Extremadura á Lisboa. Subamos todavía; ya comienza el pinar, que va poco á poco espesándose por toda la rápida pendiente, á uno y otro lado del camino. A nuestros pies, en el fondo del valle, al Oeste, tenemos á Cercedilla; más al Sur, Los Molinos; luego, Guadarrama: los tres pueblos, con su color severo, que apenas se destaca del paisaje, en uno de sus más hermosos repliegues.

Dejamos muy atrás la zona de la vida: estamos en plena región alpestre. Sigamos, y llegaremos á la cumbre, al puerto de Navacerrada, límite de las dos Castillas, cuyo desnivel se advierte al punto, y divisoria entre el Tajo y el Duero; y si tomamos por la ladera hacia el Este, con sólo subir unos cien metros, al primer cerro de las Guarramillas, contemplaremos el más grandioso panorama. Tenemos debajo las apretadas masas de los pinares de Valsaín, al fin de cuyos tonos, oscuros y enérgicos, clarean con espléndida luz los llanos de Segovia, que muestra allá en la bruma las torres de sus monumentos; coronándolo todo el imponente macizo de Peñalara, al este del cual se extiende el suave cordón que forma el puerto del Paular y defiende el valle del Lozoya; mientras que al Sur, la meseta de Castilla la Nueva, en que Madrid dibuja apenas su silueta cárdena, prolonga las curvas de su modelado hasta perderse en el celaje; y al Oeste, la cadena de la cordillera viene corriendo por cima del Escorial á cerrar del otro lado el puerto con las quebradas alturas de Siete Picos. Desde este núcleo multitud de ríos se van formando y despeñando en distintas direcciones: por la vertiente meridional, el Guadarrama, el Manzanares, el Guadalix, el Lozoya, el Jarama, que más ó menos pronto

llevan sus aguas hasta el Tajo; por la vertiente norte, el Eresma, el Valsaín, el Clamores, el arroyo de Moros, que van á acabar en el Duero.

Jamás podré olvidar una puesta de sol que allá en el otoño último vi con mis compañeros y alumnos de la Institución Libre desde estos cerros de las Guarramillas. Castilla la Nueva nos aparecía de color de rosa; el sol, de púrpura, detrás de Siete Picos, cuya masa, fundida por igual con la de los cerros de Ríofrío en el más puro tono violeta, bajo una delicada veladura blanquecina, dejaba en sombra el valle de Segovia, enteramente plano, obscuro, amaratado, como si todavía lo bañase el lago que lo cubriera en época lejana. No recuerdo haber sentido nunca una impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne, más verdaderamente religiosa. Y entonces, sobrecogidos de emoción, pensábamos todos en la masa enorme de nuestra gente urbana, condenada por la miseria, la cortedad y el exclusivismo de nuestra detestable educación nacional á carecer de esta clase de goces, de que, en su desgracia, hasta quizás murmura, como murmura el salvaje de nuestros refinamientos sociales; perdiendo de esta suerte el vivo estímulo con que favorecen la expansión de la fantasía, el ennoblecimiento de las emociones, la dilatación del horizonte intelectual, la dignidad de nuestros gustos y el amor á las cosas morales que brota siempre al contacto purificador de la Naturaleza.

El cuerpo, por su parte, enteco, muelle, decaído, sin aquel vigor varonil que el griego estimaba señal del ciudadano, tiembla de la humedad, del calor, del viento, de la lluvia, del frío, víctima de un sistema nervioso en perpetua corea; huye del

aire libre como de su mayor enemigo, y pone por ideal del hombre sano una especie de crisálida, revuelta en innumerables estratos de vidrio, lana y algodón, y medio podrida entre la mugre de sus exudaciones pestilentes.

Y, sin embargo, para sentir en nuestra alma impresión como aquélla, y en nuestro cuerpo el roce vivificante de la Naturaleza maternal, no hay que emprender la peregrinación á los Alpes, ni á Sierra Nevada, ni á los Picos de Europa, ni siquiera á la magnífica y vecina Peñalara, con sus ventisqueros, sus lagunas, sus circos, sus acantilados, sus panoramas espléndidos, que abrazan desde el Pisuegra al Manzanares; ni aun adelantarse hasta las Cabezas de Hierro y los espléndidos valles que dominan; sino soportar hora y media de ferrocarril, dos de diligencia, y hacer á pie un trayecto como el que cualquier madrileño tiene que recorrer desde su casa á cualquier parte, por céntrico que viva...

Pero es ley que todo pueblo dormido en secular postración, cuando despierta de nuevo á la cultura, no pueda comenzar por volver los ojos hacia el horizonte más cercano, sino á los más distantes. La misma ley que lleva á sus pensadores como á sus políticos á estudiar antes la ciencia, la historia, las instituciones de otros pueblos que las del suyo propio, arrastra á sus viajeros á contemplar y gozar el paisaje remoto, mientras llega aquel día en que el desarrollo de la cultura en su nación, y el de la suya propia, le permitan tender la mano para coger el fruto menospreciado tanto tiempo, con tenerlo tan cerca. Tal acontece en España, y, por tanto, en Madrid, donde la inmensa mayoría de la gente se abrasa y consume en la fiebre de los negocios, en la de la política, y hasta en la del

pensamiento y el estudio (tan grave y dolorosa como las demás), ó se aburre en la estéril pereza. Apenas la caza redime á unos cuantos de esta anémica vida ultrurbana; pero es por muchos modos impotente, y en particular por lo que desconcierta con el tono general de esa vida, para compensar su desequilibrio y labrar en las honduras del espíritu camino de re-

generación y de progreso. La organización de Sociedades alpinas ó de excursiones al modo de las de Cataluña contribuiría, sin duda, y de mejor manera, á aquel fin; especialmente si pudiesen evitar las formas frívolas, vulgares é insignificantes que el *sport* suele revestir entre nosotros.

F. GINER DE LOS RÍOS.

EN LA CUMBRE DEL «SANTO PITAS»

(IMPROVISADO)

En la alborada de San Juan, postrado sobre esta inmensa elevación, mi frente se baña en mil auroras de repente, como si el mundo hubiérase incendiado.

Es que del sol el cáliz desbordado sublime asoma en el altar de Oriente á dar su comunión incandescente y su salud á todo lo creado.

Ante ésta de prodigios coronada niña del sol, ¡oh Perla inmaculada!, canta tu excelsitud el alma mía.

Y en nombre de San Juan yo te bautizo, sobre esta cumbre eterna en que Dios hizo la inmensa pila bautismal del día.

SALVADOR RUEDA.

Alborada de San Juan de 1905.

LA SIERRA AL SOL

Bajo un sol que sus rayos más ardientes envía,
sobre un cielo que el brillo de sus luces inflama
se recortan los montes del audaz Guadarrama,
se perfilan los picos del riscoso Fuenfría.

Se destacan del fondo de un profundo sosiego
con un alto y robusto y encendido relieve.
Como ayer se arroparon en sus capas de nieve,
hoy refulgen con recias armaduras de fuego.

Ciega el sol, y en los montes su reflejo deslumbra.
Las cigarras entonan sus monótonos cánticos
en el tibio refugio de la quieta penumbra.

Como en éxtasis yace fascinada la Tierra,
y ante el sol, que la excita con sus besos románticos,
se estremecen sus pechos...; ¡se estremece la Sierra!...

† CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

AMANECER DE OTOÑO

Una larga carretera
entre grises peñascales
y alguna humilde pradera
donde pacen negros toros. Zarzas, malezas, jarales.

Está la tierra mojada
por las gotas del rocío,
y la alameda dorada
hacia la curva del río.
Tras los montes de violeta
quebrado el primer albor.
A la espalda la escopeta,
entre sus galgos agudos, caminando un cazador.

MANUEL MACHADO.

DESDE LA SIERRA

Sacude la argentina cabellera
del Peñalara la riscosa frente;
con furia cae el agua del torrente
y el turbio río invade la ribera.

Se viste de esmeraldas la pradera
al tibio soplo del vital ambiente;
sereno el cielo brilla transparente;
brota la flor; nació la primavera.

¡Fragantes auras del jardín señoras,
el blando vuelo al extender tempranas,
de primavera renovad mis horas!...

Mas ¿qué digo? ¡Ay dolor! ¡Quimeras vanas!
¡Ni llamas tiene el sol abrasadoras
para fundir la nieve de mis canas!

La Granja, 1894.

NILO MARÍA FABRA.

CUANDO DUERME EL REBAÑO...

La Sierra está aromada de esencias penetrantes...
Zarzas en flor, tomillo, cantueso, mejorana...
Y las tenues esquilas suenan allá distantes,
rimando dulcemente la paz de la mañana...

Por una estrecha linde va un pastor hacia el hato,
donde el mastín otea con ojos de vigía,
mientras el agua limpia de un próximo regato
dice á las viejas peñas su vieja letanía...

Se oculta el sol... La tarde muere... Corre algún viento...
Al redil el ganado torna con paso lento...
La luna, entre amplias nubes, deja vagar su disco...

Y los astutos lobos, ebrios de hambre furiosa,
bajan por los collados, llegan hasta el aprisco,
y á su cubil arrastran la oveja más hermosa...

MANUEL CAMACHO BENÉYTEZ.

SIERRA NEVADA

Hubo un hondo estertor de cataclismo,
se agitaron los orbes, crujió el suelo,
y alzándose una mole del abismo,
enclavó sus picachos en el cielo.

Batió un ángel las alas temblorosas,
y el plumaje, esparcido en vuelo airoso,
como lluvia de blancas mariposas
brilló al sol en las cumbres del coloso.

Así el prodigio fué. Triunfó en la tierra
por ciego impulso de su recia entraña
el milagro infinito de la Sierra.

¡Blanca hermana del sol, tú eres la pura
corona excelsa que domina á España
desde el trono soberbio de tu altura!

A. VÁZQUEZ DE SOLA.

Granada, 1911.

EL TORRENTE

Aquel que no ha escalado del monte las alturas,
ni en su belleza agreste un momento ha vivido,
ni el vuelo de las águilas cerca de él ha sentido,
ni ensangrentó su mano entre las quebraduras,
no sabe de grandezas, ni del vivir gigante,
ni del paisaje inmenso, como el amor sublime;
el amor infinito que salva y que redime
cuando satura el ansia del corazón amante.

Allí el torrente bronco rugiendo va entre peñas,
de libertad cantando la ruda sinfonía,
coronadas sus aguas de espumas zaharenas
que abajo van calladas con suave melodía.
Allí saben á nieve; la linfa es pura y fría.
¡Sólo en la altura es grande, cuando hierve entre peñas!

ANTONIO ANDIÓN.

LA MONTAÑA Y EL MAR

Hombre de tierra soy. En luminosa
noche crucé la mar. Desde la nave
vi el agua abajo, en movimiento suave,
y el alma mía se elevó orgullosa.

Y del seno del agua bulliciosa
vi al sol surgir majestuoso y grave.
No había nada sobre mí, ni un ave;
sólo las nubes de color de rosa.

Pero no adoro al mar. Yo subo al monte,
y, cercano del sol, ardo en su lumbre;
y á más de dilatarse el horizonte,
si en el mar sobre mí sólo está el cielo,
sobre el cielo me pone la alta cumbre,
viendo á mis pies las nubes por el suelo.

ENRIQUE DE LA VEGA.

¡PERDIDO!

—Madre, el cielo se ha cubierto,
y las nubes, como locas,
agarrándose á las rocas,
ya no dejan ver el puerto.

Ya baja por el pinar
la ventisca, madre mía.
¡Ay, en qué tarde tan fría
se fué mi padre á leñar!



—Madre, ya no se ve nada;
tanta nieve me da miedo...
¡Todo blanco! Yo no puedo
ver sin llorar la nevada.

Y la tarde va acabando,
y la nieve crece y crece,
y mi padre no parece,
que está en el bosque leñando...

* * *

—Madre, es hora de cenar
y mi padre no ha venido.
¡Ay, Dios, si se habrá perdido
en la nieve del pinar!

* * *

Ya no nieva; mas del cielo
baja un frío aterrador.
¡Ay, el pobre leñador
se ha perdido sobre el hielo!

Cruda noche. Pura y clara,
bajo la luz de la luna,
resplandece cual ninguna
la cumbre de Peñalara.

Y cubierta de misterio,
sobre el valle y su blancura,
sale, maciza y obscura,
la sombra de un monasterio.

Silencio. Quietud. El viento
cesó, y el agua de un río,
detenida por el frío,
cruje con sordo lamento.

* * *

Del vetusto campanario
parten lúgubres tañidos,
y cien pechos doloridos
ponen su fe en el rosario.

Hija y madre, en su dolor,
de casa en casa, llorando,
van auxilio reclamando
para el pobre leñador.

Ante una imagen querida
llenas de congoja están.
Arriba suena el tan... tan
que clama por una vida.

Y con dulce amor humano
júntanse mozos y viejos,
que parten en grupo, lejos,
para salvar al hermano.

* * *

Marchan sobre blanda nieve,
que sus rudos pies esconde;
llaman, y sólo responde
un eco lejano y leve.

El grupo en silencio avanza
y llega al bosque temblando,
pues los hombres van pensando
que marchan sin esperanza...

* * *

—¡Sálvale, Virgen María!—
claman las hembras á coro.
La imagen, vestida de oro,
sonríe tranquila y fría.

¡Tan... tan! llora la campana
una hora y otra hora...

—¡Salva á mi padre, Señora,
Madre de Dios soberana!...—

Torna el viento á silbar fuerte,
llevando trágicos sonos
que apagan las oraciones
y hacen pensar en la muerte.

* * *

La campana ya no toca.
La comitiva, cansada,
entra en el pueblo callada
y en la plaza desemboca.

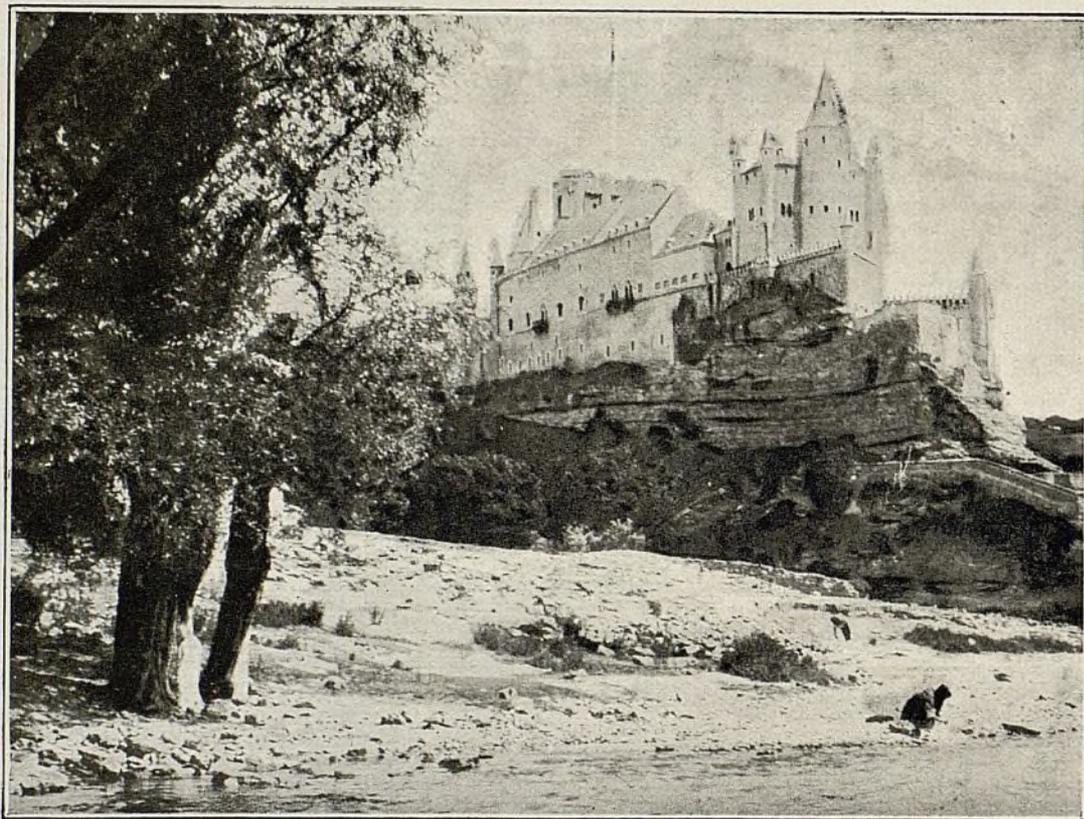
Un mozo á explicar se atreve
que el leñador malhadado
¡debió quedar sepultado
bajo la capa de nieve!

* * *

Y un día, bajo el calor
del sol, descubrió el deshielo,
mirando con risa al cielo,
el cuerpo del leñador.

JUAN A. MELIÁ.





Alcázar de Segovia.

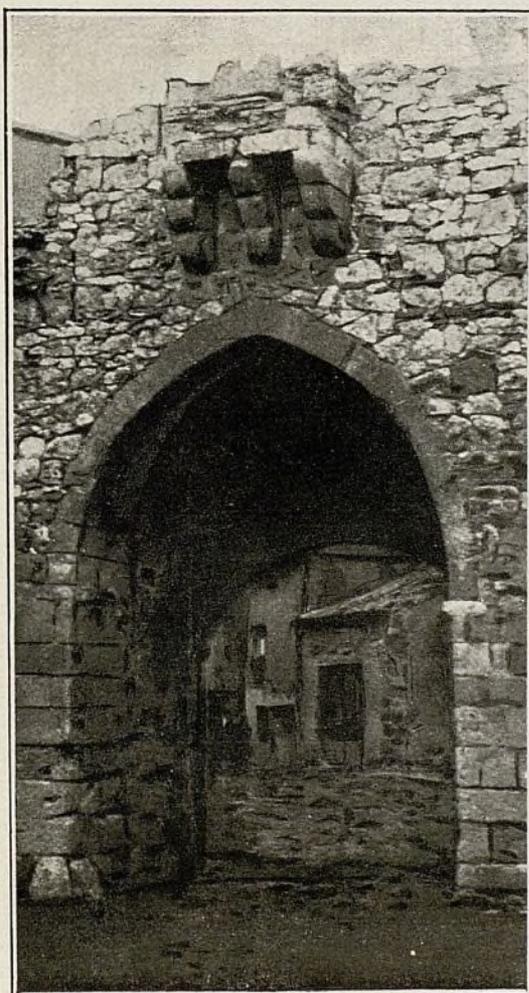
(Fot. A. Prast.)

LOS MONUMENTOS HISTÓRICOS DE LA SIERRA DE GUADARRAMA Y SIERRA DE GREDOS

CON el objeto de completar la información sobre las sierras que rodean á Madrid, y poder dar algún detalle de los monumentos históricos que en ellas están enclavados, y que por causa de los malos medios de comunicación no conocemos lo suficiente, á continuación expondremos los más nota-

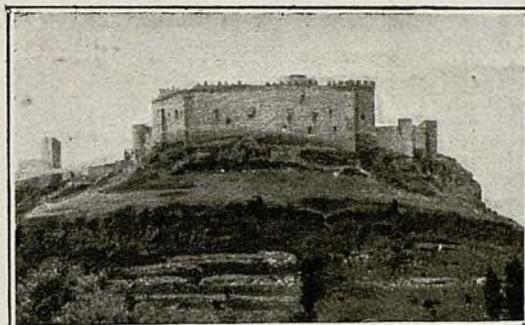
bles, dignos de estudio, sin la pretensión de hacer historia, y sólo con el objeto de darlos á conocer, para más adelante, en la Memoria del año próximo, ocuparnos más extensamente de ellos, pues no teniendo á la sazón hechos estudios sobre el particular, caeríamos en faltas de exactitud histórica que queremos remediar á toda costa.

Comenzaremos por las estribaciones del puerto de Somosierra, en donde están enclavados dos pueblos que tuvieron gran importancia en la antigüedad, uno de ellos



Puerta de entrada á Ayllón. (Fot. A. Prast.)

Ayllón, que conserva aún su recinto amurallado, con sus puertas de entrada ojivales, indicios del sitio que ocupó el puente levadizo, ruinas de algunas iglesias de florido estilo del Renacimiento, y calles angostas, en que los pisos van saliendo hasta tocarse en las líneas del tejado. Esta es



Castillo de Pedraza. (Fot. A. Prast.)

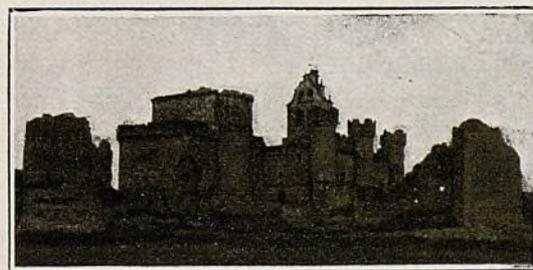
la villa llamada de D. Alvaro de Luna, y sólo por estudiar los restos de tanta grandeza merece la pena de visitarse.

Estebanvela, pueblo colindante con el anterior, en que se conservan todavía costumbres tan añejas como la hilandera de rueda, asuntos que sólo al admirarlos nos recuerdan glorias de pasados pintores.

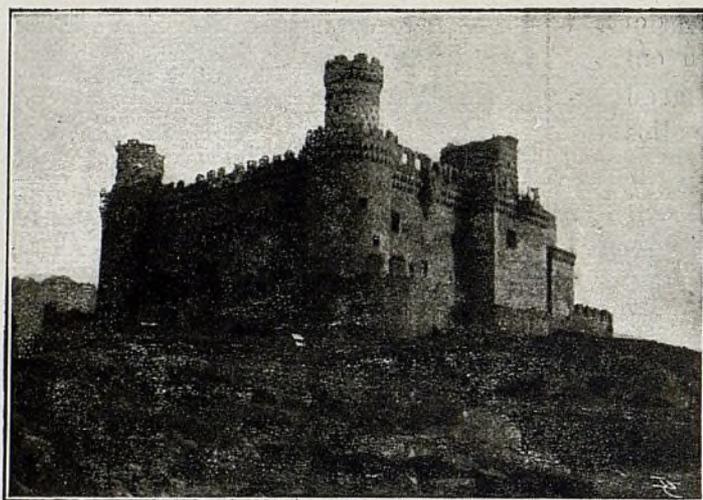
Pedraza, que en la cumbre de un monte, en sitio inexpugnable, conserva aún sus murallas y sus torres, dando albergue en su interior al pueblo.

Turégano, que nos presenta en su mayor altura su fortaleza, hoy en ruina inminente, y sus torres almenadas, de una elegancia y distinción como pocos ejemplares de estilo.

El Paular, que conserva tantísima belleza, y que, gracias á la incultura del



Castillo de Turégano. (Fot. A. Prast.)



Castillo de Manzanares.

(Fot. Zabala.)

pueblo y desidia de los Gobiernos, hoy no tiene más que ruinas.

Manzanares, que conserva el castillo del

marqués de Santillana, que con laudable pensamiento comienza su restauración.

Esto por lo que se refiere á ejemplares diseminados y que las guías no mencionan, pues Segovia, Avila, La Granja y El Escorial son lo bastante conocidos para que de ellos nos ocupemos.

El Monasterio de Yuste, enclavado en la serranía de Gredos, es ya capítulo aparte del que podemos anticipar algunas noticias concretas, y con satisfacción dejamos á la pluma del distinguido compañero nuestro D. Ramón

González el trabajo de hacer una descripción, que realizará seguramente de un modo muy notable.

RECUERDOS DE UN DIA EN YUSTE

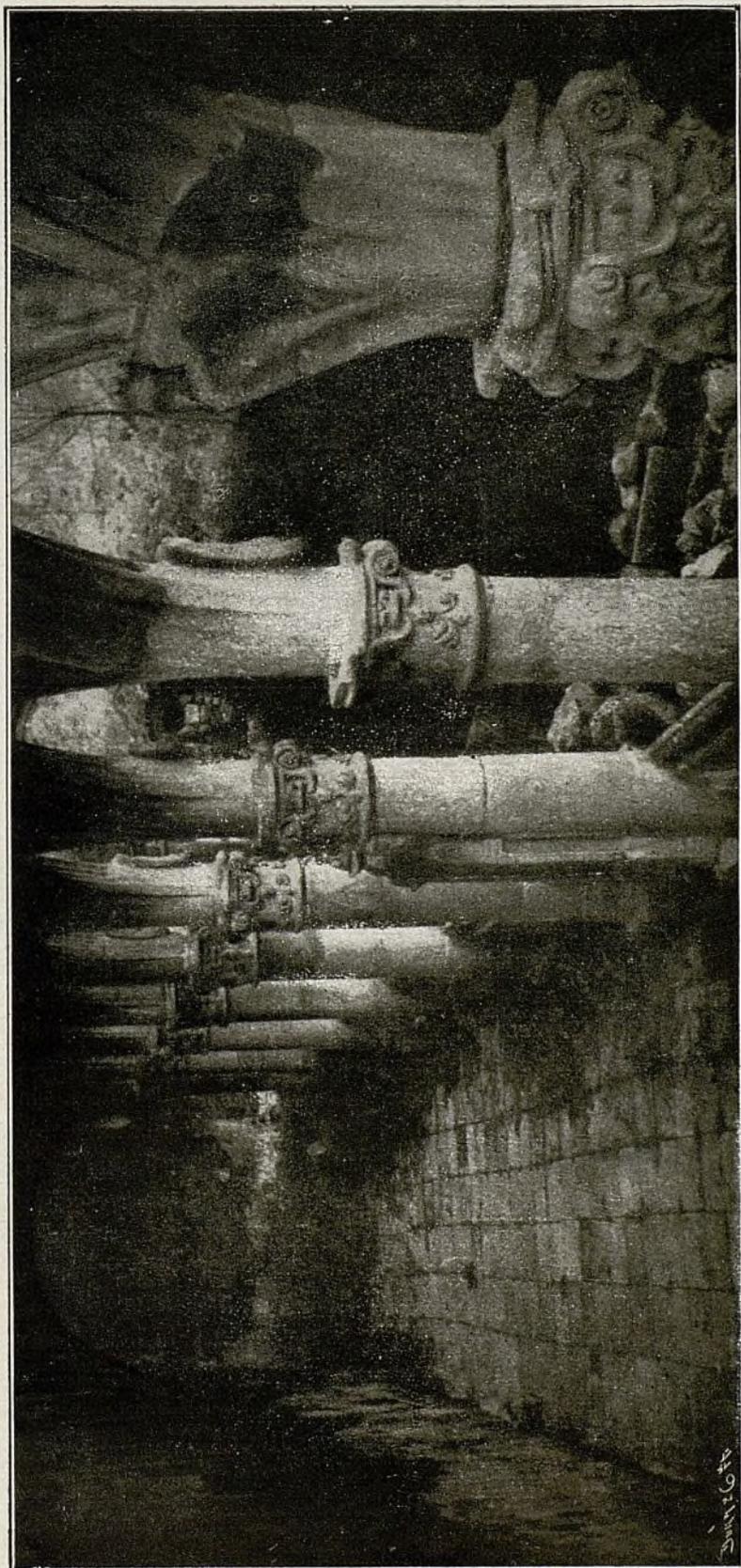
Es la hermosa Vera, de Plasencia, un extenso valle rodeado de las altas cumbres que dominan las Sierras de Francia, de la Estrella, de Guadalupe y de Gredos; de una vegetación exuberante, de clima templado y aire puro, cielo azul intenso, agua fina y sabrosa, mujeres de hablar dulce y ojos negros, de esos ojos que dicen de amor y de tragedia.

En un rinconcito de esta Vera, recostado sobre la falda meridional de estribaciones de Gredos, junto á Garganta la Olla y muy próximo al pueblo de Cuacos, descansan los últimos restos del histórico Monasterio de Yuste.

Una cruz que como avanzada tiende cariñosamente sus brazos al caminante

indica la proximidad de aquel lugar de ventura, y una desmoronada cerca de piedra limita la heredad de San Jerónimo. Seguimos la cerca, que en uno de sus esquinazos nos muestra hermosamente tallado el escudo imperial de Carlos V, y bordeando, dejando atrás la puerta que pudiera llamarse de servicio, llegamos á la del jardín, frontera á la de la iglesia; más á la izquierda aún, y bajo pesado porche, está la puerta que nos da entrada, y en la espera contemplamos recostado sobre el suelo, abatido por fuerte vendaval, el árbol secular que por su propia mano sembrara el Emperador.

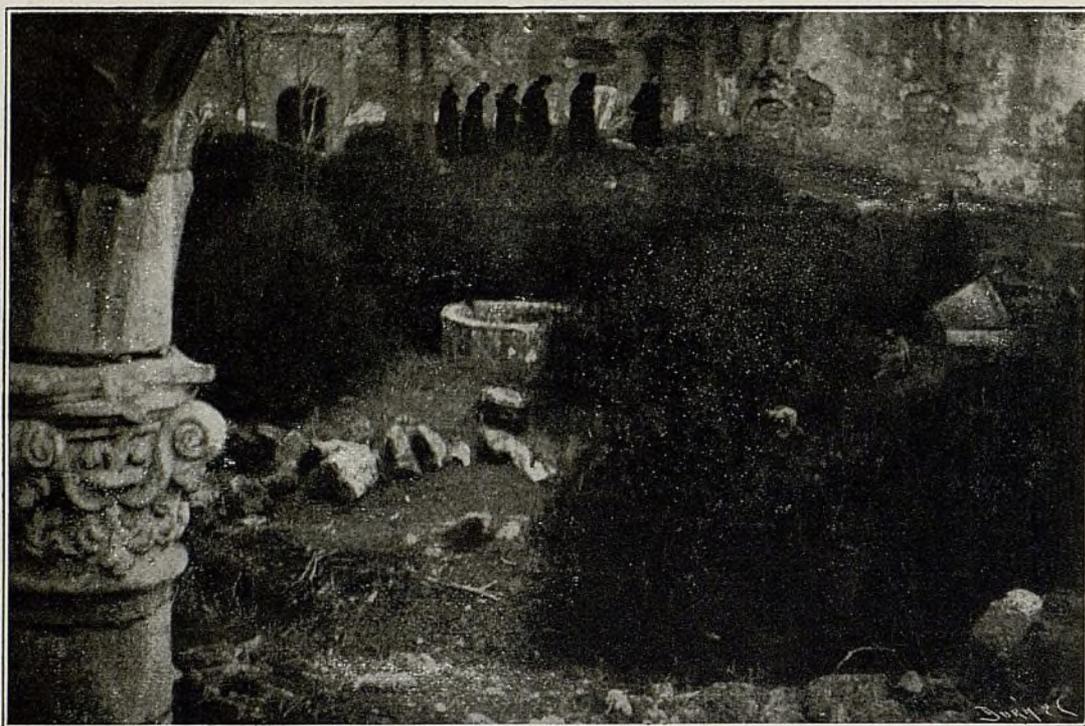
El procurador del convento, reverendo P. Fernando, nos recibe cariñoso y solí-



(Fot. R. González.)

Claustro del Monasterio de Yuste.

Ayuntamiento de Madrid



Un detalle del Monasterio.

(Fot. R. González.)

cito atiende nuestro ruego, y nos muestra una por una cuantas flores, ya marchitas, nos traen el aroma de pasadas grandezas.

La parte llamada palacio, que fué vivienda del Emperador, no nos ofrece interés desde el punto de vista artístico. Una terraza-balcón y cuatro grandes habitaciones separadas por un largo y espacioso pasillo: eso es todo.

Pasamos á la iglesia, que conservan como mejor pueden los frailes capuchinos, y allí se aprecian los rasgos de un estilo ojival elegante y severo en el venado de su alto techo, que repentinamente contrasta con el arco volado del coro.

De lo que en tiempos fué convento no queda más que el aroma suave de una leyenda, poesía arrulladora y sutil, que se quiebra bruscamente con los vestigios del incendio que las salvajes hordas francesas

dejaron como sello en el arte de nuestra España, dando un terrible mentís á sus pretensiones ridículas de único pueblo culto, amante del arte.

Aún se conserva en pie, en equilibrio fantástico, parte de la arquería del claustro del costado meridional; en los demás yacen por el suelo trozos de basamentos, plintos, fustes, capiteles..., todo ruina, abandono, recuerdo vago. En el centro de lo que debió ser jardín-patio del convento aún se adivina el bloque que fuera taza de una fuente, y parece oírse sonar los cristales de sus aguas arrullando las oraciones de aquellas almas que se templaron en el sacrificio por el amor divino.

Es la tarde, y la brisa suave de un hermoso día primaveral nos invita á descansar sobre la alfombra esmeralda salpicada de lindas florecillas y bajo el dosel

de un cielo tan azul, tan puro, que al fijar la vista en él parece que el pensamiento se va y sube, sube á mucha altura, hasta perderse en lo infinito... El P. Fernando nos vuelve á la realidad con su conversación intensamente enseñadora y discreta, y al conocer nuestra curiosidad nos hace, con palabra fácil y sabroso aderezo, la historia del Monasterio.

* * *

«—Era por el siglo XV. En unos cerros, á la parte occidental de Plasencia, existía una ermita de San Cristóbal en la que rezaban los solitarios Pedro Brañes y Domingo Castellanos, hasta un día en que fueron expulsados por el obispo D. Vicente Arias de Balboa. Puestos en peregrinación forzosa por aquellos montes, llegaron á la ermita de San Salvador, que estaba aquí arriba, entre Garganta y Cuacos, y bajando hasta llegar al arroyo Juste, y en un terreno que les cedió el vecino de Cuacos Sancho Martín, edificaron la primera morada, ampliada para albergar á los hermanos Juan Robledillo, Andrés de Plasencia y Juan de Toledo. Luego se llamaban los Ermitaños de la Pobre Vida. Sus trabajos de herrería y zapate-

ría y el cultivo de la tierra les proporcionaban el sustento; pero los oficiales que cobraban las rentas eclesiásticas de los diezmos dieron con ellos y con sus economías al traste. Con la confianza puesta en Dios y un sentido práctico en los hombres, acudieron al Papa Benedicto XIII, quien les concedió que no pagasen diezmos de sus haciendas ni de las cosas que trabajasen por sus manos; pero el obispo Arias de Balboa se niega á reconocer la bula. Los hermanos acuden en demanda de apoyo al Infante D. Fernando; éste les ofrece protección, y consigue que les dejen edificar el Monasterio de San Jerónimo, bajo la regla de San Agustín; pero el obispo, erre que erre, no hace caso de la protección del Príncipe, y ordena que los ermitaños sean echados de sus viviendas, y se incauta de sus casas y posesiones; mas los ermitaños, empapados de sus derechos, y sabedores de que Nues-



Detalle del ábside.

(Fot. R. González.)

tro Señor, al decirnos que fuéramos hermanos, nunca se equivocó mandándonos ser *primos*, acudieron al obispo de Santiago, juez metropolitano de Plasencia, quien mandó á Garci Alvarez de Toledo, señor de Oropesa, que fuese á Yuste y les restituyese en todo.

»Con el fin de organizarse ya seriamente fueron instruidos por Fr. Velasco, del convento de Guisando, quien dejó instituido presidente á Fr. Juan de Robledillo, y tenemos ya la Comunidad formada.

»En 1508 empieza la obra de la iglesia, que se avalora con las limosnas de los condes de Oropesa, Fernando Alvarez de Toledo y su mujer María Pacheco, el obispo de Plasencia, Gómez de Solís y Toledo y Alvarez de Trujillo. Terminadas las obras fué bendecida por el obispo de Anillo, administrador del obispado de Coria, y puesta al culto público. El obispo Gómez de Solís gustaba de pasar temporadas en lugar de tan santo recogimiento y sano alimento, así para el alma como para el cuerpo, y de su cuenta particular mandó edificar la que hoy se llama Casa del Obispo y la ermita de Belén.

»Estas arquerías que á ustedes tanto les gustan es lo que llamaban fundación del claustro nuevo, y es, en realidad, lo más artístico que tuvo el convento; fué obra del maestro cantero Fr. Juan de la Fuente, á quien auxilió en el decorado el pintor Fr. Gaspar de Santa Cruz.

»Las habitaciones del Palacio fueron dirigidas por el arquitecto Fr. Antonio de

Villacastín, según plano que el Emperador mandó desde Bruselas; y elegido el sitio por el general de la Orden, P. Ortega, y el arquitecto Luis de Vega, maestro de las obras de Valsain, fueron terminadas, y en 1557 el Emperador entra en su *Palacio* de Yuste.

»Hasta aquí las obras de valor histórico, aun cuando ya no quede, como ustedes ven, más que una idea, y luego ya, saltando á 1898, el marqués de Mirabel, propietario de todo ello, lo cede al cuidado de los terciarios capuchinos para establecer allí Comunidad, por medio del hermano procurador de la Escuela de Reforma de Santa Rita. Se han reparado las bóvedas, ensanchado el presbiterio, se ha construido nueva sacristía, se ha hecho una tribuna, y así vamos tirando como se va pudiendo, con la fe puesta en Dios, la mano en el azadón y la tranca en la puerta.»

* * *

Si queréis visitar este interesantísimo recuerdo histórico y admirar el grandioso panorama que le rodea, dejáis el ferrocarril en Casatejada (línea de Cáceres y Portugal), atravesáis el Tiétar en arcaica balsa, hacéis un alto en Jaráiz, precioso pueblecillo de la Vera, y camino de Cuacos, ya á su vista y muy próximos á él, tomáis un sendero que arranca hacia la izquierda y, bordeando una colina, os conduce á la cruz que como avanzada cariñosa tiende sus brazos al caminante, indicándole la proximidad de aquel lugar de ventura.

RAMÓN GONZÁLEZ.

LOS NIÑOS EN LA SIERRA

EN el pasado invierno se ha visto bien á las claras el resultado de la propaganda pertinaz que el Club Alpino Español, como entidad, y algunos de sus socios más entusiastas han hecho por medio de conferencias, libros y artículos en la prensa diaria y profesional. Pero sobre ese entusiasmo que se ha despertado entre los madrileños, visitando todos los domingos esta pintoresca montaña castellana, hay algo más consolador, que colma mucho más nuestros deseos de popularizar los deportes de nieve y el alpinismo, y es el espectáculo altamente regenerador que han ofrecido multitud de pequeñuelos todos los días festivos con la sana y alegre algarabía que promovían al deslizarse por las nevadas laderas del puerto de Navacerrada, airosos y gallardos sobre sus diminutos *skis*, con la cara curtida por el sol y el aire cumbreño, recios y fuertes, endurecido ya el organismo contra esos mil y mil incidentes que á diario surgen en la ciudad, á los que tantos niños desgraciados no pueden resistir á su voracidad. ¡Es tan



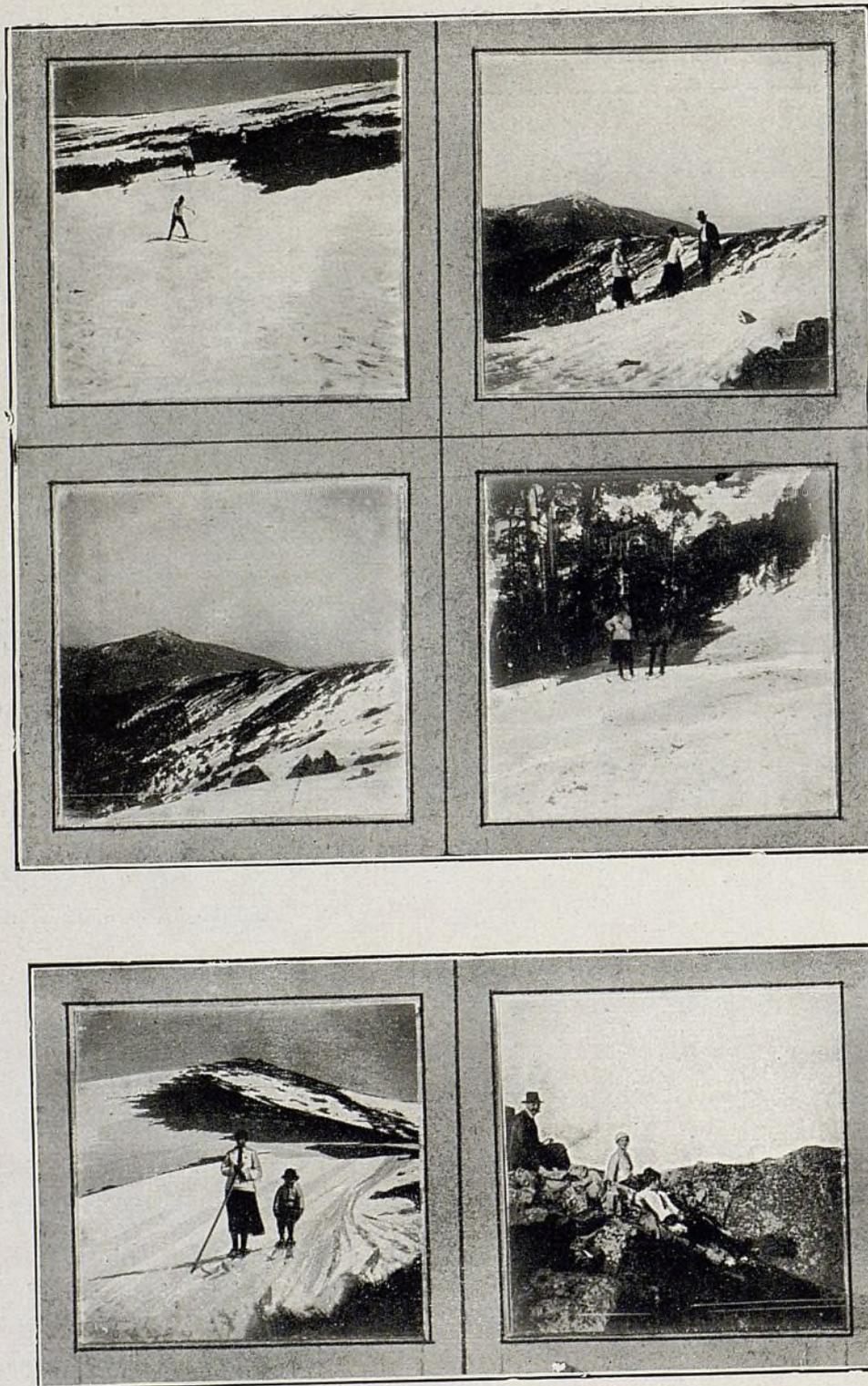
terrible la mortalidad infantil en Madrid!

¡Qué pocos escapan sin contratiempos desgraciados de ese tránsito de la infancia á la pubertad! ¡Y es tan fácil el remedio!

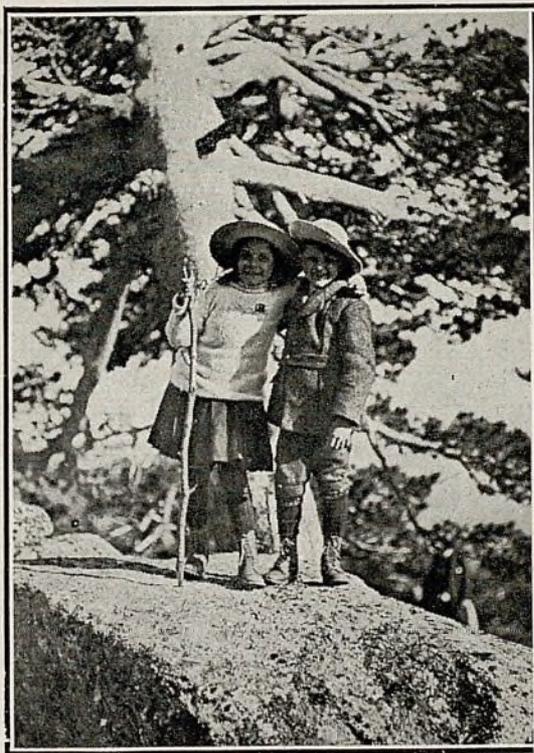
Sólo un día por semana, los domingos, habría de *sacrificarse* el padre en llevar á sus vástagos á la vecina serranía. ¿Molestias?

¿Quehaceres? ¿Los amigos? ¿Qué pretexto podéis invocar, vosotros que habéis creado un hogar y una familia, para no librar á vuestros pequeñuelos de esa sañuda morbilidad que tronza tantos débiles cuerpecillos?

Nada puede disculparos, señores padres; doce horas, de cada ciento sesenta y ocho que tiene la semana, vais á dedicar á poner á vuestros niños libres de toda contingencia de salud. El domingo, día que todos debían consagrar á la familia, podéis escapar del bullicio y del ajeteo ciudadano; será un alto, además, en vuestra vida de trabajo y de negocios; no seréis vosotros los que menos salgáis ganando: la vida sedentaria que habéis llevado bien necesita de este remanso de placidez campesina, de



Ayuntamiento de Madrid



Dos futuros alpinistas.

aire libre, de sol, de alegría sana, de regenerador optimismo.

Al término de pocos meses podréis decir que tenéis hijos, no piltrafas humanas, fu-

turo pasto de la tuberculosis, de la anemia, del raquitismo.

Y en plena Naturaleza, con soberana independencia, con excelente libertad de ánimo, lograréis que los nenes olviden un poco de cuántos fueron los Faraones ó los Césares romanos, y cómo son los modos del verbo, para saber, en cambio, qué aroma tiene el tomillo, y el cantueso, y la mejorana, y qué esencia más divina esconden las violetas que salpican las praderas guadarrameñas... Y sabrán admirar la más sublime obra del Supremo, la Naturaleza, y cuando, iniciados en esta salvaje libertad de la montaña, ya jóvenes, la ciudad les excite con sus tugurios, con mil fingidos placeres, con el perverso perfume del lupanar, ellos sabrán redimirse, y llegarán á edad moza verdaderamente hombres, sanos, fuertes y recios: sanos como aquel aire purísimo que hace hablar á la selva con sus murmullos; fuertes como la brava roqueda que se recorta en el azul del cielo castellano; recios como aquellos pinos hercúleos que trepan por la arisca ladera de los canchales...

Y todo eso os habrá costado muy pocas pesetas, muchas menos que un tendido de sombra en la plaza de toros...

JOSÉ FERNÁNDEZ ZABALA.

Madrid, julio de 1912.



ADICION AL REGLAMENTO DE CARRERAS Y CONCURSOS
EN GENERAL DEL CLUB ALPINO ESPAÑOL

1.º Al hacerse el sorteo de los socios que se hayan inscrito, deberá quedar indicado las personas que han de actuar de jurados y el lugar en que lo han de desempeñar (salida, intermedio ó llegada).

2.º Antes de comenzar la carrera, concurso, etc., deberán reunirse sin excepción, en el sitio que se designe con anterioridad, todos los jurados y los inscritos, en cuyo acto se pasará lista y se entregará á cada corredor el número correspondiente.

3.º Los cronometradores, á la vista del Jurado é inscritos, pondrán en hora los cronómetros, y acto seguido cada uno irá á ocupar su puesto.

4.º La salida de los corredores, si el lugar es distanciado al de llegada, se anunciará por un disparo.

5.º Se señalará en cada carrera el tiempo máximo de recorrido, tiempo que el Jurado de llegada ha de esperar obligatoriamente.

6.º El Jurado de llegada no podrá dar cuenta bajo ningún pretexto de ninguno de los datos del recorrido hasta tanto que el

Jurado en pleno se haya reunido y calificado.

7.º Una vez terminada la carrera, concurso, etc., los inscritos y jurados se reunirán sin excepción en el sitio de llegada (meta), donde harán entrega de sus respectivos números á los individuos del Jurado.

8.º Una vez terminada esta operación, los jurados y cronometradores se retirarán á deliberar al local del Club Alpino Español, donde, una vez terminada la adjudicación de recompensas, se levantará acta, que firmarán todos los jurados y, por lo menos, dos de los inscritos.

9.º Todos los asociados están obligados á desempeñar el cargo de jurados cuando para ello fueran requeridos; y en caso de no prestarse voluntariamente los designados, se procederá á su sorteo entre los que reúnan las condiciones precisas, cuyo resultado será inapelable.

10. Todo socio que sea designado para ocupar un puesto en el Jurado y no lo acepte, tampoco podrá tomar parte en la carrera ó concurso.



LA MODA FEMENINA

EQUIPOS DE SEÑORA



Para *skis*.



Para excursionismo.

(La falda del modelo para *skis* puede levantarse con los cinco tirantes que penden de la cintura.)

Ayuntamiento de Madrid

LISTA DE SOCIOS DEL CLUB ALPINO ESPAÑOL

- D. Manuel G. de Amezua, Alcalá, 31.
 Joaquín Mendizábal, Caballero de Gracia, 8.
 Manuel Orueta, Serrano, 26.
 Carlos G. Posada, *Chalet* de las Rosas (Hipódromo).
 José de Aguinaga, Serrano, 24.
 Luis Arminán, plaza de la Independencia, 2.
 Manuel Rodríguez, carrera de San Jerónimo, 36.
 Arthur Jackson, Serrano, 106.
 Teodoro Varela, *Chalet* de las Rosas (Hipódromo).
 Domingo de las Bárcenas, Serrano, 59.
 Alejandro Girod, Postas, 25.
 Enrique Dupuy de Lome, Velázquez, número 22.
 Luis Dupuy de Lome, Velázquez, 22.
 Ernesto G. de Caux, *Chalet* de las Rosas (Hipódromo).
 Fernando Gallego, Felipe V, 2.
 Ultano Kindelán, Marqués de Urquijo, número 21.
 J. Weissberger, Nicolás María Rivero, número 1.
 Carlos Loring, Jorge Juan, 22.
 Jorge Loring, Jorge Juan, 22.
 Bernardo G. Crossa, Jorge Juan, 22.
 Joaquín Rotaache, Caballero de Gracia, 8.
 José María Rotaache, Caballero de Gracia, 8.
- D. Gonzalo Torres, Válgame Dios, 3.
 Antonio Prast, Arenal, 8.
 J. Palacios.
 José Mendizábal, Caballero de Gracia, 8.
 Rodrigo Adán de Yarza, Jorge Juan, número 22.
 Guillermo Barandiarán.
 B. Rolland, Goya, 25.
 Jorge Hidalgo, Lagasca, 4.
 Ricardo de la Huerta, Serrano, 59.
 Diego Quiroga Losada, Lagasca, 12.
 André Barth, Duque de Alba, 16.
 Excmo. Sr. Conde viudo de Albiz, Marqués de Cubas, 15.
 D. Fermín Lóriga Undabeitia, Lista, 24.
 D.^a Carmen Madinaveitia, General Oráa, 3.
 Lucila Posada, *Chalet* de las Rosas (Hipódromo).
 D. Pablo Diz (La Ciudadela), calle de López Aranda (Ciudad Lineal).
 Mme. Emilie G. de Caux, *Chalet* de las Rosas (Hipódromo).
 D.^a Carolina Aguinaga, Serrano, 24.
 D. Juan Madinaveitia, General Oráa, 3.
 Luis Madinaveitia, General Oráa, 3.
 José Madinaveitia, General Oráa, 3.
 Carlos García Peláez, Columela, 17.
 Ricardo Saavedra, Ferraz, 58.
 J. María Rabassa, Peligros, 1.
 Ricardo Corredor, Lealtad.
 Manuel Pinto, Caballero de Gracia, 8.
 Manuel Valero, Raimundo Lulio, 21.

- D. Angel Peláez, Zurbano, 6.
 José de Toda, paseo de la Castellana, número 17.
 Juan García Viscasillas, Sagasta, número 14.
 Manuel Aguinaga, Serrano, 24.
 Félix Echevarría, Claudio Coello, 28.
 Emilio Quílez, Serrano, 4.
 Pablo Uriarte, Serrano, 4.
 Carlos Macías Bailly, Núñez de Arce, número 17.
 Carlos Lezcano, Alarcón, 5.
 Manuel de Argüelles, Serrano, 26.
 José María Otamendi, Atocha, 45.
 Pedro Torreisunza, General Castaños, número 11.
 Carlos Cadwallader, Alcalá, 16.
 Excmo. Sr. Conde de Revillagigedo, Sacramento, 1.
 D. Fernando Soriano, Prado, 26.
 Alfredo Pérez Rodríguez, plaza de Santa Bárbara, 2.
 Ignacio Pidal, Juan de Mena, 7.
 Agustín Pombo, paseo de Recoletos, número 14.
 Otto Jencquel, Serrano, 3.
 Ramón Cabrera, Almagro, 17.
 Excmo. Sr. Conde de Heredia-Spinola, Marqués del Duero, 7.
 D. Narciso Zulueta Martos, Lista, 15.
 Angel Torre, Augusto Figueroa, 13.
 Rafael García del Diestro, Alfonso XII, número 46.
 Manuel García, Alfonso XII, 46.
 César Torroba, Alcalá, 65.
 Juan M. Torroba, Alcalá, 65.
 D.^a María Luisa Bahía, Carbón, 2.
 D. Gabriel Gancedo, paseo de la Castellana, 24.
 Leonardo Santos Suárez, Fomento, 2.
 D.^a Matilde Girón de Santos Suárez, Fomento, 2.
- Excmo. Sra. Duquesa de Zaragoza, Serrano, 6.
 Excmo. Sr. Duque de Zaragoza, Serrano, 6.
 Excmo. Sr. Duque de la Victoria, Goya, número 21.
 Excmo. Sra. Duquesa de la Victoria, Goya, número 21.
 D. Tomás Tamariz, Recoletos, 17.
 Mariano Tejerino, Huertas, 14.
 Ramón Maycas, paseo de la Castellana, 52.
 José Maycas, paseo de la Castellana, número 52.
 Miguel Correa, Columela, 5.
 D.^a Sara Llorente, Independencia, 5.
 D. Luis Jiménez de la Puente, Villanueva, 23.
 Justiniano Mellizo de Tejada, Luna, 25.
 Carlos Padrós, Arenal, 20.
 Excmo. Sr. Marqués de Morella, Montalbán, 1.
 D. Rafael Sancho Mata, Alcalá, 61.
 Carlos Lezcano y Saracha, Alarcón, 5.
 D.^a Aurora Saracha y Spínola, Alarcón, 5.
 D. Francisco Rivera Pastor, Príncipe de Vergara, 23.
 Eduardo Borrego Lozano, plaza del Progreso, 14.
 Felipe Silvela, Campoamor, 21.
 Excmo. Sr. Conde de Valdelagrana, paseo de la Castellana, 25.
 Excmo. Sra. Condesa de Valdelagrana, paseo de la Castellana, 25.
 D.^a Luisa Silva, paseo de la Castellana, 25.
 Excmo. Sr. Marqués de Ivanrey, Prado, 26.
 D. Francisco Giner de los Ríos, paseo del Obelisco, 8.
 Ignacio Figueroa, Hileras, 8.
 Excmo. Sr. Conde de Arcentales, Almagro, 9.

- D. Mariano Rojas, Alcalá, 57.
Lisardo Calvo, Alcalá, 57.
Thomas Lyons, Fernando el Santo, 16.
José Casares, Santa Catalina de los Donados, 2.
Raimundo de Miguel, Alcalá, 125 moderno.
Agustín Echevarría, Alcalá, 59.
Santiago Junquera, Lealtad, 15.
Ignacio Díaz Zuazo, Luchana, 37 duplicado.
Francisco Rodríguez, Arenal, 20.
José Luis Lequerica, Claudio Coello, número 51.
Alfredo Mac-Veigh, Génova, 8.
Pablo Martínez Stroug, Serrano, 78.
Juan Giráldez, Alcalá, 75.
Antonio Giráldez, Alcalá, 75.
William Henry Michaud, plaza de Colón, 3.
- D.^a Consuelo Criado de Michaud, plaza de Colón, 3.
- D. Fernando Piquet, carrera de San Jerónimo, 11 y 13.
Pedro Arribas, Carmen, 38.
Enrique Paquet, Claudio Coello, 48.
- D.^a Juana Germán de Paquet, Claudio Coello, 48.
- D. Francisco Cadenas, Fernando VI, 17.
Jorge Martínez Freduchi, El Pardo.
Mariano Mézdez, Hortaleza, 85.
Antonio Martín Gamero, Leganitos, 54.
Joaquín Juncosa, Caballero de Gracia, número 8.
Henry E. Highlands, Serrano 5.
- D.^a Mathilde Bachl, Serrano, 5.
- D. Manuel Muniesa, Espoz y Mina, 17.
Juan Francisco Bona, Bola, 12.
José Federico Peñalver, carrera de San Jerónimo, 38.
Federico Peñalver, carrera de San Jerónimo, 38.
- D. José Peñalver, carrera de San Jerónimo, 38.
Manuel Ruiz Senén, Salud, 14.
Ricardo de Noriega, Villanueva, 8.
Excmo. Sr. Conde de Sástago, Luna, 11.
- D. Luis Armada de los Ríos, Sacramento, número 1.
Antonio Ferreiro, Ferraz, 64.
Leopoldo Torres Campos, Hortaleza, 85.
Félix Weydmann, Victoria, 2.
José Alonso, Caballero de Gracia, 8.
Eduardo Weibel, Victoria, 2.
Vicente Silió, Moreto, 1.
Fernando de Cárdenas, Claudio Coello, número 48.
José G. de Amezua y Mayo, Alcalá, 23.
Enrique Bayo, Alarcón, 5.
Manrique Calvo, Lista, 8.
Luis Esteban, París.
Victoriano Sainz de la Cuesta, Génova, número 15.
Mariano Madrazo, Los Madrazo, 22.
Bruno Madrazo, Los Madrazo, 22.
Luis Hernando, Fuencarral, 54.
Pablo Figuerola, Ayala, 30.
Joaquín Bargés, paseo de Recoletos, número 21.
J. Luis Oriol, Jorge Juan, 19.
- Excmo. Sr. Marqués de Aulencia, Villanueva, 16.
- D.^a Rosario Pombo, Recoletos, 14.
Virginia Pombo, Recoletos, 14.
María Luisa Zubiria, Serrano, 1.
- D. José Marañón, Lista, 3.
José Luis Marañón, Lista, 3.
José Goyanés, Serrano, 80.
Antonio Ruiz Falcó, Velázquez, 12.
Patricio Vasillas, Mariana Pineda, 2.
José María Pedrosa, Columela, 17.
Cœcil Adeock, paseo de la Castellana, número 39.
Mrs. Adeock, paseo de la Castellana, 39.

- D. José Benítez de Vélez, Juan de Mena, número 41.
Edwin Philips, Conde de Aranda, 1.
Excmo. Sr. Conde de Santa Pola, Lagasca, 22.
- D. José Luis Ribed, Serrano, 7.
Gonzalo Pérez, plaza de Santa Bárbara, 2 duplicado.
Enrique Huria, paseo de la Castellana, número 10.
José Milá y Camps, Preciados, 39.
José Vidal, Preciados, 39.
Federico Espinós, Guzmán el Bueno, número 24.
Miguel Espinós, Guzmán el Bueno, 24.
Antonio García Rufino, ronda del Conde-Duque, 11.
Manuel Iradier Bulfi, General Pardiñas, 6.
- Sra. Viuda de Costi, Alarcón, 1.
D.^a María Costi, Alarcón, 1.
Pilar Costi, Alarcón, 1.
Srta. de Juñón, Alarcón, 1
- D. Juan Bravo, Alcalá, 59.
Ramón Pando, Ferraz, 39.
Paul Révoil, Olózaga, 5.
León Cocagne, Banco Hipotecario.
José Luis Castillejo, Claudio Coello, 24.
Luis Gamboa, Marqués de Cubas, 7.
José Ortega, Claudio Coello, 54.
Enrique Moya, Banco Hispano-Americano.
Felipe Arévalo, Atocha, 131 duplicado.
Dionisio García, Velázquez, 19.
Tito Vidal, Conde de Aranda, 1.
Federico Nieto Linares, Infantas, 1.
Antonio Pastor, Velázquez, 45.
Fernando de Castillo, Jorge Juan, 9.
Eduardo Borrego y Gallego, plaza del Progreso, 14.
Juan de la Cámara, Bárbara de Braganza, 18.
- D.^a Carmen de la Cámara, Bárbara de Braganza, 18.
Mercedes de la Cámara, Bárbara de Braganza, 18.
D. José Coll Josses, Preciados, 58 y 60.
Excmo. Sra. Marquesa de Aulencia, Villanueva, 16.
D. Julio Collado, Alcalá, 70.
D.^a Manuela Guiguelmo de Collado, Alcalá, número 70.
D. Fernando Blanco, Barquillo, 9.
Juan Ignacio Lacasa, Lealtad, 11.
Moisés Sancha, Cruz, 12.
Antonio Torres (niño), Jacometrezo, 15.
Manuel Gancedo (niño), paseo de la Castellana, 24.
Manuel Salto (niño), Atocha, 125.
Excmo. Sr. Conde de Albiz, Marqués de Valdeiglesias, 15.
D.^a Rosario Comyn, Marqués de Valdeiglesias, 15.
D. Carlos Maturana, Isabel la Católica, 4.
Federico Bushel y Gil, Barquillo, 5.
Eduardo Sánchez Roldán, San Felipe Neri, 1.
Manuel de la Vega, O'Donnell, 9.
Carlos C. Ray, Lagasca, 30.
Sra. de Ray, Lagasca, 30.
D. José Peñuelas y Juez Sarmiento, Los Madrazo, 27.
Aurelio G. de Leeramp, plaza de Oriente, 2.
D.^a María Eugenia Giráldez, Alcalá, 87.
María Luisa Peñalver, carrera de San Jerónimo, 38.
D. Antonio Gallardo, Alcalá, 20.
Ramón Torreisunza, General Castaños, número 11.
Guillermo Pedregal, Lealtad, 12.
Eduardo López y Gutiérrez, plaza de Colón, 3.

- D. Francisco de los Barros de Aragón, Ballesta, 5.
 Luis R. Betegón, ribera de Curtidores, 12.
 Ignacio Bolívar, paseo del General Martínez Campos, 17.
 Cándido Bolívar, paseo del General Martínez Campos, 17.
 José Luanco, Hermosilla, 20.
 Joaquín Creagh, Alcalá, 99.
 Eugenio Rivera, Príncipe de Vergara, número 10.
 Emilio Rivera, Príncipe de Vergara, número 10.
 Luis de Albacete, Cruz, 18 y 20.
 José Guillén Sol, Barquillo, 8 dupl.^o
 José Rábago Fernández, Barquillo, 8 duplicado.
 Jesús Navarro de Palencia, Pez, 24.
 José Lobo Loredo, Fuencarral, 104.
 Herbert Brown, Fernando el Santo, 16.
 Charles Newlands, Alcalá, 80.
 Agustín Corral, plaza de Herradores, número 12.
 Antonio Comyn Allendesalazar, Marqués de Cubas, 15.
 Francisco Estévez, Alfonso XII, 10.
 José Moragas, Fuencarral, 39 y 41.
 Eulogio Cerocia, Conde de Xiquena, 8.
 Mauricio Schmidt, Juan de Mena, 12.
 Francisco G. Crowbrick, Ventura de la Vega, 1.
 Sra. de Crowbrick, Ventura de la Vega, número 1.
 D. Bernabé Palacios Gutiérrez, Orellana, número 12.
 Luis Sagrera Ciudad, San Marcos, 44.
 D.^a Carolina A. de Celada de Sagrera, San Marcos, 44.
 D. Ricardo Rubio, paseo del General Martínez Campos, 10.
 Segundo Gila Sanz, Fuencarral, 104.
- D. Mario Sancho Zorrilla, Fuencarral, número 104.
 Luis López Ballesteros, Hortaleza, 54 y 56.
 Pablo Azcárate, Lista, 3.
 Patricio Azcárate, Lista, 3.
 Excmo. Sr. Marqués de Ugena, Goya, 61.
 D. Luis Fernández Iruegas, Atocha, 57 y 59.
 José Fernández y González, San Mateo, 15.
 D.^a Carlota González, San Mateo, 15.
 Mr. Kuno Kocherthaler, Almagro, 21.
 Sra. de Kocherthaler, Almagro, 21.
 D.^a Aurora de Orueta, Lealtad, 8.
 D. Gonzalo Navarro de Palencia (niño), Pez, 24.
 Manuel Gutiérrez Arroyo (niño), Santa Engracia, 41 moderno.
 Ignacio de Aldama, Alcalá, 16.
 D.^a Fernanda Moreno de Aldama, Alcalá, número 16.
 D. Tomás de Lara y Mesa, Recoletos, 4.
 Joaquín de Aguilera y Alonso (niño), Orellana, 9.
 Bernardo Giner de los Ríos, paseo del General Martínez Campos, 8.
 Ramón González y Domínguez, Marqués de Santa Ana, 26.
 Juan Manuel de Arístegui, Galdo, 2.
 Nicolás de Arteaga, Mayor, 31.
 Excmo. Sr. Marqués de Palomares, Génova, 27.
 Excma. Sra. Marquesa de Palomares, Génova, 27.
 D. Félix Valdés (niño), Banco Hispano-Americano.
 Rafael García, Velázquez, 19.
 José de Orueta, Lealtad, 8.
 José Gancedo Rodríguez, carrera de San Jerónimo, 34.
 Antonio Martín Bosch, Covarrubias, 1.

- D. Emilio Cunill Cano, Arenal, 2.
Cayo Redón, plaza de Provincia, 4.
Francisco José Futou Mena, carrera de San Jerónimo, 38.
Pascual Susausty Otamendi, particular de Covarrubias, 1.
- D.^a María de Romrée, Trujillos, 7.
- D. Antonio de Romrée, Trujillos, 7.
Fernando de Torrijos, Magdalena, 17.
Miguel Sichar, Fernando el Santo, 15.
- Sr. Serra, Fernando el Santo, 15.
- D. Alejandro Roca y Berlín, Columela, 5.
Amadeo Moveau, Serrano, 102.
Gabriel Gancedo Rodríguez, paseo de la Castellana, 24.
- D.^a Elvira Gancedo Rodríguez, paseo de la Castellana, 24.
- D. Andrés Crespo González, Atocha, 113.
Carlos de San Martín, Castelló, 7.
Antonio Corachan, Crédit Lyonnais.
Alberto Seret Martín, Serrano, 82.
- D.^a Teresa Seret Martín, Serrano, 82.
- D. Hipólito Seret Martín, Serrano, 82.
Florentino Rodríguez, carrera de San Jerónimo, 34.
Rafael Rodríguez, carrera de San Jerónimo, 34.
Alfonso Bilbao Sevilla, Infantas, 19 y 21.
- D.^a María Luisa Ferrer, Piamonte, 18.
- D. Miguel Pascual, paseo de la Castellana, 47.
Lorenzo Flórez, Lista, 3.
Luis Azcárate, Lista, 3.
- D.^a María Borrego, plaza del Progreso, 14.
Elena Borrego, plaza del Progreso, 14.
Gloria Borrego, plaza del Progreso, 14.
- Excmo. Sr. Marqués de Villatoya, San Marcos, 41.
- D. Enrique de Ziburu, Cruzada, 4.
Santiago Morales de los Ríos, Sagasta, 26.
- D. Luis María de Palacio, paseo del Cisne, 17.
Emilio López Dóriga, Serrano, 82.
César López Dóriga, Serrano, 82.
- D.^a María Llorente de García, Velázquez, número 19.
- D. Manuel Grandón, Fuentes, 12.
Alberto Vivanco, Velázquez, 15.
Arsenio Cebrián, Villamejor, 3.
- D.^a Matilde Montano de Cebrián, Villamejor, 3.
- D. Pedro de la Cerda, Lagasca, 99.
Excmo. Sr. Duque de Lécera, paseo de la Castellana, 26.
- D.^a Carmen de Silva, paseo de la Castellana, 26.
- D. José María Pena y Veá-Murguía, Fuenarral, 51.
José Manuel Pedregal, Lealtad, 9.
Manuel Pedregal, Lealtad, 9.
- D.^a María Fernández de Pedregal, Lealtad, 9.
- D. Rafael Flórez Antón, Lista, 3.
Pedro Gancedo Rodríguez, carrera de San Jerónimo, 34.
Garcilaso Rubio Rodríguez, carrera de San Jerónimo, 34.
- D.^a Emma Torroba, Atocha, 62.
María Torroba de Armendáriz, Atocha, 62.
- Excmo. Sr. Marqués de Armendáriz, Atocha, 62.
- D. Luis Egaña y Monasterio.
Augusto Morales Díaz, Augusto Figueroa, 37 y 39.
- D.^a María Espinós.
- D. Juan Felipe de Ranero, plaza del Progreso, 12.
- D.^a Josefina de Ranero, plaza del Progreso, 12.
- D. Octavio Alvarez Carballo, Tetuán, 23.
Amós Salvador, Tetuán, 23.

- D. Faustino Rivas, Peligros, 10 y 12.
Laureano Rubio, Nicolás María Rive-
ro, 11.
Manuel B. Cossío, paseo del General
Martínez Campos, 8.
Iver Holter, Argumosa, 14.
Excmo. Sr. Conde de Francos, Reina, 33.
D.^a Eugenia Lefèvre, Lagasca, 99.
D. Luis Olgado Ruigómez, Serrano, 18.
Angel Sobejano Rodríguez, Huertas,
número 31.
José del Río Urruti, Alcalá, 168.
Fernando Izquierdo, Serrano, 37.
D.^a Dolores Madrazo, Los Madrazo, 22.
D. Rafael Estevas, Fuencarral, 102.
Félix Norzagaray, Raimundo Lulio, 14.
Miguel Gil Delgado, Reyes, 22.
D.^a Consuelo B. de Palacio, Sagasta, 10.
D. Antonio Palacio, Sagasta, 10.
José Sánchez Rivera, Alcalá, 70.
D.^a Ana María Artajo, Princesa, 12.
D. Honorato Manera Ladico, paseo de Re-
coletos, 37.
Rafael Altamira y Crevea, Lagasca,
número 99.
Rafael Altamira y Redondo, Lagasca,
número 99.
D.^a Jenara G. de Linares, Hortaleza, 85.
D. Félix Monteverde y Preciado, Florida-
blanca, 9 (El Escorial).
Eugenio Armbernstén, Juan de Mena,
número 12.
D.^a Dolores G. de Armbernstén, Juan de
Mena, 12.
D. José Bleiberg, Princesa, 63.
Narciso Fernández Boixader, plaza del
Progreso, 14.
Rafael Breñosa, plaza de la Villa, 1.
Luis Junquera, Lealtad, 15.
Mauro Serret y Mirete, Ayala, 45.
Alfredo de Zavala y Lafora, Goya, 6.
Joaquín Fungairiño, Ayala, 25.
D. Luis Montesino (marqués de Morella),
Montalbán, 11.
D.^a Soledad Crespo González, Atocha, 113.
Excmo. Sr. Conde de Castillo Fiel, Juan
de Mena.
D. Enrique Bailly-Baillièrre, plaza de Ce-
lenque, 3.
Rafael Atard.
Enrique Capdevielle, Hotel de la Paz.
Cesáreo López Cañete, Corredera Baja,
número 39.
Vicente Santamaría, Campoamor, 20.
Joaquín Echevarría y Creagh, Claudio
Coello, 28.
Enrique Maurer, General Castaños, 3
y 5.
D.^a Juana Maurer, General Castaños, 3 y 5.
D. Emilio Vicente Arche, Ferraz, 78.
Manuel Monjardín, Claudio Coello.
Rafael Zozaya, Carlos III, 3.
D.^a Concepción Angulo de Zozaya, Car-
los III, 3.
D. Jesús Basterra y Santa Cruz, Hita, 4.
Rafael García Ormaechea, Lagasca, 4
Manuel Martínez Ubago, Goya, 61.
D.^a María Isabel Lloréns de Ubago, Goya,
número 61.
D. Federico Linaae, Atocha, 118.
Luis Girod, Postas, 25.
Augusto Jaquelot, Postas, 25.
Carlos Keppler, Postas, 25.
Desiderio Fajardo, Postas, 25.
Juan Ramírez de Pablos, Luis Vélez
de Guevara.
Antonio Guerola, Carretas, 41.
Carlos Bravo y Díaz Cañedo (niño),
Zorrilla, 13.
José Linares Rivas (niño), Orfila.
D.^a Trinidad Arroyo de Márquez, Puerta
del Sol, 13.
D. Manuel Márquez Rodríguez, Puerta
del Sol, 13.

- D. Francisco Andrada, carrera de San Jerónimo, 7 y 9.
 J. Goodwin Edwards, Alcalá, 60.
 D.^a María Luisa Cadrallader, Alcalá, 12.
 D. Carlos L. Cadrallader, Alcalá, 12.
 Francisco Atard de la Plaza, Valverde, 23.
 Ladislao Velasco y Velasco, Mayor, 55.
 Ramón Bustelo González, Barquillo, número 14.
 D.^a Mercedes Bustelo Vázquez, Barquillo, número 14.
 D. Francisco Varona, Conde de Aranda, 3.
 Pablo Figuerola Ferreti (menor), Ayala, 36.
 D.^a Carmen Figuerola Ferreti, Ayala, 36.
 D. Francisco Llasera y Roura, Goya, 14.
 D.^a Carmen Posada, *Chalet* de las Rosas (Hipódromo).
 Matilde Schmidt, Juan de Mena, 12.
 Carmen Schmidt, Juan de Mena, 12.
 D. Juan Vitórica y Casuso, Génova, 22.
 Eduardo Goepler, Alcalá, 12.
 Luis Barranco y Lumbreras, Infantas, 19 y 21.
 Pablo Bilbao y Lumbreras, Infantas, 19 y 21.
 Alfonso Bilbao y Lumbreras, Infantas, 19 y 21.
 D.^a Dolores López Durán, Alberto Aguilera, 22.
 D. Ignacio Corujo, Sagasta, 26.
 Francisco Lacasa Moreno, Lealtad, 11.
 Mariano Gros y Urquiola, Mayor, 1.
 Manuel Parages, Correos, 2.
 Francisco Brandoy, paseo de Atocha, número 17.
 D.^a Concepción Brandoy, paseo de Atocha, 17.
 Angela Brandoy, paseo de Atocha, 17.
 Srta. Micaela Rubio Sama, paseo del General Martínez Campos, 8.
 Srta. Maud Toler, Ayala.
 Excmo. Sr. Marqués de Mendigorria, Villanueva, 29.
 Excmo. Sr. Marqués de Castel Rodrigo, Lista, 12.
 D.^a Pepita del Alcázar, plaza de San Andrés, 2.
 Sonsoles del Alcázar, plaza de San Andrés, 2.
 Natalia Cossío y López Coutón, paseo del General Martínez Campos, 8.
 D. José Cruz López (menor), Velázquez, 7.
 Alberto Giráldez (menor), Alcalá, 87.
 Pascual S. de Vicuña, Velázquez, 7.
 Angel Uriarte, Victoria, 2.
 Felipe Navarro, General Arrando, 13.
 D.^a Isabel Ibarreta, Velázquez, 14.
 Carmen Sabau de Aguilera, Alfonso XII, 10.
 D. Juan Aguilera, Alfonso XII, 10.
 José Luis Ortiz de la Torre, plaza de Colón, 2.
 Fernando Díaz de Mendoza, Zurbano, número 42.
 Carlos Díaz de Mendoza, Zurbano, 42.
 David Sucither, Alcalá, 18.
 Gabriel Basozábal, Alcalá, 18.
 Fernando Diz, Lagasca, 7.
 Tirso García Escudero, Núñez de Arce, números 7 y 9.
 Severino Achicarro, Maldonado, 2.
 Tomás Sanz y Prast (menor), Arenal, 8.
 Agustín Hidalgo de Quintana (menor), Lagasca, 32.
 Luis Hidalgo de Quintana (menor), Lagasca, 32.
 Ricardo de Sagarminaga, Embajadores, 67 duplicado.
 Carlos Sanz y Prast (menor), Mariana Pineda, 2 y 4.
 Baltasar Hidalgo de Quintana (menor), Lagasca, 32.

- D.^a Sol A. de Torrijos, Magdalena, 17.
M. Alan May, glorieta de San Bernardo, 7.
D. Rafael Torres Balbás, Serrano, 112.
Enrique López Lozano (menor), Alberto Aguilera, 22.
D.^a María Luisa López Lozano (menor), Alberto Aguilera, 22.
D. Adolfo López Durán, Alberto Aguilera, 22.
D.^a Cecilia Chapí, Lista, 25.
Amalia Miranda y Díaz, Fernando VI, número 2.
Isabel Salto y Laredo, calle de Cartagena (Guindalera).
D. Rafael de Reyna y Cerezo, Serrano, 60.
Excmo. Sr. Conde de Seláfani, Padilla, número 23.
D. Gustavo Bonaventura, plaza de la Independencia, 5.
José Madariaga, Luis Vélez de Guevara, 11.
Francisco Cabañas y Botín, Felipe IV, número 5.
José García Rosende (menor), plaza de la Independencia, 2.
D.^a María Loreto Muriel, Alcalá, 60.
D. Felipe Muriel Goitia (menor), Alcalá, número 60.
José Muriel Goitia (menor), Alcalá, 60.
D.^a Celia Muriel Goitia, Alcalá, 60.
D. Ricardo Gans, Princesa, 50.
Excmo. Sr. Marqués de Villamejor.
D. Francisco Amunátegui, Moreto, 1.
D.^a Amalia Maycas, paseo de la Castellana, 52.
D. Francisco Orfila, paseo de Recoletos, número 21.
D.^a Jesusa Otermín de Orfila, paseo de Recoletos, 21.
Excmo. Sr. Duque de Frías, Goya, 28.
D. Luis Nueda y Santiago, Corredera Baja, número 14 duplicado.
- D.^a Pilar de Ramón y Rementería, Galdo, número 1.
Luisa Rementería de Ramón, Galdo, 1.
D. Luis de Ramón y Gamboa, Galdo, 1.
D.^a Mariana Rodríguez de Diego (menor), Cruz, 34.
D. Julián Rodríguez de Diego (menor), Cruz, 34.
Enrique Fajardo y Gómez, Montera, 9 y 11.
Antonio Fernández y Fernández, Preciados, 5.
Manuel Sainz de los Terreros, Sagasta, número 1.
José María González, Claudio Coello, número 22.
D.^a Carmen Corujedo, Serrano, 106.
Angeles Corujedo, Serrano, 106.
Elvira Rodríguez Arsuaga, paseo de la Castellana, 24.
D. José Castillejo Duarte, plaza de Bilbao, 6.
D.^a Luisa Rodríguez Arsuaga, paseo de la Castellana, 24.
Ana María Figueroa, Velázquez, 70.
D. Manuel Cimarra, Nicolás M.^a Rivero, 1.
D.^a Mercedes Pena de Figuerola, Ayala, número 36.
D. Carlos Prast, Arenal, 8.
D.^a Pilar Prast, Arenal, 8.
D. Alfredo Mengotti, Sevilla, 5.
Excmo. Sr. Vizconde de Eza, General Castaños, 4.
D. Juan Bravo Villasante, Príncipe, 10.
José Bravo Villasante, Príncipe, 10.
Barón von Stengel, Serrano, 7.
D. Antonio Auñón, Huertas, 70.
Antonio Marsá y Bragado, Ayala, 30 moderno.
Ramón Marsá y Bragado, Ayala, 60.
Juan Neumann, Desengaño, 17.
José Guinea Sopeña, Fúcar, 22.

D. José Molina Miguel, San Bernardo, 105.
Felipe Molina, San Bernardo, 105.
Carlos González Rothvos, Lagasca, 12.

SOCIOS HONORARIOS

Presidente: S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

D. Félix Boix, director de la Compañía de los Ferrocarriles del Norte.

D. José Moreno Osorio, jefe de Explotación de los Ferrocarriles del Norte.
Manuel Bustamante, Potes (Santander).

Juan Pedro Capdevielle.

Ivataro Uchiyama.

Pedro Pidal, Marqués de Villaviciosa.

José Fernández Zabala.

C. Bernaldo de Quirós.



TEMPORADA DE 1912-13

PROGRAMA

- Fiesta del Árbol.
- Campeonato del Club Alpino Español.
- Copa del Real Automóvil Club.
- Copa Amezua para carreras de fondo.
- Copas Prast de carreras y saltos.
- Carreras infantiles de «skis».
- Carreras de «skis», premios para señoritas donados por D. Eduardo Sánchez Roldán.
- Carreras de «skis» por parejas ⁽¹⁾.
- Medalla de la Sociedad de Fondistas para concurso de monografías.

EN PROYECTO

- Concurso de guías del Guadarrama.
- Exposición alpina.

(1) Todas estas carreras y concursos se regirán con arreglo á las bases del año anterior.

ÍNDICE

	Páginas.		Páginas.
Junta directiva del Club Alpino Español.....	5	La Pedriza y el río Manzanares.....	83
Prólogo.....	7	Fundación del Club Alpino Español.	95
En los Picos de Europa.		Reglamento del <i>chalet</i> general.....	99
El macizo occidental.....	13	Reglamento de las agrupaciones.....	101
El macizo central.....	17	Estatutos.....	103
El macizo oriental.....	25	Extracto de la Junta general celebrada el día 9 de octubre de 1911.....	107
En la Sierra de Gredos.		Cuenta de ingresos y gastos durante el ejercicio de 1911-1912.....	108
Excursión oficial organizada por el Club Alpino Español.....	31	Balance de situación al 30 de junio de 1912.....	109
Apuntes de un excursionista.....	37	El «sport» de invierno en el Guadarrama. — Temporada de 1911 á 1912..	112
Organización del alpinismo y turismo en los pueblos de la Sierra de Gredos.....	47	Concurso de figuras de nieve.....	115
Sierra de Béjar.		Campeonato de carreras de <i>skis</i> celebrado el domingo 25 de febrero de 1912.....	116
Notas de una excursión.....	49	Carrera infantil.—Premios de D. Carlos Lezcano.....	123
Sierra Morena.		Carreras de <i>skis</i> .—Premios para señoritas donados por D. Diego Quiroga.....	125
Santa María de Tras Sierra.....	55	Copas Prast.—Carreras de <i>skis</i> y concurso de saltos.....	126
Sierra Nevada.		Carreras de <i>skis</i> por parejas.....	128
Alturas más importantes.....	61	Copa Skadi.....	129
Descripción general.....	63	Concurso de fotografías de la Sierra de Guadarrama.....	133
Sierra de Guadarrama	71		
La Maliciosa.....	77		
Las cumbres del Guadarrama.—Siete Picos.....	79		

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
El <i>sport</i> del <i>ski</i>	139	Amanecer de otoño.....	181
Técnica de la cuerda alpina.....	142	Desde la Sierra.....	182
Un curso de alpinismo.....	147	Cuando duerme el rebaño.....	182
Manera de orientar un plano.....	151	Sierra Nevada.....	183
Para leer en el tren.—Las pulmonías de la sierra.....	153	El torrente.....	183
La fauna de las sierras españolas....	156	La montaña y el mar.....	184
		¡Perdido!.....	184
		Los monumentos históricos de la Si- erra de Guadarrama y Sierra de Gredos.....	188
Los poetas de la Sierra.		Recuerdos de un día en Yuste.....	190
Elogio del alpinismo.....	166	Los niños en la Sierra.....	195
Peñalara.....	166		
Alma perdida....	167	Adición al reglamento de carreras y concursos en general del Club Alpi- no Español.....	198
El alpinismo en España.....	168	Lista de socios del Club Alpino Es- pañol.....	200
El Guadarrama.....	169	Temporada de 1912-13.—Programa...	210
Hacia la Sierra.....	171		
Las manos del alpinista.....	173		
Paisaje.....	174		
En la cumbre del <i>Santo Pitas</i>	180		
La Sierra al sol.....	181		

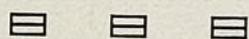




CARLOS PRAST Y HERM.^S

GRAND PRIX EN LA EXPOSICIÓN DE BRUSELAS DE 1910

PROVEEDORES DE LA REAL CASA



Conservas especiales para campo y viaje

CALORIT

Especialidad en artículos para niños y enfermos

Fiambres de todas clases

Chocolates exquisitos

Arenal, 8.  Teléfono 283.

Ayuntamiento de Madrid

LA CAMERANA

ARENAL, 7 (antigua Casa Tejada), y MONTERA, 43



CASA ESPECIAL EN GENEROS DE PUNTO

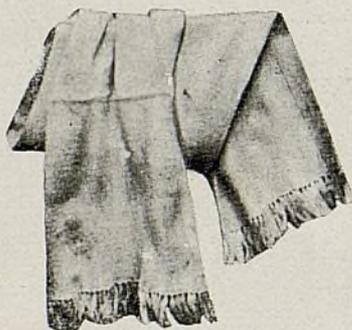
Únicos depósitos de los trajes interiores de lana y turba del DOCTOR ROSUREL, muy recomendados para «sportsmen».



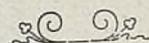
Pasamontañas Echarps con capucha, gran surtido.



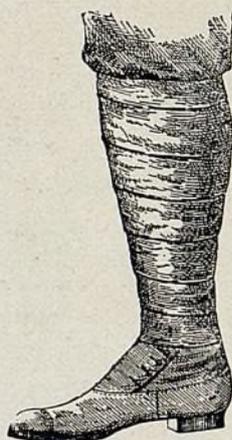
Pasamontañas para caballeros.



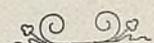
Bufandas inglesas, gran variedad en precios y colores.



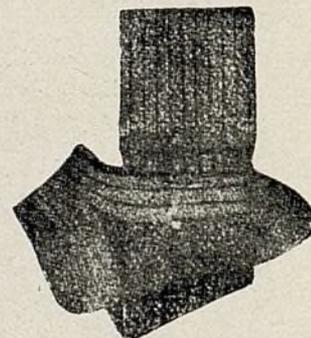
Guantes forrados, gran abrigo.



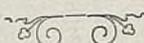
St. Hubert (Deposá)



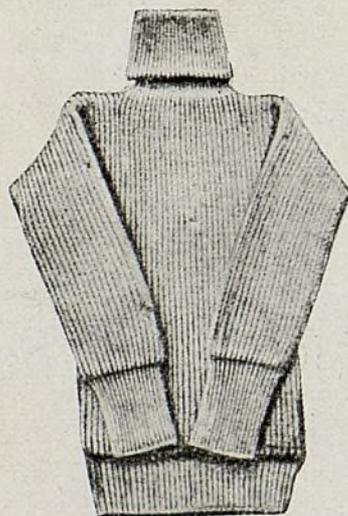
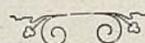
Manoplas de lana inglesa, gran abrigo.



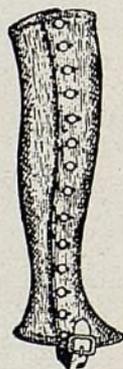
Medias de sport, con pies y sin pies; gran surtido.



Bandas de la marca Saint-Hubert, tejido impermeable, aprobadas por el Club Alpino Español; gran surtido para señoras, caballeros y niños.



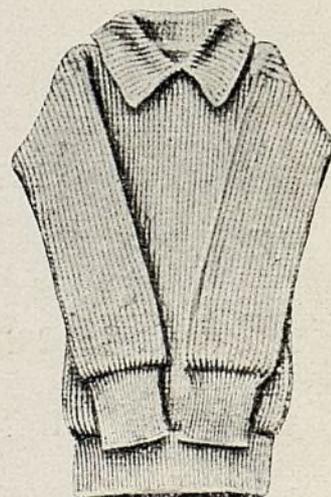
Jerseys de lana inglesa, cuello alto vuelto, gran abrigo y variedad de precios.



Polainas punto jersey, para señora, muy prácticas.



Culottes para señora, mucho abrigo y muy prácticos.



Jerseys para sport, muy prácticos.

LA CAMERANA

ARENAL, 7 (antigua Casa Tejada), y MONTERA, 43

Ayuntamiento de Madrid

BÉNÉDICTINE



Le Meilleure des Liqueurs
Exquise · ^{liqueur} Tonique · Digestive

LE MUSÉE ET LA DISTILLERIE DE LA BÉNÉDICTINE
SONT VISIBLES TOUS LES JOURS DE 9 HEURES A MIDI ET DE 2 HEURES A 5 HEURES

Ayuntamiento de Madrid

ARMERÍA
AGUILAR Y S. MORA

Calle del Carmen, núm. 41

Armas nacionales y extranjeras.

Artículos para alpinista.—Mochilas impermeables desde 4,50 pesetas.

Guantes especiales para nieve.—

Polainas vendas á 5 y 6 pesetas.—

Skis y bastones de alpinismo.—Botiquines á 2 pesetas.—Cantimploras

de aluminio.—Fiambreras y cubier-

tos.—Frascos Thermos y fiambarrera.

41, Calle del Carmen, 41
MADRID